

La última noche de Hipatia

Eduardo Vaquerizo



Ilustración de cubierta: Alejandro Colucci
Diseño de cubierta: Alejandro Terán

Primera edición: septiembre de 2009

© 2009 Eduardo Vaquerizo

© 2009 Alamut
Luis G. Prado, editor
Alcalá, 387
28027 - Madrid
infoed@alamutediciones.com

ISBN: 978-84-9889-030-3
Depósito legal: M. 36.486-2009

Impreso por Fareso, S.A.
Paseo de la Dirección, 5. 28039 - Madrid

Impreso en España
Printed in Spain

Para Nati, aunque las palabras

nunca son suficientes

Esta novela no hubiera sido posible sin la maravillosa insistencia y el apoyo de mis amigos Alejandro, Ana, Conchi, Chus, Luis y los demás. Gracias a todos ellos.

*Había una mujer en Alejandría que se llamaba Hipatia,
hija del filósofo Teón, que logró tales alcances en
literatura y ciencia que sobrepasó en mucho a todos los
filósofos de su propio tiempo. Habiendo sucedido a la
escuela de Platón y Plotino, explicaba los principios de la
filosofía a sus oyentes, muchos de los cuales venían de
lejos para recibir su instrucción.*

Sócrates el Escolástico, *Historia eclesiástica*, VII, 15

1

Mi futuro yace en las facetas y aristas de una joya inabarcable. Ese cristal perfecto lo explicaría todo de un solo vistazo, pero recomponerlo sería tarea de un dios. Yo apenas puedo recoger las partículas que se acumulan, desordenadas, en el hueco de mi memoria; suaves y pulidas unas, letales filos de hielo otras. Los recuerdos son siempre escasos y fragmentados, insuficientes para construir una vida, la mía. De todos modos les ahorraré el trabajo: sé lo que ocurrirá cuando salga a las bulliciosas calles de Alejandría, está escrito y se lo voy a contar, pero sin prisas; déjenme demorarme un poco más.

He terminado mi última tarea en este tiempo, acabo de abandonar la necrópolis de los dioses y allí he visitado la escultura de Bastis. Tardará muchos siglos en volver a ser contemplada por los hombres. El sol está bajo en el cielo, ya no arde como al mediodía, calcinando todo aquello bajo sus rayos. Quiero disfrutar de la luz que se refleja en el patio de la Academia, el fulgor dorado que arde en paredes y columnas. Allí ilumina los largos frisos de pinturas en dos estilos, griego y egipcio, armonizados tras muchos siglos de convivencia: dioses y chacales, bacantes y garzas, el Olimpo y el Nilo. La luz parece miel líquida resbalando sobre los tejados, vertiéndose con demora sobre las paredes, encharcando en reflejos amarillos los amplios espacios de los jardines de mirto y palmera, de papiro y espadaña.

El olor de los nenúfares en el agua verde de las charcas me hace detenerme. Ese aroma siempre es un golpe a mi atención, un recordatorio de cuán lejos estoy de la tierra y del tiempo que me vieron nacer.

¿Escuchan la clepsidra? El blando sonido del agua midiendo el tiempo ha estado ahí desde que llegué. De tanto oírlo, lo había olvidado. Acompaña al ruido de mis sandalias al caminar sobre el empedrado.

El gesto de subir el suave lino del palio hasta cubrirme la cabeza es ahora algo natural, previo a salir al exterior de la Academia. Me detengo de nuevo antes de llegar a los portones, siempre abiertos, que comunican los jardines con la Vía Aspendia y me vuelvo, despacio, hacia el interior del Serapeo, intentando recuperar la sensación que experimenté al verlo por primera vez.

Pronto, todo esto que me rodea también será un recuerdo inconexo en mi memoria y luego polvo, algún registro en un papiro perdido, una leyenda,

nada. La clepsidra, los muros de la Academia, la universidad en Ginebra, Escocia, mi madre, el inmenso número de rollos de la Biblioteca, Stewart; mis recuerdos parecen ahora muy vivos, casi podría tocarlos y, sin embargo, a la llegada de la noche desaparecerán para siempre.

Ya estoy en la puerta, en los escalones que ascienden la pequeña colina del Serapeo donde siempre hay algún estudiante o algún maestro sentado viendo pasar el interminable río de hombres y mujeres, esclavos y libres, civiles y soldados, artesanos o terratenientes, que recorren los empedrados, que se quejan, que ríen, que lloran, que sufren y disfrutan dentro de los muros de la ciudad de Alejandría.

Miro hacia atrás, hacia la sombra, la calma, las avenidas flanqueadas de cipreses y estatuas, las piscinas, las arenas, los frescos pórticos, los patios embaldosados con mosaicos, la quietud bajo los largos tejados. En el jardín, justo detrás de mí, pájaros de metal agitan las alas y cantan. Ha sido fácil acostumbrarse a medir el tiempo por los trinos y gorjeos de la clepsidra de Ctesibios, mucho menos precisa que el reloj del taucrono y, sin embargo, agradablemente errónea.

Siglo tras siglo ha silbado delicadas melodías cuando el agua empujaba el aire en los tubos calibrados de su mecanismo. Posiblemente, Aristófanes de Bizancio escuchase sus sonidos mientras discutía con Aristarco acerca del metro de los poemas clásicos; o Galeno mostrase a algún discípulo la función de los vasos sanguíneos en las ilustraciones de Herófilo, mientras los trinos anunciaban la hora de las ofrendas a las musas.

Ctesibios la construyó hace cuatrocientos años: ha sobrevivido a las muchas catástrofes y disturbios que han assolado la ciudad, pero no sobrevivirá ni siquiera un día más. No le queda mucho ya, unos cuantos trinos, unos cuantos gorjeos funerarios a lo sumo. Pobre piedra, pobre metal, capaz de aguantar el embate del tiempo pero no el de los hombres. Es la hora última de la Academia: caerá la fortaleza de la sabiduría, el último bastión de la erudición alejandrina. Las obras completas de Aristóteles, Platón y Aristófanes, los trabajos perdidos de Apolonio, los catálogos de Aristarco... Todo se perderá y no hay nada que se pueda hacer.

Espero; el caballo aún no llega. Creo ver una sombra del color de la sangre coagulada correr por el cielo; se cierne densa y oscura, prieta de olor y desesperación. Por un momento me habita un palpito en el pecho, garras de prisa; me domina una animal necesidad de correr sobre los adoquines, huir en busca de las murallas, llegar a los pantanales del lago Mareotis, luchar contra mosquitos y alimañas para alcanzar las tierras más allá, los trigales, los suaves montes, desaparecer de Alejandría, de la historia. Miro de nuevo: arriba no hay nada, el cielo está limpio, lleno tan sólo de un azul absoluto, definitivo.

Escucho los cascotes del noble bruto golpear contra los adoquines. El correo del prefecto se detiene frente a mí. Me recoloco el palio azul mientras bajo la vista y alargo la mano para recoger el rollo. Saluda y parte de regreso. A pesar

de que sé qué hay escrito en ese papiro funesto, lo desenrollo y lo leo.

Me contengo, respiro hondo; es la hora de partir. Al cruzar el portón siento el sol de Egipto arrojarme lanzas de ardiente bronce. Me cubro mientras camino despacio, sintiendo el empedrado caliente bajo las sandalias.

A diferencia de los textos clásicos, no hay signos en el cielo: no me siguen erinias terribles, fatales arpías, no hay dioses disfrazados de niños que me previenen. En las calles tan sólo me espera Cronos, el más oscuro y terrible de los dioses, riendo con dientes hechos de rotas conchas que sobresalen de la playa en los lomos oscuros de sus dunas.

Enseguida me atosiga el olor intenso de mil cocinas, mil holocaustos domésticos; la brisa del mar, el olor a pez y a podredumbre del puerto. No percibo ya la magnificencia de los edificios y el oro de los templos; no admiro los azules de mar y cielo, ni las miles de galeras que hinchan las velas multicolores mientras salen a alta mar. Me fascina, sin embargo, la multitud atareada que cubre las calles, la misma multitud que ha poblado las ciudades desde tanto tiempo atrás. Viéndoles acarrear, correr, robar, discutir, reír felices, no puedo imaginarme la turbamulta gritando y corriendo como agresivas hormigas negras que transportan dolor y muerte, pero sé que está ahí, a flor de piel, a la distancia de una provocación.

Extrañamente, no tengo miedo; se acercan las olas suaves, hinchadas de veneno, y me parece que ya he arribado a esa playa de arenas negras, que he vivido allí un tiempo interminable, todos los segundos de mi vida menos aquéllos transcurridos en Alejandría. Se ha terminado la angustia; sé lo que va a ocurrir y la resignación me llega si no con felicidad, sí con reposo.

Me vuelvo y miro por última vez los muros del Serapeo, grandes bloques de arenisca ocre, columnas egipcias, frontispicio griego. Permanecen igual que el primer día que los vi, igual que los últimos cuatro siglos. Casi no puedo soportarlo. Me giro y comienzo a andar pausadamente, camino de mi cita.

El sol de Egipto es el auténtico arquitecto de la ciudad. Afila sus sombras y dibuja, con dolorosa precisión, la policromía de los edificios, los pliegues de las telas teñidas de púrpura o índigo, los rostros y cuerpos desnudos y brillantes de los esclavos y las cabezas cubiertas de los nobles. Crea un escenario nítido que es imposible rechazar, que se asimila con cada aliento.

Percibo ese mosaico iluminado por luz inhumana: Alejandría, el regocijo de caminar y sentir el empedrado de la Vía Somma a través de las sandalias; los cientos de carros guiados por escandalosos arrieros; la multitud de toda raza y condición enredada en mil quehaceres; las anchas escalinatas de los edificios públicos; los vivos azules y rojos con los que se pintan las fachadas; los cientos de sacerdotes que circulan en palanquines o a pie, servidores de Serapis, de Osiris, de Mitra, de Minerva y Diana; los adivinos del panteón romano transportando ocas vivas de camino a las mansiones de los ricos. Y los días de fiesta, las calles engalanadas por telas tendidas entre las casas, el suelo cubierto de flores, las vestales de túnicas blanquísimas arrastrando el laurel y el mirto

hasta el estadio, lleno a rebosar de una multitud ansiosa por ver los juegos.

Como una piel de tambor tensa y golpeada por los inmensos mazos de la historia, Alejandría resuena con mil ritmos distintos y yo, en sintonía, respondo a cada golpe, vibrando en todas las dimensiones de la ciudad, su arquitectura, sus etnias, su clima agobiante, y su destino. Pronto la melodía se volverá monocorde, austera, sencilla y monótona como las mentes de los que acechan en las esquinas siguiéndome.

2

De las memorias de Orestes,
prefecto augustal de Egipto a finales del siglo IV

... Alejandría es calor, mucha luz y gente, ingentes cantidades de judíos, egipcios, griegos, romanos, persas y muchos otros deambulando por sus calles. Y también el puerto, el enorme puerto doble separado por el Heptastadion, donde miles de bajeles de todos los rincones del mundo arriban para cargar y descargar sus mercancías. Presidiéndolo todo, la majestuosa torre sobre la isla de Faros. Es una de las grandes maravillas del mundo, aún más grande de lo que nadie podría imaginar antes de verla, una inmensa cumbre sobre la que arde un fuego por la noche y se mueve un espejo por el día para que los navegantes no embarranquen en esta costa sin referencias. Aquí nadie engaña a los barcos para atraerlos a las rompientes y robar el naufragio; ningún fuego puede competir con el de la torre.

... Los niños, Marco y Aurelia, están a gusto, se adaptan enseguida. No tanto Arcadia, que no ha dicho una sola palabra tras abandonar tantas cosas amadas en aquella costa del norte donde teníamos nuestro hogar.

El palacio que ahora ocupamos es enorme; mucho de él está abandonado, sin cuidar, el resto lo mantienen doscientos esclavos egipcios que trabajan con la espalda al sol sin dar nunca muestras de estar afectados por este calor salvaje. Curioso pueblo el de Alejandría. La mayor urbe después de Roma y Constantinopla, lugar donde el saber y el comercio han brillado tanto o más que en la propia ciudad inmortal y donde también se pueden encontrar los peores excrementos humanos del Imperio.

... Claro que hay problemas. Como prefecto soy la máxima autoridad, el representante del emperador Teodosio, pero eso en esta tierra de dioses antiguos casi no es nada. Los egipcios aún son herederos de aquéllos que

construyeron las pirámides y aun tras más de siete siglos de sometimiento a griegos y romanos, de vejaciones —antes ni siquiera podían dormir dentro de los muros de la ciudad—, no han perdido su carácter, sólo lo han adaptado a los tiempos. Los judíos, encerrados en su barrio y fuertemente endogámicos, son una fuerza considerable, si no militar, sí económica y social. Compitiendo con todos ellos pujan los cristianos. No están caracterizados por una raza, sí por una clase social, la más baja. Allá donde hubo esclavos clamando por ser libres, nació una iglesia. La fe crece, y con ella el poder de la curia. No dejan de recitar que su reino no es de este mundo y con eso aspiran a tener más poder que el emperador.

Y por último están los griegos, los restos de la aristocracia heredera de Alejandro, que aún mantienen templos, aún atesoran los exiguos restos de la gran Biblioteca y el espléndido templo cubierto de mármol y oro llamado Serapeo. Su tiempo claramente ha pasado, pero no por eso dejan de ser los magníficos descendientes de una tradición que ha durado siglos.

... Ya me advirtieron del carácter conflictivo de la ciudad: cristianos, judíos, paganos, delincuentes, comerciantes enriquecidos, filósofos, sacerdotes, artesanos, legionarios, agitadores, ladrones, santos, putas, todos juntos; lo raro sería que no hubiera conflictos, son ya una tradición más de la ciudad. Eusebio de Cesarea menciona algaradas entre cristianos y no cristianos, judíos y paganos ya en el año 1000 de la fundación de Roma. Los no cristianos habían participado en las luchas por y en contra de Atanasio en 1094 y 1109 Ab Urbe Condita. En 1116 el patriarca Jorge fue asesinado como respuesta a actos repetidos de manifiesto escándalo, insulto y pillaje de los tesoros más sagrados de la ciudad, tal y como declararon en las crónicas de la época. No envidio la tarea de mi predecesor: ser nombrado prefecto de Alejandría ha sido un gran honor, pero también constituye una pesada carga.

Leí a Cesareo y a otros nada más llegar, pero no me habría hecho falta: la tensión se puede palpar tan sólo caminado por las calles. Hay cuentas pendientes entre unos y otros, actos de sangre, venganzas. No me lo había imaginado así; es como vivir en el centro de una pila de leña resinosa mientras tus vecinos más rencorosos se pasean con antorchas por los alrededores. Incluso entre los soldados romanos y los mercenarios manu militan, el encono, la indisciplina y la violencia son habituales. Ellos son también cristianos o paganos, o adoradores de Mitra o de Isis y, aunque han venido de todos los rincones del Imperio, tras unos años en Alejandría es fácil que adopten los odios y las pasiones de los locales. Es triste, pero han pasado ya los tiempos de la vieja república, cuando era inconcebible que un culto pudiera plantear pleito a los otros y someterlos. A eso parecen abocados los tiempos presentes con Teodosio alentando cada día más a los cristianos. Fue en 1134 AUC cuando la religión cristiana se hizo también imperial...

... Tras cinco años en Alejandría, el cargo aún me produce malos sueños. Siento que conduzco un caballo que no obedece a bocado, que llevo un carro que está destinado a volcar en la primera curva del circo. Esta ciudad populosa, fértil, intensa, ha sido bendecida y maldecida a la vez por muchos dioses, y todos parecen querer su ración de sangre.

3

Carta a Teófilo, patriarca de Alejandría

Para alguien que nunca ha vivido lejos de la civilización, del Imperio, llegar a la montaña de Nitria supone cambiar tumulto por silencio, confusión por calma, ciudad por naturaleza desnuda. La montaña es una acumulación de escombros blanquecinos que se tuestan bajo un sol inmisericorde. Al pie de la montaña hay muchas cuevas y barrancos en sombra donde crecen algunas hierbas y palmeras regadas por pozos de un agua blancuzca y envenenada. Los habitantes del desierto dicen de Nitria que es un oasis aún peor que el propio desierto. Para llegar allí, hay que dejar atrás las fértiles vertientes regadas por las crecidas del Nilo, abandonar los bosques de juncos, las charcas pobladas de ibis, abundantes en peces y en grandes animales, hay que olvidar la tierra húmeda y cubierta de hierba, los inmensos trigales que cubren hasta el horizonte. Todo ello debe pasar de la realidad de los sentidos a la memoria y luego ser olvidado para poder abarcar la enorme dimensión de la desolación que cubre las piedras de este territorio.

Bien sabes, tío, que dejé la ciudad en contra de tu voluntad. Quizá creas que mi misión está allí, ayudándote en las controversias contra los enemigos de la Iglesia. No he olvidado las maniobras herejes de Nestorio. Al saberme solo en este inmenso territorio, destinado a una vida ascética, mi cuerpo mortal tembló de miedo y tan sólo con el ejercicio de mi voluntad pude dominarme. Ese miedo, ese terror, era también, ahora lo sé, el que me impedía dormir toda la noche en Alejandría, el que quitaba acero a mis homilías, el que, subrepticio, se introducía, cual sierpe ponzoñosa, en el mismo centro de mi fe. Ahora sé que sólo aquí, donde no hay nada, puedo ir a buscar el mismo centro de ese temor, encontrar las raíces donde se asienta y destruirlo para hacerme más fuerte, ser mejor servidor de la Iglesia y de su sacro apostolado.

Por vivir en el centro de mi propio terror, luchar contra él y hacerme más fuerte en el proceso, voy comprendiendo cuán fácil es entender las complejidades teológicas que en otro tiempo me afligían, y cuánto he de admirarte, tío, por tu capacidad preclara de entender y hacer tuyas las

escrituras. Ahora la discrepancia postulada por Orígenes me parece falaz; veo lo absurdo de afirmar que el Logos es Theos y, en cambio, el Padre es Ho Theos.

Aquí, en el desierto, el aire tiene la cualidad del fuego que comparte con la tierra. Cuando llevas unas jornadas viviendo en las cuevas, comprendes que la ausencia de luz es la ausencia de todo, que no hay categorías en lo que falta: falta luz, falta calor, falta vida, falta Dios. Por tanto aquello que defendían los origenistas es falso, es herejía y abomina de la razón y la fe, ahora lo sé y ahora me arrepiento de haber defendido la postura opuesta. Juan de Jerusalén primero y Juan Crisóstomo después argumentaron con palabras duras que fueron acalladas con otras más duras aún. Aquella disputa en el seno de la Iglesia me llenó de espanto, pero comprendo al fin que no podía ser de otra manera: el incorporeísmo de Dios es herejía y debe ser erradicado.

He de mencionarte que aquí, en el desierto, aún pueden encontrarse defensores de tal doctrina y como fiel miembro de la Iglesia te lo comunico. Poco se habla en el desierto, pero quien tiene ojos ve, y quien tiene oídos, oye. Hace ya una semana que supe de una cueva, situada alta sobre un acantilado de piedra blanca, donde muchos suben y tardan en bajar y de donde nunca baja nadie que no sean los eremitas que han subido antes. Una tarde en la que el sol había castigado tanto la tierra que ésta humeaba y quemaba los pies, aun protegidos por el cuero de las sandalias, me encontraba en las cercanías de la cueva, buscando algunas hierbas para purgar el estómago, que me dolía por el ayuno y al que sólo libro de dolores de ese modo. Entendí entonces que era la oportunidad que Dios me daba para acceder a la cueva sin testigo alguno. A pesar de que la hora no aconsejaba ninguna escalada, subí entre peñascos que amenazaban con soltarse y caer rodando llevándome a mí encima. Tras muchas fatigas llegué a la boca de la cueva, que se puede reconocer porque tiene todo el umbral negro del humo y contrasta grandemente con la blancura de la piedra del barranco al que se abre. Allí, en la boca de la cueva, protegidos por la sombra del umbral, encontré a cuatro hombres de piel desgastada y pálida, cuatro ascetas entregados a la oración a los que servían una muchacha y un muchacho. Comprendí al instante que se trataba de los buscados polemistas Dióscoro, Amón, Eusebio y Eutimio, los cuales se escondían en esa cueva huyendo de tu justa ira contra la doctrina equívoca que ellos, junto a Orígenes y Juan Crisóstomo, profesan.

Me descolgué de nuevo por el frontal del barranco, procurando no hacer ruido, y regresé a mi cueva, donde tengo el pequeño escritorio y los rollos de papiro que uso para escribir las cartas que te envío. Sirva ésta que tienes en tus manos como prenda de paz entre nosotros. Abraza la ortodoxia, acepto la bendición que el Sínodo de la Encina aprobó para todos nosotros. Ciertamente es, por tanto, que dichos herejes han sido localizados y, si una cohorte los capturase, no faltaría un testigo de las aberraciones que sus mentes confundidas por Dios, enajenadas por la lejanía de la santidad y la verdad, cometían en las interioridades de aquella cueva, de boca negra como el infierno, en los dulces

cuerpos de sus jóvenes sirvientes.

Ruego que me ilumines con tu bendición, y continúo orando en silencio, esperando tu perdón por mi ceguera, de la cual Dios me ha librado en el desierto para que pueda al fin ver en toda su extensión su gloria, que crece y se alimenta de todos nosotros.

Cirilo de Alejandría, en su retiro de Nitria

4

Si me detengo, las finas sandalias me permiten percibir en la planta del pie los adoquines de la Vía Canópica, la gran avenida a la que se abren los palacios y templos más suntuosos que el mundo ha visto. La he recorrido muchas veces: líneas rectas, grandes columnas pintadas en tonos negros, rojos oscuros, adornos vegetales y formas animales que mezclan lo egipcio y lo griego de un modo que termina por ser armonioso. Sin embargo, cosas de la mente, desde el primer día que pisé sus piedras irregulares lo que me llenó de extrañeza, el simple hecho que me hizo darme cuenta de que había viajado a otro tiempo, fue ese tacto en los pies, esas irregularidades en la colocación de los adoquines tan diferentes de las carreteras de suave asfalto. Por supuesto que había estado en ciudades donde había mucho adoquinado, incluso peor ejecutado que el que cubre las calles de Alejandría, pero siempre terminabas topándote con el asfalto y el cemento. No hay asfalto ni cemento en Alejandría. De lejos, los edificios pueden hasta parecerse a las enormes moles de los del siglo XXI, pero en cuanto te acercas puedes ver el adobe, la piedra, el mármol, nada de vigas de cemento armado, ni curvas de sustentación posibles sólo por los materiales modernos. Y eso en los edificios importantes, los templos y palacios. En las casas de los ciudadanos comunes hay madera, barro, tejas mal cocidas, muros pintados de colores llamativos, terrazas planas, manzanas de ínsulas frágiles y destartaladas donde sólo algunas zonas del suelo están cubiertas de baldosas de barro cocido y, en algunos casos excepcionales, cerámica pintada.

Mis pies, sin intervención de mi voluntad, me llevan hacia el este. No soy una figura inhabitual, una mujer sola y cubierta. Muchos me identificarían como una criada, alguien que podría salir sin escolta ni silla de mano. Algunos otros, más perspicaces, verían el reborde decorado de la túnica y el palio, impropios de una criada, y dirían que soy una filósofa, una excéntrica camino de impartir una lección o de visitar a su maestro.

Cualquiera de ellos erraría en la apreciación: lo que soy no está dentro de sus posibilidades de comprensión. Su vida, su mente, han sido creadas y moldeadas por su tiempo, por el sol de Alejandría, las brumas marinas, las tormentas de polvo del desierto, la vida sin médicos, los dolores sin paliativos, la justicia de los antiguos. Yo estoy construida de tiempo; mi memoria es un

amasijo de vidrios rotos, de nexos inconexos que luchan por anudarse, por tejer un tapiz irregular, defectuoso, en el que está Egipto, pero también hay agua, rostros, conversaciones, largas jornadas de estudio, la mansión escocesa al lado de un mar empeñado en conquistar la tierra. También soledad, noches de invierno, un mundo sin calor, lleno de aristas de metal oxidado, que se desangra sin remedio en una noche artificial, llena de plástico, manchada de sangre coagulada y falta de futuro. Oscuridad, he soñado muchas veces con esa ausencia de luz prolongada que deviene de un cielo permanentemente cubierto, que remueve un viento frío y constante, cargado de sal; mi infancia y mi adolescencia son largas astillas de un metal frío y corroído que no quieren salir de mi pecho.

Sigo caminando; quedan horas de luz, pero no quiero llegar tarde a mi cita. Levanto la vista del suelo empedrado para encontrar el camino. Aun bajo el palio, caen los rayos inclinados del sol colándose bajo la tela, mordiendo mi piel demasiado blanca, deslumbrándome. No mucho tiempo atrás, en Escocia, el sol era un bien preciado. En cuanto las sempiternas nubes desaparecían del cielo, decenas de científicos y académicos, casi anémicos por falta de luz, salían a los jardines de la casa y casi se desnudaban sobre el césped, con prisa, antes de que las nubes y la humedad volvieran al territorio que les es propio desde tanto tiempo atrás. Aquellas escenas no me llamaron la atención, aunque nunca participé en ese frenesí solar. Me crié en el clima frío del norte de Europa, sin saber que la luz puede ser casi una lluvia abrasadora sobre la piel; tiempos de luz escasa, de nieve y soledad. Quizá de todas las noches de tormenta, de las largas semanas de lluvia continua, de todos los días ventosos y desapacibles resta tan sólo el recuerdo amable de la cena final del proyecto Cronos. Aun caminando en medio de la calima, esquivando vendedores ambulantes y grandes bostas de caballo amontonadas contra las aceras, veo cómo el viento golpea con puños blandos los cristales de las ventanas en la mansión eduardiana. En el interior, del que voluntariamente se ha excluido la electricidad, las velas apenas bastan para alumbrar las paredes, los tapices, las maderas añosas de suelos y muebles. La casa es un seco fruto de la piedra y del tiempo, crece como un tumor cavernoso en el interior de un inmenso árbol que hubiese nacido del brezo y el granito en los páramos y estuviese ya muerto, hueco y habitado de insectos industrioses. Me rodean muchas caras conocidas, pululando, interesándose, preguntando. Siempre incómoda entre la gente, vuelvo a sentir la necesidad de huir, de refugiarme en la soledad. Me domino; no puedo abandonarlo todo justo antes de lograr ese milagro que el profesor Stewart nos había prometido. Así que sonrío, sentada a una de las largas mesas cubiertas de lino blanco, plata y porcelana, intentando dominar mi agorafobia.

—Marta, ¿no tomas tu sopa? —La voz es un susurro de arena y viento. Ahmed también está ahí, pequeño y cetrino, de ojos muy negros y serenos, siempre amable, siempre taciturno. Era, o había sido, catedrático de Historia Islámica en la Universidad de Bagdad.

—Apenas tengo hambre, Ahmed.

—A mí me pasa igual.

—¿Qué harás cuando llegues a tu destino? ¿Lo tienes todo planificado? — Ahmed depositó la cuchara de plata sobre el mantel, perfectamente perpendicular al borde de la mesa.

—Sí, casi todo. No se conoce mucho de ese periodo, no quedan registros históricos de los tiempos anteriores a Mahoma, pero tendré tiempo para localizar la información que busco.

—Pues... Si quieres que te diga la verdad, yo no tengo miedo de ir, sino de volver... Imagina que algo funciona mal, el túnel se cierra y...

—Ya decía un sabio que el verdadero viaje es el regreso. —Ahmed calló. Era de esas personas que no parecen necesitar llenar los silencios. Me miraba directamente, como si no hubiese nada entre sus pupilas y el centro de mis pensamientos. Siempre me turbaba esa mirada limpia y despiadada—. Y tú, ¿estás preparada?

—Bueno... eh... sí, creo que sí. —Odiaba mi timidez, la inseguridad de no saber dónde posar la vista, la lengua derivando por océanos de palabras sin saber cuál escoger.

Nos callamos. Levanté la vista para dejar de estar expuesta a su mirada. A lo largo de la gran sala había cenando ciento veinte personas, ninguna demasiado joven, ninguna excesivamente mayor. Ahmed volvió a preguntar. Dejé vagar la vista por la masa de personas que, ya a los postres, bebían, reían, se levantaban para ir a saludar a otros comensales, bromeaban, discutían. Un poco a nuestra derecha, en la misma mesa, había dos especialistas en los tiempos de Harald Hardrada que elevaban la voz por encima del murmullo general.

— La *Heimskringla* no puede ser tomada de modo literal, te lo he dicho ya muchas veces. El viejo Snorri era como todos los bardos antiguos, un especialista en imagen pagado por la monarquía. Allí sólo están reseñados los hechos favorables, las batallas que ganó, que fueron muchas, sí, o aquéllas que perdió y fueron tan importantes que no podían ser ocultadas.

—Precisamente, si en Siria fue derrotado por aldeanos poco menos que armados con piedras, no lo iba a poner en la saga, claro.

—Sí lo incluyó, pero la derrota está contada en clave fantástica.

Dos comensales más allá de donde nos habíamos sentado, cenaba una mujer que me doblaba la edad. Escribía en una servilleta largas y complejas ristras de ecuaciones. De vez en cuando se detenía y apoyaba el mentón sobre la mano mientras la vista se le perdía en los manteles cubiertos de copas, botellas, fuentes y cubiertos sucios donde momentos antes se habían servido los cuatro platos de la cena de gala. La conocía de verla esperar en la puerta del despacho de Stewart, siempre con una libreta de tapas azules en las manos, siempre sola y con mirada ausente. Sabía que era Silvia Skeponis, premio Nobel de Física, una celebridad, según decían todos, a la altura de Einstein, pero que carecía de la

afabilidad de éste. Años atrás había sido juzgada por agredir a un fotógrafo de prensa.

Algo me impulsó a levantarme y sentarme frente a ella. Me incliné hacia adelante, reuniendo valor, intentando llamar su atención, sonriendo. La física continuó trabajando en las ecuaciones, aislada del ruido, el humo, las risas y las muchas polémicas que se extendían como focos de incendio en un monte cubierto de pasto seco. Tras cinco minutos de escribir, tachar, repensar y volver a escribir, al fin pareció darse cuenta de que había alguien observándola. Levantó la vista. Tenía unos ojos pequeños, escondidos en muchos pliegues de piel cansada. No era muy mayor, pero tenía la faz ajada y curtida de un marinero, la misma mirada en sus pequeñas pupilas huidizas del que está acostumbrado a amplios horizontes.

No sonrió, no cambió la expresión, tan sólo me miró. Traté de controlar mi rubor sin, por supuesto, conseguirlo.

—Buenas... noches, yo... quería...

—¿Hablar conmigo? —Tenía una voz grave, las ruinas de un tono destruido por el tabaco o por muchas laringitis—. ¿Quizá entablar una amistad? ¿Crees que porque tú también estás sola y tienes dificultades de relación, me sucede a mí lo mismo? Mi soledad es voluntaria, no deseo la compañía de nadie. En cuanto esto termine y mis teorías se demuestren o no, volveré a mi casa, a seguir con mi vida, y las gentes con las que he cohabitado en estos años serán un recuerdo sin importancia, como las tormentas, el mar del Norte o el sonido del viento pujando contra los cristales. Esto es lo único que cuenta. —La física señaló con un dedo amarillento por la nicotina el cuaderno de tapas azules. Luego bajó la vista y continuó trabajando.

Deseé por unos instantes tomar aquel cuaderno y desmenuzarlo hoja por hoja, destruirlo concienzudamente hasta que no quedase nada de él, nada de esa mirada de ojos que no poseían afecto, en los que no cabía esperar ni odio ni consuelo. Me habría gustado agarrar a aquella mujer por los hombros y gritarle que estaba muerta, que no era más que un espantapájaros relleno de paja y cristal, como lo había sido mi madre, que tenía los mismos ojos incapaces de mirar nada que no fuera la realidad desnuda. Sin embargo, temblando de rabia, me levanté y volví a mi puesto en la mesa, al lado de Toshiro, Ahmed y los otros, lejos de los valles de frías cenizas que rodeaban a aquella mujer.

Tras los postres, tras el obligado discurso de Stewart, surgieron guitarras, panderetas, flautas, laúdes y voces entusiastas. Seguía alterada; las palabras de la física me habían enfurecido, me habían dolido. Noté el ardor del baile quemarme por dentro. Creció la necesidad de salir al hueco abierto entre las mesas y bailar, sentir manos que me agarrasen, de girar con la música y llegar exhausta a la cercanía de unos labios tentadores. Todo aquello se me fue abriendo paso desde un pozo interior que yo creía seco y agotado. A la vez, notaba fraguar el cemento que atrapaba mis músculos, que me impedía siquiera intentar moverme de la silla. Había pasado otras veces: plena de intensidad, de

deseo, de curiosidad invencible, había quedado atrapada en el cepo de una vergüenza que ardía en la piel y me obligaba a la huida, al llanto y a la frustración. Aquella vez, por lo menos, no salí corriendo, aguanté al margen muriendo de deseo. Quería no ser más una niña rara, una niña que no juega, no baila, no ama; pero, una vez más, no lo conseguí.

Aquel instante pasó, el tiempo se quemó y desapareció en cenizas doradas. También mi tiempo está pasando, se consume un día más en la ciudad de Alejandría al borde de un mar Mediterráneo que ha visto y verá otras muchas tardes similares, pero no iguales. Seguro que nunca antes he visto volar las gaviotas como las veo ahora, por encima del atrio, o escuchado a los comerciantes vocear graciosamente sus productos. Son tesoros de la memoria que no se pueden acumular, que no se pueden elegir, pedazos de esa joya enorme que nunca podré sentir completa.

He olvidado mucho de aquella noche, y sin embargo recuerdo el discurso con el que Stewart interrumpió la música. Habló del tiempo. Ésa era su obsesión, vencer al viejo Cronos. Stewart se parecía un poco a ese dios oscuro y loco: la barba desaliñada y enorme, la mirada brillante, la boca grande y llena de dientes desparejos y amarillentos. No insistió en la teoría del transporte temporal, que nunca he entendido del todo. Sus palabras fueron de desafío y entusiasmo. No era para menos: íbamos a romper las leyes del viejo dios horadando un túnel clandestino bajo el mismo sustrato del universo. A Stewart alguien le llamó una vez Prometeo y se quedó muy corto. Éste sólo nos dio el fuego; Stewart nos entregó el tiempo. Quizá por eso también hubo un momento en el que lo amé, sentada en aquella silla que ardía, anclada a mi timidez, esclava de mi pasado, esperando la liberación de mi futuro.

5

Carta a Teófilo, patriarca de Alejandría

Sé, porque me lo contó después el decurión, que cuando el manípulo de caballería llegó a las inmediaciones de la montaña, dejaron a un lado las fanfarrias y tambores, pusieron a la espalda las lorigas, envueltas en lino para que no hicieran ruido, dejaron atrás los caballos y recorrieron la última milla hasta la montaña en el silencio de piedras frías de la madrugada. Llegaron hasta el barranco cubriendo todas las vías de escape posibles desde aquellas alturas inclementes, que son bien pocas. Al rayar el alba, ya escalaban las rocas de la base vestidos tan sólo con mandiles de cuero, sin tahalíes, ni escudos, brazaletes o casco de bronce, las espadas bien atadas al cuerpo. Llegaron en silencio a la boca de la cueva manchada de negro, y allí los cuatro herejes fueron capturados cuando aún las nieblas del sueño les cubrían los ojos con un velo de legañas. Protestaron, preguntaron y tan sólo recibieron esparto por respuesta.

Cuando todos los ermitaños nos asomamos al borde de nuestros refugios, alarmados por las voces y los ruidos de hombres y bestias, ya la cohorte montaba en sus caballos, relucientes por el sudor que los cubría, y se preparaban para caminar de vuelta. Los cuatro Hermanos Largos, Dióscoro, Amón, Eusebio y Eutimio, eran ya presos.

Subí entonces hasta la cueva que habitaban. Al principio, en la boca de su morada no hallé sino los útiles que nos son comunes a los cenobitas que vivimos en Nitria: esteras tejidas con pita, vasijas de barro tapadas con piel de cabra tensa, lechos de ramas, alguna cobija de pellejo de oveja, algún cazo. Luego encontré, en una estantería horadada en la pared, libros santos, evangelios, rollos de cartas que los hermanos se escribían con Juan Crisóstomo y otros herejes y que te mando acompañadas de esta carta como prueba de su herejía.

Luego caminé hasta las profundidades del antro donde vivían; ojalá no lo hubiera hecho. Allí encontré lo que yo no hubiera imaginado: huesos quemados de niños y mujeres en los que aún quedaban restos de carne medio mordida. Ascetas del diablo, enemigos de la fe y la verdad, no había ya apenas rastro de

sus jóvenes sirvientes, a los que habían devorado, víctimas de su horrible depravación. Aquéllos eran, sin duda, los restos de los holocaustos caníbales que estos hombres cometían en la impunidad del desierto. No dudo que podrían hallarse mayores muestras de horror; había escenas pintadas en las paredes de ocre en las que hombres y mujeres yacían con bestias en orgías que sólo pueden encontrar parangón en los horribles ritos paganos que por fortuna fueron prohibidos por el emperador.

Sirva esta carta como prueba incriminatoria ante cuestores, comisiones imperiales y cualquier otra forma de investigación que tenga a bien disponer el patriarca de Alejandría, a quien humildemente dirijo mi testimonio.

Cirilo de Alejandría, en su retiro de Nitria

6

Tengo que pararme a respirar, el calor me está venciendo. Tengo que sobreponerme, continuar. Tomar el aliento a la sombra unos minutos me hará bien.

Ya queda menos, se puede oler en el aire la excitación. Quizá lo explique el calor húmedo, las brumas de las marismas que a veces obligan a taparse la boca para poder respirar, el constante roce de griegos, egipcios, judíos, cristianos, paganos y romanos. No lo sé, pero lo huelo, lo veo en las miradas ansiosas, en los músculos tensos y mojados de sudor. Está por suceder.

Intento respirar hondo, pero hay un fondo de cristales rotos más allá del último aliento que no me deja llenar los pulmones por completo. Miedo, tristeza, soledad, pedazos de objetos bellos que yacen en el fondo, allá donde no puedo alcanzar para limpiar y sólo quedan los fragmentos de vidrios de colores que podrían haber construido un castillo de cristal, un bello jarrón, un vaso estilizado y alto lleno de champán con el que mi memoria estaría satisfecha. Sin embargo, allí sólo yacen la niña triste cercada de cristales afilados, que está dentro de la adolescente, dentro de la joven catedrática y dentro de la mujer que camina por la Alejandría del siglo IV y recuerda. Todas permanecen ahí, talladas en dolor y alegría, hablando y pensando a la vez, supeditadas a la realidad última, a la capa exterior requemada por la vida, sabia y dolorida, vieja y harta, pero tan sólida que es capaz de rememorar sin error a la niña que miraba por la ventana de su cuarto hacia las alambradas oxidadas por la lluvia, el paisaje desolado de una ciudad en guerra permanente.

La niña no se preguntaba por qué hacía falta separar los barrios por altas alambradas electrificadas, no sabía de odios entre los vecinos. Su madre no le permitía explorar ese ecosistema urbano, integrarse en aquellas pandillas de niños y jóvenes que hacían fortalezas de parques y callejones y reproducían las luchas de sus padres y hermanos con palos y piedras. No, ella existía como una flor de interior que apenas pisaba la calle, que ni siquiera acudía a la pantomima que llamaban enseñanza. Y casi era mejor así, porque había descubierto que las otras niñas y niños no eran como ella: no leían a Catón desde los diez años, ni hablaban en griego clásico a los doce. Los otros eran raros, incomprensibles. Se reunían y jugaban y celebraban sus cumpleaños a

gritos ensordecedores, reían, lloraban... y, sobre todo, ellos tenían padres: hombres grandes, sólidos, que unas veces le daban miedo, y otras le atraían con una fuerza mayor de la que podía soportar. En su casa sólo había una figura: su madre, una presencia que, como el cielo o la luz, no se cuestionaba. No había habido nada antes, no habría nada después. Llenaba su vida, sus tareas, sus lecturas, hasta sus pensamientos, para lograr que ese esqueje diminuto nacido de su vientre floreciese en un éxtasis de éxito académico, el mismo que le había sido negado a ella. A veces, sólo a veces, la niña Marta miraba por la ventana a la lluvia o al sol del barrio amurallado y sentía que se asfixiaba, que necesitaba mojarse en la lluvia, saltar interminablemente, correr hasta que el corazón le estallase.

Yo, la Marta vestida de lino, aun medio cegada por el sol del atardecer de Egipto, miro hacia el pasado, que es el futuro de este mundo, y lo veo todo con claridad. Y no por eso dejo de amar a la niña, de compadecerla y de entender por qué, tras la muerte de su madre, siguió estudiando enconadamente, desentendiéndose cada vez más del mundo. Mi madre no había creído necesario educar aquella parte de mi humanidad, y eso lo he perdido para siempre. Sospecho que ella misma se había negado a admitirse plena de deseos y necesidades, de afectos. La recuerdo con un gesto de perpetua seriedad esculpido en la carne, la línea fina y apretada de una boca inflexible, guiada por invisibles engranajes interiores que no sabían de consideraciones al margen de una extrema razón práctica. No conocí su historia, nunca me la contó. Se murió el mismo día que conseguía la plaza de titular en la Universidad Libre de Ginebra. Creo que muchas de las lágrimas que vertí en su entierro eran de rabia, no de pena. El mundo aún era enorme, lleno de cosas que no comprendía, a las que temía; y a aquel ataúd negro y siniestro, quizá lleno de engranajes y mecanismos congelados, herrumbrados e inflexibles, nunca podría pedirle ninguna explicación, ninguna guía.

Dos meses después de su muerte, cuando ya habían comenzado las clases, aún no había deshecho la maleta que había traído desde el apartamento donde habíamos vivido juntas. En tan sólo una semana de actividad frenética había empaquetado todas las pertenencias de mi madre en pulcras bolsas de plástico color azul. Ropa, libros, documentación, fotografías, objetos cotidianos, todo lo que ella había tocado con sus manos, con su cuerpo, con sus labios, había sido catalogado minuciosamente y empaquetado. Luego había llamado a un trapero y le había dicho que se llevase todos los paquetes azules, del primero al último, sin abrirlos y sin pedir nada a cambio. El hombre había iniciado una breve protesta, había ofrecido una miseria, a la que renuncié con un gesto de la cabeza. Después anulé el contrato de alquiler y abandoné el piso, el barrio lleno de verjas y coches convertidos en chatarra y conduje mi viejo Volvo hasta los amplios terrenos de la universidad.

Durante muchos meses vestí la poca ropa que me compraba para sustituir la que se quedaba vieja: dos pares de zapatos, tres camisas, dos jerséis, una

falda de pana, dos pantalones de lana. En la maleta que había dejado arrumbada contra una pared en el salón del apartamento había más ropa, la que había comprado junto a mi madre en las austeras casas de moda de la zona noble de Ginebra: ropa negra, marrón, gris, de lana o de algodón para el verano. Los únicos libros que había conservado eran los que yo misma había elegido y comprado. La amplia biblioteca de clásicos, de monografías y manuales del mundo griego y romano, seguramente fue repartida en las librerías de viejo de toda la ciudad. Quizá algún estudioso habría disfrutado comprando por un buen precio el *Dizionario della civiltà classica*, de Ferrari, o *Die Abfahrt der Argonauten im Hylasidyll Theokrits* de Bernsdorff, auténticas joyas bibliográficas.

En ese tiempo de austeridad contaba con la biblioteca de la universidad para preparar las clases y para elaborar los largos y complejos artículos con los que llenaba las tardes de ocio, artículos en los que me esforzaba por desvelar lo que ahora veo, oigo, respiro.

Es hora de girar por este callejón y abandonar la Vía Canópica. Estoy en el barrio del comercio. Camino entre artesanos que extienden sobre los adoquines los productos de su arte: cuero, telas de lino teñido, herramientas, especias, vino, candelabros de bronce, copas, estatuas. Paso la mano sobre un Serapis de tamaño mediano, con sus largas barbas griegas y su perfil egipcio, una escultura destinada al pequeño templo de una casa modesta pero no pobre, quizá de un escribano público, un médico, un artesano de cierto renombre, hasta un filósofo menor, un mentor, un tutor de jóvenes. El tacto de la piedra tallada sin mucha precisión me trae un solo recuerdo, el áspero rozar de la mejilla contra el asfalto de la Rue des Rois, la cálida inundación que me mojaba la nuca de sangre, me empapaba el pelo, me manchaba la mejilla arrasada. Veo las luces rojas del coche que me ha atropellado unos metros más allá, la gente que grita, se acerca, el conductor que eleva las manos a la cabeza.

Luego me preguntaron por qué crucé, si el coche vino demasiado rápido y no lo vi, si estaba distraída por algo que sucedía por la calle. Alegué confusión, amnesia, shock, pero mentía: sabía por qué había dado aquel paso casi fatal, por qué no dudé, incluso sonreí, cuando la mole negra del Mercedes se me echó encima.

Sonrío ahora. Diecisiete siglos antes del atropello vuelvo a dar ese paso, a caminar hacia la mole negra del vehículo que ruge calle arriba. A diferencia de entonces, ahora no hay dolor, no hay silencio ni soledad, tan sólo un atardecer de olas negras hacia el que camino con calma.

7

Carta a Teófilo, patriarca de Alejandría

La vida que llevo en el desierto es sencilla, tal y como te he contado en mis cartas. Mis quehaceres abarcan lo mínimo para la supervivencia. La plegaria lo es todo. Me levanto antes del amanecer, salgo de las habitaciones cavadas en la roca y corro a recoger agua de los pozos de agua dulce, algunos a más de cinco millas de distancia, antes de que el sol haga imposible el viaje. No se pueden usar acémilas para el trabajo, ninguna sobreviviría al desierto, por lo tanto los eremitas cargamos los cántaros sobre la espalda. Después, sentado sobre la roca, oro hasta que el sol está a medio camino del cenit y la montaña deja de dar sombra. Es tiempo del desayuno, pan de centeno y leche de cabra. Después trabajo en las tareas indispensables —en el huerto, reparando esteras, limpiando de piedras la boca de la caverna— hasta que el calor se hace insoportable, entonces leo una y otra vez los textos sagrados hasta la hora de la comida. En el mediodía el aire arde y la luz lo inunda todo. El resplandor es tal que no se puede mirar afuera sin quedar cegado. Me acurruco profundo en la caverna y durante toda la tarde rezo, arrullado por el frescor del interior de la montaña. Es en esos largos momentos, repitiendo las palabras sagradas, cuando más consciente soy del don que se nos ha dado. La Palabra vuela sobre el desierto, presente en la soledad, desvelada por el sol abrasador. Allá donde no hay nada, el hálito divino está más presente que nunca. En medio de la plegaria, la desolación extrema del desierto se implanta en mí y florece en un vergel interior, un oasis donde beber las aguas de la sabiduría. Arde ahora en mitad de mi alma la idea de Dios omnipotente, del Dios que nos ama y nos salvará si no caemos en el pecado.

Sólo aquí he alcanzado esa iluminación que me rehuía en Constantinopla y en Alejandría, que se ahoga en las ciudades impías llenas de las distracciones de la carne y el espíritu. La comprensión de lo inabarcable, de cómo la fe, la confianza infinita y el sometimiento nos hacen libres, sólo puede encontrarse en un lugar como éste.

Hace ya más de un año que llegué a esta tierra, más de ocho meses desde

que los legionarios capturaron a los cuatro Hermanos Largos y fueron llevados a Alejandría para ser juzgados. Ahora pienso que quizá habría sido mejor dejarlos aquí, en compañía de la más pura nada, para que fuera la propia palabra de Dios la que les limpiase la mente y les clarificase el alma.

Mis ropas se han rasgado, mi pobreza no es extrema, es total. La soledad crece allá donde nada más puede crecer. A veces, me asomo a la boca de mi cueva y creo ver un vergel de formas, columnas de fuego, árboles de luz, rocas que se elevan y danzan en el mediodía implacable. Es quizá éste el sitio más bello y más puro del mundo, el lugar donde el alma humana primero adelgaza de banalidades, estilizada por el ayuno y la austeridad; lejos de cualquier forma de adorno, cualquier concesión al vicio, al ocio, al disfrute estético, al gozo fraternal, erótico, resulta iluminada por una luz tan potente que sólo puede ser divina: la luz de Dios nos traspasa y nos llena de su gloria.

Aquí no tengo nada y en realidad lo tengo todo, y aun así, no puedo vanagloriarme de ello, ya que también tengo la sabiduría y la humildad. Termino esta carta ahora que el sol cae sobre los montes mellados, cubiertos de remolinos de polvo que los vientos del atardecer levantan y arrojan contra nosotros. A veces esos mismos disturbios del viento, en los que los antiguos veían pequeños demonios o dioses, se unen y se forma una tormenta de polvo seco que cubre el cielo y dura semanas. Ni siquiera los meteoros son un inconveniente: a más penuria, más regocijo interior, más riqueza, más iluminación y sabiduría. Cuando terminan las tormentas, todos los cenobitas, vestidos con harapos negros, que son las mejores vestiduras para los rigores del desierto, salen de sus cuevas, de los agujeros en el suelo. Saben que el polvo al retirarse inflama el horizonte al caer el sol. Ahora, mientras escribo esto, en el cielo hay mil colores, mil tonos de ocre y dorado como ningún artesano humano ha podido ni podrá conseguir, en sus vanos intentos de imitar la tarea de Dios. Vivimos en el más bello templo y ni siquiera ha hecho falta construirlo: Dios nos lo ha regalado para que lo adoremos.

Querido tío: sé que tus deberes para con la Iglesia son numerosos, que tu función está en Alejandría; tan sólo te pido que consideres, cuando la edad te llame al descanso, venir a nuestra compañía, a recibir aquí la iluminación y la bendición de la sed, el calor, la luz de Dios y la llama de la fe clara y limpia tal como nosotros, los eremitas de Nitria, estamos recibiendo en el desierto blanco y pétreo que habitamos.

Cirilo de Alejandría, en su retiro de Nitria

8

Stewart fue mi salvador. Después del accidente habría podido morir vistiendo igual, petrificada en la misma actitud retraída, años y años dando clases y negándome a mantener siquiera una conversación no académica con compañeros o alumnos. ¿Miedo? Todo era miedo; el mundo abundaba en cosas que no entendía, que no existían en la Grecia de Platón, ni en la Macedonia de Alejandro, ni en la Roma de Augusto. También había miedo cuando aquel hombre barbado, vestido de tweed casi crudo, abrió la puerta de mi pequeño despacho en la universidad y, sin pedir permiso, se sentó frente a mí, mirándome con unos ojos de color miel que sonreían con cada aleteo de las pestañas.

—Discúlpeme, ¿quién es usted?

—Stewart Mac Gregor. —Lo miré durante unos segundos, casi convencida de no conocerlo, intuyendo que me equivocaba—. Sé que su campo académico está muy lejos del mío, pero quizá le suene la ceremonia de los Nobel de hace dos años.

Lo vi entonces, vestido de etiqueta, con la misma sonrisa enmarcada en similar barba pelirroja, subiendo al estrado en Suecia. Premio Nobel de Física junto a Silvia Skeponis.

—Señorita, le ruego algo de su tiempo. Si me lo permite, le voy a contar una historia que parece de cuento de hadas, pero que no lo es, no se asuste. —Aquel hombre, resuelto hasta resultar casi ofensivo, tenía unos cincuenta y cinco años, los ojos de sátiro amable y la sonrisa de encantador de serpientes. Hizo una pausa, se apoyó en la silla y desplegó unas manos largas y llenas de pecas que parecían fluir en el aire con la elegancia de gaviotas rabiosas—. Una tarde, cuando tenía veinticuatro años, paseaba por el jardín. Era verano y el aire zumbaba lleno de abejas, moscas y mosquitos. El sol los hacía brillar con fuerza, como si los insectos nadasen en un fluido espeso. Había estado empapado en física durante más de cinco años, desarrollando mi tesis doctoral. Créame, respiraba física por los poros de la piel. Sólo aquel verano comenzaron mis conocimientos a asentarse y a organizarse. No toqué un solo libro, me limité a pasear, a emborracharme con cerveza y a pasear, vagar por los páramos; se suponía que estaba de vacaciones. Y, de repente en aquel atardecer soleado, el

ver aquel fluido en el que volaban los insectos me dio una idea estúpida y genial a la vez. Imaginé el universo, el tiempo, el espacio, todo convertido en una larga serpiente de materia y energía. Eso no tiene nada de excepcional, ya Einstein consideró el tiempo como una dimensión más. Lo realmente sorprendente fue imaginar que vibraba moviéndose en dimensiones y tiempo diferentes a los nuestros. Lo vi agitarse casi delante de mi cara: el continuo espacio-tiempo no era un objeto estático, sino vivo, que podía cambiar. Estoy simplificando notablemente; junto a esa imagen también vi las líneas maestras que me iban a llevar a explicar matemáticamente aquella idea. Para demostrar mi intuición necesitaba saber más, desarrollar nuevas herramientas matemáticas, nuevos experimentos. Llevo treinta años detrás de aquella imagen, de aquella tarde inserta en un gel de verano. —Stewart sonrió y el cuarto pareció iluminarse—. Sólo le diré que al fin he conseguido lo que buscaba. Tengo la descripción matemática de cómo el universo fluye en el tiempo.

No entendí mucho, pero estaba fascinada por la vehemencia, la fuerza con que había descrito su descubrimiento. Creo que no adivinó el efecto que causaba en mí. Creyó que no lo entendía, y quizá por eso siguió insistiendo.

—Es un poco complejo, pero no se preocupe de las matemáticas. Vamos a las implicaciones de mi descubrimiento, que es lo que nos interesa. Apenas comencé a trabajar, vi adónde iba a llevarme todo aquello. Desde que heredé la fortuna de mis padres, muchas de las ganancias de mis industrias van a parar a la Fundación Cronos y han sido empleadas en estudiar y desarrollar todo esto de lo que le hablo, incluyendo ciertas implicaciones que no dudo encontrará fascinantes.

»Y es que la existencia de ese largo túnel en el que nuestro universo se desarrolla temporalmente obliga a que existan un número muy grande de túneles accesorios que se desenrollan paralelos al principal y dentro de los cuales el tiempo retrocede o avanza a diferentes ritmos. —Apenas me sorprendí, sólo sentí alivio. Era una tontería, una estupidez, me iba a proponer un trabajo para crear la Disneylandia del tiempo o algo así. Diría que sí. Iría tras esa tontería, esa imposibilidad maravillosa que había encantado a aquel hombre. Aún no había acabado de conocerle y ya le había convertido en el amor platónico de una adolescente de veinticinco años. Interpretó mal mi entusiasmo, me creyó convencida por sus teorías y no por su locura—. Hemos encontrado un subgrupo de esos túneles, los tau, que se pueden generar mediante una configuración especial de campos de energía negativa. Una vez creados, por ellos se puede viajar en el tiempo. Sólo hay que tener cuidado. El flujo temporal es una configuración vibratoria metaestable. Hay nodos taucrónicos a los que nada puede alterar, y otros donde una pequeña interferencia puede cambiar todo el continuo, pero el viaje es matemática y físicamente posible, mis cálculos lo demuestran.

La locura estalla una vez en la vida y hay que subirse en el frente de onda

de su explosión y surfear hasta donde te lleve, o bien dejar que pase por encima y dejar transcurrir el resto de la vida soñando con la persona que hubieras podido ser. Yo, subyugada por aquella sonrisa, me monté en la ola y todavía no me he bajado, continúo arriba, sintiendo el viento del tiempo soplar fuerte sobre mi piel, tanto que la quema. Puedo palpar el sustrato del universo, la vibración de ese largo túnel de tiempo que es la realidad.

Después de la breve explicación, Stewart se recostó en la silla, juntó las manos sobre el regazo y me miró tranquilamente. Asentí con la cabeza. Sonreía como no lo había hecho en años mientras sentía desaparecer las cobijas de cobardía, los lastres de un sueldo, un trabajo; el hastío de las solitarias tardes de invierno viendo nevar tras la ventana en el despacho, las clases en el aula revestida de madera, los claustros interminables, el tic-tac del enorme carillón Wassfhorf al pie de la escalera de piedra en el vestíbulo de la universidad...

Dije sí, sin palabras pero claramente. Luego las condiciones laborales, las promesas de reserva, los contratos, fueron meros trámites.

9

Carta a Teófilo, patriarca de Alejandría

La soledad del desierto es nuestro mayor tesoro. Somos los hermanos negros, nos vestimos con ropas oscuras, túnicas de lana de cabra que nos cubren hasta la cabeza y nos protegen del calor del día, del frío de la noche, de la aspereza de la piedra. Cuando llegué, aspiraba a la soledad de la oración y el rezo; así transcurrieron mis días y mis noches. Mis hermanos vivían como yo, encaramados en las rocas, en los eremitorios, orando y meditando sobre la palabra de Dios durante largas jornadas.

Largas jornadas transcurrieron así y constancia de ellas ha quedado en mis cartas, amado tío. Sin embargo, Dios nos envió una señal a los que vivimos en este desierto terrible. Una tarde, escuchamos pasos de caballerías resonar en el valle. Un grupo de hombres armados, cubiertos de túnicas y atavíos de cuero tachonado, caminaban sobre el polvo. Los dirigía un hombre negro de anchos hombros. Montaron un campamento en el valle y a la noche se escucharon voces, música; traían con ellos esclavas capturadas con las que se solazaron. También bebida y comida en abundancia. Durante tres días descansaron a la sombra de lonas, disfrutando del frescor de la noche y de los manjares que transportaban. Eran, sin duda, bandidos que habían desvalijado a viajeros y pequeñas ciudades en los oasis y que ahora disfrutaban de su botín. Vimos a aquellos pecadores ensuciar nuestro valle y no hicimos nada. Al tercer día levantaron el campamento y se marcharon.

Luego llegó el tiempo de la hambruna: las cabras murieron, ya que el agua de uno de los pozos se volvió ponzoñosa, los pequeños huertos se agotaron, no había alimañas que cazar; parecía que Dios nos ponía a prueba y así debía ser, pues hasta los frutos duros y nudosos de las plantas del desierto se volvieron escasos y los tubérculos ya no engordaban bajo tierra, sino que aparecían comidos de gusanos e insectos. Dios así lo quiso, y muchos hermanos murieron en los rigores de la temporada seca, cuando el sol tuesta la tierra durante días interminables en que el aire no se mueve y ni las sierpes y lagartos se aventuran a salir de sus madrigueras.

Una tarde, a la caída del sol, me encaramé en una piedra y comencé a hablar en voz alta, tal y como hacía en la iglesia de Santa Marta. Dios se adueñó de mi lengua y yo asistí al discurso que él me dictó. Allí dije que el gran mal que nos afligía había sido culpa nuestra, por ser débiles y no castigar al impío, que así se llenara el cielo de sangre de los que no son justos, que nosotros no habíamos defendido la fe y habíamos permitido que ladrones y asesinos paganos profanaran nuestro lugar de oración.

Sin comida, tan débiles que no podían ir por agua, algunos hermanos reclamaron ayuda a grandes gritos. Dios dijo que hay que amar al prójimo y así hicimos: los que más fuertes estábamos caminamos para llenar cántaros y los llevamos a las cuevas más espaciosas donde se reunían los hombres enfermos.

Muchos murieron a pesar del agua, de los cuidados, de las infusiones de hierbas y de la carne seca que algunos guardaban desde el invierno. Luego, una mañana, sopló una brisa suave que trajo nubes. El castigo se había terminado. Las nubes trajeron sombra y humedad: llovió durante una semana, las piedras se refrescaron, los huertos revivieron y algunas cabras salvajes se dejaron capturar y llenaron los rediles vacíos.

Dios nos hizo ver dos cosas: que la oración puede ser solitaria, pero que el hombre debe compartir su vida con otros para mayor alabanza de su obra, y que juntos, en un cenobio puro y sabio, nuestra fuerza en la defensa de la fe era mayor.

No hubo más hambruna, no más calor abrasador, crecieron las huertas, engordaron las cabras y no faltó leche ni caza para alimentarse con moderación y sabiduría. Tejimos lana, la teñimos, y todos pudieron cubrirse de negro. Arrancamos viejos y duros leños de plantas muertas y todos tuvimos cayados para caminar entre las rocas. Desollamos cabras y todos tuvimos pellizas para la noche y sandalias para nuestros pies.

Al cabo de varios meses, los bandidos volvieron. Eran casi los mismos, pero las mujeres y las caballerías eran otras. Igualmente hicieron acampada en nuestro suelo sagrado, y volvieron a oírse los dulces sonos de la música, los gritos de la pasión pecadora, los inflamados discursos que el vino implanta en el espíritu.

Nosotros escuchamos y esperamos y, cuando quedaban escasas horas para la madrugada, bajamos de las cuevas en silencio, con las túnicas cubriéndonos el rostro y los miembros, apoyándonos en nuestros gruesos bastones. Los bandidos roncaban, sus putas enroscadas lascivamente en sus cuerpos cubiertos de alhajas y finos tejidos robados. Dios nos dirigía. Los bastones subieron y bajaron: era madera nacida de la roca, endurecida por el sol y la sequía. Hendió las cabezas de los pecadores y sus barraganas. Aun antes de despertar ya habían sido castigados por sus pecados. Doce hombres y seis mujeres que tiramos a un canchal para que fueran comidos por las bestias. Matamos a las caballerías, curtimos el cuero, secamos la carne y quemamos los finos tejidos, los ricos instrumentos musicales, signo de riqueza, de ocio y paganismo. Tan

sólo guardamos las armas por si volvieran a ser de necesidad, y el oro para pagar la construcción de una pequeña capilla en la que honrar al Señor.

Cirilo de Alejandría, en su retiro de Nitria

10

La memoria juega con extrañas reglas. Veo a un Stewart múltiple, vestido con traje y corbata el día de aquella conversación, sucio y greñado tras el primer colapso del túnel taurónico, borracho y delirante tras el primer éxito, declamando los versos inventados de un Cyrano en pos de una Beatriz hecha de ecuaciones. Stewart en mi memoria es todo eso y más, pero sobre todo una frase, tallada con precisión en el aire, la frase que me dirigió cuando, mucho tiempo después de la primera entrevista, una tarde en que todo parecía salir mal, le pregunté si no era un empeño alocado todo ese asunto. «Señorita, cada uno vive en el infierno que elige», me dijo.

Ahora está ausente, como tantos otros de aquellos locos que convivimos en el páramo de Aberfeldy.

El discurso fue la última vez que vi aquella pasión de lava desatada flamear en sus palabras. A los postres se levantó y, golpeando una copa con una cucharilla, impuso el silencio. Durante un largo segundo sólo se escuchó el murmullo del viento soplando sobre el páramo. Luego su voz, potente y ronca, nos anunció lo que ya sabíamos: partiríamos a la mañana tras ajustar las grandes máquinas que mantenían el túnel taurónico estable. Olvidé las palabras, pero tengo fijado en el centro de la memoria el brillo atusado de su pelo, las facciones afiladas y los miembros cortos aleteando con furia. Estaba próximo a completar su gran proyecto, a alcanzar la gloria.

¿Y cuál había sido mi proyecto, mi gloria, mi motivación?

Tras la conversación con Stewart en mi despacho de la universidad, había renunciado a la tumba helada en que se había convertido mi vida académica y la había sustituido por la claridad deslumbrante de la visión del físico escocés. Mientras terminaba de cerrar los asuntos que me retenían en Ginebra, no dejaba de ver aquel túnel melífero, esa sustancia como ámbar en que Stewart había resuelto volcar su percepción del continuo espacio-tiempo. Permanecía hipnotizada por un universo donde el color, la intensidad, la pasión no eran excepciones, sino la regla.

Llegué a Aberfeldy a principios de septiembre. El tamaño de las inmensas posesiones de la familia Mac Gregor lograba disimular la acumulación de grúas y camiones, edificios a medio construir y cientos de personas vagando de aquí

para allá. Había un contagioso aire de fiesta en todo aquello que me recordó unas imágenes que había visto en la televisión de un concierto al aire libre: miles de jóvenes caminando sin rumbo por un campo despejado sobre el que obreros y maquinaria erigían las inmensas estructuras de soporte para el escenario y los focos.

El todoterreno que me había traído desde Inverness me abandonó junto a mi modesto equipaje en un claro terroso, a un par de cientos de metros de la mansión. Me habían dicho que preguntase por uno de los hombres encargados de los alojamientos. Con la maleta en la mano, no sabía hacia dónde moverme. Me aparté para dejar pasar a una excavadora que de otro modo hubiera tenido que esquivarme. Un helicóptero cruzó el cielo a muy baja altura. La luz del atardecer arrancó destellos del vidrio y el aluminio con el que estaba construido. La máquina aterrizó detrás de la mansión. Miré entonces en dirección al oeste. El sol bajaba a plomo sobre una masa de nubes que pendían más allá de las colinas, donde suponía que estaría el mar. Las estructuras metálicas, las chapas de los coches y las máquinas, los parabrisas, los remolques metálicos despedían destellos cegadores. Hasta el mismo aire parecía convertido en miel condensada, la misma sustancia mágica que había aprendido a identificar con la visión de Stewart.

Cuando el sol se terminó de hundir dentro de las nubes, inflamándolas de tonos morados, tomé la maleta y me acerqué a la casa. En el inmenso vestíbulo de la mansión me recibió una escultura en roca volcánica de Bastis, la diosa lunar con cabeza de gata del panteón egipcio. Era una talla notable, estilizada, maltratada por la edad en muchos puntos, pero completa y con todos sus atributos sagrados.

Di la vuelta a la escultura, que me superaba en altura, admirándola. En la base habían pegado una placa de latón grabado que decía en griego clásico: «Aquél que honre la noche honrará a Bastis en su templo del Serapeo de Alejandría», y luego en inglés: «Diosa Bastis, desenterrada en Alejandría en la campaña arqueológica de la Universidad de Turín, 1985». Aquello era lo que me había llamado la atención. A pesar de que la talla era claramente egipcia, tenía una postura, un aire, unas proporciones más parecidas a las de las estatuas griegas. La talla había pertenecido al Serapeo de Alejandría, destruido junto con la Biblioteca, el último bastión del saber antiguo. Recorrí la escultura apenas rozándola con los dedos, intentando absorber los muchos siglos que aquella roca había vivido como estatua, tan sólo una pequeña fracción de su existencia como mineral, hasta que un asistente me preguntó si necesitaba algo. Mi cuarto resultó ser una habitación abuhardillada, pequeña y muy cómoda, ubicada en el último piso de la mansión. Tenía una pequeña ventana orientada al este por la que entraba una brisa fresca, casi fría, cargada de olor a lavanda y a brezo.

Aquella noche, cuando entraba en el comedor para la cena, uno de los sirvientes me dijo que le acompañara. Tenía un sitio reservado en la mesa de

Stewart. Cuando llegué, hablaba con un par de hombres vestidos de traje y corbata. A su derecha tomaba sopa un hombre pequeño, atildado y de rasgos orientales.

—¡Ah!, señorita, bienvenida a nuestro pequeño proyecto. Permítame que le presente: MacArden y MacArden, de Edimburgo, son hermanos y abogados. Muy buenos, los mejores, diría yo. Y el señor Toshiro, recién llegado, como usted misma. Cuando tengo ocasión, que no es muy a menudo, me gusta dar la bienvenida a los nuevos. El señor Toshiro es especialista en el Japón del shogunato. Sus trabajos sobre el japonés antiguo lo han convertido en una eminencia.

El oriental inclinó la cabeza y me ofreció una mano que se me antojó incómoda, inadecuada.

—Mucho gusto.

—La señorita Marta Basenderf, a pesar de su juventud, es una reputada especialista en la historia de la transición del mundo antiguo al moderno, el final del Imperio romano y el comienzo de la Edad Media.

Como siempre me sucedía, me ruboricé, bajé la cabeza y comencé a tomar la sopa de pescado mientras Stewart continuaba su conversación con los abogados. A mi lado, Toshiro parecía tan tímido como yo, incapaz de romper el silencio de hierro que se extendía entre nosotros. Al llegar al postre, Stewart y los abogados, que apenas habían cenado y habían llenado su parte de la mesa con folios impresos y un portátil sobre el que tecleaban con frenesí, parecían haber acordado una estrategia. Ambos hermanos sonrieron y se disculparon, el helicóptero debía llevarles de vuelta a Inverness a tiempo de tomar un vuelo a Londres.

Sólo entonces Stewart terminó de cenar y se relajó lo suficiente como para que el cansancio lo alcanzase. Perdida la frenética energía de sus movimientos, envejeció diez años que se posaron, como un polvo amarillo, sobre las arrugas de los ojos, las pecas en la piel, y que incluso le obligaron a vacilar al coger un vaso de agua.

Todo aquello desapareció cuando Stewart, terminado el salmón, se limpió con la servilleta y se volvió hacia nosotros:

—¿Se ha acomodado ya? Pedí para usted una habitación sencilla pero cómoda.

—Sí, es perfecta, muy bonita. ¿Puedo hacerle una pregunta?

—Dígame.

—¿Cuándo voy a empezar? ¿Con quién voy a trabajar, cuál va a ser el objetivo de nuestro trabajo inmediato?

—No se preocupe, el grupo de trabajo de investigación histórica será de su agrado, son todos especialistas, los mejores en cada campo. En cuanto a las tareas, aún estamos definiéndolas. Sinceramente, esperábamos que ustedes nos orientaran. Lo mejor sería hacer una serie de preguntas y dejarlas caer sobre sus mesas de trabajo: ¿qué épocas visitar?, ¿qué ropa llevar?, ¿qué lengua hablar?,

¿cómo ocultarse y no destacar?

—Se me ocurre...

—Sí, señor Toshiro.

—Si la máquina, digamos, va a funcionar...

—¿Sí?

—Entonces los viajes al pasado ya se han producido. Debería haber huellas, algo podría haber llegado a nosotros.

—Eso es muy interesante, y lo mismo me preguntaba yo, pero se le olvida que el continuo espacio-tiempo no es una estructura inmutable. Según todas nuestras investigaciones teóricas, en el mismo momento que terminemos de definir la teoría, y dispongamos del estabilizador de túneles tau, esos viajes pasados comenzarán a existir, no antes. Podríamos buscarlos ahora, pero la teoría dice que no los hallaremos, ya que, a día de hoy, no es posible el viaje.

—Es muy confuso.

—No se preocupen, dejen las complejidades metafísicas para nosotros. Su trabajo es mucho más importante.

Permanecimos sentados unos minutos más, luego Toshiro se excusó, se levantó y aproveché para decir que tendría que descansar, había sido un día duro para mí.

Después de aquella cena, Stewart se convirtió en una figura lejana, casi mítica. Era el hombre al que no había que recurrir a no ser que el problema fuera muy, muy serio. Se rumoreaba que en las primeras semanas de trabajo, el helicóptero y el todoterreno habían sacado de las instalaciones a más de una docena de científicos con rumbo a sus antiguas vidas. Aquél no era un asunto académico donde quejarse fuera a aportar ninguna ventaja.

Aquel Stewart lejano y atareado era el mismo que en la cena final declamaba con voz de barítono desde el pequeño estrado de la mesa principal. Parecía de nuevo joven, de nuevo descansado, iluminado por dentro con la luz aglutinada de mil atardeceres en el páramo.

Él había concebido aquel sueño y por él había dilapidado la fortuna familiar en el mayor de los secretos, camuflando su trabajo bajo una fundación de investigación multidisciplinar en las remotas y deshabitadas Highlands. Siempre he pensado que esa energía infinita que lo movía era el milagro. La máquina, el mismo concepto del viaje en el tiempo, eran menos asombrosos que la capacidad de aquel hombre de alcanzar sus sueños.

Pero no siempre había sido así, brillante, exitoso, rodeado de personas que lo admiraban. Nadie había esperado que sucediera aquel accidente, sin embargo, y a pesar de la euforia de aquella última noche, nadie lo había olvidado.

Una tarde, mientras recopilaba pilas y pilas de documentos electrónicos para la monografía que estaba escribiendo, un temblor sacudió los cimientos del edificio de cemento que albergaba la biblioteca y las salas de trabajo. Aun filtrada por las gruesas paredes de hormigón, la explosión había hecho

sacudirse las estanterías, removido las mesas y sillas. Enseguida hubo decenas de personas agolpadas en las ventanas. Del hangar doce, uno de los laboratorios de ensayos con los osciladores, surgía una gruesa columna de humo.

—Un accidente.

En unos minutos las tropas de seguridad de Stewart, vestidos de rojo escocés a cuadros, nos hicieron ir a los aposentos o a las salas comunes de la mansión y de las demás residencias. No estaba permitido salir al exterior. Hubo protestas, pero al fin todo el mundo se avino a colaborar. Durante cinco largas horas, los científicos e ingenieros, desprovistos bruscamente de su brutal rutina de trabajo, vagamos sin rumbo por los pasillos, leyendo o escribiendo en cuadernos quienes no dependían del acceso a maquinaria para seguir trabajando, los demás descubriendo súbitamente que no estábamos solos en aquellas soledades norteñas, sino que nos rodeaban cientos de personas, muchas de ellas completamente desconocidas. Aquella tarde, por primera vez desde que llegué a Aberfeldy, vi gente bebiendo cerveza, jugando al billar, conversando o entregados al placer del flirteo.

Por un momento pensé que todo había sido una maniobra para lograr que los miembros del proyecto se relajasen durante unas horas, pero casi enseguida la voz de Stewart comenzó a escucharse en los altavoces del complejo, hablando en el inglés marcado de los escoceses y disipando cualquier duda.

—Lamento comunicarles que a causa de un accidente fortuito en uno de los prototipos de estabilizadores tau, cinco científicos han resultado vaporizados en una implosión de plasma.

Fue como un sueño que de pronto se convierte en pesadilla.

En sucesivos mensajes se nos informó de que al día siguiente se realizaría un entierro civil simbólico: no había cuerpos que honrar. Todos los trabajos se reanudarían unas horas después, excepto los de estabilización tau, que quedarían en suspenso hasta determinarse la causa del accidente.

La ceremonia, a la que asistí al lado de Ahmed y Toshiro, se llevó a cabo en un silencio conmovedor. Hasta el viento, omnipresente en el páramo, había decidido detenerse esa tarde. Stewart no pronunció ningún discurso, sólo habló la jefe de la sección de Física, la premio Nobel Silvia Skeponis, que hizo una desnuda alabanza a la verdad científica y los sacrificios que cuesta alcanzarla. Ni un cura habría hecho un panegírico del sacrificio tan exaltado, le mencioné a Toshiro, que me miró despacio y luego se recolocó la corbata y se sumergió en su propia introspección, como solía hacer a menudo.

Todos esperamos que aquel accidente fuera tan sólo un pequeño escollo. No había tenido repercusiones fuera del complejo. Todos habíamos firmado unos duros contratos de confidencialidad. Casi nada podía traspasarlos, ni siquiera la muerte. La policía no parecía tener interés en el accidente y ninguna noticia al respecto se había filtrado a internet o a medios académicos. Afuera, en el mundo exterior, la libertad era un bien escaso y con una clara tendencia a agotarse, por lo que nadie protestó, todos continuamos trabajando sin

preguntar nada más. Stewart lo arreglaría todo.

Sin embargo, Stewart no parecía capaz de hacer magia esta vez. Durante quince días el hangar 12 continuó cerrado, los físicos experimentales y los ingenieros vagaban aburridos por los pasillos de la mansión. Algunos habían comenzado a realizar excursiones por el páramo y uno de ellos se hizo popular con su atuendo de camuflaje y su red de cazar mariposas.

Una tarde de tormenta, mientras miraba cómo los rayos rajaban la oscuridad que se había apoderado del páramo, llamaron a la puerta. A quien menos me esperaba encontrar en el umbral de mi habitación era a Stewart. Había perdido la energía, la mirada se había vuelto ceniza gastada, tenía la ropa arrugada y se apoyaba en el marco de la puerta mientras intentaba sonreír.

—¿Puedo pasar?

—Claro.

Stewart se derrumbó en la silla que había frente a mi pequeño ordenador y yo me senté sobre la cama. Durante unos segundos tan sólo permaneció inerte, incapaz hasta de levantar la vista. Luego se recolocó en la silla y me miró.

—Se terminó.

—¿Cómo?

—No funciona, y además es peligroso.

—¿Qué?

—El sistema de estabilización, no hay forma de que funcione. Ya nos temíamos algo así al ver los resultados teóricos, pero la práctica lo ha confirmado. Al final el viaje en el tiempo es imposible.

Lo miré asombrada. Durante unos instantes algo parecido a la furia pujó por llenarme el pecho de fuego, pero murió casi enseguida, había sido una locura creer que...

—No hay forma de que funcione.

—¿Están seguros?

—Todo lo seguro que dos semanas de frenéticas comprobaciones nos permiten.

—¿Dos semanas sólo?

Stewart pareció revivir.

—¿Qué quiere decir?

—Quiero decir, ¿cuánto tiempo llevan desarrollando esto? ¿Años, lustros? Dos semanas no pueden suponer un final. No han dado con la solución aún, pero eso no quiere decir que no exista. Quizá íbamos muy rápido. La realidad es tozuda, necesita su tiempo, los descubrimientos...

—Sí, lo que dice tiene sentido, pero nos hemos quedado sin recursos, sólo hay muros detrás de muros y más muros.

Sin saber muy bien lo que hacía, me acerqué a la silla, me arrodillé a su lado y le tomé una mano. Estaba caliente, inerte, sin fuerzas, pero cálida como el corazón de una hoguera. Parecía que Stewart hubiera estado esperando una señal. Todo fluyó como un río de miel caliente que se derramase a mi alrededor.

Stewart me besó, la ropa cayó al suelo. No hubo brusquedad, no hubo violencia, Stewart fue delicado, suave hasta cuando sus empujones terminaron por enterrarme en el colchón, cuando se derramó en un placer intermitente, coronado de pequeños gemidos que parecían más exclamaciones de asombro que de placer. No sentí nada, tan sólo algo de ternura, una sensación agradable y poco más.

Stewart se tumbó en la cama mirando al techo.

—Sí, dos semanas sólo, pero estoy tan cansado... Son años de trabajo, muchos años.

No contesté, me tapé con la sábana y me acurruqué contra la pared. No estaba allí, había desaparecido de su consciencia, Stewart únicamente atendía al girar, ya más calmado, de su mente, al que punteaba con afirmaciones en voz baja.

Se vistió despacio, sin mirarme siquiera, y salió de la habitación sin hacer ruido. Sin vestirme aún, volví a la ventana. Afuera los rayos y los truenos se prodigaban, caían sobre el páramo iluminando las vastas praderas azotadas por el viento y la lluvia. Añoré esa intensidad, esa pasión eléctrica que nunca había tenido, la misma que volvió a tener Stewart en su caminar, dirigiendo a su gente, al comunicar que al fin el problema se había resuelto, una intensidad que no le había faltado la noche del discurso, del largo discurso entre las penumbras de las velas y candiles. Si hubiera tenido algo de esa pasión, unas migajas, algún destello solitario, quizá no habría necesitado acudir a Alejandría para encontrarla.

Cuando las palabras de Stewart se extinguieron llegó un silencio intenso, imprevisto. El viento golpeaba contra la piedra y el cristal, como queriendo entrar a la sala, a desbaratar la celebración. Stewart nos miró desafiante, febril. Nos miramos unos a otros, incrédulos. Sí, era cierto, todo había terminado y comenzaba una nueva fase, diferente, terrible, aterradora pero libre de la tensión que había galvanizado todo el complejo. Los científicos y los estudiosos del pasado habíamos convivido en aquel castillo y sus dependencias anejas durante dos años sin saber si todo aquel inmenso esfuerzo serviría para algo. Para mí no fue muy diferente del tiempo pasado en la universidad: largas jornadas de investigación, reuniones, estudio. Sólo el objetivo que se ocultaba en aquella inmensa finca lo hacía todo diferente. Había contaminado el sabor del agua, el peso de la ropa en el cuerpo, el viento removiendo el pelo, todo, cada palabra, cada imagen, cada pequeño o gran acto estaba teñido de aquel enorme secreto, aquella descomunal ambición. A veces creía que los físicos e ingenieros estaban creando en los talleres una forma invisible y viva, con tentáculos que iban abriendo la tierra, avanzando invisibles en el aire hasta encontrarnos, ceñirnos en un abrazo y apretarnos con saña, intentando matarnos sin que nos diéramos cuenta.

Alguien gritó, todos gritamos, se alzaron copas, se descorchó el champán, sonó la música y llegó la locura.

11

Carta a Teófilo, patriarca de Alejandría

Sé, por tu anterior carta, que la enfermedad se ha aliado con tus muchos años y preocupaciones para postrarte en cama. Mis hermanos negros y yo rezamos por ti día y noche, rogándole a Dios por tu pronta curación.

Un nuevo cenobita llegó la semana pasada desde la ciudad. Venía afligido por cómo los cristianos de Alejandría sufren las afrentas de los delegados del emperador, por un lado, y de los herejes paganos y judíos, por otro. Sin atender a la pura llamada del Señor, conviven en la ciudad los cristianos que son tu rebaño con otros que no han sido llamados por el camino de la santidad. Me alegro de que a tu lado, ayudándote a sostener el báculo, esté Timoteo, al que sabes guardo gran afecto, a pesar de que no ha nacido en la ciudad y fue enviado por Teodosio desde Constantinopla. Sé que no goza de las simpatías de los cristianos de Alejandría, ya que piensan, Dios los ilumine en su equivocación, que su intención es entrometerse en el buen gobierno de la ciudad y lograr que la curia de Alejandría permanezca en armonía y obediencia con los dictados de la curia imperial.

Los asuntos mundanos, los que Dios ha delegado en tu patriarcado, son aquí, en el desierto, menos importantes que en ningún lugar, voces lejanas en nada diferentes a los susurros del viento y al rascar de las pezuñas de las cabras contra las piedras. Sin embargo, ahora sé que vivía en el error. Empeñado en buscar mi santidad, he olvidado a los otros. Aun aquí, somos, yo y los monjes negros, parte de la Iglesia que Pedro fundó. Sé que muchas veces me has rogado que volviera a la ciudad a ayudarte en su gobierno. Aquí soy feliz, he encontrado a Dios, por eso me he negado siempre, pero ha sucedido algo maravilloso, algo que me ha abierto los ojos a mi error.

Hace algunos meses, meditaba en la soledad de mi refugio en una oquedad de la roca cuando una presencia apareció delante de mí. Era un ser angelical, vestía una túnica refulgente que brillaba como el mismo sol y su rostro era a la vez bello y terrible. Me miró con ojos donde habitaba la cólera de Dios y sentí un santo terror que me arrojó al suelo. Mordí el polvo y recé ante la presencia

divina. Cuando el ángel se retiraba le pedí una señal, un mensaje del Señor. No habló, tan sólo me miró. En ese momento sentí una inmensa pena. El ángel sufría. Después desapareció en un resplandor cegador.

Durante días ayuné y busqué en la oración la sabiduría que necesitaba para entender el mensaje del ángel. Acudió a mí, en esta soledad, y sufría. La expresión de puro dolor se me ha quedado grabada en el centro de mi alma. Haría cualquier cosa para evitar que un ser divino como él sufra por un pecador como yo. Lo entendí a la tercera semana, en que caí desmayado por el ayuno. Al despertar, la idea estaba clara en mi mente. He comprendido que no puedo dar la espalda a la ciudad que me vio nacer; ni a los hermanos cristianos que en ella viven y a los que debo compromiso y trabajo. Honro, desde mi pérdida soberbia, tu labor de pastor de la Iglesia, quisiera colaborar como el más humilde y poco destacado de sus miembros en las tareas más sencillas y viles, más necesarias y desagradables. Perderé mi soledad, serviré a la Iglesia, pero no perderé a mi Dios. Por eso el ángel estaba triste: algunos somos llamados a la compañía, somos más útiles para el plan divino en el centro del torbellino de los hombres. Al comprender todo esto, la angustia ha desaparecido; he encontrado el sentido a la señal divina y mi camino en el mundo ha sido trazado de nuevo.

En esta hora de dolor por tu enfermedad, volveré a Alejandría junto a algunos monjes a los que he pedido que me acompañen. Hay que lograr que la Palabra se extienda. Es necesario que llegue a todos ese torrente de felicidad sin mácula, un agua de vida que refresque las almas y las acerque definitivamente a Dios. Cristianos, paganos, judíos; Dios los quiere a todos en su seno, escuchando su voz pura y definitiva, aquélla para la que el patriarca ha sido elegido como sostén.

Cirilo de Alejandría, en su retiro de Nitria

12

Me detengo en un puesto de higos y tomo uno. Hago el gesto de pagar, pero el vendedor me alienta con una sonrisa de dientes muy blancos y me lo regala. El fruto, dulce y espeso, se me deshace en el paladar dejando detrás el recuerdo de su forma, de su sabor, de su existencia. Para un historiador, la materia de su trabajo, el recuerdo de los hechos y las personas, es como el higo que acabo de comer, algo sutil, intenso y elusivo. Cada uno de los días y las horas transcurridas en Aberfeldy han dejado su sabor, su olor, su peso intangible en mi memoria, pero no queda nada de aquello. Como ese higo, todo ha desaparecido en las brumas de un pasado que pudo ser real o inventado, no tengo modo de saberlo por muchas pruebas que acumule.

Recuerdo que, a menudo, compartía la cena o la comida con Toshiro o Ahmed. Ellos eran parecidos a mí, reservados, austeros, no necesitaban del aplauso, trabajaban sin descanso, sin necesidad de consultar a los coordinadores. Cuando decían algo en una reunión, habían meditado tanto sobre ello que no solía haber espacio para la disensión. De forma natural, en largos silencios, cortas conversaciones, comidas y cenas compartidas, logramos encontrar un modo relajado de convivencia que no alteraba demasiado nuestra naturaleza reservada, solitaria.

—¿Marta?

—Sí, Toshiro.

—La sal, por favor.

—Toshiro, ¿no crees que todo esto es una locura, el sueño de un loco?

—Sí.

—Y eso, ¿no te limita, no te condiciona? Quiero decir que no entiendo nada de lo que nos han explicado tantas veces, y aun así vamos a arriesgar nuestras vidas confiando a ciegas en máquinas que no entendemos.

Toshiro levantó la vista del plato de sopa y comenzó a hablar sin mirarme.

—Miyamoto Musashi, autor de *El libro de los cinco anillos*, dijo que se razona lo aprendido y uno se separa de esa razón libremente. El camino de la estrategia consiste en combatir con libertad y de forma natural.

—¿Qué quieres decir?

—Que, si no hay más información, hay que liberar la mente de esperanzas,

de visiones preconcebidas. Que la acción fluya y así la libertad y el desconocimiento juegan a tu favor, ya que estarás preparado para cualquier cosa.

Dejé de mirar a Toshiro. El edificio que ocupábamos era un cobertizo construido sin ninguna concesión a la estética: paredes de cemento pintado, suelos de baldosas grises, largas mesas corridas y fluorescentes siempre encendidos en el techo. Uno de los lados del comedor era diferente. Una de las paredes del cubo había sido sustituida por una enorme cristalera que se abría, de lado a lado, a las amplias praderas de helechos parduzcos iluminados por un sol débil perpetuamente matizado por las sombras de gruesas nubes grises.

Ahmed sonrió levemente. El sol lo iluminaba de pleno. Tenía la piel oscura y con cada gesto se le dibujaba un mapa de arrugas armoniosas en la frente y la comisura de los ojos.

—Siempre hay que confiar en alguien. Siempre hay que arriesgar, Marta.

Toshiro comenzó a tomar la sopa, casi hirviendo, sin quemarse. Yo volví a intentarlo, pero en cuanto me acerqué la cuchara a la boca sentí el calor abrasador y no me atreví a probarla. Dejé de nuevo la cuchara y continué mirando al páramo. El sol parecía detenido en el cielo, paralizado en un mediodía perenne. Al igual que el sol, todos nos sentíamos encallados en un indeciso territorio equidistante de cualquier significado, a medias del descubrimiento, a medias de la fe en lo imposible, a medias, quizá, de la amistad. Toshiro terminó la sopa y siguió hablando.

—En San Francisco hay muchos japoneses de cuarta generación, descendientes de emigrantes que llegaron a América a principios del siglo XX. En general, todos tratan de conservar unas tradiciones y una idiosincrasia que los largos años de vida en Norteamérica deberían haber borrado o, al menos, transformado. Yo nací y me crié en el seno de una familia así, una familia castigada por la pandemia de la neumonía Han. Vivíamos, estudiábamos, trabajábamos rodeados de alambradas, controles médicos y hombres vestidos con trajes de contención biológica y fuertemente armados que vigilaban los pasos de control. Muchos no aguantaban la cuarentena, que cuando yo nací duraba ya cinco años, y buscaban el modo de escapar. Los mecanismos de vigilancia detectaban a todos y los soldados no ahorraban balas.

»En plena era de las guerras civiles de Japón, hubo un samurai mítico que despreció la comodidad y se entregó a una vida de conocimiento, vagando por todo Japón y enfrentándose a un enemigo tras otro. Cuando llegó a la edad de los cincuenta años, cuenta la leyenda que se encerró en una cueva y escribió *El libro de los cinco anillos*. Descubrí ese libro detrás de un mueble del salón. De tantas veces que lo leí, terminé por aprendérmelo. Y no sólo eso, lo puse en práctica. Me entrené con un mango de escoba que simulaba una espada, siguiendo los ejercicios que aparecían en el manuscrito de la tierra, el del agua, el del fuego, el del viento. El más filosófico de todos ellos, el del vacío, se me resistió durante años. Ni lo entendía, ni podía practicarlo. *El libro de los cinco*

anillos no es una guía al uso, un manual de artes marciales, es un camino budista para alcanzar la iluminación. Esa iluminación es el quinto anillo. Mes tras mes, año tras año, trabajaba bajando cajas de los camiones de suministros que las organizaciones internacionales enviaban a la zona de exclusión médica, y mientras cargaba cajas, mientras caminaba, incluso cuando veía la televisión o manejaba el ordenador intentando comprender qué le pasaba al mundo afuera, todo el rato tenía presentes los manuscritos que había leído tantas veces.

»Una tarde, un saqueador entró en casa. Estábamos dentro mi hermana, mi madre y yo. El hombre era grande, vestía con harapos malolientes y apestaba a crack. A veces sucedía: despreciando el miedo al contagio, se colaban en la zona yonquis o ladrones. No había mucha policía que quisiera patrullar aquel núcleo de cuarentena y concentración. Tenía una enorme barra de hierro, nos amenazó con ella y, cuando escuchó que mi padre entraba de la calle, se apostó junto a la puerta, esperando que llegase al salón. Mi padre, que por aquel entonces ya era mayor, llegó saludando en voz alta y resoplando tras haber subido la escalera. Se quitó los zapatos sin ver las marcas hechas en el parquet por las deportivas del intruso. En ese momento, cuando buscaba con la cabeza baja, lo atacó.

»Incluso en el momento en que mi padre cruzó el umbral y la barra de hierro bajó buscando su cabeza, pensaba en Musashi, tantos años recorriendo Japón como un mendigo, buscando las palabras que articulasen lo que su cuerpo y su mente ya habían encontrado. Musashi dijo en el manuscrito del aire que hay que dejar actuar al vacío. Lo hice: sin pensar, aferré con dos manos la alfombra y tiré. Mi padre cayó al suelo y la barra cruzó sobre el espacio que ocupaba su cabeza y se estrelló contra la puerta, astillándola. El intruso bramó de indignación, me miró, avanzó hacia mí loco de furia. Apenas lo recuerdo, pero mi madre dice que lo dejé atacar, que lo estaba esperando y cuando quiso golpearme con la barra tan sólo torcí el cuerpo y la dejé pasar inofensiva a mi lado. En cuanto el acero tocó el suelo, le puse el pie encima y luego pateé el codo de aquel hombre. El hueso roto chasqueó y el intruso gritó de dolor. Fue mi madre quien me detuvo; yo ya había cogido la barra del suelo y la levantaba buscando reventarle la cabeza. Ella me miró y me sonrió. Fue esa sonrisa, mínima y llena de arrugas, tan frecuente en ella aun en medio de las peores penalidades, la que me detuvo. Comprendí, dejé caer la barra y lo entendí. El pasado es un espejismo, el futuro no existe. El miedo, el ansia, la intranquilidad es temer que el pasado se haga futuro, que sucedan las cosas que nos causan pena y dolor, pero no puede ser, es imposible, porque el futuro no es real, sólo existe el presente, ese sol que nos ilumina puede terminar de bajar del cielo, puede quedarse ahí, puede explotar o apagarse, no tiene sentido hablar de ello.

Sí, las palabras de Toshiro eran ciertas entonces y también lo son ahora. Aquí, en Alejandría, he aprendido que el pasado no es real, que el futuro tampoco, que no hay diferencia entre las fantasías que imagina nuestro cerebro que sucederán mañana y los hechos que recuerda han pasado ayer. Sin embargo, en mi memoria fragmentada, aquellos momentos, esas conversaciones

que superan el cedazo del olvido, son tan reales como si estuviera escuchando ahora mismo la voz de Toshiro. Esos instantes de un tiempo ficticio, cuando aún éramos habitantes del siglo XXI y no nos habíamos extraviado por las sendas del tiempo, cuando Cronos no había caído sobre nosotros con el ansia caníbal de un dios ciego, forman el tesoro destruido de mi memoria, de mi futuro, de un presente que circula por mis venas con la lentitud de la miel. Cuando Toshiro terminó de hablar, levanté la vista hacia los prados desnudos y ventosos y luego los miré: Shawn, Susana, Gregor, hasta Toshiro y Ahmed, todos ellos estaban iluminados por el sol. Sus rostros se habían vuelto luminosos, eran como aquellos hombres y mujeres a los que cantaban los antiguos, que loaban Homero y Ovidio. Más allá de las desolaciones vacías del paisaje escocés, malvivían hordas grises de seres sin nombre que eran explotados y peleaban por sobrevivir en la oscuridad de un mundo que había olvidado soñar con un futuro. Comprendí entonces que todos nosotros estábamos maldecidos por un dios ciego, que Cronos nos había convertido en nuestro propio destino, que no había devenir, que ya entonces tenía los tobillos hundidos en la arena de una playa de poniente, que las olas malsanas estaban ya allí, pero aún no había decidido verlas, aún pretendía fingir que rodaba en compañía de los otros por las suaves colinas de un tiempo que Toshiro acaba de mostrarme falso, inventado.

13

De *La vida en Alejandría*,
por el poeta Claudio Claudiano

Yo era muy joven. Eso no es excusa, ya que la juventud sólo es virtud en los dioses, y fatuo fuego y fugaz destello en el hombre. En aquella ciudad mítica, me fue dado el vivir los tiempos más nobles y más abyectos que el hombre ha visto sobre la faz de la Tierra. Los muchos dioses a los que la ciudad rendía culto abrumaban la desembocadura del Nilo con regalos y maldiciones. Sólo así puede el espíritu elevado aspirar a comprender cómo fue posible que se produjese en aquella tierra antigua tal acumulación de palacios y barracas, de nobles sabios, adustos sacerdotes, ladrones y comerciantes, putas y efebos.

Como casi todos los jóvenes de mi generación, hijos de altos funcionarios, de comerciantes enriquecidos o parientes de sacerdotes varios, nos educamos en la Academia del Museion. Allí comenzamos a ir cuando nuestros tutores privados consideraban que saldríamos beneficiados del contacto con otros jóvenes y con los grandes filósofos que vivían en comunidad bajo su techo, protegido del César.

Pero no era sólo eso; suponía salir de casa, de la protección de los dioses familiares, y caminar acompañados de un criado hasta llegar todas las mañanas a los terrenos consagrados a las musas. Acudir al Museion era un modo de dejar atrás la niñez y comenzar a vivir en sociedad. No había una época del año en que se recibiese a los pupilos, no había un listado de estudios establecido. Llegado el momento que ellos consideraron propicio, mi padre me bendijo, mi madre me abrazó, y el viejo criado egipcio que siempre había estado a mi lado me llevó hasta el frontispicio tras el cual se abrían los paseos bajo los frondosos árboles, los pabellones porticados, los pronaos, el períptero, el próstilo, las piscinas, las esculturas y las aulas, los gimnasios y palestras.

Tendría doce años y era ya delgado, aunque no tan alto como soy ahora. Flaco de carnes, temblaba un poco esperando no sabía muy bien qué. Hipatia tenía la costumbre de recibir en persona a los niños que llegaban hasta allí por primera vez. El viejo egipcio me despidió en la puerta, un enorme pórtico y una

escalinata flanqueada de esculturas pintadas. Me esperaba en lo alto de la escalinata un joven de mi misma edad. Tenía una mirada tranquila, quizá por eso lo habían elegido para recibir a los nuevos. Sin decir nada, me cogió de la mano y entramos en el recinto. Muchas maravillas vi en aquel primer paseo, como las estatuas que, movidas por agua, había construido Herón; relojes que se movían y donde pájaros de metal piaban y estatuas de dioses se inclinaban y bebían agua a las horas apropiadas; o las grandes palestras de tierra donde hombres sudorosos se ejercitaban en la lucha o la carrera. Sin detenernos, pasamos entre sombras de columnas, al lado un recinto que olía a matadero y del que salió un filósofo con mandil de cuero manchado de sangre, sosteniendo un corazón sangrante a la luz del sol mientras otro hombre y varios jóvenes discípulos escuchaban lo que les contaba de la víscera.

Nada de aquello lo recuerdo con la nitidez con que a veces quedan grabadas las sensaciones que producen mucho asombro o espanto, ya que fue el encuentro que aconteció poco después el que logró fijar la memoria de aquel día que no he podido olvidar.

Llegamos al fin a unos edificios separados de otros por anchos paseos cubiertos de cedros y cipreses. Eran construcciones más sencillas, de paredes de ladrillo enlucidas con yeso blanco. Apenas había adornos, salvo cenefas geométricas pintadas en las paredes. Las baldosas del suelo eran de barro cocido, y muchas de ellas estaban rotas o agrietadas. Las líneas rectas y los amplios pórticos, las frescas umbrías y los pasillos silenciosos e iluminados por altos lucernarios que no dejaban pasar el calor del día producían una sensación de comodidad. Entonces no lo sabía, pero aquéllos eran los pabellones de la comunidad de los filósofos del Museion: allí dormían, comían y se aseaban. Allí escribían, polemizaban, honraban a las musas e incluso discutían agriamente cuando las polémicas se enconaban.

El joven me soltó la mano en la puerta de una habitación alargada. Estaba abierta de par en par. La luz entraba por los lucernarios cerca del techo e iluminaba los espacios con moderación. Parecía concentrarse en una gran tabla sujeta por caballetes de hierro forjado completamente atestada de rollos, de instrumentos de escritura, botellas, plumas, huesos animales y humanos. En el suelo había una caja de madera llena de arena muy fina donde alguien, con un compás, había dibujado complejos círculos que se intersectaban una y otra vez. Al fondo una cama de colchón de lana cubierta de lino crudo, varios estantes repletos de rollos de papiro y un gran butacón de hierro, tela y madera eran los únicos muebles en la estancia.

De espaldas a la entrada me esperaba Hipatia de Alejandría, hija de Teón, sacerdotisa máxima de las musas y, por tanto, máxima responsable ante la autoridad del César y su representante, el prefecto de Alejandría.

... Ni con el continuo contacto de los años que pasé allí se me acostumbró la

vista, se me acomodó el espíritu, a estar a su lado sin tender de continuo a la adoración más abyecta, que ella rechazaba con desagrado. Recuerdo, a este respecto, que el prefecto nos invitaba a menudo a su residencia aquellos días en que no había ningún acto oficial, en que no tenía que impartir justicia ni atender a algún cónsul, al hijo de algún patricio, reclamaciones o peticiones de alguno de los cultos de Alejandría. Como ya destacaba en la poesía, aunque ahora abomino de aquellos versos lelos, tan floridos que no podían volar con gracia, me sentía feliz de ser escuchado declamándolos, cosa que tenía que hacer temprano, ya que el excelente vino del prefecto se me acumulaba con facilidad en la tripa y me entorpecía la lengua. Quizá ellos mismos ya sabían que aquel arte mío, del que me sentía a veces tan orgulloso, no era lo que luego ha sido, un aprendizaje que se ha hecho largo y duro. Y es que el arte es sufrir: se estiliza y libera del barro y la escoria a la vez que el alma vive, sufre, ama y también se ilumina con ello.

Aquellas jornadas eran siempre muy parecidas. Hipatia y Orestes se reclinaban juntos mientras los demás nos repartíamos por la sala si soplaban viento frío del mar, o bajo los emparrados en la frescura de las noches de verano. Había músicos, había poetas, actores que improvisaban pasajes de Sófocles, danzarinas y acróbatas. Hipatia a veces tocaba durante un rato una pequeña arpa de hueso y cuerdas de metal. En esos raros momentos, todo el mundo callaba y parecía que ella tocaba para sí misma, con el mismo recogimiento y paz que entiendo veía en las bóvedas celestes que tanto admiraba.

Burdas son las fiestas de los nobles de la capital, pocos hay entre los patricios romanos que aprecien la conversación, la música y la declamación como algo más que un breve preámbulo de la orgía y la fornicación. Nada tengo en contra de esos divertimentos, los que me conocen saben que no huyo de ellos, como no lo hago de nada que la vida tenga a bien ofrecerme, pero añoro las veladas de Orestes. Cuando los cuerpos estaban saciados de vino y delicias, comenzaba la conversación. Orestes era un hombre mayor, rondaría los cincuenta años y peinaba canas, pero su cuerpo era aún recio y se le sabía acostumbrado al ejercicio. Era un representante de esa vieja casta, que se puede rastrear casi hasta los padres de Roma, de hombres entregados a su deber, sabios y rectos hasta lo inflexible, inteligentes y poco dados a los excesos del poder.

Su visión del mundo abarcaba todos los lugares donde había cumplido las órdenes del emperador, que eran muchos. Percibía la naturaleza del hombre de un modo tan escéptico como el del mismísimo Pirrón. En aquellas jornadas era capaz de deshuesar los anhelos del hombre y reducirlos a motivaciones simples, a cuerdas, palancas, engranajes, mecanismos que podían ser manipulados. Nuestros mejores intentos de encontrar el enigma del hombre, la fascinación de los dioses, el misterio de la naturaleza, fracasaban ante su descreimiento casi infinito. Todas las opiniones, las creencias, todas las filosofías y las religiones

eran reducidas a polvo por medio de sus razonamientos lentos y severos, salvo cuando Hipatia polemizaba con él. Ella, sin aparente esfuerzo, lograba dejarlo sin palabras, a punto de adquirir un convencimiento que nunca llegaba. Verlos polemizar era aprehender la verdad. No creo que nunca antes haya estado tan cerca del auténtico conocimiento.

14

En la Vía Somma se acumulan los carros y las personas, estorbándose. Todos tienen un objetivo: salir de la ciudad antes de que se cierren las puertas y, sin embargo, sin la presencia de los legionarios y sus largas varas de madera cundiría el caos, se atascarían los bueyes, corcovearían los caballos y los hombres, mujeres y niños sucumbirían en la algarada.

Al principio de comenzar a trabajar en Aberfeldy, sentí algo parecido, tal era la acumulación de personas todas empeñadas en un objetivo común. Fue duro para todos, y a la vez bastante fácil. Los humanistas armados de enciclopedias, monografías, accesos virtuales a museos y bibliotecas de todo el mundo, tuvimos que compartir espacios comunes, conversaciones y hasta camas con físicos e ingenieros, con vectores de desplazamiento, teravatios, megateslas, espacios de propiedades no euclídeas y n-dimensionales, tiempos taucrónicos, energías del vacío, transformadores, inversores, generadores, complejísimos cuadros de control y sofisticadas herramientas de recopilación de información. El aire parecía hervir de conocimientos; había conversaciones en los pasillos y los dormitorios en las que se mezclaba la astrofísica con la historia, la biología con la arqueología, la arquitectura con la física de partículas.

Mientras nosotros construíamos bases de datos con información cuidadosamente filtrada y preparada, ellos creaban enormes máquinas que no habían existido nunca. Tenían que ser concebidas, diseñadas, construidas, probadas y calibradas una por una, todas ellas parte de la gran máquina que nos daría acceso al tiempo.

Nos unía el entusiasmo; Stewart nos había elegido bien. Casi ninguno pertenecíamos a esa clase de eruditos y expertos tranquilos, de pipa en mano, que reflexionan y, sólo tras muchos años de trabajo, emiten una hipótesis definitiva o estúpida. Nosotros estábamos tocados por el fuego, éramos salvajes Prometeos consumidos por el fuego del conocimiento. La gente de ciencias e ingeniería tenía en sus manos la ardua tarea de construir la máquina, de vencer a Cronos. Nuestro trabajo era claro: saber dónde ir, y cómo desenvolverse una vez estuviéramos allí. Éramos constructores de mapas, de guías de viaje que no sabíamos si llegarían a usarse. Nunca nadie había abordado la historia de un modo semejante, tan osado, convirtiéndola en una disciplina de observación

directa, dejando atrás la hermandad obligada con la arqueología.

Pasaron largos meses de conferencias, de discusiones sobre metodologías y estrategias. Stewart, como un Maquiavelo del siglo XXI, había dispuesto todo con el único fin de obtener resultados: no parecía sobrar ni faltar ningún especialista, por raro que fuera su campo de conocimiento. Es más, algunos hasta tenían reemplazos y refuerzos. Expertos en numismática, entomobiología, plagas, dendrocronología, vestimentas, armas, cerámica. Gente que toda su carrera profesional la había desarrollado estudiando, construyendo y probando hipotéticos instrumentos musicales descritos en borrosas pinturas y esculturas antiguas.

Los pesimistas, entre los que me encontraba, creíamos que, si el viaje llegaba a realizarse, seríamos descubiertos nada más pisar el pasado, que nuestros conocimientos lingüísticos dejaban mucho que desear y que, a pesar de contar con fármacos de aprendizaje lingüístico especialmente desarrollados para nosotros, no aprenderíamos con la suficiente velocidad. Nosotros fuimos los elegidos para diseñar los protocolos de seguridad de las misiones. Los optimistas aducían que, dotados del taucrono, de oro y de algún que otro dispositivo y, sobre todo, de prudencia e inteligencia, podríamos salir con bien de cualquier problema y conseguir muchísima información. Aquéllos habían sido nombrados directores de los experimentos. Los debates entre los dos grupos eran constantes y fructíferos.

Al margen de las disputas, pendía sobre todos nosotros una gran incógnita: ¿quién sería elegido para los viajes? La lista de candidatos era mantenida por Stewart en la más absoluta confidencialidad. Nadie sabía si viajaría o se quedaría en tierra, por tanto todos colaboraban arrimando el hombro con intensidad, más aún cuando nadie sabía cuál sería el criterio elegido para viajar o no hacerlo.

Tras meses de vivir en aquel castillo, de visitar de vez en cuando los enormes laboratorios y no ver más que discusiones técnicas, auténticas batallas campales llenas de tensores, campos, distorsiones, energías, prototipos, ensayos y errores, una mañana los altavoces nos arrancaron de las bibliotecas, de los caminos entre robles centenarios y brezo rojizo y de nuestras habitaciones. Acudimos amedrentados al más grande de los laboratorios. En el centro del enorme hangar crecía una estructura de cemento y acero de diez metros de altura. Varios descomunales mecanismos articulados sujetaban las paredes de un cubo de metal. Stewart, situado en una tarima elevada y rodeado del equipo técnico, nos miró a todos y luego dio la señal. Las luces vacilaron y luego se apagaron. Quedaron encendidos un par de focos que alumbraban el cubo. Un zumbido comenzó a traspasar el aire. No imagino qué fuerzas descomunales actuaban en el estabilizador tau: vi oscilar el cubo, deformarse en todas las direcciones a la vez, vibrar cada vez más rápido y luego convertirse en una masa borrosa que obligaba a la vista a creer que el objeto estaba desenfocado en vez de vibrando a alta velocidad y llenando el aire de un chirrido de alta

frecuencia y de un intenso olor a ozono.

La vibración se fue calmando y el cubo volvió a ser sólido. Las luces se encendieron. El silencio era una sustancia que se respiraba y dejaba un sabor acre en la lengua. Nadie se movía. Stewart miró un par de monitores y subió hasta la plataforma donde se apoyaba el cubo. Una vez allí, se detuvo. Lentamente acercó la mano y tocó el metal. Nada sucedió. Nos miró una vez más, y pulsó un mando a distancia que tenía en la mano. Los brazos articulados actuaron y abrieron el cubo, separando todas sus caras. Sobre la plataforma había un trípode y en él una cámara de vídeo. Según un rumor que circulaba por el complejo, el estabilizador tau no soportaba objetos de masa mayor de un kilogramo, por eso la cámara e incluso el trípode parecían frágiles, pequeños, auténticas miniaturas aligeradas. Stewart conectó con prudencia, casi con mimo, un cable a la cámara. Una gran pantalla se encendió detrás de él. En ella vimos un camino de tierra vacío y flanqueado por un bosque muy corriente, nada extraordinario. Comenzamos a murmurar, a movernos presos del nerviosismo. Stewart presionó algún control y la grabación avanzó a toda velocidad. De repente vimos una sombra. Contuvimos el aliento: algo se acercaba por el camino. La grabación se detuvo y apareció un hombre vestido con harapos que caminaba apoyándose en un bastón. Se detuvo y miró directamente a la cámara. La lente lo enfocó y lo siguió en su acercamiento. Las ropas eran de tela basta; tenía puesta una especie de zamarra de cuero apenas curtido, unos pantalones de pellejo, y no llevaba zapatos. La cara, castigada por el sol y el viento, marcada de viruela, miraba el objetivo de la cámara con aprensión. El hombre levantó el bastón, preparado para golpear. Algo le hizo cambiar de opinión y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

No hicieron falta comentarios. Los especialistas en el medievo ya habían clasificado la época por el vestido, y la posible región por el aspecto. Stewart estuvo a punto de derrumbarse. Nada más desaparecer la imagen, la tensión interna que lo mantenía erguido desapareció y le arrojó a una silla, conmocionado. Durante unos instantes todo continuó en silencio. Luego estalló la alegría. Aquellas imágenes provenían del pasado, posiblemente de quinientos o seiscientos años atrás.

El miedo a creer que todo aquel edificio de ilusión fuera eso, tan sólo ilusión, desapareció con aquella prueba contundente. Ese primer experimento, parcialmente exitoso, había sido como el pistoletazo de salida, como si alguien hubiera descorrido el cerrojo de una gran jaula de monos aulladores e hiperactivos.

A partir de entonces, los ingenieros nos abrumaron con pruebas, miles de pruebas de que el viaje en el tiempo era real: imágenes borrosas de desiertos, de bosques, una ciudad de tejados arcillosos; vídeos de Roma desde una de sus colinas, de Cartago, de Troya, de Chichen Itza, del Londres Victoriano; objetos que casi no nos atrevíamos a tocar: un puñado de tierra, una piedra, una moneda. Pronto hubo que catalogar sextercios que parecían falsos por lo

nuevos, datar imágenes de una ciudad de ensueño que sólo podía ser la Bagdad abásida, reescribir manuales de historia completos al ver navegar un drakkar ante las costas de Virginia.

Persistía la inestabilidad del túnel tau para masas mayores, pero entonces, antes del accidente mortal, era percibida como una dificultad temporal.

Para mí, para todos, aquello que era imposible se hizo real, tangible. Cuando pude tocar un ánfora griega del siglo I a. C. que aún tenía fresca la resina que la sellaba, fue como estar en el centro de un huracán. No podía decir «paren, déjeme pensarlo, tengo miedo», no, tenía que actuar, seguir nadando a brazadas frenéticas como hacíamos casi todos para no hundirnos en las aguas de la incertidumbre.

El grupo de estudios de la Antigüedad Clásica tenía asignadas diez catas históricas. De repente la larga secuencia de la historia se había convertido en una agonía donde elegir resultaba muy difícil. Dudé entre cien puntos en el mapa y mil fechas distintas hasta descubrir la Alejandría de finales del siglo IV, vibrante, caótica, decadente, crisol de influencias griegas, egipcias, romanas, cristianas y bizantinas. Había pasado ya su cénit, el tiempo de la Biblioteca, cuando se crearon las obras de Polemón, Galeno, Plotino, Eratóstenes, Hiparco, Apolonio, Euclides, Herón, Ctesibios y tantos otros, pero era justo entonces cuando las fuerzas que conformaron casi dos mil años de historia posterior terminaron de cuajar. Sí, Alejandría era la clave de muchas cosas.

Qué nervios, qué excitación aquellos primeros días cuando creíamos que el tiempo se nos servía en bandeja. Ahora sé que perseguíamos una quimera. Corríamos como niños tras del brillo maravilloso del pasado o del futuro. Aunque nuestras historias eran muy diferentes, sé que todos odiábamos el mundo en el que vivíamos. La doctrina Williams era una sustancia gris y pegajosa que se extendía por todo el planeta, llenándolo de alambradas, de desigualdades y conflictos. En el fin de siglo creímos dejar atrás el horror del siglo XX y en realidad sólo había sido el preámbulo del XXI, aún peor.

Stewart, los científicos, los historiadores, los paleontólogos, los arqueólogos, todos estábamos equivocados. No lo habríamos admitido nunca, pero alimentábamos una ficción. Pretendíamos alcanzar la felicidad huyendo, cambiando la realidad que nos había tocado vivir por deslumbrantes momentos de la historia o por la enorme incógnita del futuro. Estábamos destinados al fracaso: los segundos transcurren igual en el pasado, te devoran lentamente y traen las tropas romanas hasta las murallas de Siracusa, llevan el acero al pecho de Julio César, sostienen la copa de cicuta, derriban las altas murallas de Troya, prenden la gran Biblioteca y saquean el oro del Serapeo. El tiempo no da descanso, te acerca siempre a la playa sombría donde las conchas negras, los dientes podridos del destino, arañan largos surcos rojos en la blancura de la espuma.

15

De las memorias de Orestes,
prefecto augustal de Egipto a finales del siglo IV

... Dicen que no hay modo de que el hombre escape a su destino. Si eso es cierto para un gran número de seres, Alejandría no puede aspirar a escapar, tampoco, de su destino. Ya lo dijo el otro Orestes: «Hermes infernal, que defiendes los poderes paternos, sé para mí, te lo pido, un salvador y un aliado. Pues llego a esta tierra y regreso...». Yo no puedo llegar y regresar, no hay vuelta para un prefecto fracasado, tan sólo cárcel y oprobio. Tampoco tengo un Hermes que me ayude. Puedo reclamar ayuda a Hipatia y a unos pocos como ella, sabios, filósofos sin intereses terrenales más allá de la contemplación de las luces en el cielo y las geometrías trazadas en la arena, nada de oro, de poder o privilegios, tasas, preceptos; no hay para ellos más dios, por mucho que algunos oren y se declaren cristianos, paganos, judíos, que la verdad, esa verdad que los hombres de la res publica como yo no podemos sino adivinar cubierta de sutiles velos, escondida en consideraciones, envuelta en intereses.

Hoy los comerciantes de grano de la ciudad han mandado un comité a visitarme en el palacio. Ellos son el auténtico poder de la ciudad. El grano que producen las fértiles crecidas del Nilo sale al mar por Alejandría y alimenta al Imperio. Sin Alejandría no hay grano, sin grano no hay pan y en Roma y en Constantinopla, y en muchos otros lugares, sin pan no hay Imperio. Ni las armas, ni los puentes y acueductos, ni el culto al emperador; el pan es la sangre que circula por las venas del Imperio y lo hace moverse. Pedían privilegios para que, en este año de mala cosecha, se rebajen las tasas de almacenaje en el puerto y las de expedición de grano. Les contesté que el año pasado la cosecha sí fue buena y vendieron mucho grano, tanto que les debería haber dado para ahorrar y tener ahora para continuar con los negocios. Ésa es una verdad, un modo de afrontar las situaciones al que, he de confesar, me estoy malacostumbrando por culpa de las reuniones con Hipatia y los otros. Los problemas a los que los filósofos se enfrentan no están armados de los dientes que afila la avaricia, no pueden amenazar sutilmente con cortar el suministro de grano del Imperio,

tampoco aducen que quienes les compran el grano y lo revenden en Roma y Constantinopla son senadores, patricios, hombres cercanos al César. Las intersecciones de las cónicas de Apolonio son curvas que surgen de la sutil danza de los planos y los objetos ideales, los hermosos conceptos que sobre la filosofía de Plotino ha desarrollado Hipatia se parecen a la claridad de un cielo sin nubes, hermoso y perfecto.

Los comerciantes reaccionaron mal. Sé que estaban esperando palabras tales como «se está considerando una reducción de tasas»; quizá, para compensarla, una velada petición de soborno, un favor, una donación para un templo, una aportación monetaria a algún proyecto municipal, el juego del toma y daca, apretar y aflojar, eso es la política.

Y, con ser grave, no es el asunto de los comerciantes el que más me preocupa en estos momentos. El viejo patriarca de la ciudad, Teófilo, está muy enfermo. Aunque es un dogmático al que le estorba el resto de los cultos de la ciudad, al menos parece un hombre contenido y nunca ha estado a favor de la violencia. Él y su sobrino Sinesio, que es el cristiano más tolerante de todos con los que me he topado en la ciudad, han logrado contener a los más fanáticos. Aquéllos que viven en la miseria —y éstos son muchos en Alejandría, ciudad de maravillas y oprobios—, cuyo único alivio es la creencia en que, al morir, les está destinado un mundo mejor, son hábiles en disfrazar el rencor como fervor, la violencia como éxtasis místico.

¿Un mundo mejor? Nosotros, en casa, seguimos honrando a los dioses antiguos, a los lares y penates que heredamos de mis padres, a Juno, Júpiter Capitolino, a Dioniso. Ni siquiera hemos adoptado el culto a Serapis, ese hombre barbado, cubierta la cabeza con una cesta de mimbre llena de semillas, que nació aquí en Alejandría para unificar el culto al buey Apis y a Zeus. En las estancias íntimas del palacio seguimos realizando ofrendas mínimas y sencillas, invocando a Júpiter al amanecer y a Ceres al anochecer. Si no fuera ya mayor, y el fuego del amor corriera igual de fervoroso por mis venas, no dudaría en llamar a Venus al lecho, y tampoco dudo en poner a mis hijos bajo la protección de Artemisa. Pero, ¿un mundo mejor después de la muerte? Es como la plática con los prestamistas: una religión en la que inviertes tus buenos actos, te educas sumiso, sometido, culpable de haber colgado en un madero a un judío, y a cambio Dios te premia con un paraíso. No, yo prefiero ser juguete de dioses caprichosos y tonantes que vivir asustado de mis acciones, debiendo interpretación a los sacerdotes que interpelan por mí, cual abogados, a ese dios único y terrible.

Roma ya tuvo graves problemas con los judíos. Los cristianos son parecidos, pero con una gran diferencia. Para ser judío hay que haber nacido en el seno de la raza de Abraham, y eso los limita para siempre en número y poder; para ser cristiano basta con sumergir la cabeza en agua ante un sacerdote. En los viejos tiempos, las gentes de territorios conquistados podían aspirar a ser ciudadanos romanos cuando asumían que el emperador es un

dios. Mientras mantuviesen su devoción al emperador y, por tanto, a las leyes y costumbres romanas, podían conservar su culto personal o el de los suyos. El estado, de ese modo, era la religión. Ahora, el emperador es asistido en el gobierno por patriarcas que le dicen que él es un hombre elegido por Dios para sentarse en el trono. La religión es el estado. Dios es omnipotente e inescrutable, sólo los doctos sacerdotes pueden interpretar sus palabras. Mientras que los judíos buscan en sus textos sagrados las palabras del dios de Israel con lógica y perseverancia infinita, los cristianos leen los evangelios e interpretan sin guía ni norma, iluminados por la gracia de Dios, que no parece hablar con una voz muy clara. En la ciudad, ahora mismo, hay abiertas controversias entre los que siguen los dictados de Roma, los novacianos, los origenistas, los arrianos y los nestorianos. No dudo que sepan pulir las diferencias y las ortodoxias terminen por definirse en una sola doctrina dominada por el hombre fuerte de turno, pero, ¿qué imagen queda de una iglesia en la que se reparte el poder de ese modo?

Las religiones de Roma y Grecia son viejas, han envejecido con el mundo. Tarde o temprano van a sucumbir a esas nuevas religiones orientales que quieren súbditos de una lealtad absoluta y total, que aspiran a dirigir tanto el Cielo como la Tierra.

El emperador Teodosio sigue manteniéndose firme, pero sé que hay presiones para que termine por prohibir todos los cultos que no sean el cristiano, que proclame un edicto por el cual sea lícito derribar templos y construir iglesias sobre ellos. Espero que esos tiempos lleguen cuando yo haya muerto, aunque quizá no tenga tanta suerte.

16

Por fin llegó la fecha prevista. Todo parecía funcionar; las máquinas y procesos eran ya rutinarios, seguros. Se ultimaron los preparativos, se verificaron los protocolos, todo quedó listo unas horas antes de la cena en la mansión.

A la mañana siguiente a la cena de despedida, más de cien crononautas transportamos maletas plateadas con nuestro equipo dentro, salimos del edificio principal y avanzamos entre la bruma que se dispersaba por el páramo, dispuestos a entrar en aquel Moloch cúbico que nos destruiría o enviaría más allá del presente. Quedaban de guardia, cuidando todas las instalaciones y ocupándose de mantener el túnel, quinientas personas más, técnicos en su mayor parte. Stewart había dispuesto todo de manera que el inmenso conglomerado industrial de su propiedad alimentase aquel proyecto indefinidamente, aun cuando nadie fuera capaz de regresar.

Ni que decir tiene que no habíamos dormido en toda la noche. Algunos se habían reunido en los salones, bebiendo, fumando, matando los nervios con conversación y especulaciones innecesarias. Los detalles estaban más que cerrados, habían sido comprobados mil veces. El cubo había funcionado ya en dos mil ciento trece saltos. Teníamos fotos, monedas y joyas copiadas de las del pasado, sabíamos cómo hablaban, cómo vestían. Todo parecía dispuesto. Y aun así la aprensión no disminuía. Durante toda la noche había sentido que un mar enorme había sacudido la playa con olas negras y espumosas. Había mirado hipnotizada aquella playa interior con el ánimo encogido, temiendo, con horror incomprendido, que amaneciese y las olas se tiñesen de rojo.

Habíamos estado muchas veces en aquellos enormes hangares llenos de tuberías, cables y estructuras complejísimas. Olía intensamente al ozono liberado en los inmensos generadores de campo y un zumbido omnipresente resonaba en los oídos. Los técnicos nos miraban con cierta aprensión: íbamos a meternos en aquel cubo metálico sometido a energías inimaginables. Todo había salido perfectamente en las pruebas. No éramos los primeros en saltar; ese mérito había sido de Joel San Pedro, el primer crononauta. Había regresado de diez años atrás en el pasado sin ningún daño, pero aun así aquello era tan nuevo que nadie podía asegurar nada.

Estaba aterrorizada mucho antes de llegar a aquella antesala: el miedo, la

necesidad de protección y la huida habían definido mi vida. Entre las paredes metálicas, los bancos atestados de maquinaria, busqué con la vista a Ahmed. Estaba allí, en la sala, cerca de mí, un hombre pequeño y cetrino con el gesto impasible. Al verme, me sonrió lentamente. No, él no sentía miedo. De repente el nudo en el estómago se deshizo, el miedo desapareció. Después de las conversaciones con Toshiro, había ido comprendiendo una gran verdad: el miedo tan sólo es un mecanismo de defensa contra un futuro ante el que no hay defensa, no hay capacidad de decisión porque, en realidad, ya ha sucedido y las incógnitas, el dolor, el placer ya han llegado, ya han sido.

Mientras esperaba mi turno en la sala de descontaminación, desnuda y a solas, tan sólo protegidos los ojos y la boca por una máscara de propileno, sometida al bombardeo de haces de radiación de baja energía, lavada enérgicamente por dentro y por fuera, no encontré sitio para el miedo. El altavoz de la sala cobró vida:

—Proceda a la fase dos.

Me imaginé que en la sala de control Stewart vigilaría todas las salidas, estaría mirando todas las fases de la preparación. Sin reloj no sabía si los saltos habrían comenzado ya. Avancé hasta la siguiente sala; allí me esperaba la ropa, la túnica confeccionada de modo que remedase los tejidos de casi dos mil años atrás, las cintas de cuero para el pelo, los ceñidores de bronce, copiados de piezas reales encontradas en yacimientos del Egipto helénico. Me calcé las sandalias, que me resultaron muy cómodas; las había llevado puestas durante dos semanas, intentando que el cuero cediese y se amoldase a mi pie. Luego las habían desinfectado con haces de radiación. Quedó sobre la mesa de aluminio un morral de cuero lleno de monedas de la época exquisitamente falsificadas, y el taucrono, un colgante en forma de adorno de barro que contenía un sofisticado sistema electrónico de grabación, un táser de cien mil voltios contra manipulaciones no autorizadas y una compleja configuración fractal de nanomaquinaria que, si vibraba alimentada de energía en el modo correcto, serviría para reabrir el túnel tau que quedaría cerrado tras mi paso. Era un prodigio que hubieran miniaturizado todo aquello hasta hacerlo caber en el interior de un pequeño colgante. El precio era que sólo tenía capacidad para un número limitado de aperturas de túnel. Si malgastaba la energía que almacenaba, quedaría definitivamente anclada en el pasado.

Había visto otras adaptaciones: en el mango de una espada, en forma de rosario, en el interior de un bastón de madera. El mío, en forma de burdo adorno de terracota, colgaba de una sencilla tira de cuero crudo que escondía en el interior un cable de acero. Me pareció pequeño, frágil. Recuerdo que lo aferraba hasta hacerme daño mientras recogía el morral y me encaminaba, por un tubo estéril y flexible, hasta el cubo de transporte. Había visto antes cómo la máquina se había tragado a otros, los primeros viajeros. Se abría como una inmensa flor de pétalos metálicos, engullía a un equipo o a un crononauta, se cerraba y, cuando volvía a abrirse, no había nada. Horas, a veces minutos

después, sonaba una sirena y uno de los cubos receptores se iluminaba, comenzaba a brillar, y allí estaba de nuevo el viajero, como si no hubiera partido, sólo que tenía la piel más tostada, el pelo más largo, y la mirada había cambiado. Magia técnica, prestidigitación cósmica, pavor incontrolable que me hacía temblar, que se agarraba al estómago y amenazaba con derribarme. Todo aquello no estaba presente cuando me llegó el turno. No sentí nada, quizá algo de timidez al ver tantos ojos sobre mí. La máquina tardó unos segundos en ponerse en marcha. No había vuelta atrás; en realidad no había habido ninguna decisión, era el destino que un dios loco había escrito para mí, que se desenrollaba en forma de una flor metálica que giraba y se abría poco a poco.

Manipulé el taucrono y del interior de la máquina tomé una pastilla que me metí en la boca y tragué. Era un compuesto químico diseñado para liberar las sinapsis neuronales encargadas del aprendizaje del lenguaje. Se suponía que así aprendería mucho más rápido la forma de hablar del pasado. Al instante sentí un pequeño mareo. Esas sensaciones me distrajeron lo suficiente del zumbido de la maquinaria, de las hojas de metal del cubo cerrándose sobre mí.

Me giré al ver moverse las caras del cubo, y descubrí en el reflejo del metal pulido a un joven vestido con una túnica griega, sandalias y el pelo largo y ensortijado sujeto por una tira de cuero. Era joven, no muy alto, delgado, moreno, pero de tez pálida. Me miraba con ojos brillantes, muy oscuros: hasta ese momento no había sabido que tenía unos ojos tan mediterráneos que podía pasar por un dibujo en un ánfora; que, salvando las distancias entre el canon y un ser humano real, podía haber sido esculpida en un busto de mármol blanco y no habría desentonado en ningún museo como representación de un joven efebo. No pude pensar más, no hubo cuenta atrás, estalló una esfera de deslumbrante blancura que se extinguió con rapidez, engullida por una oscuridad casi absoluta. El suelo pareció oscilar y caí sobre una superficie arenosa. Pensé: «Algo ha salido mal». Tenía la piel y la ropa muy calientes, como si hubiese pasado por unas llamas. Imágenes caleidoscópicas danzaban ante mi campo visual y hasta los pensamientos corrían en direcciones contrapuestas, como desbocados cabestros todavía ungidos a un tejido cerebral descoordinado.

Ciega, llené los puños de arena y la sensación de los granos calientes escurriéndose entre mis dedos me dio un asidero donde construir un poco de orden. Cerré los ojos un par de minutos. El caleidoscopio se detuvo al fin. Abrí los ojos y pude mirar a mi alrededor. Estaba tendida sobre una pequeña colina. Era de noche. Me rodeaban algunas palmeras y, a unos metros, las riberas de un río —¿tal vez el Nilo?— contenían una plana extensión de agua. La lenta corriente, abrazada de marjales inundados, iluminada por la luna y que reflejaba las estrellas, corría a lo lejos como una serpiente de orfebrería.

Me levanté. Tenía la túnica llena de arena que ayudé a escurrir hasta el suelo. Las orillas del río parecían habitadas. El agua reflejaba a lo lejos fanales y hogueras que brillaban en las orillas. Algo se movió entre las cañas: escuché

pasar un animal muy cerca removiendo la hierba. Me alejé, asustada. El viento comenzó a soplar, removió el cañaveral llenando la noche del hueco sonido de las cañas golpeando unas con otras. El aire venía cargado del aroma de las hierbas del río, de la frescura del agua, que contrastaba con la calidez de la arena. Consulté el taucrono. El aparato era capaz de proyectar en la pupila una pequeña pantalla de datos, de modo que sólo el que lo manipulaba la veía. El taucrono consultó las constelaciones visibles y proyectó una hora probable, las dos de la mañana, y una ubicación, las afueras de Alejandría. Aquello que yo creía el Nilo era tan sólo un canal entre el lago Mareotis y la ciudad. Cerca, más allá de la arena y los marjales, se escondía el hipódromo. Si seguía el canal llegaría a la puerta Canópica. El silencio estaba punteado por el croar de ranas y el canto de los grillos. Durante unos instantes dudé, el pánico regresó. No contaba ya con Toshiro ni con Ahmed, no había técnicos, no estaban Stewart ni sus muchos abogados, sólo yo, enfrentada a la noche de la antigua Alejandría. Tomé el taucrono de mi cuello; sabía la secuencia de órdenes que me haría regresar de inmediato a la seguridad de Aberfeldy. Aferré con el puño el instrumento, intentando calmarme. El corazón me latía como si quisiera escaparse del pecho, no podía mover las piernas. Al fin respiré hondo y miré hacia Alejandría. A lo lejos, por encima del horizonte, una luz potente brillaba amarillenta. Tardé en comprender que no era una estrella, tampoco una hoguera. Era el faro, el faro de Alejandría, una de las siete maravillas de la Antigüedad, que en ese momento aún estaba en uso, como lo estarían el Museion, el Serapeo, los grandes palacios de la ciudad, las calles rectas y llenas de bellos edificios griegos. Recordé, al brillo del faro, que cuando amaneciese la luz del sol de Egipto iluminaría los trabajos de Sófocles y Eurípides, la poesía de Safo, las obras perdidas de Suetonio: *Vidas de prostitutas famosas*, *Diccionario de insultos*, *Defectos físicos de los hombres*; la historia de Valerio Antias, los discursos de los filósofos griegos de los siglos II y III, los escritos de Apolonio de Tiana, de Anaximandro, de Aristóteles, de tantos y tantos genios cuya memoria sobrevivió a la desaparición de su obra. De repente las piernas volvieron a funcionar y el corazón comenzó a latir acompasado. Había mucho que ver, mucho que vivir en aquella tierra antigua y fascinante.

Me costó una hora llegar a las cercanías de la ciudad. Las masas amorfas de los edificios, apenas iluminados por destellos aislados de luz, eran el pie al espectáculo de un cielo anegado de estrellas. Tras la ciudad podía ver ya claramente el brillo del faro y el azul muy oscuro del mar. Me di cuenta entonces de que la brisa había cambiado su aroma: olía profundamente a sal, a madera quemada, a pescado asado y a algas podridas de la manera que sólo podía hacerlo el Mediterráneo. Indudablemente, había arribado adonde pretendía.

Todavía puedo evocar lo que sentí al ver por primera vez las murallas de Alejandría: el desamparo, el desafío, la alegría, el miedo, un latido poderoso que me batía el interior del pecho y que aún no ha cesado. Cada minuto

transcurrido aquí lo he vivido con la misma intensidad salvaje que me asaltó tras aquella primera mirada. Detenida en medio del ancho camino de tierra que circulaba entre las dos marismas que cercaban la ciudad por el sur, intentaba comprender que aquellas murallas, que las primeras casas que veía, construidas con adobe y palmeras en el techado, eran reales. Corrientes eléctricas me quemaban las venas, despertándome a una primavera que me brotaba en la piel como algo muy lejos de las palabras, de los significados, pura emoción que durante todo este tiempo no ha hecho más que cristalizar en lentas joyas de felicidad y dolor.

Aun ahora, mientras recorro las calles que ya conozco tan bien, todavía me tiembla el pecho con aquel ritmo intenso.

17

De las memorias de Orestes,
prefecto augustal de Egipto a finales del siglo IV

... Teófilo, el patriarca cristiano, un hombre querido por casi todos, enfermó gravemente unos meses atrás. En Alejandría, las calles que trazó Dinócrates de Rodas dibujan un tablero de juego donde los poderes de la ciudad mueven hombres, tiran dados y juegan a imponerse al resto. Cuando muera, quedará un hueco en esa malla de tensiones y quizá se vierta sangre para lograr el reajuste. Como atraído por el olor de la muerte, ha vuelto a la ciudad Cirilo, su sobrino, de quien las malas lenguas dicen que había sido enviado al desierto por su enervorecida defensa de la herejía origenista. También Teófilo había defendido antes desde su púlpito esa doctrina que, bien está mencionarlo, desde el puro ejercicio de la lógica tiene más sentido que las tesis defendidas desde Constantinopla. Consiste la cuestión en dilucidar si Jesús Cristo, ese trasunto de Mitra que los cristianos han copiado tan burdamente, es sólo Theos, o sea dios, mientras que el Padre es Ho Theos, el dios principal. Los origenistas fueron declarados sospechosos de herejía y Teófilo, hábil político antes que sacerdote, regresó a la ortodoxia. No así su sobrino, el vehemente Cirilo, que luchó en el púlpito e incluso en las calles por las ideas de los proscritos. Tanto le daba, creo yo, la cuestión teológica. En realidad el odio de Cirilo se dirigía hacia los dictados del patriarcado de Constantinopla, siempre enfrentado al de Alejandría, este último siempre condenado a perder en las controversias, dada la lejanía física y moral del emperador a sus causas. Después de marchar al abrasador desierto de Nitria, quedó Teófilo asistido de Sinesio de Cirene, un hombre cabal, como ya he mencionado en estas memorias.

... Al fin resuelto el problema, cuando las obras del puerto me dejaron algo de tiempo, llamé a mis espías, charlé con Sinesio delante de una copa de vino y me informé de cuál era la situación en la ciudad. Me enteré así de que Cirilo había llegado y había encontrado a su tío asistido por Timoteo, un gran enemigo. A

Timoteo lo conozco, es hombre nacido en Alejandría, al igual que Cirilo, pero mientras que Cirilo siempre ha medrado entre los bastidores del poder, Timoteo ha sido un hombre que ha trabajado en la calle, sin discursos ni peroratas, repartiendo pan, asistiendo a los moribundos y a los pobres. Según Sinesio, es el hombre que la curia imperial elegiría como sucesor de no ser por Cirilo. Dicen que no ha vuelto solo, lo acompañan cien hombres vestidos con linos negros, similares a los que se usan en el desierto para protegerse del sol. Se cuentan muchas historias sobre ellos; algunos dicen que no están vivos, que son espíritus del desierto a los que Dios ha ordenado servir a Cirilo; otros los han visto patrullar las calles en grupos, enfrentarse a grupos de judíos, molestar a los vendedores de animales para el sacrificio, nada que haya producido violencia aún. Si han venido de Nitria es probable que se trate de eremitas fanáticos, hombres a los que el sol y las privaciones han vuelto locos, gente peligrosa. Ya he advertido al legado de las legiones acuarteladas en la ciudad de que puede ser necesario sacar los legionarios a las calles. Ése es otro problema al que quizá tenga que hacer frente en breve. El destacamento está bajo mis órdenes directas, pero su jerarquía obedece al *comes rei militaris per Aegyptum*, un cargo que apenas ha tenido poder hasta ahora. Lo ostenta Abundancio, un patricio acomodado al que, sospecho, alejaron de Constantinopla en castigo por alguna tropelía. Se ha dedicado desde que llegó a disfrutar de la vida regalada de un alto funcionario en Alejandría, pero recientemente, quizá movido por el aburrimiento, ha decidido cambiar las orgías por las ceremonias y hace pública ostentación de su cristianismo. Temo que su mando sobre las legiones pueda ser una fuente de conflictos en el futuro.

... Teófilo se resiste a morir. Es probable que no pueda ya ni moverse ni hablar, que tan sólo aguarde la muerte en un duermevela sin juicio ni consciencia. No trasciende su elección y los bandos para su sucesión se dividen entre los partidarios de Timoteo, amado de los moderados, y Cirilo, apoyado por los más fanáticos, los más vehementes. Sinesio, el buen cristiano, ha decidido marchar a Cirene, desde donde escribe regularmente a sus amigos, a Hipatia, a mí mismo. Alejado de la comprensión de las complicaciones de la doctrina cristiana, parece haber mudado sus preocupaciones desde que nos acompañaba en las jornadas que disfrutábamos juntos. Según me ha dicho Hipatia, sigue perfilando la cuadratura del círculo de la teología, la compleja imbricación que pueda hacer coexistir, en la misma doctrina de poder divino, al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo, emanaciones todos de una sola presencia divina que lo impregna todo, el gran silencio del que hablan los neoplatónicos. Mucho me temo que prefiera, ya por siempre, el sencillo culto a los dioses de Roma.

Anoche murió. Mandé reforzar las patrullas nocturnas y he escrito un edicto

penando toda aquella reunión en las calles de la ciudad de más de cinco hombres y mujeres. Los soldados castigan con cinco azotes y prisión de diez días a todo aquél al que se le confisca una antorcha, un arma, aceite o una porra corta, armas todas de combate callejero. Quizá pueda evitar un derramamiento de sangre, aunque soy pesimista. Sinesio me argumentó hace tiempo de que cuando la última autoridad de una doctrina no reside en la lógica, sino en la iluminación, una reconciliación, un acuerdo, se vuelve imposible.

18

Había tardado mucho tiempo en llegar a las cercanías de la ciudad. La brisa que comenzó siendo fresca se hizo fría, y traspasaba la túnica de lino. Desenrollé el palio de lana y me protegí con él. No me arrepentí de haberlo traído, a pesar de que era una prenda propia de zonas de inviernos más fríos, como la propia Atenas. En esos momentos aún estaba bajo la acción de la pastilla que había tomado, que, sospecho, no se limitaban a abrir sinapsis, sino que también actuaban limitando el shock temporal. Caminaba, miraba a mi alrededor y, lejos de la distancia con la realidad que siempre me producía el alcohol, la sustancia que me había tomado me obligaba a percibirme enterrada en el aire lleno de olores de la noche, sólida sobre la tierra del camino, acariciada por el mismo viento que removía los papiros de las orillas, presente en el fuerte olor del canal de aguas salobres.

Palpé el morral: dentro había cien sólidos áureos, monedas de oro con la efigie imperial de enorme valor, y una muy generosa provisión de sestercios, dracmas, hemidracmas y óbolos, monedas de plata, bronce, cobre y vellón, más una fortuna en diamantes y delgadas barras de oro. Una vez más levanté la vista: la muralla de Alejandría se alzaba a menos de un kilómetro de donde estaba.

Repasé el plan. Tenía que fingir ser hijo de un comerciante que llegaba a la ciudad desde Constantinopla para ser educado en la Academia. Era convincente; en esa época era la costumbre. Con el pelo muy corto, palio y túnica a la griega, confiaba en pasar por un muchacho. Ya era raro que un hombre llegase sin la compañía y protección de un par de criados, a una mujer jamás se le iba a permitir viajar sola, y menos para ir hasta Alejandría a ser educada en la Academia.

Busqué un resguardo y lo encontré bajo una acacia, protegida por un matorral de hierbas altas. No habría hecho falta; en el tiempo que permanecí oculta, no pasó nadie por el camino.

El amanecer no se hizo esperar. Poco a poco el sol comenzó a brillar en el este, sobre las colinas terrosas en la otra orilla del lago Mareotis. Sólo entonces alcancé a comprender lo grande que era Alejandría. Rebosaba las murallas, extendiendo una inundación de casas ocre por las márgenes de las marismas

que cercaban la ciudad por el sur. A pesar de los fármacos, en ese momento todo el desconcierto, toda la angustia de la espera, cristalizó en un miedo cerval que me paralizó. No podía moverme, ni apenas pensar en otra cosa que no fuese el regreso. Aferraba el taucrono en una mano, tentada de pulsar la combinación que me llevaría de regreso a Aberfeldy. Sólo cuando vi volar las gaviotas sobre la colina conseguí liberarme. Las aves eran las mismas que había visto tantas veces sobre la mansión de Stewart. El mayor viaje que se pudiese emprender y, sin embargo, las gaviotas seguían siendo pájaros blancos y negros que volaban gritando sobre la gente.

El sol se elevaba sobre el horizonte y las nubes, muy blancas, rolaban sobre el cielo empujadas por la brisa del mar. Nada había cambiado y todo era diferente; no había lugar para más miedo del que ya había sentido. El momento de enfrentarme con la ciudad, conmigo misma, se acercaba.

Al final me decidí a salir de mi escondite. Estaba tan sola en el camino como antes. Comencé a caminar entre ruinosos muros de barro que encerraban huertas y frutales, corrales de animales y casas de aspecto miserable que se fueron haciendo más grandes, mejor construidas según me acercaba a la ciudad. El camino de tierra dejó paso a una vía empedrada. Sabía que llevaba a la puertas de Canopus, al noreste de la ciudad.

Al volver una curva encontré que todo el ancho de la vía estaba ocupado por grandes carros de madera. Una pequeña multitud de hombres de piel cetrina se movían alrededor de hogueras que humeaban. Me llegó el olor a comida, un aroma de torta de trigo cocido al que respondió el estómago gruñendo de hambre. Los carreteros se daban prisa unciendo yuntas de bueyes marrones, lentos y enormes, a las cruces de los carros, que iban cargados de alimentos y mercancías y cubiertos por toldos embreados.

Caminé despacio, evaluando cualquier peligro que pudiera haber en aquella colección de hombres dedicados a su trabajo. Gritaban en un idioma cuyas inflexiones no me resultaban conocidas, posiblemente egipcio. Tras la colonización de los griegos, los trabajos más pesados habían quedado reservados a los originarios de aquella tierra de faraones, que ya había olvidado su antiguo imperio. Los carros tenían un aspecto tosco: gruesas vigas de madera apenas desbastada se unían con aparatosos herrajes de hierro. Las ruedas eran piezas de madera maciza cubiertas de una llanta de hierro aproximadamente redonda. ¿Dónde estaban esos carros delicados, maravillosos, que habían sido encontrados en las tumbas reales? ¿Dónde los ornamentos exóticos, las vestimentas brillantes? Los hombres estaban medio desnudos, cubiertos sólo por faldellines de lino, y los carros no eran las delicadas piezas de museo que yo había esperado, sino artefactos muy sólidos y toscos que crujían al moverse y amenazaban con desensamblarse a cada bache.

Me acerqué a la caravana detenida andando por el camino y comencé a comprender. Habían pasado la noche allí: las puertas de la ciudad se habrían cerrado a su paso y el mercado sólo abriría por la mañana. Mi camino hacia la

ciudad pasaba por el medio de aquella aglomeración, entre las grandes bestias, las bostas humeantes que desprendían olor a estiércol y los hombres vociferantes. Estuve tentada de buscar un atajo, de esperar, pero decidí que la conducta menos sospechosa era pasar por allí con normalidad.

Caminé entre los vehículos mirando de reojo a los arrieros. De cerca su piel brillaba con tonos de bronce, tenían los ojos muy blancos y la pupila negrísima. Volvían la vista desde los pescantes y algunos comentaban cosas a mi paso. Niños muy jóvenes correteaban y se peleaban por recoger las piezas de fruta o verdura que caían de los carros. Yo los miraba de reojo, y sin querer adivinaba en las miradas de los arrieros intenciones que en realidad no poseían. No eran delincuentes ni ladrones, no eran violadores sedientos de sangre ni tampoco santos; eran hombres de la misma especie que yo, sólo que ellos habían muerto más de mil quinientos años antes de mi nacimiento.

Caminé entre los carros que comenzaban a moverse, esquivando las bostas de los bueyes, acostumbrándome al sonido del egipcio, del que comencé a identificar repeticiones de sílabas, de palabras, intentando parecer indiferente, como si siempre hubiera vivido en el siglo IV.

El camino me llevó a las murallas, anchas y bajas, hechas de piedras enormes. La puerta Canópica era un hueco descomunal en el lienzo de arenisca. Estaba adornada con esculturas que sostenían con la cabeza un frontispicio labrado. En el lado derecho, desgastado por el viento, reconocí a Canopus, el barbado piloto del rey Meneleao, que resultó muerto por una picadura de serpiente en esa costa egipcia antes de que existiese Alejandría. A la izquierda se erguía Apofis, una deidad egipcia con cabeza de cobra, la serpiente monstruosa que lucha todos los amaneceres con Osiris. Las estatuas, de más de diez metros de altura, una de herencia griega, la otra egipcia, miraban al suelo, juzgando a los que pretendían entrar en la ciudad.

Delante de la puerta se apostaban diez legionarios romanos vestidos con faldellines de lino y protegidos por petos de cuero. Los cascos les colgaban de los cinturones, al igual que los gladios, mientras que las lanzas descansaban apoyadas en la muralla. De lejos me parecieron demasiado pequeños, apenas unos niños jugando a ser romanos. Cuando me acerqué, me fijé en sus ojos: tenían la misma mirada de todos los hombres acostumbrados a la violencia, ojos tranquilos, desapasionados, que podían pasar brutalmente del reposo a relucir con una furia mortífera y letal, desprovista de culpa.

Cada uno de los arrieros entregaba cinco hemidracmas de bronce, el impuesto por entrar en la ciudad, al decurión que dirigía a los soldados. El soldado hablaba un latín casi incomprensible, lleno de giros extraños y palabras que no conocía. Rebusqué en el morral mientras me llegaba el turno. Tomé las monedas de bronce. Era el momento de comprobar que las piezas que habíamos acuñado eran válidas. Las habíamos construido a partir de algunos ejemplares muy deteriorados y reproducían la efigie de Teodosio por un lado y motivos mitológicos por el otro. Creíamos que realmente no hacía falta mucha precisión;

las cecas de la época no eran muy exactas y cada moneda estaba llena de imperfecciones.

Cuando me llegó el turno, el decurión me miró. Tomé las monedas y las puse en su palma. Cerró el puño sin dejar de mirarme mientras mi corazón se aceleraba. Me sonrió mostrando una dentadura rota en varias partes. Guardó las monedas en su bolsa y dirigió su atención al siguiente en la cola, diciéndole algo que no entendí.

Creo que respiré audiblemente mientras entraba en la ciudad y pisaba por primera vez la Vía Canópica, ancha y flanqueada de edificios. Sólo entonces, tras la tensión de pasar el control imperial, empecé a ser consciente de dónde me encontraba. Había alcanzado mi objetivo último, podía regresar en cualquier momento y ya sería todo un logro. Con las imágenes y los sonidos que grababa el taucrono, los especialistas podían alimentarse durante décadas. El sol comenzaba a escalar el cielo. No había ni una sola nube. Me quité de la cabeza el palio y me aparté del empedrado, refugiándome en la sombra de un gran obelisco de piedra. El sol se alzaba recto sobre la vía, que recorría de este a oeste la ciudad, manchando todo de oro, brillando en los frontispicios, en las columnas, en las casas de piedra ocre y los adoquines. Cerré los ojos, ligeramente mareada. El mar no estaba lejos, y se olía la sal perfumada por aromas de palmerales, y el humo de las ofrendas matutinas en los templos y hogares. Miré hacia el norte: allí estaba la aguja del faro, irguiéndose sobre la masa de edificios que me rodeaba.

Los carros comenzaron a avanzar por la calle. Aparecieron muchos hombres y mujeres, sobre todo de piel oscura, que acarreaban cestos en grupos o en solitario. Había niños que corrían de un lado para otro, seguramente cumpliendo algún recado para sus amos. Intenté comprender lo que estaba sucediendo: la ciudad despertaba, los criados corrían al mercado a comprar comida, cada uno de los artesanos, funcionarios, jueces, albañiles de la ciudad acudía a su trabajo. Vi a un grupo de judíos arropados por telas oscuras, los brazos ocupados con rollos de papiro, avanzando por la calle y discutiendo entre ellos. Tenían las barbas entrecanas los mayores, los jóvenes el pelo ensortijado y los pies cubiertos de sandalias. Un poco más allá había una fuente de agua clara donde una docena de mujeres llenaban cántaros mientras conversaban y reían. Tuve que cerrar los ojos y apoyarme en la columna para no ceder al vértigo. Todo aquello era real, no era una recreación, una especulación; así había sido Alejandría, así eran sus gentes y así hablaban entre ellos.

Qué ignorante. Apenas capaz de asimilar el shock del viaje y ya me afanaba por valorar aquellos tintes tan intensos que cubrían los edificios —rojos, azules, morados— y que ningún arqueólogo había supuesto existiesen; por escuchar los acentos, el lenguaje de las gentes que paseaban por la calle; por retener en la mente la arquitectura de los edificios que me rodeaban. La catedrática, la observadora imparcial, resultó sobrepasada en el primer embate de aquel

tiempo que había pasado pero que desfilaba vivo ante sus sentidos.

El taucrono registraba con imparcialidad mecánica aquella realidad poderosa, similar a lo conocido por la historia, pero a la vez profundamente perturbadora. Yo no era una máquina. La intensidad de la ciudad me quemaba por dentro, consumía a la Marta pequeña y triste, la Marta de tardes grises en Ginebra, de bibliotecas y seminarios, la Marta embalsamada entre paredes forradas de libros.

Hoy, en pie en las mismas calles, aquella Marta ha desaparecido. Para mí se ha acabado el pasado construido con la arquitectura de los libros y las ruinas. Prefiero beberlo hasta embriagarme, ahuyentar la perspectiva, matar la objetividad y vivir.

Los recuerdos de mis primeras horas en Alejandría son los que mejor han permanecido. Dicen del que llega a una ciudad desconocida que el primer día es capaz de escribir un libro certero sobre ella; el segundo tan sólo un artículo orientativo; y el tercero y siguientes es incapaz de hablar de ella. Eso me sucedió a mí: ahora soy de tal modo una parte de Alejandría, de este pasado intenso y luminoso, que no puedo analizarlo ni describirlo con precisión, como no podría explicar mi hígado, descubrir mi retina, estudiar la cadencia de mi voz.

Es mejor continuar andando, no vacilar en exceso; tengo una cita a la que acudir.

Por un momento miro un puesto de carne. Venden las últimas libras de cordero despedazado y oscurecido de moscas. Vuelvo la cabeza con rapidez, pero la imagen me ha golpeado como algo sólido y una arcada como una cuchillada caliente me asciende por el esófago. Tengo que ser fuerte, sé que no hay otra opción. Maté a la Marta que odiaba, la que mi madre había hecho de mí; murió calcinada sobre los adoquines de Alejandría. Ahora hay que ser consecuente y pagar el precio del renacimiento: saber que todo acabará en una enorme extensión de sangre corriendo de mil heridas que empapan el mármol. Me esperan mil miradas, pupilas negras como huevas descompuestas y amasadas por la marea; puños ávidos, apretados nudos de dedos armados de dientes calcáreos; una sola ola de podredumbre, tela, cuerpos crispados y oscuridad en la que un cuerpo de blanca carne naufraga, ahogándose en sangre y dolor.

19

789464 [Mi nombre es Hipatia, hija de Teón. Nací ante diem quintum Calendas Martias el año 1118 de la fundación de Roma...]

787165 [No, máquina, no he olvidado, quizá nunca lo haga.]

121466 [¿Mi familia? Mi familia, en realidad todo mi universo, fue siempre mi padre, Teón de Alejandría. La imagen que guardo de él es la de un gigante barbado y sonriente, una montaña amable que orbitaba sobre mí. Hablaba con palabras grandes, peñascos redondeados que me acariciaban, jugaban y se enfrentaban incansables a mi curiosidad. Mi recuerdo más antiguo es él y yo, a solas debido a la temprana muerte de mi madre, mirando los astros en el patio de nuestra residencia en el Bruchelion, el barrio más cercano al Serapeo y el Museion. Mientras otras niñas jugaban con muñecas de trapo, Teón elevaba la vista, miraba al cielo, identificaba una estrella o un planeta y luego lo señalaba en las tablas astronómicas de Ptolomeo. Yo tenía que tomar nota de las cifras, manejar el gnomon de madera y metal, calibrarlo, localizar en el cielo la estrella y luego apuntar la hora y el brillo. Ni rezos y velos en el templo, ni juegos con las criadas; lecturas de los clásicos griegos y romanos y matemáticas.

Ésos son mis recuerdos más antiguos, teñidos por los velos de la niñez. Luego crecí, jugué, corrí, salté y, sin dejar de reír, estudié con mi padre en el Museion. En la gran Biblioteca leí las palabras de Platón, Aristóteles, Zenón, Anaximandro, Pitágoras y después Anaximarco, Aristarco, Herón, Apolonio, Euclides, Ptolomeo. Vivía entre papiros desplegados en mesas enormes, plumas, compases y reglas, arenas donde trazar geometrías y tinta manchándome los dedos. Por la noche, antes de ir a dormir, seguíamos trabajando juntos observando el cielo, tratando de mejorar el trabajo de Ptolomeo, mi padre compilando los datos que luego reflejaría en los comentarios a *La composición matemática* de Ptolomeo. Lloviendo de la negrura del cielo, dedos de luz fría me tocaban la mente abriendo enormes huecos, alimentando el monstruo insaciable de mi curiosidad con sus formas, sus

colores, sus movimientos regulares.

Ésos fueron los años felices, que se amontonaron hasta acumular dieciséis crecidas del Nilo y dieciséis solsticios en Alejandría. Crecí sin darme cuenta y, cuando tenía altura suficiente como para mirar por encima del muro de nuestra residencia, vi que existía un mundo que no era el de los papiros y los juegos astronómicos, un mundo duro donde los soldados con una sencilla lanza de hierro podían borrar definitivamente las bellas palabras de un poeta.

Fueron tiempos de grandes disturbios. Teófilo, patriarca de Alejandría, había iniciado una campaña contra el paganismo, que el Imperio aún no había prohibido pero que se veía de modo sospechoso desde que los padres de la Iglesia se sentaban al lado del emperador y le susurraban al oído. Una turba de cristianos, hombres y mujeres de las clases más bajas, arremetió con violencia contra todo aquello que no perteneciese al cristianismo: judíos, mitraicos, el culto a Serapis, a Isis, a Dioniso. Alejandría cundió en revueltas que nada tenían que ver con la religión, pues los hombres y mujeres que gritaban por las calles de la ciudad, que se enzarzaban en peleas y tumultos, faltos de instrucción, no sabían contra qué protestaban, quiénes los empobrecían y los maltrataban.

Desde el patio de casa se podían oler las cenizas y escuchar los gritos de las multitudes que corrían por las calles, armadas apresuradamente. Olimpio, Ammonio, Helladio, el poeta Palladas, todos ellos amigos de mi padre, se hicieron fuertes en uno de los templos de Serapis. En el exterior la multitud los asediaba. Las tropas no acudieron a sofocar la revuelta y la gente se lanzó contra ellos, quemando y destruyendo en un frenesí de victoria. Las hachas destrozaron las estatuas de Serapis, derribaron las columnas y profanaron la naos.

Nunca he creído en los adivinadores, los lectores de entrañas y buscadores de futuro en los astros; menos aún en los cultos a dioses que demandan una constante atención. Aquella noche de incendios y destrucción, mi padre me habló en la oscuridad de mi cuarto y me dijo que los hombres que habían muerto en las luchas habían sido herederos de una tradición de muchos siglos de filosofía, de raciocinio. Por ello los cristianos se empeñaban en destruirla, por ser parte de la herencia helénica que nos animaba a estudiar el cosmos y el porqué de las cosas. La iglesia de los galileos no tenía tales intereses; sólo creía que mediante la disciplina, el rezo y la creencia ciega serían felices tras la muerte.

Comprendí entonces, aquella noche de terror y pena, cómo las ideas abstractas podían corromperse en un poder que dirigía imperios. Desde entonces, la idea de expresarme sin medir la pureza de mis palabras me resultó repugnante. La locura se engendra en el cuerpo defectuoso, mientras que las ideas, el producto de la mente, tan sólo traen verdad y calma. Convertí esas palabras en la guía de mi existencia. Todo lo que sucedió después sólo sirvió para reafirmarme. Aquéllos que se consumieron en el fuego de las pasiones fueron aniquilados. Los que, como yo, nadaron las frías aguas de la razón,

conservaron el raciocinio. No sospeché lo equivocada que estaba hasta después de conocer a Marta.

Fueron tiempos difíciles para mi padre. Muchos de sus amigos habían muerto en el asedio, y sus aficiones teúrgicas estaban prohibidas. Puede que eso precipitase su muerte, dos años después de los sucesos.

Sólo a él tengo que agradecerle que decidiera educarme como a un hombre, darme acceso a los volúmenes de papiro y construir de ese modo todo lo que soy. Lo lloré una calenda; luego volví a encontrarlo en sus papeles, los comentarios, las tablas astronómicas, su trabajo, y decidí continuar con su labor, seguir dando clase en el Museion, donde ya me conocían y no pudieron negarme mis conocimientos y habilidad enseñando a Platón, Aristóteles, Zenón y Plotino. Con el tiempo me convertí en la responsable del Museion, sucesora de la labor de mi padre al frente de la institución.]

065845 [¡Qué estupidez! No puedo cerrar los ojos y dejar atrás la agonía de saberse feliz por un tiempo finito. No deseo abandonar nada, nada en absoluto; ni los gritos, ni los susurros, ni la alegría, ni el dolor. Me niego a que el tiempo erosione el color de mi memoria, a que reduzca a estúpidos arquetipos las calles de Alejandría y amortigüe los ecos salvajes de mi rabia. Quiero recordar cada segundo, atesorar cada imagen, guardar la huella de cada caricia. Prefiero el dolor al olvido. Elijo la memoria al presente porque sé que nada más ha de sucederme. Aun en vida ya estoy muerta; amortajada de días pasados recorro una y otra vez las tumbas de mi memoria. Por eso digo no a la curación, no quiero pastillas, ni tratamientos, ni nada que me aparte de ella, mucho más viva que yo misma. Sólo escúchame, máquina, y calla.]

454154 [Sí, seguiré hablándote, máquina estúpida, hasta quedarme sin aliento si es necesario, pero no comprenderás, nunca llegarás a saber por qué no quiero curarme. Sí, tu inteligencia es magnífica, el terapeuta perfecto: emites diagnósticos, redactas tratamientos, me hablas con palabras sibilinas, pero no te escucho, estoy más allá de la curación. Te hablo porque... eres pequeña, te puedo llevar al cuello, me gusta saber que algo guardará mis palabras cuando ya no esté, algo como tú, resistente al tiempo y que recuerde lo que pasó.]

074845 [¿Las conchas? ¡Ah...! Te refieres a mis sueños; sí, sueño con conchas, una playa donde la arena está cubierta de conchas de muchas formas y tamaños. El cielo es un negro cuajarón de sangre coagulada. El sol apenas ilumina, el agua hiede y las olas no murmuran, gritan. Cada chapaleo es un alarido que abre un camino de muerte, una herida que rezuma espuma sanguinolenta, una excoriación que me sacude y me desmembra. Sí, no te finjas

sorprendida, ya lo sabes: la playa es tal como siento la vida, una opresión indigna en la que no hay despertar.]

345458 [No, la Biblioteca ya sufrió muchos daños cuatro siglos antes de que yo naciese. Julio César, viendo asediada la ciudad por fuerzas superiores y ante el inminente desembarco de Potino, decidió incendiar los almacenes del puerto para detenerlo. El incendio se extendió a la parte baja del palacio, a los repositorios de la Biblioteca y a algunas de sus alas menores. En realidad nunca hubo una sola Biblioteca. Había textos en edificios del puerto, donde esperaban antes de ser catalogados, en la biblioteca principal, en la del Serapeo anexo al Museion y en la del palacio. Se podría decir que la Biblioteca se extendía por toda la ciudad si incluimos los escritorios, edificios donde los escribas se afanaban en copiar los rollos que luego se devolverían a sus dueños. Para que te hagas una idea del ansia de textos de los antiguos Ptolomeos, se cuenta que Ptolomeo Sóter pidió prestada la colección de papiros de la Academia de Atenas para copiarlos. Incluía ese tesoro todos los textos de Platón y sus sucesores. Atenas no aceptó hasta que, en prenda, se enviaron varios barcos cargados de oro. Pues cuando se recibieron los textos, el rey prefirió perder la prenda antes que devolver los rollos y envió a Atenas las copias.

La Biblioteca sufrió daños, pero había copias de copias. Nadie, ni siquiera Calímaco, que fue su más grande conocedor, pudo saber cuántos textos había almacenados en la Biblioteca.]

20

Dejo atrás el mercado y sus vociferantes vendedores. Ahora, tras un año de estancia en la ciudad, soy capaz de entenderlos, de saber que hablan en egipcio adulterado de griego, uno de los muchos idiomas que se escuchan en la ciudad, uno de los cientos de dialectos y lenguas que se gritan los marineros en el puerto de borda a borda.

La mañana transcurre tranquila, pero será un poco más tarde, tal y como dirá un obispo del siglo VII llamado Juan de Nikio: «A la hora décima se desató el tumulto». No queda mucho ya.

No quiero ser injusta con Alejandría. Menos cuando creo, al fin, haberla comprendido. Soy ya una ciudadana de esta mezcla insana y maravillosa de gentes, ideas, olores, dioses y razas. Yo añado una más, una viajera del futuro.

Al contrario de lo que creía, la fascinación de mis primeros pasos por la ciudad no ha disminuido. Recuerdo que una de las virtudes de la medicación que debíamos tomar antes de saltar era evitar el síndrome de Stendhal.

Tras mis primeros pasos por Alejandría, sentía cómo el ritmo cardíaco crecía, el vértigo me obligaba a apoyarme en algo. Se reproducía lo que le sucedió a Stendhal en la basílica de la Santa Cruz en Florencia, un shock cultural que se traslucía en síntomas físicos. Gracias a la medicación pasaba rápido: el estupor remitía, los sentidos volvían a focalizarse y podía pensar, tomar decisiones. La estrategia inicial era intentar ser admitido en el Museion como alumno; allí podría encontrar alojamiento como un extranjero peculiar en un sitio acostumbrado a las excentricidades de alumnos de todo el mundo.

Localizar el Museion demostró ser una tarea muy difícil a pesar de que las crónicas lo describían como un edificio enorme. Todos mis conocimientos de griego clásico, de latín, de copto antiguo y hasta de hebreo eran totalmente inútiles. Los mapas que tenía memorizados en el taucrono no servían para casi nada. Todo sonaba diferente a como se esperaba, a como habíamos aprendido a leer en los textos. Intenté preguntar a cien paseantes, a mil vendedores callejeros, sin éxito, mientras sentía el estómago encogerse de hambre y el calor comenzaba a cocerme dentro de las telas de mi vestido. Las gentes de Alejandría me sonreían y hacían gestos de no entenderme, seguían su camino volviéndose para mirarme. Al mediodía la ciudad se volvió silenciosa. Sólo las

lagartijas se movían sobre las piedras recalentadas. Opté por comerme el queso de cabra y el pedazo de pan que había comprado en un puesto callejero, supongo que por un precio astronómico. Me senté a la sombra de un edificio, al lado de una fuente, en una de las muchas plazas que había visitado en vano. No sabía muy bien dónde me encontraba, pero la comida me reconfortó. Cerré los ojos por un instante; el rumor del agua era un sonido que conocía, podía imaginarme que estaba en el jardín de la mansión de Aberfeldy en un día soleado de verano, que abriría los ojos y allí estarían el resto de los eruditos paseando de un lado a otro con pasos rápidos, sentados bajo los robles, leyendo o conversando. Pero no, al abrir los ojos seguía en una plaza empedrada de Alejandría donde el brillo abrasador del sol había ahuyentado a casi todo el mundo. Un perro callejero, flaco y lleno de pulgas, me miraba con interés, y el resto de la ciudad me ignoraba. Eso ya era un éxito: en las peores pesadillas de todos los viajeros estaba el ser perseguidos por una multitud que los señalase con el dedo.

—¿Tú también estás solo?

Le tiré algunas migas de pan al pobre animal, que las devoró en segundos. Luego desapareció en busca de sombra. Ni siquiera los perros callejeros me hacían caso.

Más calmada, intenté revisar los planos que tenía almacenados en el taucrono. Las dimensiones de la ciudad y de las marismas habían cambiado, el trazado de las calles era similar, pero la habitual incertidumbre acerca de dónde estaba ubicado el Serapeo y el Museion impedían a la máquina ayudarme a localizarlos. Al final decidí explorar un par de puntos probables. Intenté guiarme por el sol y comencé a andar por la calle, sujetando con fuerza el morral de cuero. A los pocos pasos eché de menos una crema solar, unas gafas de sol y un sombrero. Me alivié algo colocándome el palio sobre la cabeza. Las calles se habían vaciado de presencia humana. Intuí que algunos comerciantes y artesanos trabajaban al fondo de sus minúsculas tiendas, en la sombra. Vi pasar un par de sillas de mano transportadas por criados y varios hombres a caballo con aspecto de ir a cumplir alguna grave misión.

Las calles de Alejandría seguían una cuadrícula norte-sur, este-oeste. Si seguía por la Vía Canópica y giraba a la derecha en la mitad de su longitud, llegaría al puerto. El Museion estaba cerca, en el Bruchelion, el barrio sagrado y elevado sobre las aguas de la bahía. En la pequeña elevación habían proliferado los santuarios dedicados a las muchas deidades a las que se rendía culto en la ciudad. Al noreste, cerca de los terrenos del palacio real, debía erguirse el Cesareo.

Comprendí que estaba en el barrio judío cuando encontré un templo. No se parecía a las sinagogas que hubiera visto antes; era un edificio cuadrangular construido con gruesos muros de adobe y cubierto de cal blanca. No había adornos en él, tampoco muchas ventanas. La única puerta se abría a un atrio porticado donde hombres con túnicas orladas con estrellas de David trabajaban

escribiendo en papiros. Eran traductores de la afamada escuela de Alejandría y estaban traduciendo textos de los rollos que se amontonaban a su alrededor. Levantaron la vista de su trabajo y me miraron; por primera vez me sentí fuera de lugar. Continué caminando. Sin duda, no habían visto en mí nada raro, reflexioné, tan sólo un gentil de origen vagamente griego o romano mirándolos trabajar en su templo.

Eso debería haberme dado una primera idea muy clara de dónde estaba realmente el peligro de Alejandría, pero no tenía mucha capacidad de reflexión. Continué avanzando por la Vía Canópica. Cuando terminó el barrio judío, desaparecieron los hombres de largas barbas y los jóvenes con la cabeza cubierta por una túnica y el pelo largo y lleno de rizos.

La fatalidad, el destino y el libre albedrío siempre me han parecido uno de los más importantes temas de reflexión. Ni los griegos ni los pueblos que vinieron tras ellos, ni siquiera los físicos modernos, tan cercanos a los filósofos griegos en su modo de concebir explicaciones para el universo, supieron decidir si los dioses dirigen la vida de los mortales.

Aquella primera jornada en la ciudad, caminando casi en solitario por sus calles ardientes, sentí por primera vez el aliento del dios ciego sobre mí. Giré en una esquina, ascendí por la calle en cuesta en dirección al mar, intentando encontrar una referencia que me permitiera llegar al Museion, y al superar la loma me encontré, de bruces, con un grupo de hombres vestidos con túnicas negras que les tapaban la cabeza y el cuerpo. Ellos ni siquiera me vieron, caminaban sujetando gruesos cayados de dura madera seca en las manos, los cuellos ceñidos por cruces de madera y madreperla. En el centro del grupo avanzaba un hombre, también vestido de negro, pero mitrado. Tenía las barbas muy negras, era enjuto de carnes, de ojos pequeños y huidizos, flacas mejillas. Aquel hombre, que luego supe que era Cirilo de Alejandría, me miró sin ninguna cortesía. Me aparté a un lado para dejarlos pasar en la no muy ancha calle. Aquellos ojos me habían juzgado y condenado en décimas de segundo: no llevaba cruces, no me había agachado ante la presencia de la mitra, no era cristiano.

Quizá hoy tenga que enfrentarme por segunda vez a esa mirada; debo ser fuerte, esos ojos parecían capaces de arrancarme la piel y la carne, desnudar los huesos y construir con ellos una imagen de mi mente, mi identidad, conocerme incluso mejor que yo a mí misma. Esa mirada parecía prestada por un dios enloquecido, un ser mitológico que no era el dios de los galileos, sino un monstruo nacido de la oscuridad, un pobre demiurgo enfermo de tiempo y soledad.

21

012457 [Eres graciosa, máquina. Yo era antes como tú. Me imagino tu mente: potenciales, números, valoraciones y simulaciones, ciclos y epiciclos que modelan la realidad. Me lo han explicado cien veces y cien veces no he visto en ti la maravilla que ellos me nombraban. No se puede recrear la perfección de un alma con las tristes herramientas de la materia. Los juguetes de Herón nunca me gustaron. Sé que puedes imaginar cuál va a ser mi comportamiento. ¿Crees que no me doy cuenta? Sí, lo sé, quieres entrar dentro, romper el círculo de mis recuerdos. No podéis, a pesar de vuestra inteligencia y vuestro poder, no alcanzáis a llegar al interior. Está tan lejos de vuestra experiencia... No hay palabras que describan aquello que sólo se percibe en el tacto suave sobre la piel, en las palabras que no se dicen, y los suspiros que retumban crueles contra las paredes del pecho. Por eso no puedes llegar, porque ya no soy así, ella me hizo cambiar. Lo que no lograron los cultos a los dioses y su placer místico, ni todas las promesas de goces más sensuales de Alejandría, lo logró ella con su presencia.

¿Quieres que te cuente cómo la conocí? Ella llegó hasta mí mientras enseñaba a lanzar el disco en el patio de la Academia. Remangándome la túnica, les mostré a algunos jóvenes cómo agarrarlo, cómo balancear el peso y cómo girar rápido, sentir la sangre agolparse en el antebrazo por la violencia del movimiento y luego soltarlo en el momento justo.

¡Qué tontería!, todo tiene que ver. ¿O acaso vosotros no educáis el cuerpo y la mente a la vez? Ya veo que no.

Era un cachorrillo asustado: el pelo corto, la alta figura esbelta oculta tras vestidos masculinos. Supe que era una mujer en cuanto la vi, no en vano he estudiado los cánones griegos y sé reconocer las formas de unas caderas anchas y unos hombros estrechos por muy cubiertos de tela que estén. No, no tenía ninguna alumna, todas las familias se disputaban que Hipatia educase a sus hijos, pero no a sus hijas. Padres y hermanos aborrecían la idea de que sus mujeres llegasen a tener educación y se refugiaban en la conocida idea de que eran diferentes, que las lecciones no cambiarían nada, justo lo que mi padre Teón había demostrado como falso al educarme a mí. Imaginé que era hija única de una familia noble que había accedido a los rollos de papiro de su

padre, y las lecturas le habían prendido el fuego del conocimiento, como a veces sucede en las almas jóvenes cuando se las ilumina adecuadamente. Me imaginé que había suplicado, rogado, amenazado, con el suicidio y al fin habían convenido en que acudiese a nosotros bajo ropas de hombre. Yo, que tenía mi juicio como certero, erré por completo.

Antíoco, decía llamarse. La tersura de su piel y la ausencia de arrugas engañaban; no era joven, tampoco vieja, tenía más o menos mi misma edad, pero todo su cuerpo respiraba la inocencia tímida de quien apenas ha vivido. Parecía ávida de absorberlo todo, se fijaba en todos los detalles, escuchaba intensamente cada palabra. No podía, sin embargo, mantener la mirada. A menudo, los primeros días de enseñanza, me gustaba entablar duelos cara a cara, doblegar a orgullosos gallitos que esperaban de una mujer que bajase la vista avergonzada ante su presencia. Le levanté la barbilla, su piel ardía con la intensidad de la fiebre, y encontré en sus ojos lo que no esperaba: se asomaba a aquellas pupilas febriles el reflejo de un alma poderosa y contenida esperando volar hacia la perfección que el demiurgo nos ha negado. Casi sentí las cadenas contra las que se debatía, hierros que en otros retenían mentes corrientes, mezquinas, que una vez liberadas apenas volaban como gallinas asustadas, y que en ella retenían a un grifo ansioso de volar libre. Sentí el viento de sus inmensas alas abriéndose y abanicando al mundo en su aleteo. Fue en ese momento, en ese instante allí en el gimnasio del Museion, aún respirando deprisa por el esfuerzo físico, cuando algo comenzó a cambiar, cuando la contaminación del mundo me llegó en forma de una oleada de sensación. Me entregué a ella aun sin saberlo, aun sin ser consciente de que todo había cambiado, de que, como a muchos otros, el fatum me había alcanzado y sus dedos corruptores me arrastraban a mi particular Hades.]

456544 [Pues claro que estaba implicada en política —esa hija bastarda de la retórica—, ¿quién no lo habría estado viviendo en Alejandría? Ya te he contado que cuando yo era muy pequeña, Teófilo, patriarca de Alejandría, fue el directo responsable de los tumultos que terminaron con la destrucción de algunos templos. Mi padre me describió más de una vez la belleza de aquellos edificios arrasados. Los patriarcas cristianos siempre han sido muy astutos, hábiles manipuladores de las masas a las que prometían libertad más allá de la muerte, un dios permisivo y amor eterno. Nunca he estado interesada en esa mística barata, en esos dioses del panteón griego y egipcio que dirigen el universo según su capricho, o en esos otros autoinmolados padres celestiales de los cristianos, los mitraicos y los orientales. El universo, la perfección de las formas puras que el demiurgo pervierte, sólo se encuentra en el rigor individual, en la razón aplicada a la naturaleza y la virtud ejercida sin coerción de premios y castigos. Mucho menos en ese dios hecho con los restos de varias religiones, que tantos adoraban: Serapis, hijo del toro Apis, Zeus y la curia ptolemaica.

Y sin embargo, aunque aborrecía la religión irreflexiva, sabía que era parte de una tradición heredera de los tiempos de los antiguos sabios, un símbolo del respeto a las antiguas tradiciones, la claridad de pensamiento y acción de nuestros antecesores y la herencia de siglos bajo el reinado de los Ptolomeos. Pero todo aquello había pasado; Alejandría se hundía en su propia senectud. La agonía de una persona puede ser dolorosa, pero siempre es corta. La de una ciudad, un imperio, puede arrastrarse siglos enteros.

Teófilo terminó por caer enfermo. Había luchado desde el inicio de su obispado contra otras sectas cristianas y cultos con bastante éxito. Tras las revueltas que culminaron con la destrucción de los templos, no azuzó a sus huestes contra los restos del culto a los antiguos dioses. Tal y como mi discípulo Sinesio me contaba, al envejecer y vencer a la propia oposición interna, había comprendido las virtudes de la convivencia. El propio Sinesio era la prueba, un erudito cristiano que había escrito mucha interpretación teológica de la doctrina, un sabio que había aprendido filosofía conmigo, en la Academia.

El Serapeo seguía siendo un gran símbolo de Alejandría; el Museion, la Biblioteca eran la envidia del Imperio. Nadie habría imaginado que tras la sucesión y la llegada al poder de su sobrino, Cirilo, las cosas cambiarían tanto y en tan poco tiempo; nadie, salvo quizá el ciego Antonino, hijo de Sosítrata, cuyas profecías, a diferencia de las de los otros muchos tullidos a los que alimentábamos en la puerta del Serapeo, siempre se cumplían.]

587455 [No, nunca sospeché. Sabía que Marta no era de Alejandría, pero el Imperio era grande y lleno de rincones remotos. Paseando cualquier tarde por el puerto se podían ver barcos enjaezados en puertos desconocidos, marineros de pieles claras, oscuras, cobrizas, vestidos rojos, azules, faldellines, capas. Creí que su familia habría llegado a Alejandría para comerciar, que, como sucedía a menudo, las fabulosas ganancias del comercio y el brillo de la ciudad les habían decidido a vivir allí, a comprar una casa con almacén anejo, a contratar criados y a seguir comerciando con base en la ciudad.]

22

Tiene gracia que en mi postrer camino en Alejandría haya coincidido, cual camino inverso, con mis primeros pasos en la ciudad. Era la misma ciudad, las mismas lenguas que ahora comprendo perfectamente, y ésta, la misma fuente —la pileta desgastada, el delgado caño en forma de león vertiendo agua fresca— sobre la cual me recosté en el mediodía abrasador de Alejandría. Sólo falta el perro vagabundo.

Después de encontrarme con Cirilo, tras huir de él y sus monjes negros, me topé, ya cerca del mar, con un muro alto y sin pinturas, por encima del cual sobresalían grandes cedros y palmeras. Recorrí aquel muro ciclópeo durante más de media hora hasta dar con un pórtico ornado con estatuas de Serapis. Aquél era, sin duda, el Serapeo, y en el mismo complejo de templos se encontraban el Museion y la biblioteca del Serapeo. De inmediato olvidé el calor de sol, el miedo que me había causado la figura de Cirilo, dejé atrás mi propia fragilidad y toqué con reverencia la piedra de la escalinata que terminaba en un frontispicio porticado con grandes columnas pintadas. Las figuras en el frontón habían sido pintadas con vivos colores. Creí distinguir a Atenea, a Platón, a Dioniso acompañados de figuras que representaban campos de trigo, cocodrilos, hipopótamos, ibis o papiros. Sí, aquello era el Serapeo, no cabía ninguna duda.

Sobrepasé el umbral que acabo de abandonar, pisé reverentemente las mismas baldosas de granito, caminé entre las columnas. Más allá se extendía un inmenso jardín cubierto de parterres, piscinas, edificios de porte majestuoso, todo brillando con furia y matizado de sombras espesas. Apenas me atrevía a respirar. Las chicharras cantaban con fuerza desde las palmeras y ni un soplo de brisa perturbaba la calma aplastante del mediodía. Despacio, pisando la grava del camino, me interné en el Serapeo. A mi derecha unas caballerizas guardaban, entre polvo y moscas, grandes caballos de color oscuro. Delante de mí surgían, aquí y allá, edificios de la misma arenisca ocre con la que estaba construida Alejandría. Me fijé en uno de ellos. Detrás de setos y árboles se ocultaba lo que no podía ser sino un gran templo. Una hilera de columnas sostenía un frontispicio de formas clásicas. Viendo el frontón, entendí que aquél era el santuario de las musas, patronas de todo arte y sabiduría; lo curioso es

que aquellas gruesas columnas eran más egipcias que griegas.

Avancé cautamente hacia el edificio. Todo parecía desierto.

Comprendí al fin que veía una mezcla arquitectónica de estilos: las estilizadas esculturas y adornos griegos competían con la maciza rontundidad de las construcciones egipcias, hechas para desafiar al tiempo. Ascendí la pequeña escalinata del Museion, admirando la armoniosa mezcla, las columnas abombadas en la base, clásicamente egipcias, las pinturas murales de ibis, juncos, soles y escarabajos, las esculturas de Atenea, de Homero y Apolo, el busto de Aristóteles. Tras las columnas había velos y altares destinados a las ofrendas. No quise entrar; los ritos podrían exigir una purificación del recinto que yo rompería. Descendí y seguí caminando por el jardín, que se extendía mucho más de lo que se suponía viéndolo desde fuera.

Al fin vi gente. Un anciano, vestido con una hermosa túnica blanca con ribete azul, salió de un edificio de dos plantas. El corazón me dio un vuelco cuando advertí que sujetaba rollos de papiro bajo el brazo. Me acerqué todo lo rápido que me pareció prudente para no llamar la atención. Todo el edificio estaba porticado. Grandes mesas en los soportales frescos y luminosos acumulaban rollos de papiro sobre los que alumnos y maestros leían. Enfrente de aquel edificio había una superficie de arena bajo un emparrado. Sobre ella, atletas semidesnudos descansaban dando cuenta de una copiosa comida. Más adelante, gente más anciana sentada en taburetes y mesas de madera bebía en vasijas de barro negro mientras no dejaba de hablar.

En parte huyendo de toda aquella gente, penetré por una de las puertas. Me encontré súbitamente ciega en una penumbra sólo iluminada por la luz que entraba por altas lucernas. En cuanto mis ojos se acostumbraron, se me reveló un largo pasillo que corría a lo largo de toda la nave. A derecha e izquierda, estanterías de madera —los armarios— sostenían miles de papiros enrollados, cubiertos de la apretada escritura de los escribas. Había topado con la biblioteca del Serapeo. Una galería corría a lo largo de las paredes y arriba se multiplicaba el espacio destinado a almacenar textos. Hice un rápido cálculo: estimé en más de veinte mil rollos de papiro los que se almacenaban en aquel largo edificio, la milésima parte de los fondos originales de la Biblioteca. Caminé entre paredes repletas hasta el techo de saber antiguo y desconocido, llenas de tesoros literarios, de joyas artísticas, arqueológicas, antropológicas, históricas. De vez en cuando me detenía y leía los títulos de los volúmenes, buscaba las obras completas de Aristóteles, de Zenón, las comedias de Aristófanes, los descubrimientos de Herófilo, las geográficas de Estrabón, las matemáticas de Euclides, pero sólo encontré una infinitud de autores que la historia no había conservado, quizá escritos menores, copias, reescrituras, quizá obras maestras que se iban a perder para el hombre.

Por casualidad llegué hasta el armarium dedicado a un tal Arimeo de Siria. Extraje un rollo al azar y vi el comienzo de una obra desconocida. Parecían enunciados matemáticos, estudios de cónicas, geometría de una complejidad

apabullante. Durante un instante no pude hacer otra cosa que mirar el papiro densamente escrito con los rectos caracteres griegos, iluminado por dibujos de círculos y rectas. El vértigo me asaltó; volvía el síndrome de Stendhal. Tuve que sentarme y restregarme los ojos, intentar tranquilizar el latido de mi corazón.

—Thelete kati? —Alguien me increpó suavemente. Aquella voz me pareció extrañamente adecuada a la biblioteca, como si aquello fuese un templo que había de reverenciarse. Tan imbuida estaba de la magia del lugar que no di importancia al hecho trascendente de que entendía aquellas palabras. Era un hombre pequeño y fibroso, un anciano calvo y de barbas blancas que me sonreía con unos dientes estropeados y una mirada tranquila. Hablaban un griego ligero, suave, un poco extraño pero comprensible, mucho más parecido al idioma que había aprendido leyendo a los autores clásicos que al griego que había escuchado en la calle. Con cuidado, primero formé la pregunta en la mente, intentando que las inflexiones fueran las que solían aparecer en los textos clásicos: «Busco al rector de la Academia. Vengo de tierras lejanas y quiero tomar lecciones». Esperaba que mi procedencia remota justificase el acento y la extrañeza del discurso. En tantos siglos los matices de una lengua evolucionan, cambian, se añaden nuevas pronunciaciones y tipos de habla que no quedan reflejados en los textos cultos. No conocíamos la distancia entre el habla de los artesanos de Atenas y los discursos de Pericles, pero sin duda tuvo que ser muy grande.

—Prospathontas na odigisei tin Akadimia. Proerhomai apo makrines hoies kai theloyn na laboyn mathimata.

—Mazi moy, ayto Hipatia gia to aithrio me toys mathites toys.

Me había contestado: «Acompáñeme, Hipatia está en el patio, con sus alumnos». Me había entendido; quizá su amabilidad le había impedido mostrar extrañeza. Por primera vez desde que había llegado sentí que el cepo del miedo cedía y me dejaba sonreír. Afuera la tarde había caído y la luz era menos fuerte, más hermosa: había vagado por los territorios en penumbra de la biblioteca durante más de dos horas sin apenas sentir el paso del tiempo.

—La luz estropea los volúmenes —dijo el bibliotecario, como disculpándose al verme parpadear. Al sol parecía aún más pequeño, muy diferente de las personas que había visto por las calles de la ciudad. Era, claramente, de etnia griega, quizá del Peloponeso, y se movía sin prisa, con una elegancia de movimientos que parecía impropia en un hombre de su edad, a no ser que fuera mucho más joven de lo que aparentaban su piel ajada y los dientes casi romos.

Hipatia, caí en la cuenta en ese momento; Hipatia era la rectora del Museion, responsable de los presupuestos que el Imperio dedicaba al templo, a la Academia y la Biblioteca. Iba a verla en persona: la primera científica conocida, una matemática y filósofa de primer orden. Me acompañó hasta la arena de ejercicios que había visto antes. Allí, una mujer de túnica blanca remangada para dejarle libertad se preparaba para lanzar un disco mientras

cinco jóvenes la miraban. Observé su cuerpo de altura por encima del promedio de la época, de miembros largos como el mío, sólo que capaz de moverse con una gracia y suavidad que yo nunca tendría. En dos vueltas tomó velocidad y el disco partió girando hacia el fondo del jardín.

—¿Veis?, es mejor no pensar en cómo hacerlo. El cuerpo, si está bien entrenado, sabe cómo equilibrar, cuánto girar, cuándo soltar.

Al vernos llegar, se volvió hacia nosotros. Era una mujer muy bella, con un rostro de líneas rectas y fuertes que armonizaba en todas sus dimensiones, rasgos claramente mediterráneos, pómulos pronunciados, boca ancha y labios finos. Los ojos y el pelo eran de una negrura brillante. Verla era imaginar un águila volando alto, mirando la tierra con la precisión de una vista privilegiada. Y, sin embargo, sus labios no se fruncían con crueldad, sino con sensualidad. Se movía con una gracia suprema que desmentía la bellísima intransigencia de su mirada.

Sabía quién era Hipatia, sabía todo sobre su vida y su fama, pero nada de lo que había leído me había preparado para su presencia: Hipatia era mucho más deslumbrante de lo que contaban los cronistas. Dejando de mirarnos un momento, se lavó las manos en un aguamanil de porcelana. Yo estaba hipnotizada: cada gesto, cada movimiento, eran calmados, breves y perfectos. No parecía un ser humano; quizá una bailarina entrenándose durante mucho tiempo podía terminar por adquirir esa suavidad, esa perfección. No pude mirarla mucho más, bajé la vista hasta mis sandalias polvorientas.

—¿Quién eres?

Me costó comenzar a hablar:

—Antíoco. Vengo de Constantinopla atraído por la fama de la Academia de Alejandría e instado por mi padre, comerciante de tinturas.

—¿Y vienes sin escolta, sin caballo ni armas?

—Mi padre piensa que así es mejor para mi educación.

Respondí intentando darle fluidez al griego que hablaba, cosa imposible. Lo imaginaba lleno de errores, sobre todo fonéticos, pero también sintácticos y gramaticales, que debían sonar extrañísimos a sus oídos, como una peculiar mezcla de aqueo y dorio, una especie de Homero torpe. Era lógico: hablaba con frases que carecían de la frescura del lenguaje coloquial, aprendidas en los libros, construidas a base de normas que nunca habían podido ser contrastadas con la realidad.

Hipatia no mostraba ninguna expresión. Me miraba mientras terminaba de anudarse una de las mechas de pelo trenzadas en un complejo peinado. Sentí empequeñecerse el mundo a mi alrededor. Por un momento tuve miedo de que aquella mirada adivinase todo. Comprendí, tan fascinada como las víctimas de la cobra, que a toda la belleza de Hipatia había que sumarle el impacto intangible de su personalidad, una tormenta de dualidades: sutileza y fuerza, fuego y hielo, dureza y sensibilidad.

Fue la primera impresión la que dejó su huella indeleble, la que ardió como

una marca de hierro candente y a cuyo calor he vivido estos meses en Alejandría.

Tenía aún el rollo de pergamino en la mano; el bibliotecario no me había instado a soltarlo y yo lo había retenido con torpeza. Lo tomó e hizo alguna apreciación sobre su difícil lectura. Yo había estudiado astronomía y matemáticas antiguas. Como no tenía nada que decir, intenté huir de esos ojos terribles recitando todos los comentarios a escritos griegos que recordaba, sin orden ni concierto. Creo que, debido al desconcierto, mencioné conceptos que no estaban desarrollados todavía en el siglo IV. Comenté las matemáticas y la astronomía de la época desde un punto de vista moderno, aludiendo a la maravillosa exactitud de Hiparco y Aristarco, a su descripción heliocéntrica del cosmos y a sus experimentos para demostrar la esfericidad de la Tierra y averiguar la longitud de su circunferencia, cálculo errado por muy poco. No sé si mencioné el álgebra, la numeración moderna, el cero, los límites y el cálculo, pero es posible. Todos esos avances se podían encontrar incipientes en los descubrimientos de los sabios alejandrinos, pero no eran aún objetos intelectuales tangibles, mucho menos en la notación moderna. Todo ello dicho en un griego del que quizá ellos no entendieran ni la tercera parte, y de modo entrecortado, atacada del balbuceo nervioso que siempre me impedía hablar con fluidez con alguien desconocido. Hipatia permaneció escuchándome, detenida enfrente de mí, con una expresión indescifrable.

Fue mi error al hablar confusamente, y los conceptos que mencioné, entre los que había cosas que le sonaban conocidas y otras completamente extrañas, lo que propició su interés. Estaba asustada, y olvidé que había que intentar influir lo menos posible, pasar desapercibida, ocultarse en fachadas anodinas mientras aprendía todo lo necesario sobre la época. Olvidé del todo que había que esconderse de las figuras históricas, de aquellos nombres cuyo eco había llegado hasta el futuro. Cuando me di cuenta del error ya era tarde, muy tarde. Ahora, visto con la distancia, aquel primer encuentro parece escrito por alguien, un acto de una tragedia cuyo final aún no conocía.

—Soy Hipatia, hija de Teón. Desde luego, sería un placer tenerte en nuestra Academia, aunque, después de lo que has dicho, dudo si como alumno o como profesor. —Su tono de voz no había cambiado; aquella mujer parecía incapaz de abandonar la calma y el raciocinio.

No supe qué decir. En ese momento exacto pude haberme negado, haber puesto una excusa para alejarme todo lo posible de ella. Conocía ya su destino, sabía lo que iba a ocurrir en Alejandría, pero, una vez más, no pude conciliar los conocimientos que había adquirido con la realidad brutal que me rodeaba. Lo que decían los libros, esas palabras, no eran nada comparadas con la intensidad de estar allí respirando el mismo aire que Hipatia de Alejandría; a su lado no podía creerme que las palabras escritas por Sócrates el Escolástico en la *Historia eclesiástica* describiesen hechos que hubieran sucedido, que fueran a suceder en un breve plazo.

Y, sin embargo, no se puede escapar del destino. En ese instante, toda la larga trama de acontecimientos estaba ya tejida.

23

Fragmentos de escritos atribuidos a Cirilo, obispo de Alejandría

Tres meses desde la muerte de mi tío; tres meses han transcurrido y aún queda mucho camino para que los enemigos de la fe desaparezcan de Alejandría. Según me cuentan quienes vuelven de Constantinopla, parece que Teodosio por fin va a hacer caso a los padres de la Iglesia y prohibirá los ritos paganos: el estado será cristiano y la sabiduría de la Iglesia iluminará el buen gobierno del Imperio y sus gentes. Con la ayuda de los sacerdotes, Dios escuchará nuestras plegarias y el futuro será un lugar feliz, un agradable preámbulo a la vida eterna.

Hasta entonces aún queda mucho trabajo que hacer para lograr erradicar aquellas religiones falsas y erradas que adoran a becerros de oro y no reconocen la majestad del Hijo, el Padre y el Espíritu Santo. Los enemigos de la Iglesia están también dentro de ella. Con las exequias del amado Teófilo aún recientes, yo y mis fieles monjes de Nitria tuvimos que combatir contra los partidarios de Timoteo, archidiácono de mi tío, ese blando, refinado y totalmente inadecuado aspirante a sucesor en el trono de San Marcos. Hombres de piedra, de hierro, es lo que la Iglesia necesita, hombres con influencia en el pueblo, capaces de integrar a todos los cristianos en una única doctrina. En contra de las preferencias de los fieles al patriarca de Constantinopla, que desde entonces me odian, no Timoteo sino yo mismo fui elegido sucesor de Teófilo. Era necesario que todos me reconocieran como cabeza visible de la Iglesia en Alejandría, como sucesor de Teófilo en la lucha contra el paganismo. Sin autoridad no hay poder, y poder es lo que hace falta en esta ciudad repleta de herejes, de paganos, filósofos ateos y judíos asesinos de Cristo.

Muchos me han achacado la dureza de mi verbo, incluso la violencia de mis seguidores. La lucha fue necesaria; la Iglesia es como un retoño acechado de malas hierbas y nosotros debemos podarlas, agostarlas antes de que la ahoguen y la conviertan en una de esas religiones senescentes, venidas de Oriente, falsas y llenas de contradicciones, donde cada templo aplica los ritos de forma particular. Para limpiar esas malas hierbas, a veces debimos de usar el fuego, el

hacha. Encontramos problemas con la ley representada por el prefecto en Alejandría. Es humana y, por tanto, inferior a las palabras de los evangelios. Orestes es un funcionario honrado, cabal, pero leal hasta la muerte a los viejos principios del Imperio, tan anticuados que están muertos, hieden a descomposición y deben ir cediendo paso al poder terrenal de los representantes de Dios. Orestes, fatuo y ciego, empeñado en seguir la ley de la vieja piedra romana en vez de la nueva y ya eterna, escrita con sangre en el cielo, con tinta divina dictada sobre papiro.

Ya cuando logramos expulsar de la diócesis a los herejes novacianos no demostró su acuerdo con el proceder del brazo santo de la Iglesia.

Ayer pasé por la plaza de los filósofos, un lugar al que he prohibido ir a los cristianos, pero que a pesar de eso frecuentan para escuchar a esa bruja, a Hipatia. Los hechiza con la belleza del maligno, esa voz dulce y entrenada, esa belleza virginal que parece divina y que sólo es un remedo del esplendor angelical. Ellos la aman usando un sentimiento que debiera estar reservado a Dios. La escuchan embelesados; en un tiempo yo mismo quedé hechizado con su oratoria rica e inteligente, hasta que comprendí que hablaba con las voces de los falsos dioses que Cristo venció con su venida.

Ella es de la ciudad, nació aquí, se crió aquí, y los envenenó desde pequeños con su belleza. Es tan influyente que incluso Orestes ha sido hechizado por sus poderes maléficos. Toda la ciudad debe purificarse de su influencia.

En otras circunstancias sería inofensiva, así lo juzgó mi tío, pero ahora, con el pulso abierto al viejo poder imperial, con Orestes empeñado en no favorecernos, no hay sitio para clemencias y consideraciones. Cuando el edicto se proclame y llegue a la ciudad, habrá que demoler los viejos templos, cerrar sus instituciones, sus hospitales y, sobre todo, las escuelas, las academias y los centros donde los muchos rollos de papiro antiguo no permiten que destaquen los escritos de los santos de la Iglesia.

Ayer me dijo un esclavo que trabaja en casa de Alertes, el comerciante, que los ciudadanos influyentes pretenden usar a Hipatia de mediadora entre Orestes y yo mismo; no quieren más disturbios ni muertes. Viven felices en sus mansiones en la colina del palacio, lejos de la miseria y el hambre que mantienen las catacumbas llenas de mendigos, que pueblan de tullidos los mercados y templos. Los desprecian: peones, artesanos, esclavos, mendigos, no existen en su elevada experiencia más que como muebles que encienden los candiles o les sacian en noches de lujuria.

Ellos, ignorantes, débiles, también están poseídos por la magia de Hipatia, pero son cristianos y yo su patriarca. Habrá que quitarle el velo a toda Alejandría, hacerles comprender que es una aliada de Satán, una bruja que practica las magias teúrgicas del fuego, las necromancias de los muertos, las artes de Hermes Trismegisto.

Así lo he dicho en el púlpito, así me han escuchado en la cátedra, así lo han entendido muchos ya, aunque aún no los bastantes.

24

Al llegar la noche, tras el primer día en Alejandría, entendí qué lejos se encontraba mi experiencia de aquella época sin electricidad. El sol cayó deprisa, hubo un atardecer fugaz, luego todo fue oscuridad en los jardines del Serapeo. Lo que había sido belleza geométrica, líneas rectas, piscinas y fuentes, bosquillos dedicados a las musas y adornados de estatuas íntimas, los largos edificios llenos de armarios y rollos de papiro, todo eso se convirtió en un paisaje de densas sombras, un escenario donde brillaban remotos candiles, escasos braseros. Olía profundamente a mirto y a ajeno, los nenúfares de los estanques relucían con tonos pálidos en mitad de la oscuridad. El silencio era sobrecogedor. Soplaban una fresca brisa desde el mar. A lo lejos, sobre los tejados, se veía brillar el fuego del faro. Me admiré del destello y pronto me quedé sola en las sombras: los que me acompañaban en dirección al refectorio habían seguido caminando, sin preocuparse en exceso de las sombras.

Durante unos segundos pensé en correr y alcanzarlos, los vi entrar en un jardín protegido por setos cortados en forma de pórtico, pero preferí reflexionar unos instantes. Acababa de llegar y ya estaba alojada en el Museion y tenía por maestra a Hipatia de Alejandría, matemática, poeta, música, atleta, filósofa y la amada de la ciudad. El alojamiento y la enseñanza costaban menos de lo que había supuesto, no iba a tener problema para pagarlo. Quizá las dificultades fuesen otras.

Después de la presentación, Hipatia se marchó; tenía una cita con el prefecto romano de la ciudad, Orestes. El cuestor me había enseñado dónde dormían los alumnos: unos jergones de lona en el suelo de una habitación comunal de alto techo, pulcra y adornada por cenefas pintadas en el estuco de las paredes.

Respiré hondo y decidí acompañarlos a la cena. Era ya un alumno más del Museion y no acudir a un acto público podía ser interpretado como un signo de mala educación, aunque, a decir verdad, tampoco sabía qué y qué no podía ser entendido como ofensa. Crucé el pórtico procurando no tropezar en la oscuridad. Bajo un emparrado se habían dispuesto largos bancos y mesas sobre caballetes. Mis compañeros, que eran todos muy jóvenes, quince y dieciséis años a lo sumo, se habían sentado y alborotaban inquietos. Observé que

algunos de ellos tenían asignado servir a los otros, quizá había turnos. Trajeron la cena en grandes cráteras de cerámica, una sopa en la que flotaban coscurros de pan. Me senté sola. No era la única persona mayor de quince años: nos acompañaban algunos hombres de edad, escuálidos y serios algunos, otros sonrientes. Comían y bebían vino mientras no dejaban de hablar griego y latín a toda velocidad.

Me serví con un cuenco en mi tazón. La sopa tenía muchas especias de sabor raro, y habría jurado que le habían añadido agua de mar. La disfruté acompañada de vino joven, de Libia, me dijeron, muy diferente al que yo estaba acostumbrada, en realidad poco más que mosto casi sin fermentar.

En cuanto terminamos de cenar muchos de los alumnos planearon salir de la Academia a pasear por la ciudad hasta la hora nona, en que se cerraba la puerta del Museion. Comprendí que el término «paseo» podía tener muchos significados. Aun así, contagiada por su vitalidad, ávida de sensaciones, deseaba volver a las calles que habían sido abrasadoras al calor del día y que se volvían refrescantes según la luz solar desaparecía. Había sido un día largo, muy largo, y el cansancio comenzaba a transpirar en la piel, a pesarme en las piernas, que apenas podían dar un paso más por aquellas piedras desgastadas. Sin embargo, mi cerebro aún estaba sometido a la fiebre de la excitación. Peligro, deleite, curiosidad hervían indomables, y dudaba que pudiera conciliar el sueño, así que respiré hondo, deseché los miedos que la ciudad pudiera producirme y salí del Serapeo intentando orientarme mejor que a la llegada.

La turba de estudiantes ruidosos había desaparecido. Las calles de Alejandría, perfectamente trazadas por su arquitecto, Dinócrates de Rodas, se extendían rectas de este a oeste y de norte a sur, subiendo y bajando suaves colinas. Sabía que el Cesareo, el monumento que Cleopatra construyó para apabullar a Julio César, no estaba lejos. Me encontraría con él si seguía hacia el norte hasta llegar al puerto, un paseo breve, y luego volvería al Museion, a buscar el reposo.

Comencé a caminar en el rumbo que creía correcto. Recorrí calles cada vez más vacías. Enseguida eché de menos el alumbrado público; tan sólo algunas lámparas encendidas en los alféizares de las ventanas brillaban con debilidad. El cielo parecía infestado de murciélagos que cazaban mosquitos. Oía fuertemente a sal. Pasé delante de algunos templos, como el de Isis Flusia, ennegrecido y cuya estructura se podía adivinar todavía a pesar de que había ardido y grandes secciones de las paredes y columnatas se habían derrumbado.

Una de las calles que descendía la colina hacia el mar se abrió a una arcada elevada sobre un bastión de piedra. Abajo se podía ver una panorámica del puerto. Caminé despacio, intentando que el ángulo con el que estaría grabando el taucrono fuera el correcto. Las aguas parecían petróleo en el que flotaban miles de barcos de vela, casi todos muy pequeños, un inmenso bosque de mástiles que poblaba la superficie del agua hasta la isla de Faros. Algunos aún se movían prontos a arrumbar en el malecón o buscando un hueco donde echar

el ancla. La mayoría se balanceaban despacio, movidos por las suaves aguas del Mediterráneo.

Detrás del puerto, sobre una pequeña colina en una isla, se elevaba el faro de Alejandría. Era una inmensa construcción cuya silueta se recortaba contra el horizonte iluminado por el brillo de la luna. La ancha base rectangular, de piedra oscura, daba paso a una parte octogonal y luego a un cilindro ahusado. Mediría más de cien metros de altura y su gigantismo contrastaba enormemente con el resto de la arquitectura achaparrada de la ciudad. Era comprensible que hubiese maravillado a toda la Antigüedad.

Un segundo sol ardía en su cima, un enorme ojo de fuego dorado que parecía vigilarlo todo. La luz de aquel fuego brillaba con fuerza inusitada: no era un fuego normal, quizá era producido por la combustión de sustancias que potenciaban la emisión de luz. Los pocos testimonios del faro que habían sobrevivido decían que grandes espejos de metal y lentes de cristal enfocaban el haz de luz para que llegase lo más lejos posible.

Bajé hasta el malecón por unas escaleras que se habían convertido en el territorio de juegos de varios niños sucios y harapientos que jugaban con barcos de madera y muñecas hechas de esponjas y telas raídas. El puerto era un lugar animado aun al atardecer. Marineros, soldados, comerciantes y mujeres pintadas con vivos colores se movían entre fardos, amarras y redes. Las hogueras ardían con alegría sobre muchos braseros de bronce. Se escuchaba música de flauta y había candiles colgados de las paredes de los almacenes y las casamatas de madera donde vivían, junto a sus familias, los pescadores.

La bahía tendría cuatro kilómetros de ancho y estaba dividida por el Heptastadion —una ancha muralla de piedra que también servía como puente entre la ciudad y la isla—, creando dos puertos, el principal y el puerto de Eunostos. En el futuro los sedimentos cubrirían esa división hasta unir la isla de Faros con la costa.

Seguí paseando dejando el puerto a mi derecha, camino del palacio de los Ptolomeos, construido sobre el cabo de Lochias. En sus mejores tiempos, el palacio llegaba hasta el puerto y se derramaba por la ciudad hasta ocupar un cuarto de su superficie con escaleras, escalinatas, columnas, patios, piscinas y edificios de magnífica factura. Como esperaba, los restos del descomunal complejo palaciego cubrían las faldas de la colina. Muchos de ellos, arruinados, cubiertos de nuevas construcciones de barro, habían sido colonizados por los habitantes de la ciudad.

Casi sin darme cuenta, me topé con dos obeliscos tallados en piedra negra y de un inconfundible estilo egipcio. Eran las agujas de Cleopatra y flanqueaban la entrada a las ruinas del Cesareo, el corazón del palacio. El monumento era una mezcla de estilos. El mármol y la arenisca habían sido tallados en formas armoniosas: se fundían los animales míticos de Egipto, los dioses y semidioses griegos y romanos, y formas vegetales. Tras las agujas, se abría la plaza del Cesareo, rodeada de esbeltas columnas talladas en piedra negra. Me senté sobre

la base de una de ellas. La brisa del mar soplabá de tierra adentro arrastrando algo de polvo. Enfrente de mí, por encima del monumento, dejando atrás el puerto y sus suburbios, la colina ascendía en una pendiente de piedra y adobe veteada por el verde de los jardines y el azul de los estanques. Pude distinguir los resplandores de braseros remotos, me llegó el eco de música de arpa y pífano, el rumor de conversaciones e incluso creí ver a unos acróbatas saltando, haciendo malabares con antorchas encendidas y escupiendo fuego en grandes llamaradas que iluminaban unos jardines en lo más alto de la colina.

Aquella era la zona más rica de la ciudad: allí vivían funcionarios imperiales y comerciantes. Contemplé todo en calma, asumiendo la serena belleza de aquella noche plena de sombras. Pasadas las columnas, se extendía un paseo flanqueado de grandes esculturas y, al final, se erguía un edificio de planta cuadrada, el Cesareo. Desde el interior brillaba el fuego de una ofrenda. Se escuchaban cánticos leves y había sombras que se movían entre las columnas.

Había estado tan absorta, tan cansada y a la vez con la mente tan sobreexcitada que no había advertido el paso del tiempo. Seguramente habría barrios que empezarían a llenarse de gente bulliciosa en busca de tabernas, mujeres, juego. Sin embargo, aquella zona estaba desierta. Comencé el camino de regreso, reprochándome el descuido, prácticamente a oscuras. Consulté el taucrono: no había pasado aún la hora nona y las puertas del Museion continuarían abiertas.

Caminando apresuradamente por calles cada vez más vacías, la memoria me trajo el recuerdo de una ocasión en que mi madre y yo volvíamos tarde a casa. Llegamos muy justas de hora a nuestro barrio y la verja de acceso acababa de cerrarse. Yo tendría cinco o seis años, apenas recuerdo lo que ocurrió, sólo el nerviosismo de mi madre, la sensación de angustia al encontrar la valla cerrada, las miradas que dirigía a todas partes. Usó el teléfono para avisar a un equipo de vigilancia. Los escasos diez minutos que esperamos hasta que nos abrieron fueron igual de terribles que los que tardé en regresar a la Academia. Angustia, sombras que se movían, ruidos que el terror amplificaba. Las mismas calles que antes había recorrido despreocupada ahora eran callejones completamente a oscuras que muchas veces tenía que recorrer tanteando las paredes, preocupada por pisar inmundicias que no veía, amenazada por perros y gatos callejeros, temerosa de posibles asaltantes que lo tendrían muy fácil en tal oscuridad. Sí, Alejandría era real, tanto que sentí que podía matarme, era ya uno de sus habitantes y por tanto disponía de mi vida a su antojo.

25

154365 [¿Marta? Hablar de ella se hace difícil. Es como tener una imagen clara y simple en la mente y ser incapaz de expresarla. La poesía no sirve, la descripción minuciosa tampoco; quizá baste con contar lo que sucedió durante aquellos meses.

La tarde que la conocí apenas tuve tiempo de valorarla. Tenía dinero, dio el pago para un año de asistencia a la Academia en sólidos bizantinos, brillantes y enormes monedas de oro muy poco frecuentes. En lo externo, en el aspecto, en el lenguaje aprendido con esfuerzo, en la actitud retraída, insegura, parecía un estudiante más llegado a Alejandría en busca de la sabiduría. Aunque encontraba algo sumamente desconcertante en ella, no podía concretarlo por mucho que lo intentase, así que hice a un lado la sensación y la dejé en la Academia mientras atendía mis compromisos sociales. Orestes me había invitado a una representación privada en el anfiteatro del palacio. Allí hablamos mucho sobre la situación de la ciudad. Los dos teníamos muy presente lo que había sucedido un año atrás, los tumultos que habían concluido con la expulsión de los judíos. Pero pronto nos cansamos de hablar de posibles revueltas; la noche era demasiado hermosa. El palacio brillaba iluminado por enormes braseros. Al pie de las escalinatas, en uno de los jardines aterrazados que se abrían al mar, acróbatas, magos y bailarines ejecutaban sus destrezas. Orestes había convocado para la ocasión a comerciantes, militares, algunos sacerdotes y funcionarios imperiales de alto rango. Todos disfrutamos de la comida, el vino y la conversación durante buena parte de la noche.

A la mañana siguiente llegué temprano a la Academia. Mis alumnos me esperaban en el patio. Eran Herculiano, Ciro y Olimpio de Seleucia, todos elegidos por mí de entre los aspirantes a ser educados en la Academia. Marta esperaba sentada en un banco, callada y retraída. Me imaginé que no había tenido tiempo de congeniar con nadie. La vi mirar a su alrededor con una mezcla de miedo y ansia, como si disfrutase y temiese a la vez todo lo que la rodeaba. Levantó la vista y me descubrió mirándola. Era de mi misma estatura y complexión, delgada pero fibrosa, de músculos que parecían fuertes y un

esqueleto flexible. El rostro, ovalado, tenía una claridad de piel que no era habitual en Egipto, ni siquiera en Atenas, sino en tierras más al norte. Los ojos, negros y profundos, me suplicaron que dejase de mirarla. Comprendí entonces que ocultaba algo. No había dado importancia a que se disfrazara de hombre, es más, la entendía y nunca la hubiera descubierto, pero había algo más, tan profundamente oculto que parecía agarrarla por dentro y plegarle el alma hasta hacerle daño. Tanto que me dolió incluso a mí, separada por el perfecto aislante de la falta de familiaridad.

Comencé la lección del día.

—Hoy vamos a hablar de Euclides. Quiero ver si por encima de las matemáticas habéis comprendido lo realmente importante. ¿Qué creéis que hace sus textos valiosos?

—Resuelven problemas.

—No, Ciro, no sólo eso. ¿Alguien tiene alguna idea?

Marta estuvo a punto de decir algo, pero la timidez la venció.

—Os lo voy a explicar con un ejemplo naval: imaginad una trirreme navegando en la bahía de Eunostos. Si observamos más barcos, podemos generalizar que todos son diferentes en formas y tamaños y olvidar el hecho fundamental de que todos esos barcos son movidos por remos. La forma más breve, más elegante de englobar todos esos barcos es decir «tienen remos» y a partir de ahí construir toda su variedad. Eso es lo que hizo Euclides. Tomó los elementos de la geometría, que tantos antes de él habían descubierto, y encontró las leyes mínimas que los caracterizaban y los englobaban. ¿Habéis advertido ese hecho? No pongas esa cara, Ciro.

»En realidad, Euclides descubrió una parte del lenguaje del demiurgo con el que se construye la geometría, las formas complejas. Con la gramática y el léxico de la recta, el ángulo y el círculo, el demiurgo... y ahora también Euclides y nosotros mismos... podemos construir el mundo de las formas geométricas. Por eso es tan importante conocerlo; no, como muchos creen, porque se puedan usar sus cálculos para construir mejores puentes y edificios, eso es algo fútil.

»A ver, Antíoco: ¿qué se siente al manejar los símbolos de la geometría de acuerdo a los postulados de Euclides? —Todos la miraron. Era la nueva, tenía que pasar un examen público para poder integrarse en el conjunto de los alumnos. Todos lo habían hecho, y ella también lo necesitaba; si no, nunca estaría a gusto. No se me ocurrió pensar que apenas conocía el idioma, que no podía hablar con fluidez. Lo intentó con una voz que le salía con dificultad de la garganta. No lo hizo bien, dijo cosas extrañas, incoherentes. En seguida me arrepentí de mi decisión y supe que me estaba vengando de su intervención del día anterior, cuando había citado de forma tan completa y maravillosa a los grandes matemáticos del pasado.

—El... eh... el corpus de las matemáticas heredado de Euclides, eh... pues se siente... no sé, es tan antiguo... y la geometría es difícil de manejar.

—No importa. Cuando todos conozcáis un poco más la geometría

aprenderéis que del manejo de esos símbolos fundamentales alcanzamos a tocar el gozo de las formas ideales a partir de las cuales el demiurgo construye los objetos del mundo, pronunciando las palabras arquetípicas más allá de las siete esferas del universo. Liberamos así la parte de nuestra alma más pura y alejada de lo material y defectuoso. ¿Y sabéis también por qué su labor no ha sido tan magnífica, a pesar de lo que digan los sacerdotes? Si nosotros, pobres mortales, contaminados de lo material, podemos aspirar a entender y a construir formas imaginando los arquetipos, cuánto más podría haber hecho él. Muchos sois cristianos; por ello quizá os ofenda que os diga que ese demiurgo no merece la devoción de un dios, ya que su trabajo es tan imperfecto como nosotros, como este mundo.

—Maestra, no estoy de acuerdo con lo que decís. Dios es amor y perfección, no podría ser de otro modo.

—Si Dios es así, ¿cómo se explica el mundo en el que vivimos, Ciro?

—No puedo, pero tampoco lo necesito. Está la fe en las cosas que no podemos conocer.

—Una excusa vana. La razón es el supremo reflejo de nuestra naturaleza inmortal, de lo poco de esos arquetipos que queda en nosotros. Renegar de ella refugiándose en el sentimiento, en el amor, dejando de lado la razón por creer que las respuestas son demasiado complejas y forman parte de un incognoscible plan divino, nos aleja de esa naturaleza. Hemos discutido este particular muchas veces sin llegar a conclusiones. Ya sabes que no creo en religiones, en ninguna, sólo en la razón y la virtud que nos alejan de lo material y nos acercan a regiones de ideas puras.

Era de nuevo la vieja polémica, aquélla que estaba harta de mantener en los foros públicos mientras contestaba preguntas sobre los filósofos, sobre la naturaleza del mundo. Para ser justos, pocos compartían mi punto de vista. No los cristianos, por supuesto, ni siquiera muchos otros filósofos de tradición helenística, entregados a la adivinación y al culto de Apolo, Deméter y los ritos órficos. Ni siquiera mi padre, que no veía en el cielo la maquinaria del demiurgo, sino un sistema de adivinación que había que descifrar.

La mañana continuó en debates sobre la geometría de Euclides, sobre cómo había logrado reducirlo todo a breves postulados que a todos maravillaban, y sobre el significado de aquello, que casi nadie comprendía.

Después, cuando les dejé descansar un rato, indagué con el cuestor de la Academia qué tal se integraba Antíoco. No hizo mención a nada destacable. Le hice un comentario, que como hombre inteligente, entendió a la primera: no debía tomar el baño junto con los otros alumnos, era importante respetar su intimidad corporal.

Decidí no darle más importancia al misterio de aquella mujer desconocida. Pasaron días, luego semanas, y Marta fue adquiriendo destreza en el uso del lenguaje. Asistía a clase y se la veía disfrutar con las lecciones de un modo mucho mayor que el resto de mis alumnos. Era algo que me fascinaba, porque a

menudo parecía saber mucho más de lo que decía y se adelantaba a las conclusiones. Tenía, incluso, un sistema propio de entender la naturaleza. Luego supe que es el vuestro: lo llamáis ciencia. No es más que la razón apoyada del empirismo material, por eso no me gusta. Aunque reconozco los maravillosos logros que ha conseguido, no deja de ser un saber apegado a la degeneración de la materia. Sólo las matemáticas me parecen puras y valiosas.]

541654 [Nuestra relación comenzó siendo de maestro a alumno. No llamaba la atención. Comía, se lavaba y vivía junto con los otros estudiantes y académicos sin destacar por nada. Tan sólo tenía una curiosa costumbre que el bibliotecario, Canéforo, me mencionó más de una vez. Le gustaba vagar por la biblioteca, aún por los más altos y desusados armarios, por los rincones más oscuros e infestados de alimañas. Allí rebuscaba en los manuscritos y a veces se extasiaba en su lectura durante días. Nadie, ni yo misma, le daba valor a muchos de esos hallazgos: eran crónicas históricas de pueblos ya olvidados, textos traducidos de libros orientales, palimpsestos sin valor sobre la vida en la Grecia clásica o en los tiempos de los primeros Ptolomeos.

En las lecciones comenzó teniendo dificultades y continuó igual. Ahora comprendo que nuestros métodos de enseñanza son muy diferentes a los vuestros, que el abismo cultural que habían abierto diecisiete siglos de evolución del pensamiento no eran salvables de un modo sencillo. Allí, en la Academia, la autoridad sólo derivaba del conocimiento, y el conocimiento se consideraba de adquisición individual: los alumnos debían leer los rollos que ellos considerasen o si querían podían pedir consejo para que sus maestros les confeccionasen una lista de obras. Se consideraba que la sabiduría era llegar a la esencia de las cosas y se adquiría mediante confrontación y debate público. Ella no dominaba el lenguaje igual que el resto de los alumnos, que habían nacido hablándolo. También era mucho mayor que casi todos ellos, por lo que era complicado que los sintiese como camaradas. No obstante, asistir a un debate en el que ella participase solía ser una experiencia perturbadora.

Poco a poco ganó en facilidad de palabra: su conocimiento del griego mejoraba día tras día. Eso le permitió lidiar en los debates con mayor facilidad. Sin embargo, lejos de propiciar su integración con el resto de los alumnos, aquella nueva capacidad lingüística sólo sirvió para que pudiéramos entrever la profunda extrañeza de su discurrir.

Recuerdo una ocasión en la que se discutía sobre Demócrito. Diógenes Laercio, otro académico que a veces participaba en el foro, vino a decir que las enseñanzas del filósofo de Abdera estaban muy desfasadas y que sus ideas atomistas habían sido abandonadas en beneficio de la concepción aristotélica de la materia y sus cuatro naturalezas. Ella discutía, con su cada vez más perfecto dialecto alejandrino, insistiendo en las tesis sofistas. Incluso yo dudé de Platón oyéndole hablar de cómo la percepción contamina la pureza del objeto

estudiado. Según ella, la perspectiva lo es todo. Algo tan en contra de las ideas de Platón y Plotino me hizo intervenir cuando ya Diógenes, que no ha sido bendecido con un intelecto sobresaliente, desfallecía ante los argumentos de Antíoco. Recuerdo que le pregunté que cómo, si nada era absoluto, podíamos ser nosotros seres sintientes, concretos, físicos; cómo podía el perro respirar y ladrar, cómo podríamos estar seguros de que las piedras del Museion eran reales si las tocábamos, si las veíamos y percibíamos. Ella sonrió, me miró despacio, y luego dijo que no podíamos, que en última instancia puede que fuéramos el sueño de una máquina muy compleja, que existía la posibilidad de que tan sólo fuéramos personajes de la pesadilla de un dios o que quizá no éramos más que elementos mecánicos, predeterminados incluso en nuestra sensación de libertad, y que no había ninguna forma de saber la verdad.

Todos los académicos, todos los alumnos, enmudecieron. Aquellas palabras habían tenido la virtud de ir contra todos sin diferenciar tendencias, religiones, creencias filosóficas. Durante unos instantes no supe qué decir; desde mucho tiempo atrás nadie me había dejado sin argumentos. Comencé sonriendo levemente, luego me reí en una carcajada de puro placer intelectual. Los demás me malinterpretaron y rieron como ríen los niños, por imitación, sin saber en realidad qué es lo que me sucedía. Ella se sintió atacada; miró a su alrededor, pareció dispuesta a decir algo, y vi cómo enrojecía de rabia. Salió del patio en dirección al Serapeo.

A los que quedaban riendo les hice un comentario: les dije que podían seguir riendo, siempre que uno solo de ellos tuviera una contestación tajante a las palabras de Antíoco. Si la hallaban, luego volvería y reiríamos todos juntos.

Apresurándome, seguí los pasos de Marta hacia el Serapeo.]

26

541655 [El Serapeo es o era un edificio magnífico. Algunos lo comparaban con la acrópolis de Atenas. En mi opinión sus líneas eran menos puras, menos griegas, matizadas por el mestizaje egipcio que impregnaba, de cabo a rabo, toda Alejandría. Los Ptolomeos habían sido reyes mitad egipcios, mitad griegos y esa dicotomía, esa dualidad que imponía dificultades tales como la de inventar una religión mixta egipcia-griega para contentar e incluso aspirar a unir a las dos etnias en un culto común, era a la vez fuente de nueva vida, y también contaminación de la pureza estilística y conceptual de los antiguos griegos y sus escuelas clásicas de pensamiento.

Toda esta tensión estilística, todas las dificultades y todos los felices hallazgos arquitectónicos podían ser rastreados en la a veces compleja e indescifrable arquitectura del complejo de edificios consagrados a Serapis, ese dios suma de Hades y Zeus, Osiris y Apis, con su ridícula cesta de semillas simbólicas de la fertilidad sobre la cabeza barbada.

Antíoco caminaba a grandes zancadas por el paseo de acceso al complejo sagrado, cruzó los obeliscos de Seti y dejó atrás la gran columna historiada de Serapis, cuya sombra servía de gnomon para saber la hora en cada momento, viendo sobre qué parte del Museion caía. El templo, elevado sobre una colina de cien escalones, se erguía orgulloso. Una columnata lo rodeaba por sus cuatro lados y sostenía un tejado a dos aguas. En el lado oriental, las columnas estaban revestidas de oro; en el occidental, de plata. En las chapas de metales preciosos habían sido grabados figuras alegóricas, dibujos astronómicos, textos en griego y en el lenguaje jeroglífico de los antiguos egipcios. El sol de la tarde caía sobre la parte dorada haciendo que el edificio pareciese incendiarse. Antíoco no estaba interesada en el Serapeo: dejó a su derecha el enorme edificio y siguió un sendero que se internaba en los jardines. En esa dirección se encontraba la necrópolis de los animales sagrados, un lugar que sobrecogía el alma y que tenía entre los estudiantes fama de ser foco de mala suerte, incluso origen de maldiciones. Yo misma me había estremecido en las pocas visitas a tan tétrico lugar. Lo comprendí tarde: no buscaba aquel edificio, no conocía el Serapeo; sus pasos eran erráticos. Caminé aún más rápido, pero no lo bastante: lo alcancé cuando ya subía los escalones de la necrópolis, construida en piedra negra

traída del alto Nilo. La entrada del lugar estaba guardada por dos esfinges gemelas, dos grandes gatos con cabeza humana que miraban al que entraba en el lugar con ojos de cristal de roca.

La seguí al interior. La luz dentro era escasa, dominaban las sombras. El aire era fresco y húmedo, con una cualidad subterránea, de tumba. Marta permanecía detenida ante la figura de Anubis, una escultura egipcia antigua y colosal que se arrodillaba sobre el mármol del suelo y parecía ofrecer una mano para que el visitante se subiese a ella.

—En realidad no quiere que te subas: te está pidiendo el corazón. —Marta se volvió sobresaltada, me reconoció y luego volvió la cabeza a la inmensa estatua—. Sí, para pesarlo, y en caso de no encontrar en él buenas acciones, dárselo de alimento a Ammit.

Marta levantó la vista, admirada. La sala tenía forma heptagonal y en cada lado se abría un pórtico, algunos cerrados por sólidas puertas de madera, otros abiertos. La piedra negra en que había sido construido el edificio estaba huecograbada con textos y dibujos jeroglíficos. Las hendiduras de los buriles y cinceles en la piedra habían sido rellenas con plata y oro. En el centro de la sala ardía un pebetero. El carbón había sido aromatizado con hierbabuena, mirto y mirra, y el humo de aquella combustión salía por un hueco circular en el techo. Los metales preciosos embutidos en los surcos grabados recogían la luz y centelleaban desvelando innumerables letras y figuras sobre la piedra negra.

—Los antiguos sabían cómo impresionar al devoto. ¿Ves esas líneas punteadas que unen esos huecos donde se han insertado cristales? Son las constelaciones de los dioses tutelares del Nilo. No te molestes en encontrar paralelismos entre este cielo y el del exterior; aquí no reina Serapis, éste es el reino de la muerte, dominio de Anubis, donde los animales sagrados viven de nuevo, y las estrellas del cielo son diferentes.

Marta caminó por la sala deteniéndose en los umbrales. En cada uno de ellos, en el dintel, había un texto en griego, su equivalente en egipcio y un bajorrelieve. Grullas, monos, cocodrilos, monstruos del desierto, todo tipo de animales con cabezas humanas, humanos con cabeza animal, vivían en aquellas precisas tallas.

—Muchos creen en la sabiduría de lo oculto. Este templo está consagrado a Hermes, Anubis para los egipcios, el guardián del conocimiento que se adquiere después de la muerte.

—¿Crees en ello?

—¿En el conocimiento oculto? Por supuesto. Lo que no tengo tan claro es que el hombre pueda acceder a él. Dios es un gran silencio, una presencia tan lejos del hombre que no hay modo alguno de comunicación si no es por medio del demiurgo, y toda traducción está condenada al fracaso de antemano.

La vi caminar en dirección a uno de los túneles. Yo sabía lo que había en ellos, pero no quise interrumpirla. Tomé un candil de la pared y encendí la mecha. Ella esperaba en la boca de la oscuridad, en el túnel de Bastis. La luz del candil iluminó las paredes abovedadas. Caminamos un trecho hacia el interior.

En nichos oscuros se exponían gatos momificados, vendados, encerrados en vasijas de barro, acumulados de mala manera contra las paredes hasta casi tocar el techo. Marta se detuvo unos instantes, luego continuó andando.

—Los hombres creen que los gatos y los otros animales son sagrados. Mascotas y animales criados para ello se momifican y se ofrecen a la diosa del hogar buscando el regreso de un marido o de un hijo en largo viaje, pidiéndole que ahuyente las deudas y a los acreedores o que bendiga la casa con armonía y fortuna.

—¿Cada túnel es diferente?

—Cambia el animal, pero el principio es el mismo.

Nos adentramos en el túnel. Yo sabía que, pasado cierto punto, lo que pudiéramos hallar no sería agradable de ver. Las momias más antiguas a veces se deshacían en montones de huesos polvorientos. Encontramos, al avanzar, más ofrendas. Algunas de ellas eran manadas de gatos en sus posturas naturales. El tiempo las había desbaratado y las ratas roído. El resultado era un campo de batalla polvoriento, lleno de huesos y pequeños cráneos que crujían al caminar sobre ellos y donde anidaban escolopendras y escarabajos que se escondían a nuestro paso. Marta buscaba algo, seguía caminando entre basura sagrada, sin afectarle demasiado la suciedad. Encontró lo que buscaba unos metros más adelante. Marcaba el final del túnel una escultura de Bastis sedente de gran tamaño. Marta contempló largo rato la estatua, la rodeó e inspeccionó de un modo que entonces me pareció excesivo, que no entendí hasta hace muy poco tiempo.

—Hay cientos de ellas por toda la ciudad. Los patricios se las llevan a sus villas en Ostia, para adornar los jardines.

—Ésta tardará mucho, mucho tiempo en ver la luz, y será desenterrada por hombres de un Museion al noroeste de la civilización.

—Veo que practicas la adivinación.

Marta se volvió a mirarme. A la incierta luz de la antorcha los ojos le brillaban salvajes.

—No, no es adivinación, es certeza.

Salimos al exterior, agradeciendo el aire de la noche después del polvo del túnel y el aire tumulario de la necrópolis.

—¿Te encuentras bien entre nosotros, Antíoco?

—Ésta es mi casa más que de donde vengo. Sí, estoy bien, Hipatia; gracias por tu interés.

La acompañé hasta la residencia y luego fui a mis habitaciones, a repasar ciertos cálculos de epiciclos que se resistían a ajustarse a las observaciones realizadas del movimiento de Marte en junio. Mi padre hubiera predicho de aquella rareza que pronto habría derramamiento de sangre, y no habría estado equivocado, quizá por primera vez desde que se empeñaba en leer el futuro y el pasado en los astros, ya que la tormenta, aunque aún no se veía llegar, ya se estaba fraguando detrás del horizonte.]

27

Ahora ya no tiene sentido preguntarse, buscar respuestas, quizá creer que las hallo para luego descubrir que son falsas, que no son sino excusas, velos sobre los huesos de una realidad terrible. No pude hacer nada; ni los protocolos del viaje, ni mis conocimientos de la época, ni siquiera la timidez, que como un ácido siempre había corroído mis intenciones, sirvieron frente al destino que Cronos me había asignado. Lo intenté: quise ser un alumno menor, que no destacase, emplear mi tiempo allí para que el taucrono registrara los máximos detalles, los contenidos completos de rollos que se perderían para siempre en breve plazo, el oricalco de los templos, las líneas magníficas de la arquitectura de los Ptolomeos, la ciudad y su esencia vibrante, colorida, habitada por cien razas, cien idiomas, pintada de mil colores, habitada de mil horrores —pobreza, enfermedad, fanatismo— coexistiendo con la gracia inamovible de aquellas columnas del Serapeo, con la sabiduría acumulada durante siglos en la Biblioteca.

Me detengo unos instantes en una de las calles que llevan a la iglesia de San Marcos. Me rodean cristianos cubiertos por ropas miserables. Algunos serán espías de Cirilo, indistinguibles de la masa de alejandrinos, pero empeñados en seguir mis pasos.

Por descansar de esa caza silenciosa, me detengo un momento. Un vendedor callejero ofrece semillas secas en pequeños paquetes de hojas tejidas. Le compro uno y comienzo a comer las semillas: anacardos, almendras, pistachos, piñones, todos ellos tostados y especiados con picante, al gusto de la ciudad. Ya todos los sabores me son familiares, y el agua ha dejado de provocarme irritación intestinal. Parece que, si no fuera por las vacunas y los antibióticos de lenta diseminación que me inyectaron en el cuerpo, estuviese ya muerta de disentería o algo peor. Hasta tal punto tengo Alejandría en las venas que comienza a desvanecerse el recuerdo de las brumas de Ginebra, los prados de helechos parduzcos iluminados por un sol débil y oblicuo de las Highlands. Recuerdo con nitidez a Toshiro, a Ahmed, a Stewart. Mientras que el rostro de mi madre se desvanece sin remedio, el de ellos gana en proximidad; quizá es algún extraño efecto del viaje que compartimos. Ahmed visitará el desierto de Arabia dentro de tres siglos, Toshiro el shogunato de Japón a diez siglos de

distancia, y Stewart quizá aún esté vivo a treinta siglos en el futuro. Mi vida anterior al viaje se desvanece, cae al suelo y se deshace seca y descascarillada como la piel de una almendra. Apenas recuerdo los libros, la universidad, las clases de ballet, la oscuridad, la soledad, las verjas que separan a unos de otros, los controles policiales, las plagas, las revueltas, los aviones que cruzan el cielo volando bajo y zumbando como enormes cigarras blancas y plateadas, los soldados vestidos de negro, las armas dispuestas, los disparos en medio de la noche, los resplandores de incendio reflejados en las nubes sobre la ciudad.

Lo único que queda es Alejandría, los intensos olores, las fachadas pintadas con rojos, ocre, verdes, amarillos chillones, las estatuas de dioses irreconocibles en las plazas y fuentes, los niños gritando e intentando robarte la bolsa, las patrullas de legionarios de la guarnición caminando por la Vía Canópica en cuerpo de a dos, haciendo resonar las armaduras y las lanzas a su paso. Y yo soy parte de ella, lo supe desde el momento en que Hipatia me rozó con la punta de los dedos; ése fue el hechizo definitivo que me liberó del futuro y me asentó en este presente.

No sé aún cómo sucedió, no lo busqué, no creo que ninguna lo planeásemos. Tenía mi rutina establecida, leía todas las mañanas los rollos que me parecían más interesantes. El taucrono registraba con eficacia cibernética cada letra, cada minúscula brizna de información que pasaba por delante de él. Quizá habría sido mejor que hubiera viajado una versión autónoma e invisible del taucrono, una máquina incapaz de emocionarse ante los antiguos textos: el libro sobre la risa de Aristóteles, las obras completas de Sófocles, los cientos de autores desconocidos que parecían asombrosamente modernos; los Da Vinci y los Galileo que yacían olvidados, que no llegarían al presente, arrumbados en anaqueles remotos y llenos de polvo.

A media tarde, Hipatia aparecía en el Museion y llamaba a sus alumnos, que éramos un grupo pequeño, de menos de quince personas. No había un programa establecido. Algunos días enseñaba matemáticas o filosofía, otros promovía el debate. Día a día, noche a noche, la escuchaba hablar con una modulada voz de contralto. La veía evolucionar señalando al cielo en las noches estrelladas; perdía la atención ensimismada por la cualidad de su pelo muy negro, tejido en un complejo tocado; mirando el movimiento de los brazos largos y ágiles, que nunca parecían fuera de lugar, que jamás se interrumpían en una postura incómoda; admirando la transparencia de su mirada, enfocada siempre en los muchos infinitos del conocimiento.

Una noche en que en el Museion se celebraba una ceremonia en honor a las musas, Hipatia tocó el arpa y cantó para nosotros. Aquella noche, el aire del mar soplaba fresco pero no frío, la temperatura era muy agradable. La música sonaba extraña a mis oídos modernos; encontraba a faltar notas de la escala y me sobraban otras que terminaban las frases en disonancias complejas en las que se enredaban la voz y la melodía.

En los jardines se habían dispuesto pebeteros delante de las estatuas de las

musas y una comitiva de vestales y sacerdotes caminaba de una a otra renovando las ofrendas. Comprendí la devoción de mis compañeros cuando la procesión pasó por nuestro lado. Las vestales iban envueltas en sedas blancas y ligeras, ceñidas al talle. Eran muchachas de miembros largos y esbeltos; las formas femeninas se dibujaban con precisión bajo la seda.

La procesión pasó a nuestro lado sin detenerse. La vimos recalar, con gran boato de luces y sonido de clarines, enfrente de la estatua de Calíope. Luego partió en busca de otras estatuas, los otros alumnos la acompañaron e Hipatia y yo nos quedamos solas al lado de las llamas del brasero que iluminaba la estatua, continuamente removidas por la brisa. No había luna. El cielo ardía en estrellas: se distinguía perfectamente la Vía Láctea y todas las constelaciones familiares, algunas ligeramente alteradas por la deriva astronómica. Hipatia miró a lo alto y guardó silencio.

—En tu tierra, Antíoco, ¿el cielo es tan bello como en Alejandría?

Reflexioné unos segundos antes de responder. Pensé en los cielos del norte, nublados casi siempre, en la contaminación lumínica, y también en las imágenes de los telescopios espaciales, en la radioastronomía, en los enormes abismos estelares de los que Hipatia no era consciente, en los agujeros negros, los quásares, las galaxias, el big bang y la materia oscura. Miré al cielo con atención: estrellas como puntas de diamante, nítidas y abundantes, polvo luminoso, alguna estrella muy brillante, algún planeta de brillo más fijo y constante.

—No, no lo es, en absoluto. Allá de donde vengo, el cielo no se ve nunca tan claro como aquí.

—Es el aire frío. Los días en que hace más fresco, como hoy, siempre producen espléndidas noches de observación. ¿También tú crees que las estrellas son héroes o ninfas? No sé nada de tus creencias religiosas.

—Nunca he pensado demasiado en la religión. Mi padre murió cuando era muy niña y mi madre no profesaba ninguna religión, no creía en nada.

—¿En nada? ¿Y cómo explicaba el mundo?

—Para ella el mundo era un lugar sin explicación, sin remedio.

Hipatia dejó de hablar; me miró como si nunca antes me hubiera visto.

—Vienes de un lugar extraño, Antíoco, aunque ése no es tu verdadero nombre, ¿verdad?

La miré al tiempo que me levantaba. El corazón me latía de prisa. Me volví a sentar intentando disimular la turbación que sentía. Durante unos instantes el miedo voló libre, una sinfonía de pánico que me arrebató la cordura. Noté el sudor en la frente y las axilas. ¿Debía salir corriendo, buscar un rincón a solas y poner en funcionamiento el taucrono? ¿Había sido descubierta? Hipatia tenía una mirada indescifrable. Iluminada por la luz cambiante del brasero, sus facciones perfectas adquirían un matiz enigmático. Las pupilas brillaban con intensidad y las aletas de la nariz aspiraban el aire con fuerza. Un ligero rubor teñía la piel blanca de sus mejillas. El miedo osciló; el incendio que me hacía

arder los músculos, que me empujaba a la huida y me obligaba a respirar entrecortadamente, se convirtió en otra cosa; desapareció el terror y el corazón se me derramó en un abismo desconocido, lleno a rebosar de estrellas luminosas.

—No, En realidad me llamo Marta, y soy una mujer.

La declaración no pareció tener ningún efecto en la filósofa. Durante unos instantes permanecimos así, muy cerca una de la otra, mirándonos como dos fieras que se acaban de descubrir, como dos estrellas cuyas órbitas remotas las han juntado por alguna casualidad cósmica. Fue el aroma de su piel lo que rompió el duelo. El viento se agitó, se movieron las enramadas del patio y, casi como una bofetada en el centro de mi consciencia, me llegó una vaharada donde iban mezclados el aroma de los emparrados, las hierbas aromáticas de los jardines, el mirto y la hierbabuena, los nenúfares y los papiros, y un olor indefinido, mezcla de suave aceite de oliva, jabón crudo, canela y algo acre y dulce a la vez que sólo podía pertenecer a su piel.

Cerré los ojos, arrebatada, y ésa pareció ser la señal. Noté sus manos sobre mí, acariciándome los ojos cerrados, resiguiendo la curva de la mandíbula, recorriendo los hombros y los brazos. Sin abrir los ojos, sentí la piel erizarse; de repente hacía frío y calor a la vez, deseaba huir y quedarme, correr y tenderme sobre el suelo. Abrí los ojos y la vi muy cerca. Comprendí entonces que lo que yo había entendido como frialdad era pasión diferida, que la Hipatia que todos conocían, esa virgen perfecta y sabia, que incluso ella misma creía ser, no era más que una cáscara bajo la cual ardía un volcán. Le toqué la cara: la piel ardía, tenía los labios secos y se los humedeció con la lengua.

Cien alarmas debieron sonar en ese momento: líneas temporales, precauciones, alteraciones, nodos de vibración. Salté por encima de todos los protocolos, todas las precauciones, todas las teorías que habían llenado manuales sobre el viaje en el tiempo con un simple gesto: sin saber lo que hacía, la besé despacio y ella me besó también despacio, luego con fuerza, después con desesperación mutua. Ahí cayeron todas las máscaras y comenzó el principio del fin.

Ninguna podríamos haber planeado nada de lo que ocurrió, la tragedia se gestó a espaldas de nuestra razón, ocultándose de la luz de nuestra mente consciente, horadó el espacio interno donde nacen los sentimientos de tal modo que lo que sucedió se volvió irremediable. De mediar tan sólo un pensamiento consciente, un plan, un deseo a medias formulado, habríamos huido, habríamos tenido tiempo de erigir una cárcel de razonamientos infalibles, de precauciones perfectas, pero no tuvimos oportunidad. Habíamos decidido sin decidir, habíamos elegido sin elegir, de nuevo el destino pintaba un brochazo fatal, elegía un sesgo terrible y aproximaba la hora oscura de la playa carcomida por el horror.

28

173828 [Cuando se vive en un caldero, no notas que la temperatura del agua se está elevando, que hay un fuego debajo que terminará por hacerla hervir. Alejandría es tumultuosa, sus habitantes están acostumbrados a expresarse con liberalidad, a protestar, a despotricar públicamente, a quejarse y a pedir a voces el favor de los poderosos. En privado se reúnen, ricos y pobres, para convencerse unos a otros de sus propias ideas, para alentarse en sus convicciones y en lo erradas que están las de los otros. Los jueces en Alejandría nunca lo han tenido fácil, menos que en otras provincias más acostumbradas a la ecuanimidad, más sometidas a los dictámenes de la ley. La ciudad siempre ha sido un caldero humeante lleno de pescados diversos que, aun medio vivos, luchan unos con otros mientras la sopa va hirviendo y los cuece a todos.

Así me sucedió a mí también. A pesar de los acontecimientos que viví de niña, a pesar de las señales que veía por doquier, creía que el cambio no era tal, que la evolución no era caos. Algunos de los comerciantes más ricos de la ciudad, miembros de la liga del comercio, de la liga del transporte, de la milicia de la ciudad y dueños de muchos barcos de pesca, hombres poderosos y prósperos, acostumbrados a que las leyes se cumplan a su capricho, se encontraron conmigo en el palacio del prefecto, el pálido reflejo del que fuera el palacio de Cleopatra. En el curso de la fiesta, en la que se honró a los dioses antiguos y modernos, vinieron a solicitarme que aplacase a los alborotadores, dado que yo era de las pocas personas que ellos respetaban. Argumentaban que siempre había tenido buenas relaciones con los cristianos, con Sinesio, que era alumno mío, incluso con el difunto Teófilo, al que sólo había visto un par de veces.

Les desilusioné: les dije que no había tenido trato con Cirilo, el nuevo patriarca, pero que por conversaciones con los cristianos que visitaban el Museion sabía que no era hombre fácil, menos aún que el derrotado Timoteo, pero que, aun así, no esperaba que los tumultos fueran más allá de una toma de poder, el natural acomodo que Cirilo tendría que hacer para afianzarse en la ciudad. Alcanzado éste, le interesaría, como a los demás poderes de la ciudad, el equilibrio, la bonanza, la ausencia de conflictos.

Qué equivocada estaba: el agua estaba presta, la piel casi se nos desprendía

ya de la carne por causa del calor, y aún no lo advertíamos.]

898091 [Sí, una sola vez me encontré con Cirilo de Alejandría. Lo conocía desde muchos años atrás, ambos habíamos nacido en la ciudad y teníamos edad parecida. En nuestra juventud puede que hubiéramos podido congeniar incluso. Sé que había leído a los filósofos clásicos y modernos, que había escrito algunos comentarios inteligentes a algunos de ellos. Puede que aun en nuestras diferencias seamos parecidos. Él, a una temprana edad, quedó deslumbrado por la idea de un dios cristiano que vino al mundo a salvar a la humanidad; yo encontré la fascinación en los abismos regulares y helados de los astros en el cielo, en la lógica de las matemáticas y en el discurso de los filósofos más alejados del común discurso cotidiano. Dos extremos que se parecían en la intensidad con que abrazamos nuestras parcelas de saber. Sin embargo, había diferencias, y fui consciente de ellas el día en que nos vimos cara a cara.

Yo me bajé del carro tirado por una pareja de caballos, que solía llevarme a un lado y a otro de la ciudad, en la base de la escalinata que daba acceso al palacio del prefecto. Recuerdo que el cielo estaba encapotado, que ráfagas de viento rabioso removían el polvo de los rincones. Hacía calor y el bochorno había asado la ciudad todo el día, amenazando tormenta pero sin liberarla. A última hora de la tarde acudí a la llamada de Orestes a pesar de que las nubes se habían oscurecido aún más. La lluvia no tardaría en llegar. Al bajar del carro no pude sino detenerme a mirar la bahía, el puerto y el Mediterráneo, de un profundo verde oscuro entreverado de densas sombras. Todo el horizonte aparecía cubierto y las crestas de las olas punteaban de espuma blanca la llanura del mar. Parecía el escenario de una tragedia.

Al ir a subir las escaleras, vi que salía del palacio una comitiva de hombres vestidos de negro. Se apoyaban en grandes bastones de madera tan seca y retorcida que sólo podía haber sido recogida en el desierto. En medio de ellos caminaba un hombre tocado por una mitra blanca adornada de cruces negras. Vestía también una túnica negra, pero en vez de ser de basto lino, era de seda y brillaba a cada movimiento. Se tocaba los hombros con una estola naranja, también de la mejor seda, y en su pecho lucía una cruz de oro enjorjado. Ambos nos miramos; yo, cubierta como siempre con el palio azul oscuro de los filósofos, el pelo recogido con una cinta de cuero. Supe que era Cirilo por el tocado: sólo el patriarca de la ciudad podía llevarlo, y él supongo que me reconocería por ser mujer y acudir sola al palacio. Habló primero; tenía una voz poderosa, que sabía modular para que pareciera siempre a punto de elevarse por encima del tono normal de una conversación. Esa amenaza velada era un truco muy usado por los oradores para lograr que nadie les interrumpiese aun sin necesidad de elevar realmente la voz.

—No sabía que Orestes recibiera a mujeres a estas horas tan tardías, estimada Hipatia.

—Tampoco yo que recibiera a patriarcas de la Iglesia. Pensaba que sus asuntos no atañían al gobierno de los hombres: dad al César lo que es del César.

Los hombres que lo acompañaban, todos cubiertos de gruesas y enmarañadas barbas, me miraron con desprecio.

—Esta ciudad está carcomida por el pecado y debe ser santificada, liberada de falsos dioses. El Imperio que deja que sus mujeres se muevan libres por la calle debe volverse más devoto. Sólo así ganaremos todos la misericordia de Dios y éste nos recibirá en el reino de los cielos.

Y dicho esto marcharon hacia la calle caminando deprisa. Ahí, en esa frase, estaba todo mi futuro, todo el futuro de la ciudad y aun del Imperio. El demiurgo a veces marca sucesos de forma imperfecta, quizá para no equivocarse su propio trabajo, quizá con la intención de advertir a los hombres. Ésta fue una ocasión que yo dejé pasar sin hacer caso, pues me volví hacia el palacio y acudí a la cita con Orestes sin preocuparme más del asunto.]

584126 [¿Cómo explicarlo? Nunca, nunca había advertido la cualidad de unos sentimientos tan puros, tan cercanos a la virtud y, en principio, tan lejos de ella. Conocía la fisiología, había estudiado medicina y despreciaba profundamente los viscerales arrebatos de la carne por conocer su corrupta naturaleza material de humores y fluidos. Algunos alumnos tuve que, inflamados por lo que creía enfermedad, me declararon amor eterno. No pude sino hacerles salir de su error, convencerles de lo lejos que los cuerpos físicos y sus necesidades están de la pureza de la mente. Pero con ella no había barreras: nuestras mentes fluían y arrastraban todo lo demás. No había contaminación en aquellos labios suaves, en esa piel delicada. Hipatia, la virgen filósofa, había descubierto —tarde, quizá precipitadamente— la pureza de los sentimientos y cómo su combustión podía enardecer el entendimiento y dispararlo muy alto, por caminos alejados de la razón pero tan satisfactorios o más que ella.

Fuimos tímidas, inexpertas, gozosas alumnas la una de la otra. Hay en mi memoria un tesoro de minutos cristalizados, lentas joyas de oro y plata que construyen un maravilloso edificio sin paredes ni techo, cristal en forma de muros, columnas, escaleras, un sistema lógico para aquello que emana directamente de la perfección.]

29

Estas calles retienen el eco de sus pasos. Juntas las recorrimos mil veces camino del ágora, visitando los templos, el puerto, las marismas, el palacio. Debí volverme loca. Lo olvidé todo, cada una de las precauciones que había memorizado, la historia que tenía grabada en la mente, lo que iba a suceder en el año 391. Hipnotizada por un presente más maravilloso de lo que nunca pude imaginar, dejé que el concepto del tiempo sucesivo se diluyese en aquel presente idílico en el que vivir no era un esfuerzo.

Ahora he de pagar esos maravillosos meses con la moneda más cara que existe, la del dolor.

Fueron muchos instantes inapreciables, pero hay uno que cristalizó en mi memoria y permanece como quintaesencia de todo lo que sucedió. Recuerdo cómo el sol de la tarde lamía morbosamente mi piel, ese sol salvaje, meridional, tan fuerte que podía cerrar los ojos y continuaba allí siguiéndome tras los párpados, buceando hacia las partes más profundas para iluminarlas con el resplandor del oro. Tumbada en el banco de piedra, bajo la parra profunda del peripatos, sentía la luz correr por mi cuerpo como lava líquida, un ácido dorado que se escurría entre el verdor y la frescura de las hojas, que me quemaba la mente carcomiendo tantas memorias, vanas láminas de papel, fotografías ajadas, recuerdos de otro mundo que apenas tenían sentido. Ardía mi pasado en la hoguera de un presente infinito.

Aun con los ojos cerrados, sentía los muros de aquella villa erguirse protectores, enormes piedras que custodiaban los jardines trenzados de verdor y agua. Era una tentación abrir los ojos para sentir la amenaza de un cielo inmenso y azul surcado de gaviotas, el gran lienzo manchado por la gibosa escritura de las nubes. Pero la laxitud me lo impedía y me concentraba en sentir la piedra fresca y dura en la espalda. La intención, toda intención, permanecía relajada más allá de prisas y cometidos, muy cerca de anhelos inmediatos. Jugaba a contener un río de júbilo, a sujetar con dedos traviosos los segundos por venir, a esperar la fresca avalancha de una voz clara como el agua, embriagadora como el más oscuro de los vinos.

Sentí los pasos sobre la grava acercándose y después alejándose, las voces de los criados entonando quedamente el griego aliterado de Alejandría

mientras recogían los restos de la comida. Un poco a mi derecha, por encima de mi cabeza, el agua fluía hasta el pequeño estanque cubierto de juncos ornamentales. Alguien se acercaba en esa misma dirección, pasos suaves y amplios que se detuvieron junto al agua. Una risa incontenible me corrió por el cuerpo. Reí quedamente jugando aún a retener, a amontonar la alegría y el deseo que crecía hinchándome los miembros de oro, pesando como losas de prisa y regocijo en el mismo centro del pecho. Noté manos que removían el agua, una risa apenas contenida y gotas de agua, afilados cristales de frescor, salpicándome la cara y los brazos. Me defendí tapándome la cara y riendo a mi vez, negándome a deshacer la magia de aquella melaza cálida que se extendía tras mis párpados. Confiada, inmensamente abandonada en las corrientes subterráneas que me barrenaban el cuerpo con explosiones de emoción, esperé apenas conteniendo la excitación, apenas logrando retener el impulso de correr, saltar y reír. Tuve mi premio, descendió sobre mí su perfume, ese aroma a aceite de oliva, a romero y espliego, a mirra centenaria, a las raíces de un pueblo maceradas en juventud. Muy cerca ya, la calidez de su respiración contuvo la prisa, el ansia que se agitaba salvaje, erizada de gozo anticipado. Sus labios descendieron ahogando el mundo y el tiempo en un apretado nudo, una nuez de existencia. En nosotras no había religión, apenas quedaba ya filosofía ni razón, éramos una ola grave, el latido profundo del mundo que compartíamos: la Alejandría que se deshacía en cenizas de futuro descortezándose de gloriosas capas de tiempo muerto.

Aquella ansia, aquella dulce prisa, era Hipatia dejando atrás el pedestal, la Hipatia de perfecto cristal que penetraba el alma de las cosas con sólo mirarla, cerrando los ojos. Era la felicidad, disolverse en dulce oro, alimentar un grito enorme que crecía en el pecho hasta casi no haber dentro y buscar el claro aire exterior para proclamar la dicha.

Ahora duele menos y el precio parece barato, muy barato.

Qué lejano el paisaje de Aberfeldy, los páramos y brezales desolados de Escocia bajo un cielo encapotado, siempre húmedos y fríos, bellos a su manera de naturaleza árida y sin concesiones, el espejo perfecto que mi soledad necesitaba durante las pausas en el estudio, mientras el proyecto del viaje se concretaba. Uno se puede enamorar de ese paisaje silencioso, de esa luz delicada que se filtra de las nubes, pero —igual que la playa nocturna que me espera— no era un paisaje para vivir, sí para morir lentamente, fundiéndose en el olor de la turba y el sacudir vigoroso del viento. Ahora mi paisaje es por siempre el verano infinito de Alejandría, el gañir de las gaviotas al anochecer mientras la luz muere en el olor del aceite de los candiles, y la brisa marina sopla fresca, arrastrando las miasmas del calor diurno. En ese paisaje vive ella, sumergida en ese aceite de tiempo, vieja piedra y sensaciones atemporales.

Queda poco para el anochecer. Tengo que caminar más rápido.

30

087734 [No, nunca hubo un antes y un después, fue tan sólo un deterioro continuado. He de decir en su favor que nunca antes hubo una tal continuidad, unos esfuerzos conjuntos mejor organizados. Ahora entiendo su interés obsesivo por la ortodoxia, por una autoridad única, por una sola Iglesia bajo una única dirección que dirija con mano de hierro. No dejaba de ser el modelo imperial, pero trastocado. Los padres de Roma imaginaron una polis que se extendiese al Imperio en la que la religión era un arma más de la pax romana. La Iglesia cristiana y sus sacerdotes principales imaginaron la polis de Dios, un lugar inmaterial en el que todos los bautizados son ciudadanos, y el estado político es un apéndice de ésta. No creo que ni siquiera Cirilo tuviera clara en su mente esta idea, pero el conjunto de los hombres y mujeres contaminados por las ideas del cristianismo eran un estado dentro del estado que se reconocía a sí mismo superior y, por tanto, capacitado para influir, trastocar, modificar y presionar para conseguir su preponderancia. Nunca antes una religión hizo algo igual. La prueba de que las cosas iban a cambiar en breve la tuve una tarde en que decidí que mis alumnos viniesen a una de mis lecturas públicas de los clásicos. Tomé el rollo de *La república* de Platón y partimos a la plaza de Euna, el ágora donde las gentes solían escuchar a los filósofos. Nos sentamos en los escalones de piedra y dejamos que los niños y los viejos, las mujeres y los hombres que, terminada su jornada, buscaban algo de entretenimiento, se acercasen a nosotros. Tomé el rollo y comencé a leer. Me detenía después de algún párrafo inspirado y preguntaba a mis alumnos, animaba a los hombres y mujeres que me rodeaban a contestar, intentado despertar su inteligencia, que fueran capaces de captar los conceptos sin que fueran expresamente nombrados.

No los vi venir, estaba abstraída por las palabras del maestro. Monjes nitrios vestidos de negro, los sicofantes del obispo Cirilo, se habían infiltrado entre el público. Comenzaron a gritar: «¡Bruja! ¡Cállate, hetaira de los sacerdotes paganos!». Tenían el entendimiento quemado por el sol, no había un ápice de razón en su mente. Cuando vi que uno de ellos se agachaba, buscando una piedra, terminé de entender lo que pretendían. El Museion y yo misma habíamos pasado a ser un obstáculo más en el imparable avance de la religión

de los galileos, algo que eliminar.

Los oyentes que antes escuchaban mis palabras con atención los miraban sin saber qué pensar. A menudo la masa sin mente vacila, no se decide a actuar. Pero cuando hábiles manipuladores como aquéllos logran dirigirla, se convierten en un solo cuerpo, un solo hombre que empuña el arma del número y la crueldad.

Les hice una señal a mis alumnos y salimos de la plaza antes de que se iniciase el tumulto.

El corazón me latía fuerte en el pecho mientras regresábamos a la Academia. Nunca me había encontrado con una oposición como aquélla. El mundo, de repente, no era un sitio amable, ni la ciudad mi hogar. Volvían los tiempos de mi infancia, el olor de los incendios, los gritos, la sangre. Hasta ese momento no había asumido que se habían terminado los tiempos felices, que se agotaban las opciones para aquéllos que pensábamos con libertad.

Me encontré con Marta en la penumbra de la biblioteca, su lugar preferido, un rincón que la costumbre había terminado por hacer suyo. Allí, colocados sobre caballetes, se exhibían docenas de rollos, algunos muy antiguos y en mal estado. Marta pasaba de uno a otro, seguía con el dedo su contenido, buscaba referencias, escribía en un papiro usando un tipo de letra que nunca había visto.

—Buscas hondo en la sabiduría de la biblioteca, Marta.

—He de hacerlo: es un tesoro que no va a perdurar para siempre.

—Lleva aquí siglos, no creo que mañana vaya a desaparecer. —Marta no dijo nada, pareció encogerse sobre sí misma, presa de un súbito escalofrío—. Vamos fuera.

Me siguió al exterior. Era junio, las tardes descendían suavemente hacia la noche. Me apetecía el aire del mar, algo que soplase fuerte, un huracán, una galerna que ventilase los malos aires que me dominaban. Me enjaezaron el carro, subimos y arreé a los caballos, dos rucios fuertes y jóvenes que casi nos tiraron al suelo al arrancar. Les di rienda suelta por la Vía Somma, a pesar de que había mucha gente en ella, y en muy poco tiempo salimos de Alejandría por la puerta de la Necrópolis. Fuera de la ciudad los caballos se animaron a galopar con fuerza. Recorrimos el camino polvoriento entre las colinas horadadas de tumbas, los miles de monumentos fúnebres que miraban al mar. Allí vivían, entremezclados con los muertos, los más pobres de entre los vivos de Alejandría, aquéllos que no tenían un lugar donde refugiarse en la ciudad. Aquellas casuchas de barro se apoyaban en tumbas de arenisca esculpida que el viento del mar había desdibujado. Enormes esculturas funerarias derribadas y pequeños templos mortuorios reconvertidos en habitación construían una ciudad muy diferente de la Alejandría de calles rectas y ordenadas.

El viento dificultaba la conversación. Los ojos me lloraban por la velocidad y nuestras túnicas se llenaron del polvo que arrojaban los caballos. Las llantas de metal del carro y las herraduras de los caballos arrancaban chispas a las piedras del camino; aun así no frené a las bestias, las dejé correr embriagadas de

la misma furia que me animaba a mí misma. Tras el suceso en la plaza, un lugar que había frecuentado sin problema alguno durante casi toda mi vida, me sentía como si bajo los pies se hubiera abierto un abismo que antes ni siquiera presentía. Quería huir, volver a la calma celestial que antes había regido mi vida, pero era imposible, no había marcha atrás, sólo que entonces no lo sabía.

Dejamos atrás la ciudad de los muertos y nos internamos en una sucesión de colinas calcáreas y bosques de pinos que se extendían hacia el oeste de la ciudad, un terreno en extremo improductivo, lleno de marismas y dominado por playas que no daban pesca y donde, por tanto, apenas vivía nadie. La marea estaba baja. Saqué el carro del camino, le quité la yunta a los caballos y dejé que fueran calmándose a la vez que se refrescaban cabalgando en las aguas someras que dejaba el mar al retirarse. El olor a sal lo era todo. La brisa soplaba potente mientras el sol caía cerca ya del horizonte. Estaba claro que íbamos a tener que volver de noche; tendríamos que pasar por la necrópolis y sobornar a los soldados de las puertas para pasar a la ciudad después de la hora nona. No me importó. Detuve el carro al lado de una roca reluciente de algas y lapas y até las riendas. El sol se reflejaba en la arena húmeda. La playa se extendía de oriente a occidente durante varias millas. Me quité la túnica y corrí hacia el agua sin esperar a que Marta me siguiera. Hasta ese momento, ninguna había hablado del momento de intimidad la noche de las ofrendas a la musas, habíamos seguido siendo alumno y profesora, pero aquello era ya una representación, una comedia en la que llevábamos puestas máscaras y éramos conscientes de ellas. Me volví cuando el agua me llegaba a la rodilla. Me solté el pelo, que de inmediato comenzó a ondear y a restallar en el fuerte viento. La cabalgada, el agua, el viento y el sol sobre mi piel desnuda tuvieron la virtud de liberarme. Poco a poco regresó la calma que me acariciaba el alma con dedos fríos, la serenidad que trae el presente infinito, sin futuro, sin pasado. Le hice una señal a Marta, que vacilaba, aún al lado del carro. Se quitó la túnica con timidez. Tenía un cuerpo delgado, de pechos pequeños, pero bien proporcionado. Era normal que hubiera pasado por un chico sin apenas esfuerzo. Nos zambullimos en el agua a la vez, jugando, salpicando, riendo. El sol, muy bajo ya en el horizonte, nos convirtió en juguetes dorados, sombras que emitían destellos, curvados paisajes de carne mojada que brillaba al toque del sol. Y en la soledad de aquella playa remota, reclamadas ambas por un tiempo eterno, inamovible, no hubo ya máscaras, ni papeles escritos. Nuestros cuerpos dibujaron caracteres secretos al revolcarnos sobre la arena, letras que quizá tan sólo un dios ciego hubiera podido leer.]

31

De las memorias de Orestes,
prefecto augustal de Egipto a finales del siglo IV

Esta ciudad está maldita. Es vieja, senil, más antigua que la mismísima Roma; ha vivido tanto que ahora no reacciona ante el ímpetu de los nuevos tiempos. La inercia de las viejas piedras es tal que se resisten con violencia al cambio. Ni siquiera Atenas o Esparta han resistido tanto, pero Alejandría, a pesar de sus siglos de historia, está acumulando tensiones, presta a sucumbir en los vientos de la historia.

Ayer me dijeron que Hipatia no pudo terminar su lección en la plaza de Euna; una turba la amenazó. Es el primer síntoma: los cristianos emprenden su última batalla. Mañana dictaré una orden para que se proteja esa plaza, pero no servirá de nada: seguirán a los filósofos, los acosarán día y noche, hasta que en algún callejón oscuro actuará un cuchillo, un garrote, una piedra afilada.

Sé quién es el responsable, sé cómo podría hacérsele frente; habría que hacer entrar en razón a los líderes, pero no puedo actuar: las órdenes del emperador Teodosio son claras. Día a día su poder es menor, y el de la Iglesia crece en consonancia. Mis hijos crecerán en un mundo diferente; el estado ya no será un padre benévolo bajo el cual convivan todos, sino una marioneta de la Iglesia. Entiendo ahora a Juliano, el denostado, el apóstata, a quien se nos ha enseñado a odiar.

Cirilo sólo es un instrumento de la historia, uno de tantos seres enfermos de poder, cegados por una sola idea: los suyos, su grupo, él. La sucesión de Teófilo fue difícil. Toda Alejandría esperaba que Timoteo, el archidiácono, quien había acompañado en los últimos años al anciano, fuese promocionado al puesto de patriarca en San Marcos. A pesar de que era lo más lógico, Teófilo prefirió a su sobrino, o al menos eso se nos ha dicho. Las luchas que hubo por toda la ciudad atestiguan que la sucesión no estuvo nunca tan clara, ni fue acatada sin protestas. Conocí al difunto obispo Teófilo en Constantinopla, cuando yo era apenas un centurión. Ya entonces era un hábil manipulador; sabía usar la mano de hierro cubierta de guante de seda. En su tiempo, consiguió acabar con

muchos templos paganos de la ciudad. Su sobrino, sin embargo, creo que es otra clase de hombre. He visto ese brillo en los ojos antes, en los más temerarios e indomables de los enemigos. Terminará lo que su tío empezó y no le importará regar la ciudad de sangre para conseguirlo.

¿Qué más nos queda por ver en el futuro? Casi no quiero imaginarlo. Mañana tengo que hablar con Hipatia; hay que darle una salida a esta situación, la ciudad merece la paz. Quizá desaparezca su magnificencia, pero con la suavidad del paso del tiempo. La victoria de los cristianos es total; hay que evitar que quemen siglos de historia para celebrarlo. Creo firmemente en la convivencia, en los valores que perdurarán aun en el seno de los cristianos y les iluminarán con la sabiduría de los antiguos.

Hipatia podrá actuar de intermediaria. Es muy hábil, y tiene a una gran parte de Alejandría de su lado.

32

Tantos días, tantas noches junto a ella y no creía posible que todo acabase, que el destino y la historia rompiesen el cerco de nuestra felicidad, apenas cerrado, apenas disfrutado. Sin embargo, nuestro paraíso apenas era una gota de aceite en el mar de la historia.

La primera grieta, la primera herida, se abrió una tarde en la residencia de Orestes, el administrador romano, delegado directo de Teodosio. Acudimos hasta el palacio. Allí nos recibió en sus aposentos privados. Jamás había imaginado así la pompa romana. La residencia, reconstruida en gran parte sobre el palacio de los Ptolomeos, era al mismo tiempo lujosa y espartana. Mármol, bronce, salas limpias y despejadas, jardines y piscinas contruidos con sobriedad y elegancia.

Orestes era un funcionario bajo y ancho de espaldas, bastante calvo y no muy viejo. Tranquilo, pero exaltado cuando algo le emocionaba. Sobrevivía a los miles de conflictos que hacían hervir la ciudad y todo el Mediterráneo aplicando su sentido de la justicia hasta donde sus superiores le permitían y esperando que su fama de poco dado a intrigas le salvase de las periódicas purgas imperiales.

Nos recibió en la terraza sobre la bahía y el faro, las mejores vistas de todo el palacio, quizá de toda la ciudad.

Se notaba que para él esos momentos eran un alivio de sus preocupaciones diarias. Nos acomodamos mientras servían vino especiado y delicias. Orestes hablaba interminablemente en un latín casi incomprensible o pasaba rápidamente a un griego muy diferente al alejandrino. Hipatia y yo nos reclinamos escuchándole. La terraza del palacio era un tesoro. Allí nos acariciaban los largos rayos del sol poniente mientras la brisa, saturada de humedad salina, refrescaba el calor diurno. Hipatia y él hablaron de filosofía, religión, astronomía, historia y política mientras el sol quemaba los colores de la bahía hasta convertirlos en un intenso oro tostado que viraba rápidamente al morado y al azul oscuro de la noche. Yo no intervine apenas; sabía de dónde venía Roma y en qué terminaría. El final estaba llegando ya. Al imperio único le quedaba poco de vida, y eso no me animaba a hablar de las formas de vida antigua, de la república, de los viejos emperadores y de lo que se podía esperar

de los nuevos, tal como hacían ellos.

Durante aquella larga conversación, llegué a entender mucho mejor que en los tomos de Suetonio cómo los romanos conquistaron el Mediterráneo y también por qué su imperio de mil años llegaba a su fin. Orestes tenía una inteligencia clara, pero tan sometida a la ley y la organización que apenas podía concebir que algo no pudiera estar bajo ella. Adivinaba en su pecho la llama de esa Roma eterna, esa organización de mármol y hierro dedicada a los sencillos ideales de una ley suprema, el pragmatismo demoledor que había hecho suyo medio mundo.

¡Qué contraste con la indomable Hipatia! Ella sólo atendía a las leyes inmutables de la naturaleza y despreciaba todo aquello que no estuviese sancionado por la razón más pura, por la virtud más extrema. Su voz entrenada —suave como terciopelo, compleja en matices y tonos— nos embaucaba; las palabras de su discurso nacían como pequeños animalillos que evolucionaban en acrobacias de erudición y al fin crecían en conceptos de hermosa elegancia. Hipatia unía todo su pensamiento en una sola idea: las pasiones humanas, los desvelos minúsculos de los hombres, no son nada frente a la pureza de las leyes que gobiernan el mundo. Su discurso a menudo terminaba igual. Aquella tarde también habló de las religiones, de esos dioses que creía reflejo de un demiurgo fallido que nos había creado imperfectamente. Las mismas ideas que aireaba cada tarde en la Academia y los jueves en la plaza, ante cientos de personas; las mismas ideas que le habían ganado el odio de los templos, el asombro de los creyentes.

A pesar de sus discrepancias los dos tenían mucho en común. Ellos viven esta época, la respiran por los poros de la piel sumergidos en el paso de un tiempo que es fresco y único, mientras que yo paladeo cada segundo intentando olvidar, retener los momentos, abrazarme a las horas que se me escapan, que huyen hacia ese futuro que no quiero recordar.

Cuando el faro comenzó a romper la noche con lanzas de luz, aparecieron los hijos de Orestes acompañados de su mujer. Por orden de edades, Claudio, Orestes, Aurelia, Arcadia y Marco nos dieron las buenas noches antes de retirarse.

Decidimos partir. Mientras bajábamos las escaleras oímos las campanas de la iglesia principal de Alejandría, San Marcos, el templo construido con los mármoles robados a muchos templos paganos. Aquellas voces de bronce llegaban del futuro, eran sangre y dolor que se filtraban por las grietas del tiempo y que sólo yo escuchaba. Vi, delante de mí, el espeso velo carmesí, el lienzo de sangre sobre el que se escriben las páginas de la historia. Maldije apretando los dientes en voz baja, mientras los ecos de las campanadas se extinguían. La trampa del tiempo comenzaba a funcionar, mi felicidad se deshacía machacada en sus engranajes. Había olvidado, mi mente se había negado a conectar la historia escrita con aquel mundo vivo y pulsante que, como una droga, me corría por las venas, pero ya no podía engañarme por más

tiempo. La historia seguía su curso.

Mientras traqueteábamos en el carro de regreso a la casa de Hipatia, recordé furiosamente las lecciones de Stewart. Alterar hechos históricos podía no tener consecuencias, tal y como aseguraba un complejo desarrollo físico-matemático, pero también podía producir una variación en la configuración vibratoria del continuo espacio-tiempo. Si se producía una discronía y ésta alcanzaba el siglo XXI, afectando al proyecto de Stewart, el túnel taucrónico se cerraría. Nadie sabía muy bien qué ocurriría en ese caso.

Me aferré a la dura madera del carro para no caerme. Se viajaba de pie en aquel ingenio, precariamente en equilibrio sobre las maderas trabadas que arrastraba el tiro de caballos, conducido por las riendas de Hipatia. Durante unos instantes, tal era mi pánico ante los sucesos que aquellas campanas anunciaban que deseé que Aberfeldy, Stewart y los cientos de personas involucradas, los otros viajeros, desaparecieran, fueran borrados de la existencia de tal modo que no quedase rastro de ellos. No me habría importado lo más mínimo; nada parecía tener las aristas nítidas y dolorosas de aquella tragedia en la que me veía envuelta.

Enseguida llegó el arrepentimiento. Había muchas personas, todo un futuro en realidad, que dependían de que no realizase ninguna alteración. Aunque lo vivía a cada segundo, todo aquello había pasado en realidad, no había cambios posibles; lo que habían demostrado las matemáticas de aquella premio Nobel cascarrabias era que nada que pudiese hacerse desde dentro del continuo espacio-tiempo podría alterar éste. Era una teoría que no había podido demostrarse: un experimento habría supuesto intentar una alteración de gran magnitud, y nadie parecía dispuesto a arriesgarse a poner en marcha algo así.

Fue difícil resignarse. Esa noche Hipatia subió a la azotea de su casa para pasar, como solía hacer a menudo, la mayor parte de la noche observando las estrellas. Yo me tendí en el lecho sin poder conciliar el sueño. Cerraba los ojos y sentía una avalancha de negrura, olas de angustia carmesí que me anegaban el pecho sin dejarme respirar. Repentinamente decidí tener constancia, comprobar que aquello que pensaba podría suceder realmente. Quería conocer a los cristianos de Alejandría.

A pesar de lo peligrosa que podría ser la ciudad de noche, me embocé con un palio oscuro y me acerqué hasta San Marcos. La iglesia se erguía sobre los cimientos de lo que había sido un templo de los muchos que se habían destruido en las revueltas de los cristianos. Llegué enseguida, no estaba muy lejos. El edificio era una maciza acumulación de bloques de piedra, una ofensiva arquitectura que ya anticipaba las formas de las iglesias románicas que se extenderían por toda la cristiandad, pero que apenas era una ligera evolución de la arquitectura civil romana.

La puerta permanecía abierta; sabía que era costumbre rezar durante toda la noche. Dentro distinguí retazos de luz de vela entre columnas y mármoles oscuros. Avancé procurando no hacer ruido. Había muchos candiles y cirios

encendidos. Un denso aroma a cera y a sahumerios se extendía por todo el templo, que no era muy parecido a las iglesias que conocería después la cristiandad. Era una nave rectangular y un techo elevado sujeto por grandes arcos de piedra rotulada con palabras en griego. Había candiles que alumbraban trozos de pared pintados con figuras de santos, dibujos geométricos de peces y cruces. Se parecía más a una catacumba que a los luminosos edificios que generaciones posteriores de devotos construirían para honrar a Dios.

Me refugié tras el fuste de una columna y desde allí espí lo que sucedía en la nave principal. Al principio no los vi, pero estaban allí. Había una silenciosa marea de hábitos negros, de pieles quemadas por la penitencia del desierto, de dientes blancos y apretados. Alguien en un extremo de la sala levantó una cruz dorada hasta que quedó iluminada por la luz de los cirios. Aquel pedazo de oro y joyas era sostenido como se sostiene una bandera, una cabeza cortada, un desafío, una espada o una maldición. Los monjes reunidos alrededor del altar se agacharon traspasados por la presencia del símbolo. Agaché la cabeza, pero sin dejar de observar, fascinada, la intensidad en las miradas, los hábitos negros y mugrientos, los ojos cristalizados en lágrimas. La cruz de oro la sostenía en alto Cirilo de Alejandría, sobrino de Teófilo y futuro santo de la Iglesia. Sin bajarla, aguantando el peso de la joya, miró a sus feligreses, iluminó a todos ellos con el brillo del oro sacro. Sabía su historia, podría haberle gritado cómo sería el recuerdo que el tiempo construiría de él, estuve tentada de hacerlo para huir de esa mirada de absoluta dominación. La cruz, de alguna manera, le había ungido; él era ahora el símbolo encarnado, el poder divino, pero me asusté, retrocedí lentamente, salí a la calle.

Una vez afuera intenté tranquilizarme. Me apoyé en una pared en sombras y dejé que el corazón dejara de latir con violencia. San Marcos permanecía frente a mí, una mole sólida y orgullosa. Aquel edificio me pareció una bestia lustrosa crecida en ónice y mármol, mucho más tenebrosa que la estatua de Anubis en la necrópolis de los dioses. Aquel animal, aunque también pétreo, estaba vivo y dispuesto a despertar y devorarme sin remedio. Corrí sin precauciones, de regreso a la casa de Hipatia.

Han transcurrido sólo unas semanas de aquellos sucesos; veo a esos mismos monjes seguirme por la calle y ya no me asustan. Son las tropas que demuelen el mundo y construyen uno nuevo, los soldados que asedian el recinto que Hipatia y yo edificamos. Y sé que vencerán, sé los crímenes que van a cometer desde mucho antes de que llegase a Alejandría, y no me importa. Todo acaba: la herida que el tiempo ha abierto en mí terminará por matarme. Más allá de la vida no hay dolor, pena, sufrimiento. Pero el camino ha sido largo y difícil.

Después de la visita a la iglesia lloré en silencio noches enteras, mordiendo las sábanas hasta que me dolían las encías para que ella no me oyera, maldiciendo cada una de las letras que había leído. Había descubierto que la

mortal herida del tiempo se abría paso hasta los paisajes lóbregos que me aguardaban, destruyendo aquella felicidad que había creído eterna. Mi memoria se complacía en traerme los textos que hubiera querido no leer nunca: *Ipazia. La prima martire della liberta di pensiero* de Augusto Agabiti, *Hypatia, tragoedie in fuenf acten* de Arnold Beers, *Jews and Christians in Egypt. The Jewish troubles in Alexandria and the Athanasian controversy* de Sir Harold Idris Bell. La *Vida de Isidoro*, escrita por Damascio e incluida en la enciclopedia bizantina llamada *Suda*; *Historia eclesiástica* de Sócrates el Escolástico. La historia ineludible transitaba por Alejandría arrastrando su largo velo de muerte y sufrimiento.

A partir de aquella noche supe que había estado ciega a un futuro que crecía como una hiedra poderosa resquebrajando los cimientos del presente. Eran evidentes los signos de cómo, imparable, el inmenso Imperio romano se desmoronaba cargado hasta rebosar de césares heroicos o miserables; harto de batallas, traiciones, revueltas, glorias, leyes, hambre y arquitecturas colosales, todo acumulado en una pila demasiado alta que al fin cede. La escisión del Imperio oriental era la clara señal. La Antigüedad Clásica, el postrer helenismo de Alejandro, apenas era ya una leyenda, y la modernidad, las oscuras eras medievales, el islam y el cristianismo nacían como tallos fuertes y prósperos.

De algún modo era algo irónico. Esta encrucijada de la historia era lo que había venido a estudiar. No pude haber elegido un tiempo menos afortunado, no pude enamorarme de un destino más aciago. Pero, ¿tenía elección? Ésa es una interesante pregunta que ni siquiera Stewart y su equipo de físicos y matemáticos pudo responder. ¿Está el tiempo predeterminado para los viajeros? ¿Es posible que el metatiempo, en el que vibra el universo, sea determinista, o varía a su vez en otra vibración y otra dimensión de orden superior? Según las matemáticas de Skeponis, no. Según las ideas de Stewart, que se materializaron en el protocolo de no intervención, sí. Yo sólo puedo dar la respuesta que me arde en el pecho: el viaje, Alejandría, Hipatia, todo conduce al mismo abismo, no se puede escapar de él. Ahora sé que Cronos nos espera en la playa, revolcándose en las olas putrefactas de su propia risa. Ya no soy ya la observadora que no se implica, la historiadora apasionada sólo por la verdad, que anota y analiza. La agonía del tiempo se ha abierto paso por mi vida como un arado afilado por una tierra destinada a sembrar flores bellas y dolorosas.

33

De las memorias de Orestes,
prefecto augustal de Egipto a finales del siglo IV

Como he escrito ya en estas memorias, donde vierto mi pesar y mis frustraciones y que dejaré prescrito que se destruyan a mi muerte, Alejandría es un hervidero de conflictos. Antes creía que estaba maldita, que la suerte o el favor de los dioses, como se quiera llamarlo, le había sido negado, pero que, aun así, librada al juicio de sus habitantes, podía sobrevivir. Estaba muy equivocado; la ciudad ha sido juzgada y condenada en algún tribunal subterráneo al que el hombre no tiene acceso ni poder de revocar sus decisiones. Allí se habrán presentado pruebas y el juez habrá decidido que la ciudad y todo lo que significa debía desaparecer. Me imagino a ese dios oscuro, enterrado en el Hades y rumiando su odio contra los seres que viven en la superficie, meditando sobre las herramientas del caos y la destrucción: una plaga, una inundación, una galerna que desbaratase la ciudad, todas ellas a la vez. Eligió bien, pensando primero cuál sería la elección correcta, la más eficaz y dañina: esa calamidad se verificó a través de un tercero, un hombre de paja. He de confesar que me consideraba un hábil político, un eficaz gobernador, y quizá así haya sido hasta ahora, mientras tenía que lidiar con las tribus bárbaras del norte, las dificultades del clima y el acomodo de los ciudadanos romanos en los fuertes y ciudades remotos. Gobernar Alejandría es jugar a los dados en el filo del abismo, es conseguir que convivan lobos con corderos, zorros con osos, gallinas con pavos. Subestimé a Cirilo y los suyos, algo que los romanos de viejo cuño llevamos siglos haciendo. Incluso un emperador como Adriano no tuvo en cuenta que la fuerza que mueve a los miembros de esta nueva religión no se parece a otras habidas antes. Es difícil comprender que su ambición es total: las mentes, los cuerpos y las almas de todos los habitantes del Imperio, sin distinguir clase social, etnia, condición, ni siquiera sus creencias, todos son candidatos a someterse a sus designios. Decía el divino Julio César que nada es tan difícil que no pueda conseguir la fortaleza. Esta pasada semana que ahora acaba he tentado la fortaleza de los cristianos y, dado su temple, su objetivo se

cumplirá, si no en este siglo, en los venideros, mientras no topen con otra voluntad tan completa como la suya.

Todo comenzó con el incidente de los novacianos. Al contrario que en otras religiones, los cristianos tienen en gran estima que haya una doctrina única, que los dogmas sean discutidos y pactados y que haya una iglesia y no muchas. Eso produce herejes, aquéllos que no aceptan la ortodoxia. Los novacianos son cristianos partidarios de las ideas de Novacio, un obispo romano de hace un siglo que predicaba una visión tan rigurosa de la salvación que excluía de ella a todos los que habían pecado. Visto desde fuera, parece lógico que ser muy riguroso en ese aspecto perjudica la nómina de nuevos cristianos. Sea como fuere, según me contaron mis espías, y de ello deben saber porque varios son cristianos, hace mucho que los novacianos fueron considerados fuera de la doctrina de la Iglesia. Aun así, al ser devotos muy cumplidores, estrictos y famosos por sus interpretaciones de los evangelios, se les consintió convivir con el resto. Sin embargo, una de las primeras medidas de Cirilo fue desterrarlos de la ciudad, confiscar sus edificios y objetos sacros y declararles fuera de la Iglesia. Cuentan las crónicas que he leído que su tío, Teófilo, al acceder al trono de San Marcos se asentó sobre él expulsando a los origenistas y promoviendo los disturbios que culminaron con la mayor destrucción hasta la fecha de templos paganos de la ciudad.

Creí que con el asunto de los novacianos, en el que no pude intervenir por orden expresa de Constantinopla, quedaba zanjado el asunto del cargo de Cirilo y que su mandato sería tranquilo después. Estaba muy equivocado: Cirilo es mucho más ambicioso y taimado que su tío. Desde la muerte de Teófilo, las algaradas callejeras se han multiplicado. En un primer momento el aumento de los incidentes no me llamó la atención; lo atribuí al calor o a la subida de los precios, que es un mal insidioso y que termina siempre por provocar violencia. Mi red de espías pagados con el oro de los impuestos hizo su trabajo y me demostró que, a pesar de lo que creía, los tumultos habían sido iniciados por alguno de los leales monjes nitrios que Cirilo se trajo del desierto. Quitando algún altercado, como el que vivió Hipatia, que no llegó a cuajar en violencia física, todos los hechos que mis espías y las milicias de la ciudad me han relatado tienen como objeto el hostigamiento de la comunidad judía.

Los judíos son muchos en Alejandría, se diría que son muchos en todas partes, o bien que son tan exclusivos en su trato que en todas partes no se mezclan y terminan por destacar. Los hay en Roma y en todas las partes del Imperio y son famosos por ser excelentes artesanos y ciudadanos que suelen respetar la ley mientras la ley les respete a ellos y a su religión, llena de rígidos preceptos. En Alejandría su labor intelectual ha sido siempre muy valorada; desde tiempo atrás la escuela de copistas y traductores ha alimentado la Biblioteca. De ellos procede la primera traducción completa de sus libros sagrados a la lengua griega, la célebre *Septuaginta*, o la traducción de los setenta sabios hebreos. Mucho tienen los cristianos que agradecer a ese trabajo

encargado por el rey Ptolomeo Filadelfos.

Ahora sé que no eran ellos los objetivos exclusivos de esos ataques, que eran parte de un objetivo más amplio. Mis espías descubrieron que el responsable de las muertes y la violencia, el hombre que había llegado a golpear hasta matar a una judía, que acostumbraba a provocar a los miembros de esa religión burlándose de sus largas barbas, y que tenía a bien pasearse con varias de ellas atadas al cinturón, cual trofeo de caza, no era más que un loco, un ser abyecto y manipulado. Se llamaba Hierax y, tal y como deseaba Cirilo, tanto los judíos como los miembros de la milicia y hasta yo mismo pensamos que era un agente descontrolado, un loco furioso que había escapado milagrosamente de sus cadenas. Mis espías no deben ser tan buenos, porque parte de la imagen que nos formamos todos de la situación se terminó de consolidar tras saber que los propios cristianos no verían con malos ojos el encarcelamiento de semejante individuo, logrando por fin poner coto a sus desmanes y detener la violencia que estaba generando en la ciudad. Qué equivocados estábamos.

El cepo se cerró sobre mí el sábado. Antes de la función de teatro, leí al público interesado en ello un nuevo edicto acerca de la representación de pantomimas. Se produjo una algarada: había gentes con togas negras que insultaban a los judíos, les increpaban recriminándoles no respetar su propia religión, pues acudían al teatro en sábado. Presas de la provocación, algunos se pelearon con los cristianos vestidos de negro y armados con bastones de madera. Aparecieron los cuchillos, hubo muertos. Los rabinos de los judíos a los que llamé para consultar me señalaron que sufrían constante persecución, que se reían de ellos en las calles y les tiraban verduras podridas a las salidas de las sinagogas. Todas esas provocaciones tenían un nombre, Hierax, tan activo que la ciudad ardía en comentarios sobre él. Lo detuve y en prisión confesó sus crímenes tras ser sometido a tormento. No comprendí entonces que ésa era la excusa que necesitaban, que cuando colgué a Hierax, un individuo en extremo desagradable, y luego lo dejé pudrirse en el Cinarion al lado del mar, en realidad le estaba proporcionando una excusa a Cirilo para asegurar que los judíos habían emprendido una campaña contra los cristianos y que el prefecto no hacía nada por evitarlo. Ocupado como estuve intentando que la información llegara al palacio del César de forma conveniente, nadie me advirtió de que los judíos, hartos de tanta calumnia, habían preparado una emboscada a los cristianos. Voces anónimas gritaron que la iglesia de San Alejandro ardía por los cuatro costados. Cuando los cristianos acudieron a apagar el fuego inexistente, fueron emboscados, atacados y muchos de ellos asesinados. Una vez más comenzó a correr la sangre por la ciudad, y si algo he aprendido con el tiempo, es que una vez abierto el grifo que derrama el líquido que da vida a los hombres es muy difícil volver a cerrarlo. Al día siguiente, Cirilo y una multitud de hombres airados cercaron el barrio judío. Tal era la masa de cristianos que, ante la amenaza de entrar a sangre y fuego y asesinar a todos los judíos allí dentro refugiados, los rabinos accedieron al destierro,

abandonaron muchas de sus posesiones y cedieron el poder político y la influencia que tenían en la ciudad a favor de los cristianos.

Hierax se pudre colgado de una horca cerca del mar, en el vertedero de la ciudad. Su muerte fue justa, pero ahora comprendo que trabajé para el obispo. Los cristianos exaltados corrieron por la ciudad, quemando sinagogas y saqueando las casas de los judíos. Y no pude hacer nada: tenía órdenes expresas de Constantinopla, que llegaron el mismo día en que comenzó la revuelta.

Estar aquí mismo, viendo desde la terraza del palacio cómo ardían las casas y no poder ordenar a mis tropas que acudiesen a sofocar la algarada, me llenó de una desesperación que aún me produce insomnio. No hay salida, una solución fácil. Tengo noticias de que incluso algunos legionarios se unieron al pillaje del barrio judío vestidos de paisano. Menos mal que la disciplina de las legiones es todavía útil. Los hice acuartelar a todos. Ordené a la mitad de las legiones salir de expedición al desierto; ida y vuelta cincuenta millas bajo el sol de Egipto cargados con todo el equipo calman a cualquiera.

Tras esta maniobra, Cirilo ha despoblado la ciudad. Alejandría ha perdido la escuela de traductores y a muchos ciudadanos honrados y trabajadores, artesanos, médicos, eruditos, también mozos de cuerda, albañiles, zapateros. Ellos dirían, si les preguntase, que en realidad la ciudad había ganado en santidad, que ahora sus ciudadanos, cristianos o no cristianos, estaban más cerca de Dios.

Está claro cuál es el siguiente paso, y no puedo hacer nada. Me dicen mis conocidos en la corte que ésta es una guerra que se combate en muchos frentes. No es descabellado pensar que el emperador prohíba todas las religiones que no sean la oficial, el cristianismo. De ser así, Hipatia, el Serapeo, el Museion y sus sabios y alumnos, el templo de Isis Lochias, la Biblioteca, todo corre peligro. Alimentados por un derramamiento de sangre que quedará impune, los cristianos, sobre todo los pobres, los más humillados y los que más han sufrido, saldrán a tomar venganza, y la sufrirán incluso aquéllos que no tienen parte en sus desgracias.

34

454884 [Claro que puedo hablar de aquellos días. Tenéis extrañas costumbres aquí si no habláis los unos con los otros, sin reservas. No siento vergüenza de nada, ni culpa; éstos son los instrumentos sobre los cuales los cristianos erigieron su poder. No hay vergüenza si actúas sin temor, no hay culpa si te consideras libre y adulta.

Cuando recuerdo lo que sucedió, me viene a la mente la metáfora de un mar agitado por vientos contrapuestos. Alejandría nunca había sido una balsa de aceite, quizá por eso yo había aspirado a que mi vida sí lo fuera: la fría racionalidad de los movimientos de los astros, el complejo discurso de las ideas, los malabarismos con los conceptos y las palabras, los círculos, las rectas, las tangentes y las secantes, los sectores, los desarrollos de las cónicas, las figuras ideales, los ángulos y las evoluciones lentas e imparables de la geometría dibujadas en la arena o sobre el papiro. Ahora veo que lo que yo creía calma era una forma de huida, que cuando me emocionaba resolviendo el problema de Apolonio, las esquivas tres circunferencias tangentes a tres dadas, en realidad estaba buscando el placer de unos dedos tangentes a mi piel; que cuando indagaba los textos de los antiguos, buscando el rastro del gran silencio, de las formas puras en las ideas de Platón y sus discípulos, en realidad quería hallar el eco de unos labios sobre los míos. No entendía del todo que la mente y el cuerpo vivían juntos, tal y como decían los antiguos, y que el cuerpo, más allá de la satisfacción de los placeres más inmediatos, necesita la compañía, esa otra geometría compleja y llena de postulados que sólo se resuelven con caricias y el ejercicio de complementar dos cuerpos entre sí.

Entiendo que algo parecido le sucedía a Marta. Ambas no habíamos acabado de entender en su totalidad lo que ocurría cuando el sustrato del mundo se partió arrojándonos de la tranquila serenidad en que habíamos vivido hasta ese momento.

Pero no bastaba con el terremoto que me había removido las entrañas; parecía que todo debía mutar acompañando ese tremendo cambio interior. En poco más de un par de semanas, Alejandría ya no era mi ciudad. Allá donde antes se me reverenciaba, encontraba miradas extrañas. Llegaron rumores, acusaciones de que practicaba la magia negra igual que mi padre, que llamaba a

demonios de las estrellas mirando a los cielos, que sacrificaba niños a los dioses antiguos.

Estúpidos, irracionales, los mismos que antes me perseguían pidiéndome que adivinase si tendrían una vida feliz —a lo que me negaba por considerarlo absurdo— ahora me acusaban de bruja que leía el futuro en los vientres abiertos de recién nacidos.

Los círculos de comerciantes y funcionarios, los poderosos que gobernaban la ciudad con su fuerza o su dinero, no daban crédito a tales acusaciones, pero todos sabían que Cirilo había puesto su ojo sobre mí, y muchos no querían saber nada conmigo por no enemistarse con el patriarca. El Museion perdió toda su alegría cuando casi todos los jóvenes desaparecieron de sus jardines y edificios. La batalla estaba perdida ya antes de comenzar.

Una tarde, paseando sola por los vacíos jardines hasta entonces llenos de jóvenes ejercitándose o caminando junto a sus maestros, me detuve y me sentí desamparada, fuera de lugar. No conocía aquella ciudad, no me conocía a mí misma. Aquellas certezas que ni siquiera me había planteado, la filosofía, la Biblioteca, el Museion, el diálogo y Alejandría, parecían desaparecer en un naufragio de odio y mentes cerradas como puños. Aquel desastre me abandonaba en una playa hostil, donde cada grano de arena era uno de los adoquines que empedraban la Vía Somma. Nació ante mi mirada una nueva Alejandría llena de miserias, de hombres que se movían animados de una razón débil, estafalaria, que apenas se sustentaba pero bastaba para justificar su intolerancia, una Alejandría que quizá siempre había estado ahí y yo me había negado a ver.

Sin embargo, como si hubiera estado esperando tiempos así, Marta parecía saber qué cosas hacer. Quizá esa tristeza que siempre había en su mirada se debía a ese profundo conocer del mundo que, ahora comprendo, no me había alcanzado encerrada en la torre de mi intelecto.

Y, sin embargo, todo aquello no podía sino confirmar lo falso, lo corrupto del mundo; lo lejos que se encontraba de esos universos de perfección que giraban concéntricos en el cielo, y de confirmar mis más íntimos anhelos de verdad y pureza lejos de la materia.

Aún no he encontrado el orden dentro de tal confusión, aún no he descubierto cuál es la piedra de toque a partir de la que puede reconstruirse todo y puede interpretarse el pasado y el presente. Ahora me dejáis pasear por estos páramos agrestes, pensar con libertad. Os preocupa que no pueda adaptarme, yo, que nunca he estado adaptada, que viajo con mi propio universo a mi espalda, un lugar árido y vacío ahora que Marta no está, ni estará ya nunca conmigo.]

098941 [Marta nunca me explicó de dónde venía realmente. No creía que pudiera entender este mundo, pero se equivocaba. Sois seres humanos, como

yo. Vuestra mente se mueve por la lógica y el sentimiento, como la mía, como la de todos los habitantes de Alejandría. Las únicas diferencias son los vestidos, vuestras máquinas maravillosas capaces de volar, de navegar, de moverse por esas cintas de asfalto a gran velocidad.

El día en que fui expulsada de la plaza de Euna por la multitud de vociferantes cristianos, ella me esperaba en mi casa. Los criados nos habían preparado una cena frugal: verdura, higos, algunos frutos secos y tortas de harina prensada con pasas. No dije nada en toda la cena, pero me hallaba tan asustada, ahora lo veo, que quise subir al tejado, donde tenía el gnomon y las tablas de Ptolomeo. Mediría y volvería a medir. Estudiaría las constelaciones y buscaría estrellas que no estuvieran en el catálogo y así, como me sucedía a menudo, me olvidaría del mundo, llegaría la calma.

Marta me miró tomar el postre, morder sin ganas uno de los higos tomado de la fuente de la fruta.

—Te dije que venía de Constantinopla, ¿verdad?

—Sí.

—No es cierto. Vengo de un lugar mucho más lejano, tanto que puede que encuentres la verdad mucho más falsa que esa mentira.

Me senté sobre el kliné y miré de frente a Marta, que había cenado sentada en un klismos de tres patas; decía que no se acostumbraba a comer tumbada.

—Pruébame.

—Sabes que la historia continuará, que habrá un mañana.

—Nadie lo ha asegurado, pero si atendemos a la costumbre, sí, mañana habrá un día más y el sol brillará sobre Alejandría.

—Y tras ese día otro, y otro, hasta juntar un mes, luego un año, luego otro, luego un siglo, luego otro.

—Sí, igual que desde que Alejandro fundara la ciudad han pasado muchos siglos.

—El lugar del que vengo aún no existe. Tendrán que transcurrir diecisiete siglos más para que nazca y para que pueda viajar hasta aquí.

—¿Quieres decir que aún no has nacido y estás aquí, que vendrás desde un día que aún no ha llegado?

—Algo así.

Me acerqué a ella y la besé en los labios. Había pretendido huir al cielo desnudo, pero encontré que en sus brazos podía desaparecer, fundirme como grasa sobre pan caliente, acallar la mente que no dejaba de preocuparse por lo sucedido y encontrar la calma de la que hablaba Heráclito: todo cambia y el arte consiste en aceptarlo y adaptarse.

Por supuesto que no la creí. Pensé que aquellas palabras eran un hábil cuento para distraerme, para eliminar la turbación que el incidente me había producido. Por eso es tan difícil indagar la verdad: no tiene una forma reconocible por el cazador, se oculta, se transforma, se disfraza y desaparece. Si fuéramos entes puros, la verdad resplandecería, no habría posibilidad de error,

reconoceríamos las formas ideales, las ideas de las cuales todo deriva y se pervierte; pero somos humanos. Hasta que conocí a Marta, era mi secreta frustración arrastrar la maldición de la carne, de la visión impura, de la imperfección. Ahora prefiero el dolor, el caos, las espinas clavadas antes que la desnudez vacía y luminosa de una verdad que no existe.]

35

De las memorias de Orestes,
prefecto augustal de Egipto a finales del siglo IV

El tiempo para los gobernantes es como la arena de un reloj que se escurre entre los dedos. Todo parece tranquilo; ha pasado el verano en una calma tensa, abotargada, y ha llegado el otoño. El sol obliga a los ciudadanos a refugiarse durante las horas de mayor calor; en la hora tercia he tomado la costumbre de subir a la terraza más alta del palacio, la que tiene la mejor vista. Allí, siguiendo mis instrucciones, han instalado un toldo y un tridinium. La ciudad aparece achatada por la luz cruel, convertida en un resplandor dorado, blanco y azul. Las sombras son absolutos pozos de negrura y las fachadas de los templos y de algunos palacios brillan como si ardiesen. Algunos días, el viento del desierto llena el cielo de una calima espesa y pegajosa, polvo de arena que se aposenta en el aire y permanece durante semanas. El sol se convierte entonces en un círculo desdibujado de luz abrasadora y, como el fenómeno suele estar acompañado de una terrible ausencia de viento, la ciudad se derrite como si un alfarero cruel la estuviese horneando durante largos días. Aun así, prefiero ver la ciudad en esas horas abrasadas; no hay personas, no hay actividad, puedo imaginar que gobierna una ciudad de piedra, vacía de seres capaces de los horrores que se han venido produciendo, que sin duda se producirán en lo sucesivo. Vista así, desde lo alto y deshabitada, Alejandría parece un bello ejercicio de colores y formas, una arquitectura irregular y benigna propia de termes o abejas.

Hoy he pedido que suban a mi atalaya un escritorio, papiro y vino refrigerado en los profundos pozos del palacio. No es mi costumbre beber falerno a estas horas, pero hoy quiero brindar por una ciudad que no volveré a ver nunca. Esta mañana llegó un barco al puerto con edictos imperiales y otros documentos. Entre ellos, había uno con el sello personal del emperador. Supe lo que decía aun antes de abrirlo y leerlo. El edicto de Teodosio completaba el de Tesalónica y prohibía todo culto que no fuera el cristiano. Hasta ese momento, la religión protegida por el estado había sido la cristiana, pero se había

permitido el culto del paganismo. En este nuevo edicto se autorizaba la profanación y saqueo de cualquier templo o lugar sagrado no consagrado al dios de los galileos. Las autoridades debían proteger a los cristianos de las posibles iras de los paganos. Aquel documento era lo que habían estado esperando Cirilo y los suyos. Primero habrá misas y los fieles serán enardecidos por sus sacerdotes. No hará falta demasiado: Cirilo ha cultivado un odio y una sed de venganza que no se sacia con facilidad. Ha pasado el suficiente tiempo desde que expulsaron a los judíos, y pueden dar el siguiente paso, el definitivo. A pesar de las órdenes, podría intentar pararlos. Con la excusa del orden público podría llenar las calles de legionarios, pero Abundancio, el comes militaris, es cristiano y frecuenta a Cirilo; sería inútil. Sólo me queda escribir estas cartas y despachar correos que avisen a todos los filósofos, a todos los templos, a los griegos ilustres y destacados defensores de los viejos dioses para que estén atentos, para que huyan o se encierren y se escondan de las turbas.

Alejandría será muy diferente mañana a estas horas. Sólo espero que los cristianos hagan gala de las palabras de su dios, que sus hechos den testimonio de su fe y respeten la vida de los que no piensan como ellos, aunque no tengo muchas esperanzas.

36

El tiempo no espera. Hay una pradera de flores que se marchitan en mi pecho con cada segundo que transcurre. El tiempo corre raudo, inasible, tanto como las nubes que llegan desde el horizonte a cumplir una cita con el atardecer. Éste es mi primer y último otoño en la ciudad: no estaré aquí cuando llegue el invierno.

Fue no hace mucho cuando sentí que el verano moría. Entrábamos en el tiempo de las brumas, la temperatura era más fresca. Al atardecer soplaba a menudo el viento del desierto cargado de arena, obligándote a cubrir la cabeza para no acabar cegado. El fino polvo se respiraba, se posaba en todas las superficies, dándoles aspecto de abandono, y al mínimo descuido te penetraba en los pulmones haciéndote toser continuamente. Con las sombras y el frío, la ciudad ya no era un sitio amable; se convirtió en el marco de una tragedia por llegar.

La ciudad era piedra, paja, arcilla, mármol, pero también carne, hueso, sangre que seguían aquel declinar siniestro. Había hostilidad en cada rostro, brusquedad en los soldados, desprecio en los ricos, odio intenso en las pupilas de los miserables.

El clima, la ciudad, sus habitantes y todo el universo me importaban muy poco. Por mí, Alejandría podría haberse hundido en las aguas pantanosas que la vieron nacer y no habría movido un dedo por impedirlo. Sólo Hipatia parecía ser sólida, tanto que su silueta traspasaba la realidad imponiéndose sobre el escenario de la ciudad, sobre mi viaje y todo lo que alguna vez me había importado en la vida. No podía mirarla sin tener que tragarme las lágrimas. No creo que se diera cuenta, absorta en sus investigaciones del cosmos, en sus charlas, en el elegante juego de influencias y psicología en que convertía la política. Sin embargo, cada caricia, cada mirada, casi cada palabra que me dirigía, eran intensas, llenas de una tristeza y un desamparo que antes no había intuido, pero que estaba allí, reprimido. Hipatia también era Alejandría, comprendí al fin y, como ella, parecía abocada a la muerte. Esta ciudad magnífica y moribunda de los Ptolomeos, la Biblioteca, Cleopatra y Julio César, que parece tan saludable, en realidad se pudre de puro vieja. Ni siquiera recuerda dónde enterró a su fundador, Alejandro; apenas guarda memoria de

los inmensos palacios que se extendían por las colinas hasta tocar el mar en el puerto, ni de las glorias de sus más ilustres habitantes: Hiparco, Apolonio, Herón y tantos otros.

Nada más llegar, sin haber podido defenderme, había quedado contaminada de aquella decadencia, de la muerte que era como un polvo que se respiraba en el aire, un suave perfume que recubría apenas sus aromas terribles. La tragedia por llegar en las próximas semanas abrió el abismo en el que todavía caigo, en el que seguiré cayendo lo que me queda de vida. Creía quererla, amarla —a ella, a la ciudad—, pero sólo en la intensidad de la pérdida que se avecinaba comencé a entender la furia con que la necesitaba; no es amor, es pura existencia. Hipatia es aire, el aire en mis pulmones, todo mi alimento y toda mi felicidad, pasada y futura.

Como ya intuía, vivir cuesta caro, se paga siempre el precio de la muerte, el dolor del adiós. Antes de llegar a la ciudad había supuesto el mundo como un lugar triste en el que gastar un puñado de minutos, apenas un lapso entre dos infinitos. Ahora lloraba por no querer perder lo que nunca había aspirado a conseguir. La resignación, la calma, me eran imposibles, al contrario de Hipatia, que, sobrepasado el estupor inicial, parecía sumirse día a día en la aceptación lánguida del destino.

Las lecturas del taucrono me decían que nos acercábamos a un suceso delicado que no se podía alterar sin consecuencias impredecibles. Sin embargo, ajena a toda lógica que no fuera la del intenso deseo de no rendirme, todavía confiaba en que la historia estuviese equivocada y en el último momento los hechos que tanto temía no sucediesen.

Tengo en la memoria cada una de las palabras que tanto terror me producían. Sócrates el Escolástico había registrado claramente todo, pero podría haberse equivocado, podría haber incluido en su *Historia eclesiástica* hechos distorsionados, no comprobados, poco más que rumores. Luego, el error habría sido copiado en la *Vida de Isidoro*, de Damascio, creyendo que las palabras de Sócrates eran fiables, ya que había vivido aquellos tiempos. A menudo sucedía así en la Antigüedad, cuando los hagiógrafos preferían el engaño a que sus trabajos fuesen acusados de poco precisos. Deseaba con fervor que todo lo escrito se debiera al embellecimiento de algún suceso real, un linchamiento producido con otra persona manipulado por los cristianos para hacer creer que habían acabado con Hipatia cuando lo que había ocurrido es que ella había huido de la ciudad. Una vez iniciado el hilo, lo demás era fácil. Todo lo que siguió, el libelo de John Toland, la entrada en los textos de Gibbon, podría ser la simple perpetuación de un error. Habían quedado muy pocas pruebas de lo que sucedió realmente en Alejandría en aquella época. Pensar aquello me animaba lo suficiente como para sonreír, pero el edificio de autoengaño no duraba mucho en pie y volvía el torbellino: los hechos leídos, los sucesos por venir pasaban una y otra vez por mi consciencia impidiéndome conciliar el sueño, salvo cuando Hipatia dormía a mi lado. En esas noches sin palabras desaparecía

la cordura, el futuro y el pasado se fundían en una negrura azulada que no tenía la más mínima importancia y el presente se alargaba en horas eternas y felices.

A pesar de que Hipatia notaba mi inquietud, nuestra vida diaria transcurría con la misma feliz rutina, establecida después de las primeras semanas juntas: investigación histórica para mí en la Biblioteca, lecciones para Hipatia y contactos sociales con cristianos moderados, con representantes de los comerciantes, con Orestes y con filósofos de toda ideología. Día a día, casi hora a hora, comprobé que la situación se agravaba. Cada vez había más soldados en las calles y la expresión del prefecto se tornaba más grave y preocupada en cada encuentro. Insistió en que Hipatia aceptase una escolta, pero ella se negó. Siempre había vivido libre y segura en Alejandría y no veía motivo para alterar sus costumbres.

El día que descubrimos dos gatos muertos y clavados en la puerta de la casa sentí un pánico intenso, admonitorio. Sin embargo, aún me aferraba a mi torpe esperanza: podía haber sido un error, podía haber sido otra la víctima de los cristianos enardecidos y violentos. Llegó un momento en que no pude soportarlo más. Tenía que comprobarlo. Los datos que antes me habían parecido seguros ahora me resultaban fragmentarios, oscuros, tamizados por muchos siglos y muchos cronistas. La historia podía estar equivocada. No, de hecho tenía que estar equivocada. Sólo me convencería verlo con mis propios ojos. Me propuse volver a abrir el túnel taucrónico, viajar algunas semanas al futuro y ver con mis propios ojos qué sucedería en Alejandría, qué destino esperaba a Hipatia.

No me arrepiento de haber emprendido ese viaje, un viaje a mi infierno personal. A veces hay que tomar decisiones, arriesgar, no cerrar los ojos y ver lo que el mundo te está mostrando, por horrible que sea. Esos momentos pueden ser, a la vez, lo peor de una vida, la esencia de todo el horror de estar vivo, y también los momentos más sublimes, aquéllos en que decidimos qué somos a través de nuestras reacciones y nuestros actos.

Fue sencillo ajustar el taucrono, no había olvidado cómo manipular las coordenadas de la forma correcta. El dispositivo almacenaba energía para abrir el túnel taucrónico un número limitado de veces; eso me obligaba a ser muy cuidadosa en la planificación. No conocía la fecha exacta de los hechos que quería comprobar. Busqué un lugar recogido, una esquina en un callejón olvidado cerca de la casa de Hipatia. En el primer salto me pasé de fecha, lo supe en cuanto vi la Academia en ruinas. Pregunté qué había sucedido y me dieron la fecha exacta de los sucesos. Antes de volver a saltar, contemplé durante unos minutos, o unas horas, no lo recuerdo muy bien, las ruinas humeantes del Serapeo, del Museion y la Biblioteca. Aquellas ruinas ennegrecidas eran ya una confirmación de lo que más temía. Podría haber vuelto junto a Hipatia, pero no lo hice. La inercia de negar lo evidente aún me impelía a conservar la esperanza. Viajé hasta unas horas antes del atardecer del

día en que el Museion fue destruido.

Espié a Hipatia saliendo del complejo de templos y jardines. Miró atrás y luego bajó la escalinata despacio y se quedó detenida abajo, como esperando algo. Como muchas tardes, tenía el pelo recogido por una tira de cuero ornamentada de hueso, el cuerpo cubierto bajo el palio azul profundo de los filósofos. Se cubrió para protegerse del sol mientras el bullicio del atardecer la rodeaba: comerciantes recogiendo los puestos, niños y adultos que regresaban a sus casas. Un jinete vestido con una túnica que lo identificaba como del servicio de Orestes detuvo el caballo justo delante de ella. El animal echaba espuma por los ollares y sudaba. El correo le entregó un rollo sellado a Hipatia. Ella rompió el sello y lo leyó allí mismo, a la puerta del Serapeo, y luego lo guardó en la manga de la túnica.

Me latían las sienes y mi estómago era un doloroso nudo nervioso. No tuve mucho tiempo para contemplaciones, los vi casi enseguida. Dos de los monjes nitrios de Cirilo —delgados, vestidos de riguroso negro y con enormes cruces de madera colgando del cuello— la seguían sin ni siquiera intentar disimular.

Hipatia andaba camino de su casa, abstraída en alguna de sus perfectas burbujas de razón pura, sin darse cuenta de nada. Desde ese momento, el horror me hizo perder el control de mis actos. Había visto a los nitrios adorar la cruz en la oscuridad de la iglesia, sabía que eran capaces de todo, que tenían las manos manchadas de sangre. A pesar de eso todavía no lo creía, pensaba que en el último momento algo la salvaría.

Hipatia caminó por la ciudad sin prisa, deteniéndose a comer algo de un puesto callejero, contemplando las calles ajena a quienes la seguían.

Al entrar en la plaza de Isis Flusia, los monjes eran ya cientos. Ni un solo soldado se veía en las cercanías. Hipatia no intentó correr, se detuvo, miró a la multitud extrañamente tranquila y sin descubrirse la cabeza. Pronto estuvo rodeada de túnicas oscuras, de ojos y barbas muy negras, pieles curtidas por el desierto y grandes cruces de madera. Me lancé hacia delante, quería romper, desgarrar, matar a aquellos hombres antes de que iniciasen lo que habían venido a hacer. Había entendido al fin que todo era real, que iba a suceder. Choqué contra la espalda de un monje que me impidió seguir avanzando, me llamó estúpida en griego, me golpeó en la cara y caí al suelo con el sabor de la sangre en el labio partido. La masa de hábitos negros comenzaba a hervir, se movían sobre mí, a mi alrededor. Me levanté y luché en la maraña de cuerpos enloquecidos, sumergida en aguas de brazos morenos, de dientes carcomidos, de gargantas roncadas que gritaban obscenidades y escupían mientras Hipatia era elevada, desnudada por cien manos ansiosas, y golpeada por puños ávidos en la pureza de su carne pálida. Loca de rabia y de dolor, me debatía, intentando llegar hasta ella, sin conseguir avanzar en la tormenta de cuerpos. Arrastrada por la multitud, fui empujada hasta las puertas de la iglesia de San Marcos, hasta las fauces abiertas de aquel edificio maldito. En medio de la algarada, de los gritos y los improperios, los monjes se molestaban unos a otros por llegar

hasta ella y golpearla, arrancar un mechón de su cabello, o dejar rojas marcas de uñas en la carne. Entreví el cuerpo magullado, la mirada de dolor, y sentí aquella carne lacerada como mía, sus heridas me ardían en la piel del alma. Al fin, en tromba, entramos en la iglesia y se impuso el silencio.

Me habían confundido con una agitadora más y me dejaron asistir al espectáculo. Subieron a Hipatia hasta el altar, mientras gotas de sangre de su rota nariz manchaban los escalones de mármol. Alguien la cubrió con una túnica negra. Arriba, enarbolando la cruz, la esperaba Cirilo, todo manos sarmentosas y ojos negros como tizones. El obispo se detuvo delante de ella, que era sostenida por varios monjes. Habló en griego; no recuerdo las palabras, sólo que resonaron en la iglesia como una maldición, y levantó la cruz. La joya capturaba la luz, absorbía el brillo de las miradas sumiéndolo todo, por contraste, en una piscina de podredumbre ansiosa. Lloré en silencio mientras Cirilo acercaba la cruz a Hipatia para que la besara. Estaba lejos, pero distinguí cómo se irguió orgullosa entre las manos de sus captores —roto el cuerpo— y con una mano débil apartó la cruz, la hizo a un lado.

En ese momento el paroxismo se desató de nuevo. Creo que incluso Cirilo fue atropellado por la turba incontrolada que invadió el altar. Escuché un grito agudo, sin duda Hipatia. La marea de cuerpos ansiosos me sacudió, me empujó como una corriente poderosa contra el fuste de una columna. Los brazos subían y bajaban, las manos sujetaban su cuerpo, de nuevo desnudo, y la transportaban deprisa, en volandas. La sacaron de la iglesia, muchos monjes negros gritaban: Cinarion, Cinarion, Cinarion.

Los seguí casi corriendo; la multitud recorrió las calles y salió de la ciudad por la puerta de la Luna. Había poca luz ya. Conmocionada, sólo percibía negrura a mi alrededor, dientes, puños, cuerpos negros en el suelo; negrura en el cielo.

Más allá del Heptastadion y del puerto de Eunostos, hacia el occidente, se abría una amplia playa en arco. Era Cinarion, el basurero donde la ciudad quemaba su inmundicia y se deshacía de los cuerpos de los ejecutados. El sol lamía el horizonte manchándolo todo de rojo. La reconocí al instante: era la playa de mis sueños, el rojo del atardecer, las olas cargadas de muerte. De pronto la turba sujetaba conchas rotas y afiladas, recogidas de la playa. Eran las conchas que yo tanto temía, las de mi sueño: los dientes blanquecinos, calcáreos y rotos de Cronos.

Sin parar un solo momento de insultarla y golpearla, sujetaron a Hipatia al suelo y, como industriales artesanos, clavaron las conchas, sajaron tiras de piel y carne que luego tiraban al fuego. Hipatia comenzó a gritar de nuevo. Creí enloquecer, me debatí gritando, golpeando mientras escuchaba la terrible agonía, pero no pude acercarme. Alguien me golpeó y caí sobre la arena, me volví a levantar y de nuevo me derribaron. Los monjes, totalmente fuera de sí, me impidieron llegar hasta ella y sólo entreví la macabra operación entre brazos y piernas, miembros tensos, mandíbulas que hacían rechinar los dientes,

sonrisas dementes y ojos enquistados de odio.

No he olvidado ni uno solo de los reflejos de aquellos ojos hirientes; ni una sola de las gotas de sangre ilustrando la carne con su dolorosa caligrafía. Los rectos caminos del músculo abriéndose al paso de los filos son rojas rutas que permanecen en la oscuridad tras mis párpados, donde también persisten los gritos, desesperados animales de dolor encerrados en el vacío que me habita. Las conchas cortaron la carne joven, arrasaron la belleza de su cara, pelaron hasta el hueso aquel cuerpo flexible que se había deslizado suave y caliente entre mis manos, mientras yo también agonizaba, intacta, sin poder apartar la vista, pero herida por cien sajaduras que me abrían el alma.

Pronto los gritos cesaron, muchos monjes cayeron a la arena presos de convulsiones, de desmayos. Los que parecían mantener cierta cordura terminaron de quemar los pedazos de su carne, sus huesos, los tristes despojos. La gran mayoría partieron, aún exaltados, a destruir el Serapeo, a quemar las palabras que les ofendían con su simple existencia como si no les hubiese bastado con profanar su cuerpo.

Con el paso de las horas el fuego se consumió. Quedó el olor a carne quemada y el humo negro que el viento nocturno arrastraba lejos. Conmocionada, a solas, sin poder moverme, pasé la noche tiritando, arrojada al fuego que consumía los restos de su cuerpo. Al fin amaneció. La arena era una confusa mancha sanguinolenta. Las lentas lenguas de las olas lamían la sangre en la orilla y por todos lados había conchas rotas y ensangrentadas tiradas en medio de la arena negra de hollín y oscuridad. De Hipatia apenas quedaban algunos huesos calcinados, aún calientes.

Si en aquel momento hubiera dispuesto del poder de lanzar una bomba atómica, habría destruido la ciudad entera. Habría reído al ver fundirse la piedra, hervir el agua del puerto, vaporizarse los cuerpos de los cristianos, de los griegos, los romanos y los egipcios, de todos y cada uno de los habitantes de aquel lugar maldito. Sin embargo, mi único poder era el del llanto y el dolor, y aquella creencia me cristalizó en los huesos durante toda aquella noche en vela delante de aquellos nobles despojos.

Al amanecer tomé el taucrono y me levanté. El mar arrojaba olas infladas de negrura, espesas de miasmas y vísceras arrancadas. Retiré la vista de ese mar culpable y aferré el pequeño aparato hasta hacerme daño. Pensé en Cirilo, él era el responsable, y entonces se me ocurrió: sí podía hacer algo, sí podía cambiar la historia, bastaba con hacerlo desaparecer, encontrarlo en el desierto, antes de que pudiera llegar a ser patriarca de Alejandría, y lograr que su cuerpo se pudriese bajo el sol abrasador de Nitria.

37

Fragmentos de escritos atribuidos a Cirilo, patriarca de Alejandría

Ha llegado el momento de la victoria. El poder de la Iglesia ahora es absoluto, tanto que casi puedo ver cómo cubrirá el mundo de parte a parte y no quedará en él persona que no alabe la gloria de Dios. No hay ya oposición a una Iglesia que domine los designios del Imperio.

Es la palabra del Señor, hecha realidad por la mano de sus fieles. A veces la mano tiembla, es débil; está en la naturaleza del hombre no ser perfecto instrumento, sólo torpe intermediario.

Cuando Hipatia estuvo en el altar, no pude ver en ella el mal, dudé. El Señor me perdone mi vacilación. Su cara era bella aún tras el martirio, y su cuerpo roto emanaba las esencias puras de los inocentes.

Dudé, Señor, de mí mismo, de ser un pobre instrumento que pudo equivocarse. ¿Podría ocurrir que hubiera errado el camino? ¿Que aquéllos que dudan de tu gracia pudieran ser ovejas descarriadas que no deben ser entregadas a los lobos, a esos lobos que yo he criado y educado?

Estoy tranquilo. Sé que hay justicia en ti y que quizá esta desazón que siento no sea sino el comienzo de mi castigo, el castigo de aquél que se creyó instrumento perfecto, por encima de los demás en tu consideración. Por eso te imploraré clemencia, pediré humildemente alivio de estas dudas crueles que hoy han empezado a crecer en mí.

38

Ahora sé que enloquecí de dolor. El raciocinio lo abandoné junto a los restos carbonizados de Hipatia. Apretando los dientes, manipulé el taucrono intentando localizar en su base de datos histórica el lugar donde se había retirado Cirilo a ejercer de ermitaño. Amanecía en Cinarion, el viento del mar era potente y fresco. El único calor que quedó en aquella playa manchada de inmundicias y cenizas venía de las hogueras donde ardía la basura.

Medio cegada por el humo y las lágrimas, localicé la montaña en el desierto a la que se había retirado el sacerdote. Estaba en Nitria, un oasis salino que era famoso por ser aún más horrible e inhóspito que el propio desierto. En aquel lugar, con el tiempo, se crearía una gran comunidad de monjes cristianos en cenobios, hombres atraídos por lo duro de las condiciones de aquel pantano donde el agua estaba en su mayor parte contaminada de sales minerales venenosas y ácidas.

Programé con cuidado el aparato. Estudié los indicadores. Con suerte, habría energía para dos saltos de corto alcance. Luego, el aparato quedaría configurado para un salto final, el de regreso al siglo XXI. No se podía modificar esa circunstancia: era una salvaguardia para asegurar el retorno del crononauta. No tenía opción al error.

No me importó desaparecer en aquel lugar público, en realidad nada me importaba ya. El salto me arrojó con brusquedad al suelo. El sol caía a plomo. De inmediato las fosas nasales se me irritaron; aquel lugar era seco como un hueso centenario. De muchos charcos llenos de agua lechosa surgían vapores ácidos que me hicieron toser. Enfrente de mí había una montaña de piedra blanca. A sus pies se extendían colinas blanquecinas moteadas de una vegetación rala y enferma. Los charcos hervían quizá animados por calor volcánico, estallaban burbujas que salpicaban la tierra y quemaban la vegetación allá donde la tocaban. Me cubrí la cabeza para intentar no resultar aplastada por aquel sol, que era aún más fuerte que en Alejandría, un martillo luminoso que machacaba las piedras, el suelo y todo aquello sobre lo que caía, y avancé unos metros evitando los charcos ponzoñosos. Aquello era una inmensidad seca y desierta, tan dura y pelada como debía de ser la mente de Cirilo. Comprendí entonces las duras exigencias de los ascetas, la mortificación

del cuerpo que no es sino un paso en el odio a uno mismo, en el alejamiento del placer. Masoquismo divino, ascético, terrible. Pero no había ido allí a ejercer de psicoterapeuta. Aún permanecía cegada por lo que había visto, y me movía un ansia imparable de impedir lo que iba a suceder. Por primera vez, mientras escalaba aquella montaña llena de aristas y piedras sueltas, entendí por qué había soñado con la playa antes de verla, por qué siempre había encontrado una sombra oscura, tenebrosa, que me negaba la felicidad. De alguna manera que quizá explicasen las matemáticas del tiempo, ya sabía lo que iba a suceder, ya había pasado por la experiencia de ver a Hipatia ultrajada hasta lo más profundo de su carne y su sangre. Vivía, desde que nací, destinada a soportar aquel destino amargo.

Me encontré de bruces con un viejo que descansaba a la sombra de un alero de piedra. Apenas vestido de harapos negros y desgarrados, tenía la piel cetrina, tensa sobre un costillar roto y vuelto a soldar de mala manera. Miraba al desierto ardiente y rumiaba con la mandíbula sin dientes, reblandeciendo lo que parecía una vaina vegetal de un color terroso. Me detuve enfrente de él: era ciego o no quería verme.

—Busco a Cirilo de Alejandría.

El viejo levantó la vista y al fin pareció enfocarse sobre mí. Me respondió con una voz gutural, rasposa, hablando en un griego degenerado, apenas comprensible.

—Sigue por esa cornisa y lo encontrarás.

Avancé sobre la piedra inestable. Las rocas puntiagudas se me clavaban en las sandalias. En un canchal, localicé una roca sólida y fácil de agarrar, con un pico afilado en una de sus caras, y la tomé en la mano. Seguí la cornisa que se elevaba abruptamente dando la vuelta a la montaña. El camino terminaba en un espacio llano, la boca de una cueva poco profunda. Había rastros de fuego en el suelo, algunos cántaros de agua apoyados contra la pared de roca, hatos de cuerda sujetos a un palo y un pequeño montón de leños retorcidos listos para preparar un fuego. Respiré hondo. No veía al sacerdote por ningún sitio. Una voz profunda, hermosa, me sorprendió a mi espalda.

—¿Acaso seas un ángel?

Me volví, y allí estaba el mismo hombre que había visto acercar la cruz de oro a la cara sangrante de Hipatia, el sacerdote que había manejado los hilos para destruir tanta belleza. Pestañeó al mirarme. Yo vestía una túnica blanca que debía brillar de modo cegador bajo aquel sol inmisericorde. Aferré la piedra oculta en mi mano derecha. Cirilo me miraba con reverencia. Estaba sucio y desgredado, pero no parecía más delgado que en Alejandría. Se tumbó sobre el polvo, rezando, ofreciéndome la nuca recubierta de pelo enmarañado. Levanté la piedra aferrándola con las dos manos. Habría bastado hacerla descender para reventarle el cráneo, para que todo el horror que había vivido tan sólo unas horas antes no ocurriese. Sin saber qué me detenía, mantuve la piedra en alto durante unos segundos. Cirilo rezaba en griego. Era el momento; al hacerla

descender contra su cabeza, crujiría el hueso, habría sangre, pero no sufriría, no como Hipatia... Lo intenté, pero no, no podía hacerlo. Lancé la roca lejos; no podía matarlo, ni siquiera a él. No pensaba entonces en las consecuencias para la historia de un acto así, eso llegó después. Si hubiera matado a Cirilo puede que todo hubiera cambiado, o puede que no; nunca lo sabré.

Tambaleándome, trastabillé unos pasos hacia atrás. Cirilo me escuchó, se irguió. Tenía el sol a mi espalda, no podía verme bien, para él tendría que ser una silueta deslumbrante.

—Dime, ¿qué mensaje me envía Dios?

Quizá debería haber aprovechado la ocasión, quizá tan sólo decirle que Dios le ordenaba permanecer por siempre en el desierto hubiera supuesto una solución, pero en aquellos momentos no podía pensar, sólo temblar y sujetarme el pecho con los brazos. No iba a matar a Cirilo, la línea temporal permanecería intacta. Hipatia iba a morir y yo no podía impedirlo. Apreté el botón, el taucrono zumbó y me encontré, de repente, en las afueras de Alejandría, en el mismo punto en que había llegado por primera vez. Comprobé la fecha y la hora: el tiempo era el mismo del que había partido para averiguar si la muerte de Hipatia era un hecho histórico real.

Caí al suelo, me revolqué en la arena caliente, la mordí con desesperación y supe que no podría cambiar la historia, que tenían razón los que decían que existe el destino. El continuo espacio-tiempo, ese túnel tetradimensional que se extendía inexorable desde el inicio de los tiempos hasta su fin, había sido esculpido por Cronos, el más enigmático y terrible de los dioses, anterior a todo, posterior también a todo, por encima del concepto de bien y mal.

39

Desde que regresé del horror ya no sueño con olas de sangre y arena negra de ceniza. El dolor ha sembrado en mí un campo de amapolas que crecen en largas cicatrices regadas de sangre coagulada. Sonrisas sujetas por pétalos tumefactos se mecen en una brisa caliente. Encierran una ternura abisal, grandes barrancos de pasión que se colman de dolor y en los que caigo buscando el fin, aquel tope en el que estrellarse, el máximo tras el cual llega el remitir, la nada, ya no hay más. Pero no existe el límite; la herida es tan grande que no cabe en mí, dibuja mi contorno y el mundo. La herida soy yo misma; si la niego, desaparezco.

En estos pasos postreros que me encaminan a mi destino en las calles de Alejandría, no hay ya la urgencia ni la desesperación que me llevaron a usar el taucrono para convertir la pesadilla probable en certeza espantosa. La desesperación y el dolor, en estos mis últimos días junto a Hipatia, se han trocado en felicidad, esa clase de gozo que se deriva de haber tomado la decisión correcta, de asumir que se ha perdido, que Cronos ha ganado, pero que aun en la derrota he vencido.

Ya se han reunido unos cuantos de los hábitos negros, apenas disimulan. Me quedan escasos pasos para llegar a la plaza de Isis Flusia, fin del camino. Respiro hondo y sigo avanzando, intentando quedar oculta bajo el palio azul. He estado ya aquí, he visto todo lo que va a suceder. En mi mirada no se distingue lo que está sucediendo de lo que ya ha sucedido, de lo que va a suceder.

Tras el salto, volví a la blanca casa de Hipatia llevando aún encima el olor de la muerte y la desesperación. Me asombró la calma de la ciudad al atardecer. En menos de cuatro días arderían los templos, los innumerables tesoros de la Biblioteca serán destruidos para siempre e Hipatia moriría del modo más injusto y cruel posible. Ella, que siempre había creído en la existencia de la perfección, iba a morir en la más abyecta proyección de los horrores, tal y como si el torpe demiurgo que tanto despreciaba se hubiera empleado a fondo en diseñar su agonía.

No supo lo que me ocurría. Nos bañamos juntas, y aquella noche todas las lágrimas que había vertido en aquella playa indigna las volví a derramar sobre su piel inocente. No intenté prevenirla. A pesar del dolor, de haberla visto

muriendo y de sentirla muy viva junto a mí, callé a costa de que la herida del tiempo terminase de desgarrarme, de abrirse paso en mi interior y convertirme en un despojo abrumado de muerte.

Esos últimos días junto a ella fueron un regalo, la culminación de una vida, de muchas vidas. La ciudad entera parecía haber aumentado su belleza, los suaves y tranquilos días del otoño regaban la ciudad con frescas brisas procedentes del mar que limpiaban el aire y diseminaban los olores a orines, a comida y basura que a veces llenaban las calles. Hipatia parecía haberse hinchado, su presencia lo llenaba todo, sus gestos eran una escritura secreta con la que el mundo se definía a sí mismo y esas letras decían: te deseo. Su mirada cambió. Antes, sus pupilas eran dos escalpelos precisos y letales, dos registradores de datos que escudriñaban el mundo, lo desnudaban de lo prescindible en busca de los huesos de la perfección, el esqueleto de las ideas, los patrones de Dios escritos en el cielo, en el movimiento de las nubes, en el flexionar de un músculo, en la danza de las hipotenusas, las circunferencias y las tangentes. Ella misma quedaba al margen, se convertía en una idea más, un soporte físico que sostenía una máquina de razonar. Esa capacidad no desapareció, pero la precisión de su juicio se tiñó del dorado de los atardeceres en la ciudad, de esas sonrisas leves y sutiles que nacían en sus labios antes inhabilitados para el gozo físico y que me gustaba cazar con mis propios labios como si fueran animalillos indefensos y sabrosos.

Supongo que yo también he cambiado. Ahora contemplo las pieles que mi alma ha mudado y veo el miedo, el ansia, la prisa, el odio a mí misma. Aún guardo memoria de aquellos despojos desgastados, una reliquia de un ser que ya no soy.

Entre las cosas que he dejado atrás está el tiempo. No tiene sentido: he visto morir a Hipatia a mi lado, ahora mismo; su piel sajada por las conchas afiladas era la misma materia flexible que se tensa y cede a la presión de mis palmas. Ahora entiendo plenamente lo que me contó Toshiro: no hay pasado, no hay futuro, sólo un presente infinito, el mismo donde convive el horror y el placer, la playa indigna y aquella última tarde junto a Hipatia que parecía esculpida en oro.

—No he visitado el faro.

—Es una tarde fantástica. Si quieres podemos escalarlo, hace mucho que no subo hasta arriba.

—¿Nos dejarán?

—Aún soy una persona conocida en la ciudad.

El carro de Hipatia siempre estaba listo para uncir a los caballos y salir a sacar chispas de los adoquines de Alejandría. Arrancó jaleando al tiro con gritos en griego, como siempre. Las llantas de acero resonaron contra los adoquines de la Vía Somma. Aún quedaban unas horas de luz y ya las calles comenzaban a poblarse: los habitantes de la ciudad empezaban a salir de sus casas, a montar tenderetes de comida y bebida, a disfrutar de las calles que, a las horas de más

calor, el sol les prohibía usar.

Pasamos rozando toldos, haciendo apartarse con prisa a muchos transeúntes. Yo reía como una adolescente borracha desde un descapotable lanzado a toda velocidad. En muy breve tiempo cruzamos la ciudad y abocamos a la bahía, al Heptastadion, el largo malecón que comunicaba la tierra firme con la isla de Faros. A pesar del tiempo que llevaba en la ciudad, fue la primera vez que lo recorrí, casi dos kilómetros de obra viva, siete estadios de largo. A un lado y a otro los dos puertos de la ciudad permanecían abarrotados de bajeles que navegaban sin esfuerzo en el azul Mediterráneo o estaban anclados y meciéndose con suavidad, como grandes aves marinas con las alas plegadas. La luz del atardecer sacaba relumbrones de color de sus proas y bordas pintadas, de las velas blancas y azules llenas de ojos que buscan la tormenta, que vigilan el mar para evitar las corrientes, los bajíos y los piratas. En el Eunostos sólo había barcos de comerciantes, mientras que en el puerto magno, ya en la isla de Faros, también se podían ver armoniosas trirremes de guerra mecerse amarradas al malecón militar. Una de las trirremes maniobraba en las aguas del puerto: los remos entraban y salían del agua y la proa dorada brillaba cada vez que el impulso de las olas la hacía elevarse y bajar. Creo recordar que escuché incluso el eco de los tambores del comité.

No pude seguir mirando; Hipatia azuzó a los caballos y terminamos de cruzar el Heptastadion a toda velocidad. La isla de Faros era un lugar lleno de almacenes y astilleros donde se trabajaban multitud de troncos de árboles para fabricar naves. Quizá alguna de las que vi en construcción, apuntaladas mientras los carpinteros las calafatean con brea humeante, terminará siendo investigada por arqueólogos submarinos dentro de quince siglos, se le extraerán las ánforas, se dejarán en el fondo del mar las piedras de lastre y se transportará con mimo a la superficie aquella madera que ahora podía ver recién tallada, aún sangrando resina, las costillas curvadas, las quillas reforzadas.

Me maravilló la complejidad de la construcción de aquellas naves, pero no pude mantener mucho la atención, nos acercábamos al faro y el edificio parecía dominar toda la isla. El faro tiene una base cuadrada, maciza y que crece hasta la mitad de la altura total. Le sigue una construcción octogonal y culmina una torre redonda adornada de estatuas sobre la que se yergue una escultura enorme de Poseidón. Arriba, a los pies del gigante, humea un fuego. La torre tendrá más de ciento veinte metros de altura. La primera fase, la cuadrada, parece un rascacielos habitado; hay más de trescientas ventanas que se abren en sus cuatro costados. Pensé que si aquellas ventanas eran habitaciones, tendrían las mejores vistas de toda la Antigüedad. El faro podría haber sido el primer rascacielos del hombre, si obviamos la bíblica torre de Babilonia.

Sin darme tiempo a admirar el magnífico edificio, las descomunales proporciones, el carro de Hipatia atacó una empinada rampa. Adelantamos a varias carretas de bueyes cargadas de leña y al fin la rampa terminó en una puerta de diez metros de altura por cinco de ancho. En lo alto de la puerta había

una inscripción hecha con letras de bronce: «Con la bendición del rey Ptolomeo Filadelfos, Sóstrato de Cnido, hijo de Dexífano, a los Dioses Salvadores para los marineros».

Entramos en el edificio y, sin darme tiempo a respirar, me encontré en un enorme hueco cuadrado rodeados de altas paredes abovedadas y reforzadas por arcos de piedra. Era una pesadilla de arquitectura delirante. Largas lanzas de luz dorada que entraban por las ventanas iluminaban partes de aquella arquitectura gigantesca y dejaban en sombra otras, dificultando la comprensión de las auténticas dimensiones de aquel edificio.

Hipatia golpeó con las riendas los lomos de los caballos, que piafaron y comenzaron a subir por una rampa adosada a las paredes interiores. A cada vuelta, veía a través de las ventanas una vista más alta de Alejandría y el puerto. Subimos hasta agotar la primera fase del edificio, la cuadrada. Allí, en una plataforma elevada sesenta metros sobre el suelo, nos detuvimos. Hipatia dejó el carro al cuidado de los hombres que descargaban la leña de los carros de bueyes, pagándoles con algunas monedas.

—Ven.

Me tomó de la mano. En el techo del edificio había un agujero redondo. Me asomé por él y vi cómo, por dentro, todo el faro estaba hueco. Una escalera subía adosada al interior del tubo. Escuché un chirrido e intuí algo grande y pesado bajando por el agujero. Descendía una plataforma de madera y hierro sujeta por gruesas maromas. Hipatia señaló a un grupo de bueyes uncidos a una noria de madera que parecían ser el motor de aquel montacargas. Sin esperar órdenes, varios portadores de piel oscura tomaron haces de leña amontonados y los cargaron sobre la plataforma. Hipatia me tomó del brazo y nos acomodamos entre los grandes haces de ramas secas. Yo no podía decirle que ya había montado muchas veces en un ascensor, para ella era un secreto, una excentricidad mecánica en un mundo que no volvería ver máquinas como aquella ni edificios similares hasta muchos siglos después.

La plataforma se elevó, subimos despacio pero sin pausa. La altura que se vislumbraba por los lucernarios se me antojó excesiva. El brillo del sol rielando en las aguas del puerto se hizo remoto, y los barcos pasaron a ser juguetes minúsculos, corchos de botella abandonados en un charco.

Al cabo de una eternidad de ascenso llegamos a otra plataforma donde otros operarios descargaban la leña y la cargaban en vagonetas de madera que corrían sobre rieles y nunca se detenían. Los rieles ascendían por una rampa y salían por un arco a la luz del sol. Seguimos el camino de la leña y salimos a una terraza abierta a cuatro horizontes. El calor, como de horno, nos abrasaba la piel. Una inmensa hoguera ardía en el centro de una terraza circular, justo a los pies de la enorme estatua de bronce y arenisca que representaba a Poseidón con todos sus atributos de poder. Pero no me pude fijar en el fuego, tampoco en el extraño mecanismo de metal, cristal y cuerda que rodeaba a la hoguera. La terraza, por todos lados, se abría a un mundo azul y dorado que parecía lejano,

ajeno, un juguete construido por los mismos arquitectos que habían diseñado aquel edificio asombroso.

Me sentía casi capaz de tocar las nubes que rolaban despacio por el cielo lanzando su sombra sobre el océano. Desde la altura veía extenderse los dos puertos y la ciudad, un enjambre de edificaciones. Identifiqué con facilidad el Cesareo, las agujas de Cleopatra, pero también multitud de templos, de edificios de uso misterioso y de palacios que sólo ofrecían su cara al mar y hasta ese momento habían estado ocultos. Alargué la mano queriendo capturar aquella aglomeración, aquellas vidas obligadas a compartir una ciudad y un destino.

El viento soplaba fuerte removiendo las túnicas y agitando el pelo suelto. Continué mirando. Hipatia, como a todos los turistas de todos los mundos, comenzó a señalarme edificios, a marcar los límites de la destrucción que trajeron los diversos incendios y catástrofes sufridos por la ciudad. Yo asentí en silencio, pero buscaba otra cosa. A las afueras de la ciudad localicé una playa de arenas sucias. Columnas de humo negro ascendían al cielo desde ella. A tan grande distancia podía ver las montañas de inmundicias, y las olas lentas y pesadas que lamían la arena negra de Cinarion. De repente todo dejó de tener brillo, el magnífico atardecer que iluminaba la ciudad y la convertía en una compleja joya llena de facetas, aristas y colores, reveló su corazón podrido y lleno de basura: una multitud que vocifera, manos que llueven armadas de muerte, bocas que gritan, que echan espuma, ojos desorbitados que miran sin ver. Aquella playa remota era Alejandría, no el faro, no los templos, ni el admirable trazado de las calles o los puertos gemelos, sino las arenas manchadas de sangre, vísceras y cenizas.

Hice un esfuerzo, aparté la vista y dejé que Hipatia pensase que era la fuerza del viento la que me llenaba los ojos de lágrimas. Fue en esa precisa hora en que todo se me ocurrió, fraguó el plan que, subterráneo, había estado gestándose todos esos últimos días en Alejandría. Todo se tiñó de oro, el mundo inflamado por el atardecer dejó de ser un contenedor de infamias y pude al fin sonreír. Hipatia no se había dado cuenta de nada, sólo miraba al horizonte viendo espesarse el brillo de los astros que surgía al morir el sol.

Sólo quedaba una cosa, informarle, darle algo a lo que asirse cuando todo hubiera acabado.

—Hipatia, tengo algo importante que decirte.

—¿Qué? —El sol le cubría la piel de una pátina brillante. Sonreía, y con eso bastaba para sentirme inmensamente feliz.

—Lo que diga ahora te va a parecer raro, incongruente, pero llegará un momento en que tenga sentido. Por favor, no lo olvides. —La tomé por los hombros e intenté poner todo mi miedo, toda mi esperanza en la mirada, en la voz—. Recuerda: Bastis guardará nuestro secreto.

—¿A qué viene ahora ese arrebató místico?

—No puedo decirte qué significa, sólo que lo descubrirás a su tiempo si

todo sale bien. No, por favor, no me hagas más preguntas.

Ya han transcurrido esos días, ya ha llegado la hora que viví anteriormente desde fuera. Ahí están los monjes, sus brazos nervudos, las manos tensas. Será más adelante en esta plaza donde comenzará todo. Siento alegría. ¡Qué venganza más dulce reírme de Cronos en sus propias barbas, cambiar la historia y a la vez dejarlo todo en su mismo sitio!

El odio es una palabra demasiado escasa. No se puede odiar al destino, no puedo odiar a esos monjes miserables, a esos cuerpos sin alma, marionetas de fuerzas históricas que están destinadas a vencer inexorablemente.

El odio no puede paliar la agonía que me ha corroído el pecho, que me ha aplastado los pulmones y estrujado la mente. Durante esta semana he muerto a cada minuto, he resucitado con cada beso, con cada caricia. Cada ultraje, cada herida, el sonido agónico de su voz, su altiva frente rechazando la cruz, se han repetido en mi memoria mientras su belleza brillaba a mi lado, intacta y destinada al horror más abyecto. Tras cada atardecer, con el crepúsculo sentía más cerca aquella playa, el olor acre de la hoguera quemándome la garganta, volvía a escuchar las olas, pesadas de sangre, chapoteando sobre la arena. Necesitaba refugiarme entre sus brazos para olvidar, para dejar de llorar.

Alejandría me pareció en esos días lo que siempre había sido, la inmensa tumba de Alejandro, el mausoleo que los hombres habían confundido con una ciudad y habitado.

Pero no reniego de nada. Como si ella también supiese su destino, han sido días intensos, ambas empeñadas en extender el destello de los instantes perfectos hasta convertirlos en una eternidad detenida, un universo de miel y oro hecho a la medida de nuestras miradas. Se han fraguado mil aristas de esa joya del tiempo que estalla continuamente en pedazos inasibles, mil instantes dolorosos y bellos.

Y todo ese tiempo mi mente no paraba de cavilar, de buscar alternativas al horror. Tampoco convencería a Hipatia de salir de la ciudad. Orestes la había advertido muchas veces, incluso se había ofrecido a ponerle una guardia de protección, pero ella había vivido siempre en la ciudad, desde niña había estado acostumbrada a la violencia, a los arrebatos y tumultos de sus habitantes, era hija de su tiempo y sufría de una valentía y una inconsciencia del peligro a medias construidas de valor y de desprecio por el mundo tangible.

No había opción, la única solución era la que se me había ocurrido en el faro. El plan era tan sencillo que dolía reconocer que no se me hubiera ocurrido antes. Stewart nos habló muchas veces de aquello: sistemas caóticos de soluciones fractales, había muchas opciones con el mismo resultado. Igual que había soñado con la playa mucho antes de verla, también conocí el éxito de mi plan en cuanto cristalizó, perfecto, en mi mente. Voy a escurrirme por entre las rendijas del tiempo y conseguir mi objetivo. El precio no es tan alto, después de todo.

Ya están aquí los monjes, cientos de ellos siguiéndome sin disimulo. Ahora

tengo que correr, parecer asustada, algo que no me costará en exceso. Llegado el primer golpe, el primer ultraje, no habrá nada que fingir, la agonía será real. El éxito es seguro. Las dos somos lo suficientemente parecidas para que en la exaltación religiosa y tras los primeros golpes que deformarán mi cara no lo adviertan.

Entro en la plaza y camino más despacio. Debo estar cerca, viéndome a mí misma, creyendo que soy Hipatia bajo el reconocible palio azul que sólo los filósofos están autorizados a portar.

Sí, el taucrono es un aparato muy fiable, muy bien construido. Me bastó programarlo y colocarlo sobre su cuello mientras dormía. Esperé a que se activase viéndola dormir, subir y bajar el pecho, admirando la alta frente, los labios cerrados. Fue tan sólo un destello como de un flash, una descarga de estática que quedó crepitando en el aire, y ella ya no estaba allí, había partido al futuro.

Ya están encima, siento llegar los puños como rocas, las miradas que queman, la catarata de dolor. No importa el rasgar de las conchas contra mi carne, ni los golpes y ultrajes, porque soy feliz. Hipatia despertará mañana en el futuro y la historia no se habrá alterado. Una por otra, muy parecidas las dos, soluciones equivalentes. Cronos es ciego y en su furia asesina no notará la diferencia.

40

000001 [He despertado sin aliento, como si hubiera caído en sueños y algo me hubiera detenido. Estaba encerrada en una habitación pequeña, de paredes metálicas. Al poco se abrieron las paredes, el techo desapareció y me ha cegado la luz, tanta como un mediodía en Alejandría. Pero no era el sol: en cuanto los ojos dejaron de dolerme vi que la luz provenía de candelas intensísimas encerradas en cristal y colgadas de grandes candelabros construidos con plata brillante. Mi primera reacción fue de asombro, de miedo. Tenía algo colgado al cuello: era el amuleto de Marta, del que nunca se separaba, y estaba caliente al tacto. Al poco he visto a las personas que me rodeaban. Parecían sacerdotes vestidos de blanco, con gorros ceremoniales. Todos me miraban con los ojos muy abiertos, hablando entre ellos en un lenguaje que no comprendía. Me levanté despacio, mirando a todos lados. La sala en la que me hallaba era una gran caverna sin ventanas, quizá un templo pero de columnas muy delgadas. El techo parecía sujeto por una filigrana de metal. Dentro de ese espacio había grandes objetos construidos de metal y cristal. Por todas partes había grandes maromas de muchos colores y lámparas o fuegos de brillo intenso. Intenté tranquilizarme: era una pesadilla, una visita a un infierno desconocido.

Vinieron más sacerdotes y me miraron sin atreverse a acercarse. Les dije mi nombre en voz alta y clara, para que me escuchasen. Un hombre mayor, vestido con un traje ceremonial de color marrón, habló en un idioma incomprensible. Los sacerdotes se acercaron a mí, me agarraron y sentí un dolor en el brazo y luego me desvanecí.]

000212 [Durante las primeras semanas no me dejaron abandonar estas habitaciones, sólo me visitaba uno de los que yo creía sacerdotes y que ahora sé que son filósofos de un tiempo remoto.

Apenas comprendía sus palabras: hablaban el mismo griego extraño que Marta cuando llegó a Alejandría. Eso me dio la pista para empezar a comprenderlo todo.

Marta venía de aquí, de este lugar, que está mucho más lejos de lo imaginable de la Alejandría que me vio nacer. Ella era una erudita, una filósofa

como Tácito o Suetonio, que quería reflejar lo que había sucedido. Me dijeron que la fecha actual está a mil setecientos años en el futuro de mi tiempo, que es como si hubiera dormido siglos y ahora despertara. No les quiero creer, todo mi cuerpo se niega a admitir que esto sea así, que Marta haya nacido mucho después de que Alejandría no sea más que un recuerdo remoto, una página en la historia, y que en virtud de las máquinas que me trajeron a mí hasta aquí, ella pudiera ir hasta allí.

Pero sigo sin saber qué ha sido de Marta, por qué no ha vuelto junto a mí, por qué me hizo viajar sin preguntarme, mientras dormía.]

000245 [La ventana mágica de mi cuarto, que al principio creí un extraño cuadro luminoso, es capaz de hablar. Me ha dicho que recuerda todo lo que digo, y he vuelto a escuchar mis palabras a modo de ejemplo. También puede responder a mis preguntas, no a todas; me ha dicho que tan sólo a aquéllas que pueda asimilar. Me visitan a diario médicos que se interesan por mi salud, por lo que como y cómo lo como, por la respiración y la circulación de la sangre. Parecen conocer los mecanismos del cuerpo con una intimidad asombrosa. Incluso pueden ver su interior con una máquina enorme, una especie de sarcófago blanco donde no te puedes mover y se escucha un estruendo continuo.

A veces vienen a verme traductores, me enseñan a hablar los lenguajes de esta tierra. No parecen complicados, pero sí enrevesados. Hasta el alfabeto y la forma de escribir han variado. Ahora se usa la ventana mágica y toda la información del mundo, todas las bibliotecas unidas, están al alcance de mi deseo.

La máquina me ha dicho que no me dejan acceder todavía a toda la información, que tengo que esperar.]

000452 [Me sentí durante mucho tiempo como una niña estúpida. El mundo era otro, había cambiado hasta volverse tan complejo e increíble que a ratos sólo deseaba cerrar los ojos y despertar de aquella pesadilla. De todos modos lo peor es la ausencia de Marta. Pregunté por ella desde el primer minuto de consciencia, a cada persona que me visitaba, a cada hombre o mujer con los que hablaba. Algunos torcían la cabeza, otros desviaban la conversación a otro asunto, incluso hubo una mujer alta, pálida y hermosa a la que se le escaparon unas lágrimas.]

000845 [Hoy me han dejado salir de mi residencia, un corto paseo por el campo. La versión del mundo con la que han ido aleccionándome es mucho menos intensa e increíble que la realidad: los edificios, las máquinas que los transportan, las carreteras y las luces, todo es nuevo. Hay grandes máquinas

que surcan los cielos, barcos de metal que no se hundan, edificios como montañas. Pronto me dejarán viajar por el mundo, contemplar todas esas maravillas. Incluso me dicen que han llegado a pisar la Luna, que hay hombres viviendo colgados del cielo.

Con todo, lo más asombroso es el avance de la filosofía: el mundo del futuro está lleno de filósofos, científicos los llaman ahora, que han explicado la realidad a extremos que aún me cuesta abarcar, mucho menos entender. Sin embargo, las personas siguen siendo personas, los árboles, árboles, y la tierra, tierra. Sigue soplando el viento y al pisar el suelo se dejan huellas. El mundo ha cambiado su piel, pero bajo ella subyacen los mismos viejos huesos de la existencia, donde reconozco la labor del demiurgo familiar e imperfecto.]

001251 [Hoy, tras asegurarse de que he entendido el viaje que he hecho, me han contado lo sucedido en los siglos transcurridos desde el César Teodosio. Una de las personas que me visitan me ha explicado cuál es la situación política del mundo, cómo ha evolucionado desde mi tiempo. Roma no existe, Constantinopla cayó y ha nacido otra gran religión. El mundo que yo conocía ahora se llama Europa del sur y norte de África, pero hay mucho más: la esfera que midió Eratóstenes está llena de tierras remotas y ahora habitadas.

Aún existe la Iglesia, la misma Iglesia de entonces, y sigue siendo poderosa, posee templos maravillosos en Roma y millones de fieles por todo el mundo. Me han contado que la historia ha sido un largo avance técnico. También me han enseñado los efectos de armas que han convertido al hombre en todopoderoso. No soy ingenua, ya en mi tiempo sabía de la crueldad practicada en las salas de justicia del palacio del prefecto, pero no podía imaginar asesinatos ejercidos sobre millones de personas, campos de calaveras, miles de cadáveres amontonados sobre el suelo helado. El hombre no ha cambiado, cada vez lo veo más claro.

Cuando he preguntado por la historia más cercana a mi época, han vuelto las evasivas.]

001803 [*Formato escrito, griego clásico, papel*] [Para lo que quiero contar, necesito usar el estilo, el papiro, es lo más familiar de este mundo tan lejano. Luego la ventana mágica lo meterá en sus entrañas y será igual que el resto de las anotaciones, quedará para que la información no se pierda, almacenada en su interior.

Escribo porque tengo un nudo en la garganta, una zarpa cruel me sujeta por el cuello y siento sobre el corazón el peso enorme de una arpía de hierro, un animal que ansía mi corazón para devorarlo con crueldad. Siento el mundo como una herida y como un regalo, como una carga y como un don, como una maldición y como una bendición que no puedo rechazar. Creí morir, pero no,

me han regalado carne y sangre sensible con las que percibir este tiempo remoto.

Ayer, por segunda vez, pude salir de las habitaciones que ocupó. Esta vez recorrimos las instalaciones de Aberfeldy, el lugar donde estamos. Ya puedo hablar con cierta comodidad el idioma del futuro, me entienden y yo los puedo entender a ellos si hablan despacio y sin muchos términos vulgares. Caminamos, visité la sala donde están los cubos de transporte; vi los laboratorios, que son como templos donde se estudian las cosas traídas del pasado y el futuro; hablé con hombres y mujeres que van a viajar o que ya lo han hecho.

Aún había un espeso velo sobre mí. Todos con los que hablé sabían algo que yo ignoraba, había un respeto silencioso, una gravedad que parecía inmotivada. No me pareció raro: en el tiempo que llevo aquí, ese silencio se ha hecho omnipresente, es una sombra que se extiende por todas mis conversaciones, todo lo que leo y todo lo que veo.

La última parte de mi excursión —creo que ésa es la palabra correcta— era una visita al edificio más antiguo de todo el complejo donde se concibieron y se desarrollan los viajes temporales. Es un edificio notable, construido con más elegancia que los cubos y las formas geométricas de los laboratorios y almacenes. Es viejo, y aun así, a pesar de la hiedra que vi aposentarse en las grietas de sus piedras, yo nací y viví en un tiempo muchos siglos anterior a su construcción; para mí era un edificio tan extraño y perturbador como cualquier otro.

Entramos, las personas que me cuidan y yo, en el edificio, que por dentro está forrado de maderas, pinturas y extrañas esculturas de metal. No fue eso lo que me llamó la atención. En medio de la entrada, al pie de una ancha escalera, había una estatua de piedra negra. Todo el vello de mi cuerpo se erizó al verla. Sin recordar todavía dónde la había visto antes, reconocí aquel material duro e inhabitual para una estatua. El tiempo la había desgastado, roto algunos bordes, erosionado otros, pero la silueta era la misma, la diosa Bastis, la protectora lunar. Yo había visto esa estatua antes. El corazón me latía queriendo reventarme las costillas mientras me acercaba y pasaba la mano sobre la piedra fría que había viajado hasta el mismo lugar y tiempo que yo, pero sin emplear atajo alguno.

La revelación me llegó a la vez, en un torbellino que casi me derriba. Aquélla era la estatua de la necrópolis del Serapeo, la que habíamos visitado Marta y yo cuando aún no éramos más que alumna y maestra. Recordé, a la vez, las palabras de Marta en la isla de Faros: «Bastis guardará nuestro secreto», y entendí qué había sucedido. Diecisiete siglos de historia me cayeron encima, sentí el peso del tiempo doblarme la espalda, aplastarme. Me repuse y, respirando con dificultad, busqué una inscripción. La encontré cerca de la base: *Zei, kai kathe anasa thymamai filia*, «Vive, y en cada aliento recuerda mis besos». Era un mensaje de Marta, el último. Comprendí que algo iba a sucederme, que

Marta me había sustituido en mi destino y que me había enviado de regreso a su tiempo en vez de ella. Exigí a gritos saber qué había pasado en Alejandría en el año 391 después del nacimiento del dios de los galileos. Mi voz resonó por aquellos pasillos recubiertos de madera. El vestíbulo del edificio se llenó de gente que me miraba en silencio mientras esperaba una respuesta y me tragaba las lágrimas.

Volví a mis habitaciones y me permitieron consultar la información disponible en la ventana mágica, esta vez sin restricciones. Leí la entrada en la *Suda*, un compendio que habían escrito sabios de Constantinopla. Allí, un tal Damascio había registrado claramente todo. Había otras entradas, pero me bastó con ésta. Comprendí entonces la magnitud del regalo, cómo, con esas sencillas palabras, me había impedido hacer lo que deseaba con cada fibra de mi ser: seguirla al Hades. Tenía que vivir, porque ella había muerto.

Aquí me hallo, alanceada por una tormenta de dolor, deseándola más que nunca, comprendiendo que nunca podré volver a verla, a acariciarla, a escuchar su voz pronunciar el griego con ese acento seco y poco musical que tanto me gustaba. Marta me ha regalado la vida y sólo conservándola puedo honrar su memoria. Quizá su regalo ahora mismo me parece una condena, pero no tengo opción: viviré en este tiempo que no me corresponde porque ése fue su deseo y quizá consiga, con la sola fuerza de la voluntad, que ni una sola de las briznas del tiempo pasado a su lado me sea arrebatada por el dios ciego que se la ha llevado consigo.]

Nota del autor

La cronología histórica más sólida de los hechos sucedidos en Alejandría a finales del siglo IV y principios del V comienza con la proclamación por el emperador Teodosio en 380 d. C. del edicto de Tesalónica, por el cual se nombra oficialmente religión del Imperio al cristianismo. Por su gran interés, he aquí el texto:

Edicto de los emperadores Graciano, Valentiniano (II) y Teodosio Augusto, al pueblo de la ciudad de Constantinopla.

Queremos que todos los pueblos que son gobernados por la administración de nuestra clemencia profesen la religión que el divino apóstol Pedro dio a los romanos, que hasta hoy se ha predicado como la predicó él mismo, y que es evidente que profesan el pontífice Dámaso y el obispo de Alejandría, Pedro, hombre de santidad apostólica. Esto es, según la doctrina apostólica y la doctrina evangélica creemos en la divinidad única del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo bajo el concepto de igual majestad y de la piadosa Trinidad. Ordenamos que tengan el nombre de cristianos católicos quienes sigan esta norma, mientras que los demás los juzgamos dementes y locos sobre los que pesará la infamia de la herejía. Sus lugares de reunión no recibirán el nombre de iglesias y serán objeto, primero de la venganza divina, y después serán castigados por nuestra propia iniciativa que adoptaremos siguiendo la voluntad celestial.

Dado el tercer día de las calendas de marzo en Tesalónica, en el quinto consulado de Graciano Augusto y primero de Teodosio Augusto.

Presionado por la Iglesia, en el 391 el emperador Teodosio ordena que sean prohibidos los sacrificios de animales y todos aquellos cultos que no fueran el cristiano. En el mismo edicto se autoriza a demoler los templos paganos y a usar los materiales para erigir iglesias. En los tumultos que siguen al edicto en Alejandría, los cristianos, alentados por el patriarca Teófilo, destruyen el Serapeo, y como consecuencia los últimos restos de la Biblioteca Hija, heredera de los manuscritos más importantes de la gran Biblioteca de Alejandría.

En el 412 muere el patriarca Teófilo. Tras un periodo de algaradas y luchas

callejeras por la sucesión, es nombrado obispo su sobrino Cirilo. Mucho se ha discutido sobre la causa del asesinato de Hipatia, pero los diversos autores (Sócrates el Escolástico, Juan de Nikio y Damascio en la enciclopedia bizantina llamada la *Suda*) están de acuerdo en la fecha del 415 d. C, momento en que de nuevo la violenta lucha de poderes mancha de sangre las calles de Alejandría, esta vez en un pulso entre Orestes, prefecto imperial, y el nuevo patriarca, Cirilo, que luego sería proclamado santo.

Carl Sagan, en el inspirador fragmento dedicado a Hipatia de Alejandría de su obra *Cosmos*, casa la destrucción de los restos de la Biblioteca con el asesinato de la filósofa en el 415 d. C. En esta novela se ha preferido adelantar los trágicos hechos hasta el 391 d. C. para hacerlos coincidir con la época de grandes tumultos y destrucciones de templos paganos que sucedieron a los edictos de Teodosio. Espero que los lectores sepan perdonar esta pequeña licencia poética.

Un mensaje de la Fundación Cronos

Como saben, Marta Basenderf no fue la única persona que inició la aventura de visitar otros tiempos. Habría sido absurdo malgastar los ingentes recursos empleados en la investigación y desarrollo de la tecnología taucrónica para disparar una única bala, un único viaje de destino incierto.

Ya sólo precisar los destinos de los aproximadamente cien primeros viajes constituyó un desafío. Imaginen un momento de la historia: varias civilizaciones, en distintos puntos del globo, se desarrollan, crecen, mueren, guerrean, se extinguen o se entregan a la construcción de lo que en el futuro serán incomprensibles monumentos. La tierra abunda en miles de sucesos relevantes y de sociedades complejas y ricas, dignas de detallado estudio: idiomas, literaturas, usos originales y que nunca volvieron a repetirse, filosofías y arquitecturas, artes y artesanías que el tiempo después devoraría sin compasión dejando tras de sí desconcertantes e incompletos rastros. Multipliquen esa rica panoplia por mil, por cien mil fechas distintas, desde los albores del hombre a su incierto futuro. Súmenle el interés de la historia natural, de la paleontología, de la paleoantropología, donde cada arduo descubrimiento se ha cimentado en dientes minúsculos, arcos craneales incompletos, huesos de una triste mano quizá abandonada como carroña masticada por un depredador. Sólo entonces se puede atisbar la dificultad de la elección de ese posible único objetivo. Con una primera aproximación, una modesta cata de los miles de millones de años de existencia de este planeta, obtendríamos cientos de miles, millones de posibles objetivos. Reducirlo a sólo un centenar no fue tarea fácil, pero al menos no fue imposible.

Muchos dijeron después que el proyecto estuvo maldito desde el principio, que los crononautas eran inadaptados que huían de una realidad que no les gustaba, que descubrieron muchas otras que terminaron por destruirles porque ninguna podía darles lo que buscaban. Yo no creo que sea cierto. El hombre es un animal social y adaptable. Si viajamos a una playa cercana y terminamos por confraternizar con los habitantes de la zona, cuánto más nos adaptaremos a la sociedad y a las personas que visitamos por medio de los túneles taucrónicos.

Marta Basenderf no regresó de Alejandría. Fue sólo uno de tantos otros viajeros que quedaron tendidos en las playas del tiempo, heridos por la

intensidad de la experiencia o simplemente víctimas de la mala suerte, de un encontronazo fatal con una fiera o con hombres hostiles de los que siempre han abundado en nuestra especie.

Gran parte de lo que sucedió en esos primeros viajes nos hubiera permitido ajustar los siguientes y comenzar a operar con mayor seguridad, pero no hubo ocasión. La pérdida de Stewart Mac Gregor sin duda influyó en que el proyecto Cronos fuera clausurado y ahora tan sólo quede abierto un túnel piloto por si alguno de los muchos viajeros que no han regresado decide hacerlo.

La historia que añadimos a continuación como complemento al relato de los impactantes sucesos que condujeron a la muerte de Marta Basenderf en Alejandría es una más de tantas que se acumulan en los archivos de la Fundación. Ha sido compuesta mediante las pruebas y los relatos de los crononautas que han podido o decidido regresar al siglo XXI, y embellecida en aras de la facilidad de lectura. La intención ha sido que los miembros de la comisión de evaluación puedan atisbar algo de la terrible intensidad y de los efectos que tienen un viaje sin los protocolos de seguridad que la Fundación ha desarrollado en previsión de la reapertura de las instalaciones y, al mismo tiempo, intentar transmitirles la cornucopia de conocimientos y valiosas experiencias que cualquier viaje puede producir.

Esperamos que les sirva de ayuda.

Eugenio Martín-Herrera, jefe del Departamento de
Análisis Documental de la Fundación Cronos

Habítame y que el tiempo me hiele

1

Amargo como la vida

El tajo de una cimitarra incandescente separaba el desierto del cielo. Abarqué con la vista la serenidad de la arena infinita y supe que, a la vez, estaba contemplando los desolados paisajes que animaban mi alma, llanas extensiones sin más altibajos que las pendientes de las dunas, sin más condimento que el fresco viento del atardecer. La calma del desierto me saturaba más allá de los besos de ninguna mujer, el gozo del saber o la pasión de la guerra. Había elegido y lo había hecho bien.

Descendí de la duna cuando el cielo ya se contaminaba con el profundo índigo de la noche. Del oasis había desaparecido el verdor resplandeciente, las palmeras eran una masa oscura iluminada desde dentro por la cálida luz de las fogatas. Caminé hacia allí escuchando el barruntar de los camellos al acomodarse unos contra otros y los gritos de los niños jugando antes de la cena. El aire me llegaba cargado del aroma espeso y dulzón de la bosta usada como combustible. Pronto se tostarían las tortas de trigo, beberíamos leche de cabra y más tarde, cuando ya la oscuridad lo hubiese cubierto todo, se oirían las voces de los hombres contando viejas historias, el crepitar de la hoguera y el chorrear del té. Se repetiría, como tantas otras jornadas, la esencia de una vida tallada por el viento y la arena, una vida que sentía ya mía. Me había convertido en uno de aquéllos que miraban desierto, bebían desierto, comían desierto y quizá soñaban con un inacabable desierto de arenas doradas en el que envolverse y dormir eternamente.

El tiempo, como tantas otras cosas, había dejado de tener sentido para mí. Sólo permanecía como una sucesión de memorias vagas: el nacimiento de aquel niño que ahora es un hombre, la ocasión en que los de Quarsh nos robaron diez camellos, el sobresalto del djinn blandiendo su espada de rayo; la piedra negra, allá en La Meca, guardiana de todos los ángeles y demonios; las memorias de las muchas guerras, las venganzas y los agravios que cruzan el desierto a lomos

de camello; todo era parte de un inacabable presente.

Y sin embargo, aquella precisa noche el tiempo volvía a ser importante. Como elegido por un dios, aquel atardecer se diferenciaba de la interminable sucesión de atardeceres futuros y pasados que se perseguían unos a otros, todos diferentes, todos iguales.

Cuando todos estaban ya en sus jaimas, durmiendo o haciendo el amor a sus mujeres, yo aún continuaba junto al fuego contemplando el movimiento de las estrellas entre las grandes sombras del palmeral. En cuanto vi brillar Sirio en el horizonte, me despedí de Aminah y el pequeño Abu, que dormía abrazado a ella, y, abrigándome, me acerqué al recinto de los camellos. Saludé a Aban mientras despertaba a una de esas tozudas bestias y ajustaba las alforjas con una carga de leña. Procuré que el animal no hiciese demasiado ruido.

—Aban, volveré antes del amanecer.

El centinela asintió en silencio; apenas distinguía de él nada más que el brillo de los ojos y su sonrisa. Pensé brevemente en cómo aquel paseo nocturno daría que hablar. Después diría que necesitaba purgar mi alma de los demonios del pasado hablando con los djinns. En cierta forma era verdad, pero también era una manipulación, el nacimiento de una leyenda más, otra huella, otra alteración inevitable.

En cuanto dejé atrás el oasis, extraje el instrumento que pendía de mi cuello. Apreté uno de sus bordes y mantuve plano el taucrono sobre mi palma. Giraron diales, se destaparon diminutas lentes; la maquinaria buscó estrellas en el inmenso cielo del desierto para calcular las coordenadas exactas de mi situación. Al poco un holograma proyectado directamente en mi pupila me indicó la dirección en forma de una gran flecha fluorescente. Durante una hora guié a mi montura siguiéndola hasta que la señal se convirtió en un círculo de luz intermitente. Era el lugar.

Descargué la leña y encendí un buen fuego, agradecido de poder calentarme. El camello se acurrucó enseguida, buscando el calor que todavía desprendía la arena. Puse a calentar agua. Tenía conmigo las teteras, el té verde, la absenta, el azúcar y la menta. Comencé con el ritual: en la primera tetera introduje las hierbas, las lavé y guardé el agua para dar de beber al camello. Vertí el agua caliente y la dejé oscurecerse de sabor. Los dulces efluvios emanaban con delicadeza, imponiéndose al olor de la leña ardiendo. Era casi la hora. Preparé la segunda tetera con azúcar y vertí en ella el contenido de la otra. Tomé los hermosos vasos de cobre adornados de piedras semipreciosas y los coloqué en orden sobre una pequeña estera. Estaba preparada la primera ronda y mi paladar anticipaba ya su sabor denso y oscuro.

Del cielo llovía luz en forma de indoloras agujas luminosas que caían allá donde no llueve nunca, donde la visión del mundo apenas alcanza y todo pertenece a la oscuridad del yo. Las gentes del desierto dicen que la primera ronda de té es amarga como la vida. Despacio, me examiné a mí mismo, calmado, tranquilo. Sentí que las dolorosas huellas del mundo que había dejado

atrás habían perdido fuerza, definición. La amargura, sin embargo, continuaba junto a mí como un perro viejo y fiel.

Sin un sonido que lo delatase, Juan caminó hasta el círculo de luz. Me saludó con la mano en alto y se sentó a mi derecha. En silencio, escancié un vaso de té y lo hice pasar de un vaso a otro hasta completar la fila, tal y como era costumbre. Le indiqué con un gesto que lo tomase e inmediatamente me serví otro de la misma manera. Miré su atuendo: sobretodo negro, pantalones holgados, botines y corbata ancha. Él me observó con la misma falta de reconocimiento hasta que una amplia sonrisa floreció debajo del bigote.

—Llevamos mucho tiempo sin reunirnos.

—Mucho tiempo sin problemas.

Permanecimos callados un largo rato dando cortos sorbos al té, dejando que el líquido hirviente nos calentase el estómago.

—Dicen los beduinos que el desierto lo es todo. No existen la vida y la muerte, ni el amor y el odio, las huellas del hombre las borra el viento del tiempo y sólo queda el arenal sin límite, sin testigos.

—Sabias palabras. Allá en París sonarían huecas, vacías. Aquí resuenan poderosas.

—No hay lugares diferentes, todo es un desierto.

Juan me miró con una expresión entre apenada y cordial. Se ajustó el sobretodo y consultó la hora en el reloj de bolsillo que usaba para camuflar el taucrono. Después bebió de una pequeña petaca, dejando prosperar el silencio. No había palabras entre nosotros, el pozo de la amistad se había secado. Las había habido una vez, en un tiempo tan lejano que parecía no haber sucedido nunca.

Lentamente el círculo alrededor del fuego fue completándose. Siluetas silenciosas salieron de la oscuridad y se sentaron mientras yo servía té. La luz amarillenta del fuego apenas bastaba para revelar rasgos tensos, incómodos y huraños. Otras ocasiones nos habíamos saludado con alegría, pero quedaba ya poco en nosotros de lo que una vez fuimos.

El último en llegar fue Toshiro. Se acercó al fuego y se acuclilló haciendo tintinear su armadura de placas y cuero. Desde la profundidad de su gesto me costó reconocer al pequeño profesor californiano: tenía la piel mucho más oscura y un gesto de dureza, un brillo distinto en los ojos, anunciaba que el cambio había sido profundo. Con la misma facilidad con la que resbala la arena por encima de una duna, mi mente leyó el recuerdo de la última reunión en Aberfeldy. Éramos más entonces, muchas mentes privilegiadas unidas en un solo proyecto, una sola ilusión que brillaba como el filo de una cuchilla sobre la oscuridad de nuestras vidas.

Toshiro habló en un inglés anquilosado por el desuso.

—Sabed que si os he convocado no ha sido por gusto. Queremos ser ya como el ruiseñor que canta sin preocuparse del ayer ni del mañana, pero en realidad pertenecemos al camino del águila, que desde el cielo adivina lo que

pasará y lo que ocurrió. Todos estos años no han estado exentos de conflictos.

Nos removimos en los asientos. Aquella noche, en Escocia, habíamos sido más de cien los elegidos y sólo seis nos sentábamos alrededor del fuego. Entreví, entre las llamas, a Susana, que parecía protegida por un tejido ligero y levemente reflectante; de Shawn no adivinada más que la silueta cubierta de pieles; a su lado Gregor, tan hosco e incómodo como siempre, abrazaba el pesado fusil de caza con el fácil gesto de la costumbre.

Toshiro continuó hablando.

—Ayer mantenía una reunión con el shogun en el castillo de Edo. En el espacio que media entre dos latidos de corazón ya no había más castillo, el shogun no estaba, no quedaban habitaciones de madera adornadas de farolillos, ni geishas tañendo el koto, sólo cabañas simplonas, feas y abarrotadas. Se imponía el espeso olor de humanidad hacinada sustituyendo al perfume del cerezo en flor. Todo había cambiado.

—No es la primera vez que ocurre —dije mirando al fuego.

—Esta vez es diferente, peor, más extraño... Es como si los hombres estuviesen malditos y hubiesen perdido su espíritu para convertirse en fantasmas de sí mismos. Todo Japón se ha transformado en un asilo de tontos babeantes y sin honor. Día tras día, grandes multitudes aran la tierra con las manos, plantan arroz y lo cuidan sin herramientas. Nadie canta ni admira las flores del melocotonero caer en otoño o se detiene al ver salir el sol tras el monte Fuji. Sólo comen, trabajan, copulan y producen grandes huestes de sucios campesinos en todo igual a sus padres, sin orgullo, sin historia, sin belleza ni finalidad. Apenas recuerdan, apenas saben vestirse, no hay nobleza ni respeto a los antepasados, no rige el shogun en Edo ni el mikado en Kyoto, el sumi no se practica y sólo queda una especie de comunismo desmañado, un anarquismo sin objetivos, ciego, animal, sin arte, sin filosofía, lenguaje o industria.

Yo vivía casi contemporáneo a Toshiro, era difícil que mis acciones hubiesen afectado a su tiempo. Todos los ojos se volvieron hacia los que quedaban más atrás. Shawn se levantó haciendo un gesto distraído, un conjuro mágico hacia las estrellas del que seguramente ya no era consciente. Alta y esbelta, de piel muy blanca, era la perfecta matriarca ritual, una sacerdotisa de la gran luna ejerciendo en alguna oscura selva de la Inglaterra más desconocida para la historia.

Habíamos jurado no emitir juicios sobre las decisiones de los demás, pero siempre que nos reuníamos me preguntaba qué oscuras ansias perseguíamos en nuestros viajes. Podía entender a Toshiro y su escueta moral de samurai, a Marta y su búsqueda de los clásicos, a Susana viviendo su utopía cientifista a finales del XXI, pero me costaba identificarme con Juan, consumiendo locamente época tras época, a Shawn, transformada en una diosa pagana, o a Gregor, huyendo de todo lo que pudiese considerarse humano hasta un tiempo en el que nuestra especie ni siquiera existía.

Shawn habló lentamente usando un inglés casi incomprensible.

—Es evidente que no podemos desechar nada, pero no recuerdo ningún evento discrónico, ni el más mínimo. Ya sabéis que se necesita algo realmente importante para poder alterar la línea principal.

—No sabemos mucho de cómo funciona. A veces una discronía pequeña produce influencias muy grandes, y otras veces las mayores intrusiones no tienen apenas efecto.

Susana, pequeña, rubia y de facciones delicadas, era la única científica que quedaba del grupo inicial. En sus palabras habitaba la ausencia de Stewart. En múltiples ocasiones habíamos echado en falta su mente, capaz de desarrollar toda la teoría y práctica temporal. Algunos todavía albergaban dudas, pensaban en poder verle irrumpir en alguna reunión en cualquier momento. Yo creía que había quedado definitivamente separado de nosotros por algún inconcebible problema cronológico tras su salto al futuro lejano.

De nada valía aumentar el desánimo alimentando aquel silencio que devoraba vorazmente las palabras, así que hablé con voz fuerte, deseando romper el miedo, que helaba nuestras miradas.

—Ya sabemos lo que hay que hacer.

Como siempre, lo más obvio tiene la virtud de calmar. Todos asintieron en silencio mientras yo preparaba más té. De algún modo agradecían que volviera a tomar el mando. Volví a verter agua caliente sobre la tetera. Intentando aceptar la responsabilidad que me había autoimpuesto, me concentré en ver cómo el agua se oscurecía. La segunda ronda no es amarga, predomina el azúcar sobre las hierbas y el té. Los hombres del desierto dicen que su sabor es dulce como el amor.

El amor, recordé mientras vertía de nuevo el té, y cómo, a causa de la estúpida intromisión amorosa de Juan, Rimbaud había sufrido un éxtasis místico que había cambiado tantas cosas en el transcurso del siglo XX que apenas reconocimos el aspecto del mundo al volver a él. En ninguna otra discronía había sentido tan fuerte el miedo a que nuestra raíz temporal fuese cortada y el túnel taucrónico cerrado bruscamente con nosotros dentro.

Mientras Toshiro sorbía té y me miraba, sentí el mismo miedo, la misma angustia creciendo como una hiedra de zarcillos helados que me escalase el pecho. Tejedores de tiempo, aprendices de brujo, trabajábamos mano a mano con las parcas, las viejas y sabias tejedoras a las que jamás les habían importado lo más mínimo los hombres.

Levanté la cabeza hacia el cielo: Sirio estaba ya bajando en el horizonte. La sencillez del desierto volvió a atrapar mi corazón. Sabía que, dentro de poco, vientos de cambio soplarían entre aquellas dunas anónimas. Los furiosos demonios de la historia cabalgarían a sangre y fuego en un conflicto que devoraría siglos. Había encontrado mi sitio y, aunque los físicos dijese que el observador siempre perturba el objeto de su mirada, me limitaría a ver cómo las cosas ocurrirían, cómo los engranajes descomunales que consumen almas e imperios avanzarían una vez más. Teníamos que dejar trabajar a las parcas,

permitirles tejer sus madejas descomunales aunque eso significase dejar que cortasen las hebras que fueran necesarias.

—¿Quién va esta vez?

Nadie respondió a la pregunta de Susana. Llené la primera tetera con agua y la puse de nuevo junto al fuego. Me senté y la miré despacio; sufría y yo sabía por qué. Habíamos perdido ya a muchos por no arriesgar una modificación de las líneas temporales, pero todos recordábamos a Marta, a la tímida Marta, descuartizada por los engranajes implacables del tiempo.

—Iremos Toshiro y yo.

Nadie replicó. Asentí despacio, como para confirmármelo a mí mismo. Una vez más debería abandonar al niño durante algún tiempo.

Poco a poco todos fueron marchándose, quedamos Toshiro y yo frente a frente. Lentamente vertí de nuevo el agua caliente sobre las hojas, ya casi agotadas de sabor. Le serví a Toshiro y después a mí, sin dejar de pensar ni un solo instante que de la última ronda se dice que es suave como la muerte.

2

Dulce como el amor

La aldea era apenas un reducto de espacio robado a una inmensidad vegetal: madera apilada hasta construir míseras chozas, barro para las casas más duraderas y piedra para las murallas. No faltaba el colorido en los saris de seda, o los ídolos pintados y adornados de ofrendas florales en los cruces de calles. Los niños, como en todas las épocas, corrían escandalosos jugando, esquivando charcos pestilentes y montones de excrementos impudicamente apilados en las esquinas de las casas. La India del siglo VI antes de Cristo no era muy diferente de la que había conocido en mi tiempo.

Enseguida me molestó la complejidad farragosa de aquel pueblo. Eran, como su propia escritura, una línea abarrotada de signos intrincados, oro labrado sobre carne morena, cuerpos delgados y cobrizos, sonrisas expresivas, ojos muy negros y pelo aceitado, impolutos brahmanes, taparrabos y saris, sensuales ombligos anillados, cestas sobre la cabeza, un intrincado mosaico de castas y costumbres urdido de vegetación apabullante y calor pegajoso, como de humedad transpirada por otro. Todo aquello era una niebla que no me permitía ver la blancura de la hoja, la simpleza embriagadora de una sola línea escrita separando el cielo arriba y el desierto abajo. Cada vez era más parte de la época que había elegido vivir, como Toshiro y todos los demás.

Sakiamuni paseaba por las calles de Bodh Gaya el día de la luna nueva de Veshaka, mayo del 523 antes de Cristo, tal como indicaba mi taucrono. Tenía treinta y cinco años, pero aparentaba muchos más: la piel muy oscura, la barba poblada, los miembros enjutos, los ojos muy abiertos, transparentes al mundo,

eran todos atributos de esa edad indefinida que tantas veces había visto en hombres consumidos por una obsesión ardiente. No sentí nada especial al mirarlo. Había aprendido que los grandes acontecimientos no están señalados por cielos que sangran. Los días sagrados, las fechas mágicas, son exactamente iguales a cualquier otro. Aquella tarde Sakiamuni, también llamado Siddartha, alcanzaría el nirvana, se convertiría en el primer Buda, origen de una religión que se extendería por medio mundo, y todos los que nos rodeaban posiblemente muriesen sin percibir ese trascendental hecho.

Le seguimos durante su trayecto por el mercado en la ribera del río. Como tantos otros ascetas y mendigos, vacilaba a cada paso; a diferencia de ellos, rechazaba la fruta que los vendedores le ofrecían. El agua del Neranjara corría fuerte y enfangada mientras bandadas de pájaros blancos sobrevolaban la selva chillando débilmente. Era primavera y el sol estaba oculto tras una espesa capa de nubes que amenazaba convertirse en lluvia monzónica. Estábamos excitados, tan cerca ya de nuestra meta.

Toshiro no había mentido; vi cómo las islas del Japón se habían convertido en un cenagal humano: absurdamente superpobladas, cubiertas de hombres y mujeres ajenos a todo lo que no fuese nacer y comer. Apenas hablaban, no reían, sólo mostraban una increíble habilidad para sacar el máximo partido a la tierra, para exprimirla hasta su último fruto y con él alimentar a una creciente población justo por encima del límite de subsistencia. Hasta el último pedazo de tierra estaba habitado por una inmensa masa de personas despojadas de toda cultura y que, sin embargo, hacían un uso efficientísimo de los recursos y se multiplicaban como lo hacen las arenas del desierto al soplar el simún.

Toshiro y yo habíamos cribado el tiempo, remontando los efectos de la discronía que asolaba el Japón feudal. En una serie de saltos consecutivos descubrimos que ese estado mental, esa extraña religión sin sacerdotes ni teología, llegó a Japón desde China y se extendió por las islas como una inundación. No había ceremonias en que perder el tiempo, maestros, liturgia, iluminación, explicación, diezmos, nada. Sólo la sencilla comunión de la cercanía, una aceptación instantánea. Poblaciones florecientes, habitadas por seres humanos tal y como nosotros conocíamos, desaparecían de la noche a la mañana con todos sus habitantes transformados en sonrientes y abúlicos sacos de carne que se aprestaban a derruir palacios y montañas para cultivar más tierra.

En nuestra visita a China hallamos inmensas ciudades de barracas en mitad de la estepa, un complicado aprovechamiento de los recursos, mastodónticas obras de ingeniería, la presa del Yang-Tsé, la irrigación del desierto del Gobi, una exhaustiva explotación agrícola destinada a sostener a una población tan numerosa como las estrellas del cielo. Imaginé que pronto no cabrían en la tierra firme y, desbordados, tendrían que ahogarse en el mar.

Todo eso era llevado a cabo por los mismos tipos de idiotas sin cultura, sin tradiciones, sin arte ni escritura, sin estructura social. Personas que se limitaban

a trabajar, comer y procrear, que apenas dominaban versiones simplificadas del mandarín y el cantonés. No entendíamos cómo había sido posible que desarrollasen el trabajo coordinado necesario para construir y mantener canales que contuvieran la inmensa masa acuática del río Amarillo, para aterrizar cordilleras enteras, para fertilizar y cultivar todo un desierto. Fue fascinante, y al mismo tiempo aterrador, descubrir cómo las obras se emprendían sin que nadie tomase una decisión, sin ningún emperador o estructura estatal que las respaldase. Un buen día empezaban a cortar árboles, a acumular material de construcción, a despejar terreno; miles de personas trabajando bajo una coordinación silenciosa y eficiente. De sol a sol movían masas de tierra en sacos de arpillera, desmoronaban inmensas rocas por el sencillo método de golpearlas repetidamente hasta reducirlas a arenilla. Ni siquiera usaban carros ni animales de tiro, sólo herramientas de madera y piedra torpemente construidas. Cientos de miles de personas, fluyendo en compactos ríos humanos, transportaban piedras que otros miles apilaban cuidadosamente dando forma a una inmensa pared capaz de cegar el cauce de un río de un kilómetro de anchura.

Los campos de cultivo se perdían en el horizonte. Multitudes los recorrían mimando las hojas, buscando insectos parásitos que en algunos casos comían nada más descubrirlos. Nadie nos molestaba, parecíamos no existir, no formar parte de esa realidad que no comprendíamos.

Seguimos la pista de la discronía a través del Nepal hasta la India. Por entonces, teníamos ya claro que lo que estábamos persiguiendo había seguido las mismas rutas de propagación del budismo. Toshiro, en su adaptación a la época en que vivía, había abrazado con fuerza las enseñanzas de la primera escuela budista japonesa tendai. Me había hablado ya antes de la filosofía más allá del mundo y la percepción, la negación de los sentidos y la búsqueda de la iluminación. Aquella otra «religión», que ganaba adeptos sin necesidad de enseñanza, era al mismo tiempo más y menos que budismo. Era evidente que los conversos ganaban un estado muy parecido a la iluminación, el olvido del yo y la ausencia de sufrimiento. En el cerrado concepto japonés del esfuerzo no tenía mérito alguno ese nirvana automático, pero los hombres parecían felices, estúpidamente felices. Salto tras salto hacia atrás en el tiempo, contemplamos cómo la historia que conocíamos, llena de guerras, logros artísticos y torpezas descomunales; repleta de epidemias desoladoras, de inteligentes artesanos, de ingenieros y científicos en permanente lucha contra la naturaleza; saturada de gentes que sufrían, que reían y bailaban y lloraban, todo ese rico mosaico desaparecía integrado en la masa gris de ese estado abúlico y eficaz. Aquello no era una de las discronías habituales, no se trataba de Juan influyendo inocentemente en Rimbaud. Era algo más grave, tanto que no nos sentíamos capaces de manejarlo. Sabíamos tan poco de la estructura real del tiempo: que la línea temporal era una configuración de mínima energía y por tanto estable, que alterarla era difícil y más cuanto mayores fueran los cambios; que nuestros saltos entre nodos vibratorios de esa línea usando los túneles tau eran una

pequeña anormalidad permitida porque, de alguna manera, vivíamos un tiempo artificial. Nada nos aseguraba que no fuesen posibles alteraciones mayores producidas por algún mecanismo que desconocíamos.

Sakiamuni se dirigió a las afueras del pueblo. Renqueaba, se arrastraba famélico, como un perro abandonado y sin alimento. Los datos históricos nos decían que en su discurso de Benarés había contado una vez más cómo abandonó el palacio de su padre ante la visión de la miseria, la pobreza, la enfermedad y el sufrimiento. Quería así buscar las grandes respuestas por la vía del ascetismo, algo muy común en la India. Yo conocía la privación, la negación del cuerpo para liberar el espíritu y sabía que no es agradable, sobre todo cuando te das cuenta que no es más que otro engaño, otro camino fácil, otra rutina que te aleja de la verdad. Sakiamuni había permanecido siete años viviendo como un asceta, hasta aquel día.

Anduvo entre la vegetación hasta llegar al pie de una peña, justo a la sombra de una gran higuera. Nos escondimos intentando no perder ni un detalle. Sakiamuni se sentó, suspiró audiblemente e intentó concentrarse. Iba a meditar, pero la debilidad no le daba fuerzas para colocar las piernas en la postura del loto. Lo intentó varias veces, pero cada vez estaba más débil. Sentí el impulso de levantarme y ayudarle, pero me abstuve. Bastante teníamos ya con una discronía.

Sakiamuni se encolerizó de una manera muy poco mística y se levantó apoyándose trabajosamente en una rama. No entendíamos el sánscrito del siglo VI antes de Cristo, pero no era necesario descifrar las palabras del asceta para saber que estaba insultando a algo o a alguien, posiblemente a sí mismo. Estábamos a principios del verano, serían las cuatro de la tarde, las nubes se habían abierto y el sol se filtraba entre el follaje haciendo relucir el abundante fruto de la higuera. Sakiamuni, ante nuestro asombro, comenzó a comer higos con avidez. Recordamos entonces que el Buda había alcanzado la iluminación justo después de haber renunciado a su búsqueda. Aquel hombre que había vivido en la más estricta y autoimpuesta de las penurias se estaba desquitando en ese momento y un montón de cáscaras peladas iban quedando como testigos para la historia. Después de un rato Sakiamuni se sentó de nuevo recostándose contra el tronco. Al poco estaba profundamente dormido.

Toshiro y yo, apostados entre la vegetación, nos sentíamos un poco incómodos. Como estudiosos de la historia, siempre habíamos creído que los hechos remotos y míticos ocultaban cambios graduales, gestaciones colectivas de ideas y movimientos sociales y religiosos. Y sin embargo ahí estábamos, espiando el sueño del Buda el día en que se iba producir la iluminación.

Los dos teníamos una visión parecida de la realidad. No nos habíamos unido al proyecto buscando algo perdido, el conocimiento ni la aventura. Sólo necesitábamos una época sencilla donde vivir lejos de recuerdos que nos eran incómodos. Carecíamos de la nobleza y el arrojo de los demás, de la pasión descubridora y científica. El tiempo que estuvimos esperando ocultos en la

maleza y, en silencio, velando al Buda, ambos compartimos algo de esa necesidad de paz, la misma que, quizá sin saberlo, también buscaban Sakiamuni, Juan y todos los demás; aquella paz que era una ausencia tangible en el mundo que habíamos abandonado. La misma que habían buscado aquéllos que partieron al lejano futuro y no habían regresado nunca más, y quizá la misma que habían alcanzado esas inmensas hordas de seres sencillos, casi vegetales, que poblaban el mundo por venir.

La noche tardó en llegar. El sol fue declinando sobre una foresta de verdes intensos alborotada por los sonidos de cientos de pájaros y monos en plena actividad. Entre los árboles el color del cielo se hizo evanescente, luego las nubes ardieron y se consumieron hasta morir ahítas de color; por último comenzó a oscurecer como si alguien estuviese cubriendo el cielo con sucesivos tules teñidos de un azul delicado.

El Buda despertó. Desde donde estábamos apostados podíamos observarle sin miedo a que nos descubriese. Una gran paz llenaba su rostro sucio y barbudo. Miraba el cielo con los ojos muy abiertos. La luz decaía y una progresiva lluvia de luz cenicienta oscurecía los colores de la selva. Alto en el cielo brilló una estrella. La expresión del Buda se hizo especial, noté, de alguna manera, que había sobrepasado la felicidad escueta del momento anterior, había llegado al lugar que no figura en ningún mapa, alcanzado la iluminación interior.

Algo más sucedió en ese mismo instante: el tiempo se detuvo en el canto de un pájaro, una interminable nota que colgaba asida a una alcañata indescriptible pero que yo podía percibir. Mis pensamientos, hasta ese momento una línea de ideas, se acumulaban sin avanzar, sin causa ni efecto, unos encima de otros. Las palabras y conceptos se amontonaban en un pavoroso vértigo semántico. No puedo decir si racionalicé después la experiencia falseándola, pero lo cierto es que en medio del caos sentí cómo algo introdujo un tiempo rudo, como construido con basta arpillera. Agarrado a ese tiempo fibroso llegó un concepto, una idea, un sentimiento, un nódulo que integraba todo eso y algo más totalmente indefinible. Lo más parecido sería una voluntad irracional, una intencionalidad sin objetivo, nebulosa, que impone significados que sólo sabes externos a tu mente porque nunca han estado en ella. Esa voluntad ciega acarició el caos, se deslizó suave y seca como el cuerpo de una serpiente por el envés de mi mente, dentro y fuera en un lascivo estupro que violó mi pensamiento completo dejándolo sucio, manoseado, pervertido. En ese roce rasposo hería, abría grietas sangrantes en medio de la mente y por esos huecos se filtraba una inundación oscura: billones de imágenes, de sonidos, de percepciones espaciales, de sabores, de dolores rompiendo la carne, todo desordenado, superpuesto en un solo punto del tiempo. Tuve acceso a las vivencias de muchas personas, y en todas ellas había una presencia reseca, garras afiladas aferrando todo su espacio mental, un intruso inmaterial en virtud del cual accedía a aquel recinto sin fronteras espaciales, temporales o

personales. Era el mismo vértigo que te acosa cuando sopla furioso el simún y la arena se acumula contra los lomos de los camellos, la frontera entre la tierra y cielo desaparece y se respira arena. Caían las paredes, los límites y todo era accesible formando una irrespirable niebla de sensación. De las imágenes que vi no pude retener muchas: gente viviendo en una tierra en la que apenas había sitio para nada más que personas hombro con hombro, apiñadas en grandes rebaños espaciados donde hacía calor y apretados donde arreciaba el frío. Las montañas habían sido derribadas y empleadas para ganar terreno al mar. Solo algunos de los mares estaban libres y cubiertos por una espesa nata de algas comestibles. Los cauces bajos de los ríos eran de aguas fecales, y en ellos flotaban millones de cadáveres que corrían al mar para fertilizarlo. Y lo peor de todo ese horror es que una ola de felicidad insana me recorrió el cuerpo como la marea de un orgasmo descomunal que integraba cuerpo y mente. Toda aquella humanidad desmedida, estúpida, animal, era intensamente feliz, minuto a minuto, segundo a segundo, integrados en aquella sensación de plenitud donde el yo desaparecía desvanecido en el espacio y el tiempo.

Apenas nos tocó, dedos golosos habían tanteado los huecos espacios de mi cráneo, flores sedosas se abrían en la cabeza de Toshio y explotaban en un puño de color en el Buda, y ya no estaban. El pájaro terminó su nota, el tiempo corrió otra vez. Nos tambaleamos sacudiendo la cabeza, sin saber muy bien qué había ocurrido. Un escalofrío me recorrió el cuerpo mientras mi cabeza buscaba un punto a que asirse, un tiempo y lugar que llamar suyo. La sensación de desorientación desapareció de inmediato. El Buda permanecía mirando el cielo, con los ojos muy abiertos, reteniendo en el estanque de sus rasgos la misma felicidad intensa del infinito.

El filósofo Rumí dijo una vez: «Por mucho que intento hablar del amor, al llegar a él, me avergüenzo de él». Aquella tarde yo llegué al amor y vi su vasta extensión devorándome las entrañas en una invasión salvaje y me avergoncé de haber formado parte de él. Toshio me miró y estuvo a punto de hablar. Compartíamos la desorientación, esa sensación de tener el cerebro hollado por el paso de algo ajeno. No hicieron falta palabras, ambos habíamos visto las multitudes, el futuro inexorable del que había llegado la infección. Estábamos tan aturridos, tan absolutamente atónitos, que dejamos marchar a Sakiamuni. Le vimos echar a andar con la misma falta de elegancia, con la misma cara de felicidad estúpida que habíamos visto tantas veces en las hordas grises, sin mover un dedo para impedirselo.

Quizá en ese momento pudimos haber reaccionado, haber impedido que el Buda saliese de aquel claro. No lo hicimos y la ola de cambio no se interrumpió. La alteración de tantos siglos llevaba tiempo. La ola de cambio avanzaba más deprisa que el tiempo normal. Ya había transformado el tiempo hasta el siglo XVII y, según el cálculo que habíamos hecho, tardaría menos de un mes en alcanzar el instante en el que entramos en el tiempo taurónico. En ese momento nuestro viaje y nosotros mismos dejaríamos de existir.

Pero no pudimos actuar; bastante teníamos con soportar la repulsión que la presencia había dejado en nosotros y no entregarnos al pavor, a la dolorosa semilla del miedo que teníamos implantada muy dentro de nuestros pensamientos.

Cuando pudimos seguir el camino de Sakiamuni era ya tarde. El Buda había iniciado pronto el camino de la conversión. Sin discursos, sin palabras, comunicaba su idea de infinito a todos los que se cruzaban con él. Hindúes convencidos hasta la médula, brahmanes y príncipes privilegiados por la religión, mendigos casi muertos de hambre, todos lo seguían con el rostro embotado por la felicidad, despreocupados de todo, invitados a un paraíso de inconsciencia. Ésa no era la historia que conocíamos, ni aquél el Buda que bajó hasta Benarés luchando contra la incredulidad de la gente. Impotentes, vimos progresar la nueva religión tal como lo haría una virulenta epidemia, un contagio de mente a mente de una idea arrebatadora.

Pronto comprendimos que era imposible contener el fenómeno; teníamos que salir de allí, quizá pedir ayuda, saltar a un tiempo anterior a la iluminación del Buda y actuar allí. Decidimos esperar a que se formase el nodo de vibración taurónica. Bodh Gaya, antes febril, era un cementerio; todos sus habitantes, hombres, mujeres y niños, habían acompañado a Siddartha en su viaje a Benarés. Decidimos escondernos en el interior de un templo a la salida del pueblo. Aún quedaban en el interior restos de ofrendas a Shiva y el olor del incienso apenas se había apagado. Nos movíamos como fantasmas por los grandes pasillos y entre las columnas esculpidas con formas sensuales. Llovía día y noche en gruesos goterones que golpeaban las hojas con la fuerza de redobles de tambor. Entre las piedras afloraban extraños hongos de olor pútrido, gusanos enormes y sanguijuelas que se nos pegaban a la piel mientras dormíamos. La vegetación lamía con repulsivas lenguas vegetales los grandes sillares labrados y comenzaba ya a cubrirlos de maleza. Afuera el perpetuo cielo encapotado sobre la ciudad desierta era la puerta de nuestra prisión y pesaba sobre nuestro ánimo aún más que los hechos que habíamos vivido. Apenas nos hablábamos; no había palabras que venciesen a la selva, la furia del monzón y el sentimiento de derrota que nos paralizaba.

Toshiro estaba enfermo. Su tradición, la educación de sus padres o su vida en el Japón feudal le habían enseñado a sufrir en silencio. Un samurai no demuestra nunca debilidad, ningún apego al cuerpo. Pero la tradición no es analgésica y sufría; una batalla se estaba desarrollando en su interior. Le veía sudar y retorcerse con la espalda apoyada en una roca. Aunque sabía que me equivocaba, prefería pensar que se había contagiado de algún virus tropical cultivado en el insano ambiente de la selva. Viví ese engaño durante un día entero, esperando que la fiebre remitiera y sabiendo ya que el problema era otro.

—Siento algo dentro, algo que quiere crecer, mala hierba que pretende anular mi voluntad, una serpiente horrible que me muerde el mismo centro del

pensamiento y no lo suelta, no lo suelta...

—Toshiro, sólo quedan treinta horas para la llegada del nodo. —Dije esas palabras por quemar el silencio, pero en mis labios murieron vanas como el sonido del agua resbalando por el envés de una hoja. Toshiro y yo sabíamos que poco podría hacer Susana a pesar de lo inconcebiblemente avanzado del hospital portátil que siempre llevaba con ella. Intuíamos la naturaleza de su mal, ambos habíamos sentido la intrusión en nuestras mentes, ese momento en el que una presencia rasposa había removido los más íntimos recovecos de nuestra consciencia.

—Tu mente es más fuerte, no ha entrado. En la mía sí está, crece y, ¿sabes lo más duro?

—No.

—Que me resisto y no debería hacerlo, no debería luchar. Es una ola de paz que me cubre de frío eterno, que allana las asperezas, que elimina la tristeza arrastrando con ella el lodo de la alegría. No sentir, no padecer, no disfrutar, la eterna calma, la introspección que alcanza el exterior, todo esta allí. Sólo porque no soy un auténtico samurai, sólo porque mi individualismo está arraigado en lo más hondo de mi memoria, logro resistirme y sufro por ello.

Toshiro frunció el gesto, cerró los ojos y permaneció encogido de dolor unos segundos antes de continuar.

—Su voz es tan dulce, sus manos tan suaves... Renunciar al recuerdo, al sonido del koto tañido al anochecer, a los pétalos de los cerezos nevando en primavera, al orgullo del guerrero luchando por continuar el camino. Eso no es más que apego al yo, negación del infinito que me acosa. ¡No! —Se incorporó sudando, con un rictus de esfuerzo en el rostro. Le di agua y se tumbó de nuevo, tosiendo—. No quiero esa losa de felicidad sobre mí, me aplasta, su peso es intolerable. Siento sus dedos suaves agarrando las volutas de mi pensamiento, atándolas unas a otras, cortándome salidas; pronto no podré pensar, se habrán cerrado todos los caminos y muerto todas las memorias. La voluntad rasposa se habrá apropiado de ellas y las habrá disuelto en esa sopa anónima de consciencias que ahora mismo veo, que burbujea ansiosa. Nada diferenciado, la muerte de mi voluntad se fundirá en un mar de sensaciones primarias que oscilan como lentas mareas. Se mueve allá adentro, en ese lugar oscuro donde nunca brilla el sol o sopla el viento, el fuerte donde se guardan los tesoros más íntimos, donde apenas puedo llegar. Las raíces se agostan, muero por dentro.

No dije nada, sólo volví a darle algo de agua y ambos miramos hacia fuera de nuestro refugio, a la plaza embarrada y rodeada de míseras casas de madera. Más allá, la selva era un inmenso muro de hojas y ramas de un verde doloroso.

Toshiro debía tomar una decisión. Lo hizo antes de que hubiesen transcurrido las treinta horas.

Dejó de llover al amanecer. Rayos de oro nuevo hirieron la soledad que nos rodeaba haciendo arder en color las piedras entre las que nos escondíamos.

Salimos fuera, a la pequeña plaza que había delante del templo. Toshiro me indicó cómo sujetar la katana presta a descender hasta su cuello. Sabía que un hombre no llega nunca a ser lo que ha decidido, y el empeño en conseguirlo es lo que le da sentido, el camino. Sólo por eso, por respeto a su lucha por ser en medio de un universo indiferente, no interrumpí sus agónicos esfuerzos por acercar la punta del puñal a su estómago desnudo. Algo en su interior luchaba contra su brazo. La voluntad de Toshiro ganaba milímetro a milímetro haciéndole sudar, desorbitar los ojos. Casi podía imaginar, con infinito asco, cómo una oscura araña anidada en su cráneo tiraba sus hilos, tensaba nervios, tironeaba con fuerza inhumana contra la voluntad salvaje de Toshiro. Al fin la hoja penetró en la piel y un rojo goterón manchó la faja ritual. Al contrario de lo que esperaba, el dolor que le tensó los músculos de la cara no le impidió seguir. De alguna manera, Toshiro había vencido al enemigo interior, los hilos estaban cortados por el agudo filo y ya todo era más fácil; sólo tenía que luchar contra un cuerpo que todavía quería vivir. Terminó de clavar la punta y después hizo un tenso movimiento en horizontal y uno corto, apenas iniciado, en vertical. Era el momento. Hice descender con toda la fuerza de que fui capaz aquella espada tan ligera hasta que fue a dar contra el cuello de Toshiro y lo partió limpiamente, con apenas un ligero chasquido. La sangre arterial saltó hasta dos metros de altura, un rojo penacho de alegría roja, antes de que el cuerpo se derrumbase. Me quedé un minuto quieto, contemplando el rojo que empapaba el suelo, oliendo el aroma salado, tan característico y que tan bien había aprendido a reconocer en todos aquellos años de vagabundeo en el tiempo. Toshiro había vencido eligiendo cómo y cuándo morir. Me pregunté entonces, me pregunto ahora, si yo vencería en un combate semejante.

3

Suave como la muerte

Desde que volví apenas me había acercado al niño. Abú al-Qasim Muhammad ibn Abd al-Muttalib ibn Hashim jugaba mientras los hombres preparaban los camellos. En un par de días iniciaríamos el viaje a La Meca. Allí devolvería al niño a su abuelo, tal y como me había comprometido tres años antes. Mentiría si dijera que no le había tomado afecto. Era un chico soñador y tímido, más de una vez le había visto seguir embelesado el vuelo de una nube y frecuentemente jugaba solo a interminables fantasías que sólo él comprendía. No quise acercarme a él, temía las discronías, pero fue inútil. Para el chico mi taciturna soledad era un perpetuo acicate: yo no participaba más que como cortesía en las ceremonias animistas de la tribu, pasaba mucho tiempo en la contemplación del desierto y apenas hablaba con nadie. Tenía fama de brujo, de hablar con los djinns. Muchas tardes el chico se sentaba a mi lado apoyando la

espalda en el tronco de una palmera y me imitaba en silencio, cubriéndose la cabeza con el chaad y leyendo la línea de las dunas que separaban la tierra del cielo, la escritura clara y rápida que define la naturaleza del desierto. En esos momentos las discronías me preocupaban poco. Si no hubiera sido yo, él mismo habría aprendido a buscar la quietud en el exterior, a dejarse calar de la inamovible serenidad de aquel universo arenoso.

No me hacía mucha gracia volver a La Meca, a ese ruidoso poblacho habitado de ruines mercaderes prestos a clavarte un cuchillo entre las costillas a la menor afrenta. La excusa del abuelo para que viniese a vivir con nosotros era probablemente falsa; el niño nunca había dado muestras de necesitar el clima seco del desierto. Posiblemente el mal que le acechaba en La Meca era más bien el veneno de algún pariente necesitado de la pequeña herencia que su padre le había dejado o de alguien interesado en dañar el clan de los Hashim. A partir de entonces el niño tendría que vivir en esa sociedad, aprender de ella. Conocía cada detalle de su vida, la había estudiado. Su abuelo y su madre morirían y quedaría bajo la custodia de su tío Abú Talib, junto con el cual viajaría a Siria. Intuía que cuando, muchos años después, fuese a meditar por la noche a una caverna en las cercanías de La Meca, seguramente lo haría por añoranza de aquellos atardeceres que compartió conmigo.

«A quienes tienen apego a este mundo les está vedado el otro mundo; a los del otro mundo les está vedado este mundo. Ambos mundos le están vedados al sufí». Recordé el viejo dicho mientras oscurecía una vez más en el campamento y las luces de las fogatas reverberaban en el palmeral. De todas las filosofías, todas las ideas y visiones que había explorado, las palabras de los sufíes eran las que más me inspiraban. Igual que yo, buscaban la verdad, aquella realidad por encima del engaño que nuestros sentidos y conveniencias nos fabrican. Sin embargo, no compartía con ellos el tariqat, el camino del amor intenso y la devoción a Dios. Era, de algún modo, un sufí ateo. Sin embargo, sí comprendía a aquéllos que tomaban la senda de la espiritualidad, del amor intenso y sin fronteras a una idea, un dios o un demonio. Sabía que aquel niño tomaría ese camino; era un forjador de realidades, construiría una que miles de pueblos adoptarían a sangre y fuego. LA ILLAHA ILL ALLAH. No existe más Dios que el Único Dios.

Yo había conocido al único dios, él me había enseñado el futuro y el pasado. Un dios que no promete, sino que te hace partícipe de su felicidad infinita, el paraíso aquí y ahora, aboliendo el tiempo, el espacio y la propia percepción del yo; el mismo yo arraigado que nos había juramentado para iniciar nuestra diáspora temporal; el yo inamovible que había luchado contra la invasión de felicidad matando a Toshiro; el yo que no me dejaba seguir el puro camino del amor, la disolución de la consciencia individual con el fin de alcanzar la verdad absoluta.

Aunque sabía de la pureza de esa promesa, al mismo tiempo sentía a ese dios como una consciencia escuálida y rasposa alojada en el mismo centro de mi

ser, deseando vivir a expensas de mi cuerpo, conspirando por destejer cruelmente las fibras de mi pensamiento, las mismas que se deleitan con la escritura suave del horizonte y el azul inmaculado del cielo.

Sabía que no era el mismo de antes; el mundo había perdido sustancia: la simplicidad del desierto, las llanuras interiores, aquellas soledades luminosas donde había vagado feliz mi consciencia, se habían convertido en muy poco. Una vez que se alcanza el paraíso, todo lo demás muere. Saber, o suponer, que ese paraíso posiblemente fuese más falso y a la vez más real que ninguno anhelado antes por el hombre no me ayudaba en lo más mínimo. Deseaba mi individualidad, conservar mi vida aislada lejos de esa masa de felicidad colectiva. Sólo me preguntaba si sabría morir con la dignidad de Toshiro para conservarla. Seguramente no: mi orgullo no era tan poderoso, ni mi fortaleza más que una leve cáscara. Había deseado sucumbir a las dulces garras del monstruo y saberlo no me tranquilizaba, ya que, en aquel momento de invasión exquisita, había alcanzado a comprender la naturaleza más íntima y terrible del invasor: un nódulo durísimo, todo instinto, voluntad ciega de colonizar, reproducirse, vivir en nosotros como ya vivía en tantos otros a través del espacio y el tiempo. Esa ansia ciega había sido tan perceptible que casi se había hecho una sensación física que tensaba músculos y forzaba tendones.

Imaginaba un infinito cardumen de salmones navegando en la inmensidad de un océano secreto que se extendiese, sin trabas de tiempo o lugar, de mente a mente hasta agotar todas las disponibles, hasta colonizar todos los cerebros y adaptarlos a su presencia.

Y cuando no hubiera más recursos para sustentar más individuos colonizables, ¿adónde irían? ¿Quizá subirían por los ríos temporales, nadando contra corriente hasta llegar a vírgenes extensiones, riachuelos puros, lagos de montaña llenos de frescura y de mentes vírgenes, vacías, iluminadas de infinito donde aposentarse e iniciar una nueva explosión demográfica?

Posiblemente todas mis explicaciones eran plausibles, pero, ¿de qué me servían? Nada podía hacer. No había manera de luchar, sólo quedaba el dilema: plegarse a lo inevitable o morir como Toshiro.

Todavía me preguntaba por qué él y no yo. ¿Qué tenía mi mente que impidió el contagio inmediato? Quizá mi actitud, mi ausencia de convencimiento, el no profesar ninguna fe en la trascendencia, me había convertido en campo poco fértil para ese inconcebible animal. O quizá algún extraño juego de la naturaleza taucrónica, que tan poco comprendía, me había permitido escapar. ¿Por cuánto tiempo? ¿Cuánto faltaba para que una caravana trajese la invasión hasta el oasis? Dejé de pensar en ello; era inútil. Todas eran, al fin y al cabo, preguntas vanas, sin respuesta posible.

A la mañana siguiente iniciaríamos el camino por las invisibles sendas del desierto. Como siempre, sentado frente a poniente, contemplé al sol escribir en el horizonte suras de luz y arena. No había contactado con ninguno del grupo, aunque habría debido tomar el taucrono y teclear un mensaje anunciando la

muerte de Toshiro y nuestro fracaso. Quizá ese mismo fracaso me había empapado de tal manera que había secado la ilusión; el tiempo había dejado de ser un juguete. Aquellas imágenes de pesadilla me habían aclarado que no había posible victoria.

Sentí cómo la brisa nocturna comenzaba a levantarse, cómo el sol acariciaba los lomos de los enormes mastodontes de arena peinando su pelaje. Las sombras de las palmeras se alargaban interminables, las masas sedosas de las dunas ondulaban como un lento mar. El sol se hundía tras el horizonte mientras la última claridad helada del cielo se inflamaba de un denso cuajarón de luz carmesí. Un atardecer de sangre presagia siempre tormentas, decían los beduinos.

Un súbito mareo confundió los colores de paisaje. Como si el mundo se hubiese desenfocado de repente y sus propiedades más fijas vibrasen, sentí desvanecerse mi percepción individual. Hice un esfuerzo y logre enfocar los ojos. Una figura robusta remontó la duna más cercana al oasis. Reconocí rápidamente a Gregor. Su llegada era un elemento más del mundo que me rodeaba, apenas diferente a las palmeras del oasis, al soplido del viento en mi cara y al resplandor carmesí del sol. Me sentía ajeno, muy cerca de la felicidad infinita; y la naturaleza de un mundo nuevo comenzaba a transitar en mis venas. Gregor caminó hasta situarse muy cerca de mí. Vestía una túnica de beduino sobre sus grises ropas de cazador. Apenas consciente ya, sintiendo diluirse suavemente el veneno del yo en el torrente de la percepción absoluta, supe que, de algún modo, ellos habían triunfado sobre la invasión allá donde Toshiro y yo no pudimos.

Gregor extrajo de entre los pliegues de su ropa un arma corta y de anchos cañones. No iba a esperar, yo tampoco; cada vez era menos, me disolvía en el torrente de mil mentes como susurros de hojas en un bosque. Accedí a la felicidad, se derribaron los muros y comprendí: el niño, Mahoma, extendía la infección desde La Meca; otra ola de discronía. Me corrían por la carne los espasmos de una consciencia sin foco, enorme, transtemporal. Como había intuido, no era capaz de ninguna oposición, no podía luchar contra el infinitesimal avance de un organismo que reptaba abriendo mi interior, rajando la consciencia de mí mismo como se abre una granada. Apenas mantuve lo suficiente de mi voluntad para ver, con una indiferencia infinita, cómo Gregor apuntaba cuidadoso a mi cabeza, cómo las oscuras bocas de acero se alineaban con mi mirada, cómo el dedo bajaba lento hacia el gatillo y cómo se tensaba el antebrazo en la violencia de la detonación.

La muerte, en efecto, había llegado suave a lomos del desierto.